

SIGO APOSTANDO POR TI

CARLOTA MANZANO


SIGO
APOSTANDO
POR TI
CARLOTA MANZANO


SIGO
APOSTANDO
POR TI
CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Sigo apostando por ti.

Carlota Manzano

©junio, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Sigo apostando por ti.

Carlota Manzano

©junio, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

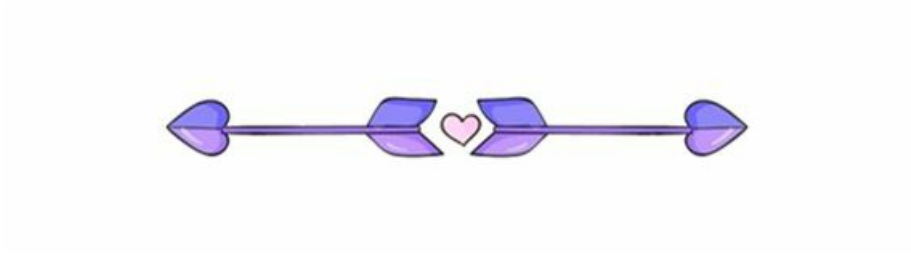
ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Epílogo

Capítulo 35
Epílogo

Capítulo 1



«Confía siempre en tu intuición porque es un sentido extra que muchas veces pasa desapercibido. En un mundo, en el que solo percibimos como realidad lo que vemos y conocemos, lo que es palpable, tangible y nuestra razón entiende, cuesta adaptarse a nuevas perspectivas que se escapan de nuestro control. Por norma general, las pasamos por alto, saltamos por encima de ellas si es necesario, las bloqueamos, hacemos todo lo posible para no enfrentar lo desconocido porque hacerlo, poner todo nuestro empeño para averiguar qué sucede hasta llegar a la clave de todo, puede suponer poner tu mundo, tal y como lo conoces, patas arriba. ¿Serías capaz de indagar y explorar en lo inédito que te rodea? ¿Serías capaz de llegar hasta el final para poder saber con claridad lo que sucede? Las respuestas están en cada uno, pero cuando las sensaciones y las emociones son fuertes, están latentes y claras, cuando buscas encontrar la calma dentro del caos que se desata… tomar la decisión de afronta lo que sea que está pasando es vital, poniendo todos tus sentidos en las señales que la vida te ofrece, abriendo los ojos, realmente, a la realidad…»

Dafne

Silencio y un pequeño murmullo de vez en cuando, eso es lo que me rodeaba. Estaba en la biblioteca de la facultad, concentrada en un libro mientras tomaba apuntes. Desvié la vista, levantándola, pensativa, dando golpecitos en la mesa con el bolígrafo. Llevaba casi cuatro horas intensas en las que no me había despistado ni lo más mínimo. Cerré el libro después de anotar los últimos datos y me levanté para llevarlo de vuelta a su lugar, con la intención de ir hacia la cafetería.

Caminé hacia el pasillo donde estaba la estantería, yendo directa. Lo coloqué donde tocaba y me giré para ir de regreso a la mesa para recoger mis cosas, pasando la vista por los lomos que quedaban a la altura de mis ojos. Me paré al llamarme uno la atención y lo saqué para echarle una ojeada.

Acaricié la cubierta, releyendo en alto el título y lo abrí pasando las hojas rápido, hojeándolas. Era muy antiguo, se hacía evidente sin necesidad de mirar la fecha de edición y de un grosor considerable. Me encantaban ese tipo de libros porque tenían un encanto añadido, especial.

Con el pensamiento de cogerlo la próxima vez que volviera a la biblioteca porque me urgía estirar las piernas, desconectar la mente y, sobre todo, meterme cafeína en el cuerpo, lo devolví a su sitio. Empecé a caminar para salir de la zona de las estanterías cuando un sonido sordo me frenó, haciéndome girar hacia atrás, de donde había

venido.

Fruncí el gesto al ver lo que lo había provocado, llevando la mirada a lo largo del pasillo. Estaba sola en él, tampoco había escuchado ningún ruido como pasos y no lo entendí. Volví la vista al libro que reposaba en el suelo, el mismo que hacía unos segundos había tenido entre las manos al llamarme la atención.

Me acerqué despacio, como si fuera lo más extraño que había visto en mi vida y pudiera saltar encima de mí, atacándome. Y es que, era imposible que después de colocarlo como lo había hecho, porque había quedado encajado con el resto, sin sobresalir ni lo más mínimo, se hubiera movido por sí mismo hasta caer al vacío.

Me quedé de pie frente a él, llevando la vista otra vez hacia el pasillo. El resultado fue el mismo, nada, ni rastro de nadie, ni siquiera en los pasillos laterales que se veían por los huecos que dejaban los libros por encima de ellos.

Me agaché intrigada, no lo comprendía, pero era lo que había. Me centré en las dos páginas por las que se había quedado abierto y lo acerqué a mí, arrastrándolo. ¿Qué explicación tenía que se hubiera quedado de esa forma? Todo podía ser, a saber… Las páginas eran las doscientos veintidós y la doscientos veintitrés. Negué, porque al leer varios párrafos había esperado encontrar un mensaje oculto o qué leches sabía, demasiado misterio le había puesto a la situación. ¿Qué más daba el por qué había terminado en el suelo? Lo estaba y punto.

Lo cerré y me incorporé para devolverlo a su lugar, asegurándome de que no podría moverse otra vez, dejándolo en línea con el resto. Seguí los mismos pasos que había hecho anteriormente, estaba segura de ello, aunque la duda de haberlo hecho rápido y no bien, la primera vez, se asentó en mí porque no había otra explicación.

Acaricié el lomo y le di varios golpecitos, echándolo un poco más hacia atrás que sus compañeros de estantería.

—Como te muevas ahora salgo pitando de aquí como si la biblioteca se estuviera quemando, que lo sepas —murmuré y me reí, en tono bajo, porque me estaba dirigiendo a él.

Volví a negar y me alejé, llegando hasta la mesa sin que nada más llamara mi atención. Lo recogí todo guardándolo en una bolsa de tela y me la eché a un hombro, al igual que hice con el bolso, en el otro. Con gestos de las manos y susurrando varios adioses, me despedí de los que conocía y salí de la biblioteca.

El sol me dio en la cara y sonreí. Hacía un día precioso, soleado y con la temperatura perfecta. Fui hacia el edificio de al lado donde estaba la cafetería y nada más acceder a ella, me dirigí hacia la barra para pedir un café con leche para llevar. Mi tiempo en la universidad había terminado por ese día, ya tenía todos los apuntes e información que necesitaba para ponerme a trabajar con ellos en casa.

Aparte del café cayó un dulce, con los que fui hacia la calle. Estaba dándole un mordisco a la pasta, después de un sorbo al café, cuando mi móvil vibró dentro del bolso. Me paré junto a un banco y solté todo lo que llevaba para poder buscarlo. Sonreí al ver quién me llamaba, Héctor, mi amigo.

—Por fin —dijo directamente.

—¿Y eso? —pregunté después de tragar.

—¿No has visto las cuatro llamadas perdidas que tienes?

—Ups, pues no. —Reí—. ¿Y se puede saber por qué tanta insistencia? Sabías que iba a estar desde bien temprano en la biblioteca y que lo alargaría. Con el móvil en silencio y en vibración dentro del bolso, colgado en la silla, no me he enterado. Me habrás pillado levantada.

—No era para nada importante. —Rio él.

—¿En serio? Ya te vale —negué sentándome en el banco—. ¿Qué haces ahora?

—Mirarte.

—¿Cómo? —Llevé la vista alrededor, hasta que lo localicé a bastante distancia, en el aparcamiento.

Estaba apoyado en el lateral de su coche, levantando una mano para saludarme.

—¿Por qué estás aquí? —dije divertida, recogiendo todo del banco para ir hacia él.

—Anda cuelga que parecemos tontos. —Reímos y lo hicimos.

Sonriente llegué a su lado, nos saludamos dándonos dos besos y un abrazo.

—Llevo un buen rato. No sabía nada de ti, ni tampoco cuándo saldrías, pero tenía claro que todavía estarías dentro al no cogerme las llamadas. Te he ahorrado el autobús. —Me hizo un guiño.

—Me sorprende tu inteligencia. —Sonreí de medio lado.

—Y mi astucia, no me quites méritos. —Me hizo un guiño y soltamos una carcajada—. Venía dispuesto a invitarte a desayunar, pero ya veo que vas servida. —Hizo referencia al café y al dulce que sujetaba en las manos.

—¿Por qué no has entrado a buscarme?

—No quería molestarte, ni interrumpirte que cuando te metes en el papel de estudiosa no hay quién te aguante. —

Reímos, pero no se libró de varios golpecitos en un brazo, como queja por mi parte—. No tengo ninguna prisa, estaba tomando el sol. —Sonrió.

—Vale —asentí—. Que esto —levanté el café y la pasta—, no te haga sacar conclusiones erróneas.

—¿Eso qué quiere decir? —Apretó los labios.

—Que estoy hambrienta y solo es un tentempié. Mi estómago está abierto a cualquier sugerencia, todo le parece bien. —Volvimos a reír.

Al final la pasta terminó la mitad en su boca y la otra en la mía. Era sábado, ninguno de los dos trabajábamos. Héctor siempre disponía de los fines de semana, a no ser que lo llamaran para alguna emergencia. Tenía un negocio propio, una clínica veterinaria que montó una vez finalizó la carrera de esa especialidad. Le encantaban los animales, eran su pasión desde bien pequeño y le iba genial. A mí me había tocado librar sábado y domingo.

Desde que empecé a cursar el segundo año de carrera trabajaba en un restaurante, me daba la libertad necesaria para seguir centrada en mis estudios porque lo hacía por horas y a días alternos. Ello me aportaba los ingresos necesarios mientras continuaba mi formación.

Hoy en día ya me había sacado la carrera de Historia y un máster de profesorado que era esencial para ejercer, porque mi ilusión era impartir clases en alguna universidad, además de tocar el tema de la investigación. En este momento estaba centrada, por completo, en mi tesis. La inicié eligiendo un tutor ocho meses atrás, dos antes de que finalizara los estudios del doctorado.

Carrera, máster, doctorado y a falta de finalizar la tesis, presentarla y defenderla ante el jurado o comité dictaminador, el selecto grupo de expertos profesionales en mi especialidad, quiénes evaluarían mi proyecto de investigación como el informe final de la tesis. Si conseguía superar la última prueba solo me quedaba presentarme a las oposiciones para cerrar el ciclo formativo.

Toda una vida con la cabeza metida en los libros, pero había valido la pena porque cada vez veía más próximo mi sueño. Libro, me dije. Automáticamente me vino a la mente el de la biblioteca. Me quedé pensativa, mirando a través de la ventanilla del coche de Héctor. Había hecho por apartar lo raro que había sido porque no encontraba la lógica de lo que había sucedido, pero ahí estaba, persistente en mi cabeza.

Diez minutos después Héctor estacionó el coche y nos bajamos. Caminamos hacia la cafetería a la que solíamos ir siempre y ocupamos una mesa en la terraza, para disfrutar del buen día. El lugar era como nuestra segunda casa, conocíamos muy bien a todos los que trabajaban en ella, al igual que sucedía a la inversa. Saludamos a la camarera que se acercó sonriente a nosotros, Celia, y después de una charla rápida con ella porque tenía bastante trabajo, le pedimos dos cafés con leche y unos montaditos que estaban deliciosos, lo que no tardó en traernos deseándonos que nos aprovechara.

—Arriba las manos. ¡Esto es un atraco! —Soltamos una carcajada por la aparición de Tania porque se abalanzó sobre mí, gritando.

La tercera pieza que faltaba en mi grupo íntimo, mi mejor amiga junto a Héctor. Le di varios golpecitos en las manos. Me había sorprendido por la espalda, tapándome los ojos y se había puesto a saludarlo sin apartarlas, privándome de ver.

—¡Qué impaciente! —Rio dándome un beso en la mejilla, lo mismo que hizo hacia Héctor.

Fue hacia la mesa de al lado que estaba libre y arrastró una silla para sentarse.

—¿Así atracarías a alguien? ¿En serio? ¿Tapándole los ojos? —negué divertida.

—Capaz es. —Rio Héctor.

—¿Yo? Que va. —Hizo un gesto con la mano—. Me acercaría por detrás como he hecho, sí, pero lanzándome con todo mi peso sobre su espalda. Cuando el afectado estuviera besando el suelo me sentaría en sus posaderas y se lo quitaría todo, hasta la ropa y el número de teléfono si mi elección vale la pena, porque sobra decir que sería un hombre. —Nos hizo un guiño y terminamos soltando una carcajada porque los tres, incluida ella, lo dábamos por hecho, me refiero a la última parte.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha sido una coincidencia? —Quise saber sonriendo.

—No, la he avisado de que iba a por ti y de los planes que tenía. Cuando te he visto salir de la biblioteca yendo hacia la cafetería le he escrito un mensaje para que se preparara y viniera directa hacia aquí.

Asentí. El piso de Tania quedaba solo a cuatro calles, los que vivíamos un poco más lejos éramos Héctor y yo.

—¿Cómo llevas la tesis? —Quiso saber ella, haciéndole un gesto a Celia.

a
Le pidió desde lejos un café con leche porque con la comida que nos había traído teníamos para los tres.

· —Bien. —Sonreí—. Hasta las narices y con ganas de terminarla, pero genial. —Reí provocando que se unieran a mí.

—¿Cuánto te queda? —Quiso saber Héctor.

—Pues… —Me paré a pensar, haciendo cálculos mentales, los que por mucho que calculara siempre variaban—.

Seguro, cuatro meses, hasta completar el año. —Me encogí de hombros—. Si se me alarga ni idea, no lo sabré hasta que vaya avanzando.

—Chica, eso es más largo que un día sin pan. —Puso los ojos en blanco Tania.

—Demasiada información e investigación, sí —negué.

—¿Qué son cuatro meses o un poco más con todo lo que llevas hecho ya? —Levantó una ceja Héctor.

—Nada, un suspiro. —Sonreí—. ¿Has ido a la tienda hoy? —Me dirigí a Tania.

Su madre tenía una tienda de ropa y los sábados solía ayudarla algunas horas por la mañana.

—Sí —asintió—. A las once me he asomado por la puerta, he visto que parecía el metro en hora punta y que no cabía ni un alfiler, y le he gritado a mi madre que la quiero, que mañana nos veríamos. —Soltó una carcajada por la cara que pusimos Héctor y yo.

—No has hecho eso —dijo él.

—Por supuesto. —Sonrió de medio lado—. Gracias preciosa. —Se dirigió a Celia que le dejó el café con leche delante.

—Mañana te encuentras la puerta cerrada y el timbre desconectado. Te has quedado sin asado —auguré riendo, antes de darle un bocado a un montadito—. Mmm… qué bueno está, esto es pecado.

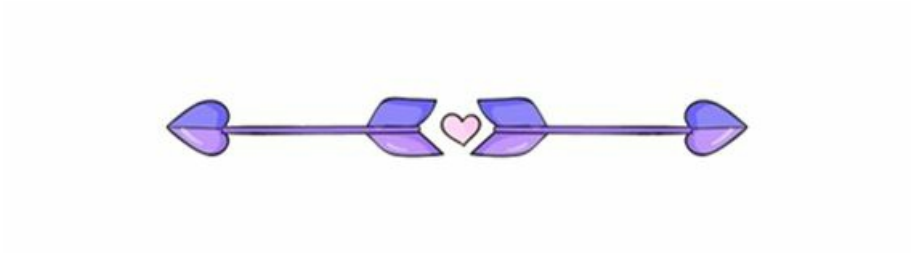
—Ya te digo —comentó.

—Toma, que solo hay dos de cada uno —le ofrecí la mitad.

—¡Qué leches! No me refería a la comida. —Me dio una patada por debajo de la mesa, señalando con un gesto de la cabeza hacia mi izquierda, para que mirara.

Héctor soltó una carcajada antes de darle un sorbo al café mientras yo desviaba la vista en esa dirección, localizando a tres mesas de distancia a los dos hombres que se estaba refiriendo. Estuve de acuerdo con ella, aunque no dije nada al respecto, ni mucho menos mantuve la mirada mucho tiempo en ellos.

Capítulo 2



Cuatro días más tarde…

—Dafne. —Escuché la voz de Mauro y me giré hacia él, sonriendo.

—Hola, en un rato te iba a buscar. —Imitó mi gesto, asintiendo.

—¿Cómo lo llevas? ¿Necesitas que te oriente en algún paso?

Era mi tutor en la tesis, mi guía con el que intercambiaba puntos de vista y me aconsejaba en todo lo que podía, bajo su experiencia y profesionalidad.

—Bien. Solo quería comentarte los últimos avances que he hecho.

—Perfecto. ¿Ibas a la biblioteca?

—Sí, necesito llevarme dos libros para trabajar en casa, pero si quieres puedo dejarlo para luego.

—No hay problema, te acompaño y después vamos a mi despacho.

Empezó a caminar hacia el edificio y lo seguí, estábamos muy cerca porque me había parado en el centro del jardín de la entrada. Una vez dentro, fui directa hacia uno de los ordenadores para localizar en qué sección y estantería estaban. Me senté y tecleé mi acreditación. Cuando accedí al registro los busqué por los títulos y me levanté rápido para ir a por ellos, junto a Mauro.

—Espera, quiero llevarme otro —susurré cuando los tuve conmigo.

Me siguió sin decir nada. Cuando llegué a la altura de la estantería en la que lo vi la última vez me encontré con e hueco vacío. Me estoy refiriendo al libro que se cayó por arte de magia al suelo, después de interesarme en echarl una ojeada.

—¿No lo encuentras? —me preguntó en tono bajo.

—No. —Señalé donde debía estar—. Alguien se me ha adelantado. —Me encogí de hombros.

—¿De cuál se trata? —Echó un vistazo al resto.

—No es ninguno que necesite para la tesis, da igual. Lo vi el último día que estuve y llamó mi atención.

—Comprueba en el ordenador qué día lo devuelven, así vas sobre segura.

Asentí y caminamos hacia uno de ellos. Hice el mismo proceso y tecleé el título y no una vez, mínimo lo introduj seis veces, ante la expresión extrañada de Mauro al verme insistir.

—¿No te acuerdas bien del título?

—Sí —susurré con el gesto fruncido.

No había ni rastro en el sistema, nada hacía indicar que ese libro estuviera en la biblioteca porque todo, absolutamente todo, hasta las revistas de ciencia aparecían con su número de registro, detallando si estaba disponible o, por el contrario, alguien se lo había llevado, dejando constancia los días en los que no estaría disponible.

—Prueba con el autor. —Apoyó una mano en la mesa, inclinándose a mi lado.

—No me acuerdo. —Sacudí la cabeza, intentando hacer memoria—. Solo me quedé en el título.

—Pues no te queda otra que esperar a que lo devuelvan a su sitio.

—Sí. —Sonreí—. Vamos a comentar la tesis, a ver qué te parece. —Me levanté.

—Estoy deseándolo. —Me ofreció que pasara primero.

Cambiamos de edificio, al que quedaba al otro lado contrario de la cafetería. Estuvimos encerrados en su despach dos horas largas, detallándole las últimas novedades y debatiendo sobre ellas, lo que me servía para prepararme para cuando llegara la hora en la que tendría que hacer frente al comité, exponiéndolo y respondiendo a todas las preguntas que me hicieran.

Desde el principio mi elección de elegir tutor no pudo ser mejor. Si algo tenía Mauro, aparte de ser un experto en

la materia, es que al igual que podía contar con él para todo, también era muy exigente y me llevaba al límite.

—Está muy bien, Dafne —asintió satisfecho desde detrás de su escritorio.

—Gracias. —Sonreí.

—La tienes bastante avanzada, calculo que no superarás el año.

—Por un lado, lo estoy deseando y por otro, estoy cagada. —Reí sintiendo los nervios recorrerme, haciéndolo sonreír.

—No tienes por qué, todo lo que contiene la tesis es interesante y está documentado con las investigaciones que has llevado a cabo y la parte de defenderla, la tienes por la mano.

—No es lo mismo hablar de ella contigo que ante varios desconocidos. Tengo la impresión de que van a ir a por mí en cuanto cometa algún fallo, por pequeño que sea —solté un suspiro, exteriorizando mi miedo.

—Yo estaré presente. —Me hizo un guiño.

—¿En serio? No me habías dicho que formarías parte de la evaluación.

—Hasta hace unos días no lo he confirmado, pero sí, si te sirve de ayuda moral el verme entre el jurado, ya puede contar con ello. Sabes que no puedo ir a favor tuyo y que si tengo que ponerte entre las cuerdas lo haré. Pero seré yo. —Curvó los labios.

—¿Gracias? —Reí otra vez.

—¿De nada? —Me imitó—. Yo estoy tranquilo, sé el potencial que tienes, lo que has trabajado hasta llegar a aquí y lo que te apasiona lo que estás haciendo. A la vista está en cada una de nuestras reuniones.

—Era broma, soy consciente de que no puedes ayudarme —negué haciéndolo sonreír—. Tampoco querría, lo tengo que conseguir por mí misma.

—Así es, como todo lo que has hecho hasta ahora —asintió—. ¿Quién sabe? Lo mismo dentro de un tiempo somos compañeros entre las paredes de esta facultad.

—¿Te imaginas? —Me ilusioné.

—No lo hago, lo veo. —Hizo otro guiño—. No me cabe ninguna duda de que sacarás la tesis adelante, al igual

que las oposiciones. Estás sobradamente capacitada y preparada para todo ello. Cuando llegues al final, solo tiene que descolgar el teléfono y yo moveré los hilos dentro de la facultad.

—No sabes lo que te lo agradezco, me da mucha paz saberlo. —Sonreí con cariño.

Habían sido muchas horas intensas a su lado, no solo durante la tesis, porque aparte había sido mi profesor los años que había durado el doctorado. Desde la primera clase a la que asistí de él, tuve claro lo buen profesor que era. Hacía las clases muy amenas, convirtiendo algún que otro temario tedioso en algo dinámico y atractivo a los oídos.

—No hay de qué, sabes el cariño que te tengo, aunque ese no sea el motivo principal. Te lo mereces, así de simple —asintió.

Después de alargar un poco más la conversación recogí todo lo que había extendido en su mesa y me levanté para irme. Me despedí de él y salí del edificio, al que no regresaría hasta que volviéramos a reunirnos. Pero para eso tenía que avanzar más, lo que me llevaría mínimo quince días. Para ir hacia la parada de autobús tenía que pasar por delante de la biblioteca y hacia ella me dirigí.

No tenía vehículo, no había querido invertir para no cargar con el gasto que supone ser propietaria de uno. Todo lo que cobraba en el restaurante lo destinaba para subsistir y para hacer frente a los gastos de mis estudios. Así había sido siempre, poco me había desviado. Vivía sola en un piso, pero no pagaba alquiler.

Tampoco era mía la vivienda, era propiedad de mi tía materna. Durante un tiempo viví con ella, pero cuando se jubiló anticipadamente optó por trasladarse a un pueblo del que estaba enamorada. Era su remanso de paz, cada uno nos decantamos por alguno a lo largo de los años y ella siempre que había dispuesto de días libres los pasaba en él. Allí compró una casa y era feliz porque con los años la lista de amigos que había hecho era bastante larga.

Mis padres vivían bastante lejos porque en el pueblo donde me crie no había universidades, por lo que tuve que trasladarme, y qué mejor que hacerlo con mi tía, con la que siempre me había llevado genial y tenía mucha complicidad.

Me paré en la puerta de la biblioteca, llevando la vista hacia dentro. Algo me impulsó a comprobar por última vez la estantería donde había estado el libro, por lo que entré y caminé hacia ella. Parada en frente, la encontré igual. Había pensado que quizás lo habría cogido alguien para trabajar con él desde dentro. Lo que tampoco entendía es que no hubiera constancia de su existencia en el sistema informático.

—Perdón —susurré apartándome, al notar la presencia de un chico a mi lado.

Llevaba un libro en la mano. Me fijé en él, no era el que estaba buscando.

—Tranquila. —Me sonrió, colocándolo en la balda de más arriba a la que había estado mirando antes de su interrupción.

—Disculpa…

—¿Sí? —Se giró hacia mí porque había empezado a alejarse.

—Cuando has cogido el que has dejado… te suena haber visto el que falta aquí. —Señalé el hueco.

—No, lo siento. No me he fijado.

—Vale, gracias —asentí.

—¿Cuál es? Lo mismo me suena.

—Es bastante antiguo, de tapa dura. Tiene el título en letras doradas, grandes, ocupando casi todo el espacio. —Llevé la vista a la estantería—. El título es *La vida de María Catalina*.

—Pues no, ni idea. Pero no tiene sentido que estuviera ahí.

—¿Cómo?

—Esas obras suelen estar en la última sección, porque datan de muchos años atrás, son como reliquias. —Señaló hacia la derecha.

—Es verdad —susurré frunciendo el gesto porque ni me había parado a pensar en ello—. En los años de doctorado y ahora con la tesis no he tenido que echar mano a ese tipo de libros… ¿sabes si tienen número de referencia?

—Claro, todo lo que hay en la biblioteca lo tiene —asintió sonriendo.

—Ya… —Carraspeé—. Muchas gracias.

—No hay de qué. —Se giró, y se alejó saliendo del pasillo, dejándome sola.

—¿Y qué hacía aquí? —me pregunté observando el hueco vacío— Qué tontería, puede haberlo dejado cualquiera por error o porque le pillaba más cerca que llevarlo a su sitio. —Sacudí la cabeza.

No conforme con ello, antes de marcharme, caminé hacia la última sección que había mencionado el chico. Me

paré frente a la puerta y abrí despacio. Era la única parte de la biblioteca que estaba aislada, para proteger más las obras. Sabía de ella, pero nunca había entrado porque mi tesis estaba muy lejos de las temáticas que había en el interior.

Cerré la puerta detrás de mí después de encender la luz e hice un recorrido por todas las estanterías que se mostraron. Llevé la vista hacia un ordenador solitario que había y me acerqué a él.

—Lo mismo aquí sí que consta —dije animada, tecleando mis datos para acceder al registro—. Mierda… —Recosté la espalda en la silla, mosqueada porque no tuve un resultado positivo.

Me levanté y empecé a recorrer pasillo por pasillo, observando detenidamente todos los libros que decoraban las estanterías. Me llevó bastante tiempo porque tenían cinco alturas y leí cada lomo.

—Esto es una tontería —solté un suspiro cuando terminé—. ¿Qué me ha dado con ese libro? Qué me importará… —negué mientras iba hacia la puerta.

Salí de la biblioteca y la dejé atrás, con la intención de olvidarme del dichoso libro y del tema. Llegando a la parada de autobús corrí los últimos metros al ver uno parado. Me monté y veinte minutos después me bajé a dos calles de donde vivía.

Entre unas cosas y otras, eran las dos y cuarto. No me quedaba tiempo para ponerme con la tesis porque a las cuatro empezaba a trabajar en el restaurante, por lo que una vez entré, dejé todo lo que llevaba en la mesa del salón y me dirigí hacia el baño, para después ir a la cocina para prepararme algo de comer.

Seis horas trabajé y una vez que el reloj marcó las diez de la noche, me dirigí hacia el pequeño vestuario en el que me cambiaba de ropa, quitándome el uniforme. Estaba atándome los cordones, preparada para terminar e irme, cuando sentí algo raro… pero no vino desde fuera, fue una sensación extraña que me recorrió el cuerpo.

—¿Qué…? —Fue lo único que recuerdo decir antes de desconectar de donde estaba.

No supe cuánto tiempo pasó hasta que poco a poco, muy lejano, distinguí una voz como en susurros. Sentí cómo mis ojos se movían, parpadeando, porque aún no conseguía regresar de donde mierda me había ido.

—Dafne. —Reaccioné girando la cabeza hacia Carolina, una compañera del restaurante.

—Hola —susurré descolocada.

—¿Hola? ¿Estás bien? Te he saludado hace más de quince minutos, al entrar, y al ver que te habías quedado mirando fijamente hacia la pared y que no reaccionabas me has preocupado. Hasta ahora he repetido tu nombre un montón de veces —dijo haciendo una mueca.

—Lo estoy. —Sacudí la cabeza, levantándome despacio—. Será el cansancio —dejé salir un suspiro.

—¿Seguro? —Se puso frente a mí.

—Sí, no te preocupes. —Sonreí, en tensión por dentro.

—¿Por qué no le pides a Diego que te lleve a casa?

—No hace falta —negué colgándome el bolso y cogiendo la mochila pequeña donde había metido el uniforme.

—¿Se puede? —Escuchamos la voz de él detrás de la puerta— No quiero ver algo que os haga gritar —añadió en tono divertido.

—Puedes abrir —respondí de la misma forma.

—¿Qué hacéis aquí todavía? Ya tendríais que estar fuera. —Levantó una ceja mirándonos mientras se dirigía hacia su taquilla.

Era el dueño del restaurante y un buen amigo. Después de tantos años, como para no serlo… Había una diferencia de edad de seis años conmigo, él era mayor, y de cuatro con Carolina.

—Me quedan segundos dentro, ya no me estás viendo. —Reí dirigiéndome hacia la puerta.

—Espera. —Me frenó Carolina—. Diego, ¿puedes acercar a Dafne a su casa? —le pidió, ella no tenía coche tampoco.

—He dicho que…

—¿Pasa algo? —Quiso saber interrumpiéndome.

—Le ha dado un bajón —respondió por mí Carolina, haciéndome poner los ojos en blanco.

—Estoy perfectamente, ¿no me veis?

—Tú siempre estás perfecta, preciosa. —Me hizo un guiño él—. Te lo he preguntado para asegurarme, porque llevarte estaba claro desde el principio que lo haría —negué, y en ese punto, ya sabía que no había marcha atrás— Es un visto y no visto, en nada, estoy de vuelta. —Él era el último en irse y dejar el restaurante cerrado, todavía quedaban varias horas para que sucediera.

—Vaya dos —solté un suspiro.

Carolina se despidió de nosotros, satisfecha porque se había salido con la suya. Yo esperé a que Diego dejara varias cosas en el interior de la taquilla y se acercara a mí. Salimos del restaurante y me dejé guiar hacia su coche, en el que nos montamos. Quince minutos después paraba en doble fila enfrente de mi bloque.

—¿Seguro que estás bien? Si el ritmo en el restaurante es demasiado en este momento solo tienes que decírmelo para reducirte las horas, Dafne. Sé la presión y la concentración que estás soportando desde hace una temporada, la recta final de esa tesis va a terminar contigo —habló serio, girado hacia mí.

—No hay problema con eso, de verdad. —Sonreí para que se le borrara la expresión seria de la cara—. No puedo permitirme cobrar menos.

—Eso es una tontería. —Levantó una ceja—. Tenemos la confianza necesaria para que sepas que, si tengo que pagarte lo mismo durante unos meses, aunque reduzcas el horario, no hay problema.

—¿Tengo favoritismo? —Apreté los labios.

—¿Qué puedo decir sobre eso? —Sonrió de medio lado—. Sabes que sí, y no tienes más porque no quieres. Como también eres consciente de que lo haría hacia cualquiera de mis empleados si lo necesitaran por fuerza mayor.

—Lo sé. —Le sonreí con cariño porque mejor jefe y persona no podía ser. Tenía un corazón enorme—. A insistente no te gana nadie, ¿eh? —Reí nerviosa.

—Tú has sacado el tema… —Carraspeó.

—¿Yo? No será que tú te aferras a cualquier cosa para hacerlo. —Apreté los labios, divertida—. De verdad, estoy bien —asentí—. Gracias por traerme, hasta pasado mañana, Diego.

No comentó nada más, se mantuvo callado aceptando el beso en la mejilla que le di, devolviéndomelo, alargando el suyo un poco más de lo normal. Le sonreí con cariño cuando nos separamos y abrí la puerta. Me despedí por última vez con un gesto de la mano desde el portal, viendo cómo me lo devolvía mientras se ponía en marcha.

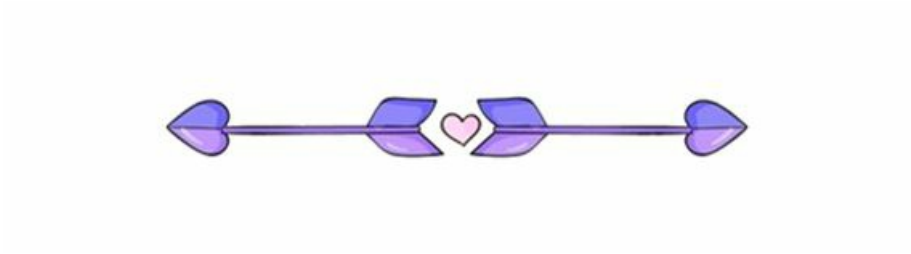
Desde el primer día que me recibió para hacerme la entrevista encajamos perfectamente y el *feeling* entre nosotros fue evidente. Nuestra amistad había ido creciendo con el paso de los años, pero siempre pensé que era eso, amistad, sin darme cuenta de que Diego quería ir un paso más allá.

Hacía años que lo sabía, él mismo me lo dijo, pero lo frené de la mejor manera que supe y pude, desde el cariño, porque yo no lo veía con los mismos sentimientos que tenía él hacia mí. Para mi tranquilidad, lo respetó y en

ningún momento varió su actitud hacia mí, dejando apartada la conversación que tuvimos. Lo que sí le gustaba hacer, era algún comentario que otro de vez en cuando, en tono de humor, para picarme, porque los dos sabíamos lo que había.

ningún momento varió su actitud hacia mí, dejando apartada la conversación que tuvimos. Lo que sí le gustaba hacer, era algún comentario que otro de vez en cuando, en tono de humor, para picarme, porque los dos sabíamos lo que había.

Capítulo 3



Kenai

—¿Cómo la ves? —le pregunté a Gareth mientras recorríamos la vivienda.

Había sido mi última adquisición. Se trataba de una casa señorial, antigua, pero no por ello estaba en malas condiciones. Sí que había que reformar cosas y adecuarla, pero sin hacerle perder el encanto que tenía.

—Es alucinante —me respondió.

—Lo sé, tuve un flechazo a primera vista en cuanto la vi. —Me paré cuando llegamos a una de las habitaciones, viendo el interior desde el marco de la puerta.

—¿Por cuántos propietarios habrá que pasado?

—Te puedes hacer una idea. —Me encogí de hombros—. La construcción data del mil ochocientos dos, al menos es el dato que se conoce, vete a saber si tiene más antigüedad.

—Lo raro es que no se la quitaran de las manos a los antiguos propietarios en cuanto la pusieron a la venta. Es impresionante y tendrían que habérsela rifado —dijo pensativo.

—Por suerte para nosotros así ha sido. Eso, o que fui al primero al que le hicieron la oferta. —Curvé los labios caminando hacia el interior de la estancia, recorriendo con la vista cada detalle.

—No me extrañaría la segunda opción, no tiene otra explicación —asintió satisfecho—. Esta tiene pinta de ser una de las habitaciones principales, por las dimensiones y la distribución. Menos mal que durante tantos años han sabido conservar la esencia porque es un espectáculo para la vista —comentó poniéndose a mi lado.

—Sí.

Me encantaba, simplemente me encantaba todo lo que había visto hasta ese momento y más lo hizo esa estancia.

Dejé la vista fija en la cama grande y en el dosel. Una fina tela translucida lo decoraba.

—Por lo que hemos comprobado tampoco hay mucho que retocar, ¿no?

—Alguna cosa que otra, pero lo principal lo mantendremos intacto. Solo cambiaremos lo esencial —respondí en tono bajo, sin apartar la vista del impresionante cabezal de madera, tallado a mano.

—¿Qué te parece si vamos a comer y lo celebramos? Esta casa va a ser la inversión de tu vida. —Me apretó un hombro.

—Hecho —asentí.

Antes de salir nos aseguramos de que todos los ventanales, las puertas y las ventanas que daban acceso a la vivienda estuvieran cerradas. Vivienda, mansión o mini palacio, con esas descripciones ya os hacéis una idea del tamaño que tenía y de las dimensiones que ocupaba. Y no solo el interior era de enormes proporciones, el exterior el jardín que la rodeaba, lo superaba doblando la extensión que abarcaba.

Me dedicaba a adquirirlas, como ya habéis interpretado. Una vez que pasaban a mis manos las reformaba y las adecuaba para después venderlas. Cuando empecé a dedicarme con veinte años a esta profesión no era el trabajo de mis sueños, pero me adapté porque enseguida me fue muy bien y los beneficios que fui obteniendo fueron muy considerables.

Eso al principio, porque, hoy en día, ya os digo que era una locura lo que las inversiones me aportaban. Me enfocaba mayoritariamente en viviendas como la que estaba viendo con Gareth, aunque también, de vez en cuando, me hacía con algunos adosados y pisos con un coste más accesible para llegar a más gente.

Tenía una vida sobradamente cómoda, más que eso, realmente. Disponía de un capital elevado, el que seguía ampliándose porque me había hecho un nombre en la profesión y era un referente para que se pusieran en contacto conmigo los futuros clientes.

Gareth no trabajaba conmigo, pero, en cierta forma, sí. Me explico, tenía una empresa que se dedicaba a todo lo referente a la construcción, de ahí que nuestros caminos estuvieran vinculados porque era el encargado de todo lo que mis adquisiciones necesitaran. Aparte de ese vínculo, por otro lado, estaba el más importante: nuestra amistad

Llevábamos casi toda la vida juntos, nuestros padres fueron grandes amigos desde jóvenes. Yo era un año mayor que él, la diferencia era nada y crecimos como si fuéramos hermanos porque sus padres, que viajaban constantemente, lo dejaban en mi casa por largas temporadas.

Nos montamos en mi coche y tomé el camino hacia uno de los restaurantes a los que nos gustaba ir. Estaba buscando dónde estacionar cuando el sonido de una llamada nos envolvió a través de los altavoces.

—No me digas que has ido sin mí, ni se te ocurra decirme que has estado en esa impresionante casa y no has contado conmigo. —Esas fueron las palabras de Nicole, unas que pronunció nada más descolgar en tono bastante alto, indignada.

—Te he llamado antes de ir —me justifiqué.

—Una vez, Kenai, una sola vez. No me lo puedo creer, solo tú no insistes para algo tan importante.

—¿Me puedes decir de qué me hubiera servido intentarlo más veces? ¿A qué hora te has levantado? —Miré de reojo a Gareth, viendo la diversión en su expresión mientras se mantenía callado. Chico listo, me dije.

—Que no, no es excusa. Debería tener el teléfono colapsado de llamadas tuyas —se quejó—. Me he levantado hace media y hora porque no tenía ningún motivo para hacerlo antes, jolines, que es sábado. —Bufó—. Si me hubieras avisado ayer…

—No me han dado las llaves hasta esta mañana —negué—. No tengo el superpoder para saber el futuro.

—Dime que me llevarás.

—¿Para qué? Te vas a presentar en cualquier momento en mi casa, atrincherándote. Como si no te conociera…

—Cómo lo sabes. —Rio una vez pasada la fase inicial de ataque.

—¿Cómo te has enterado?

—He llamado a tu empresa. ¿Dónde estás ahora?

—Con Gareth, a punto de llegar al restaurante que está en el centro. —Sabía perfectamente cual era.

—Os libráis de que no me presente porque ni me he peinado —habló divertida—. Voy a seguir durmiendo que no quiero que el disgusto que me he llevado marque alguna de mis expresiones faciales.

Dicho y hecho, no me dio tiempo ni a despedirme cuando el, pi, pi, pi de haber colgado se escuchó. Gareth tuvo vía libre para soltar una carcajada mientras yo negaba estacionando.

—¿Para qué se pone así si la va a ver en cualquier instante? —Quiso saber divertido.

—A ver si te piensas que yo lo sé. —Lo hice reír otra vez—. Está muy ilusionada desde que le dije que iba a

invertir en esa propiedad.

—¿No me digas? No me había dado cuenta de cómo nos ha perseguido durante diez días, porque me incluyo —dijo cuando salimos del coche y me puse a su lado, mientras una fina lluvia empezaba a caer.

Era lo que tenía vivir en Irlanda, que en cualquier momento te ponías a remojo, aunque lo esperábamos por cómo había amanecido el día.

—¿Qué le ha dado con esa en particular?

—Ni idea. —Me encogí de hombros—. Merece la pena, eso es innegable, pero hasta el punto de cómo está desde el principio. —Sacudí la cabeza.

—Como no la lleves pronto, no te la quitas de encima ni con agua hirviendo —comentó con guasa.

—Mañana mismo lo hago. —Ante mi respuesta rápida soltó una carcajada.

Y quién es Nicole os estaréis preguntando… era una extensión de mí, la niña de mis ojos. La superaba en edad, yo era tres años mayor, pero desde que nos conocimos en la secundaria no nos habíamos separado, siempre pegada a mí, siempre siguiendo mis pasos. Se podría decir que tuvimos una conexión al instante, por mi parte me colgué el papel de hermano mayor, aunque no lo fuera, y por la suya, vio en mí una figura que nunca había tenido porque era hija única.

Por decirlo suavemente, la relación de sus padres era un caos y desde temprana edad encontró conmigo la vía de escape necesaria para olvidarse de todos los problemas y del resto del mundo. No había dejado de protegerla, de cualquiera, y así seguiría siendo por mucho que a veces me sacara de mis casillas, porque eso no había cambiado con el paso del tiempo.

Entramos en el restaurante y nos acompañaron hacia una mesa que quedaba junto al ventanal. Las vistas eran espectaculares, de un verde intenso con fuentes y un estanque. Uno de los camareros se acercó a nuestra mesa y nos saludó sonriente, lo mismo que recibió de nosotros. Le pedimos la comida porque lo teníamos claro, sin necesidad de tocar la carta, como ya he dicho éramos habituales. A los pocos segundos ya teníamos las copas llenas de vino.

—¿Tienes algo más jugoso entre manos?

—Por ahora, no —respondí después de llevarme la copa a los labios.

—Bueno, pues nos centramos en la mansión y ya saldrá —asentí.

—No hay problema. —Me encogí de hombros—. Todavía tengo pendiente vender dos casas.

—¿Cómo va con eso?

Hice una pausa cuando nos trajeron varios platos con tentempiés para picar hasta que estuviera la comida.

—Bien, encaminado. La semana que viene me reúno con un matrimonio que está interesado en una de ellas, la que está en la urbanización a las afueras de la ciudad.

—Perfecto —sonrió—. ¿Sabes algo de Anet?

—No —negué—. Lo último ya lo sabes, está viajando.

—Hace un mes, gastando el dinero de papá. —Hizo una mueca.

—Si se lo permiten…

—Esa mujer nunca se labrará un futuro.

—¿Con todo lo que tienen sus padres crees que le importa preocuparse por él? —Levanté una ceja.

—En cuanto aterrice te está llamando, seguro —asintió.

—Puede llamar las veces que quiera, otra cosa es que yo descuelgue.

—Con lo insistente que es, te veo cayendo como la última vez. —Curvó los labios.

—La última vez caí porque quise, no te confundas. —Recosté la espalda en la silla—. Y te aseguro que no habrá una próxima.

—Ni siquiera si se presenta en tu puerta y debajo del abrigo está como vino al mundo. —Apretó los labios.

—En ese caso me lo pensaría. —Hice un guiño provocándole una carcajada—. Que no, era broma —negué—, si hace eso con no abrirle está solucionada la situación.

—¿Tú? ¿No abrirle la puerta? ¿Con lo mirado que eres? —habló con diversión.

—En la última conversación que tuvimos le dejé las cosas claras. No me interesa, si con el tiempo que hace que la

conozco no ha nacido algo en mí, ya no lo hará. —Me encogí de hombros.

—Ya te digo que se le habrá olvidado en el viaje. —Rio.

—El problema será suyo, no mío, porque sus palabras fueron que lo entendía y que ella tampoco me miraba como si fuera su futuro.

—¿Qué te iba a decir? No se iba a rebajar cuando le dijiste que no querías quedar más con ella en plan de sexo, porque eso es lo único que habéis tenido.

—Siempre he sido correcto y sincero.

—Lo sé, si por ti no es —negó—. Siempre has dejado los puntos claros y ella ha estado conforme con todos, porque le convenía, también te lo digo.

—Vamos a dejar el tema, no me apetece rememorar nada de ella —le pedí.

—Vale, ¿y Marla? —Apretó los labios.

—Vete a tomar por saco —dije porque capaz era de sacar a relucir a todas las mujeres que habían marcado alguna diferencia en mi vida. Soltó otra carcajada.

Con Marla también había tenido algo, pero hacía mucho tiempo que ella vivía alejada de donde lo hacía yo, y tampoco hubo nada que nos atara. Era muy diferente a Anet, nada que ver en personalidades y saber estar. Marla era cariñosa y respetuosa, un amor de mujer. Hacia ella sí puedo decir que los encuentros esporádicos que tuvimos fueron en la misma dirección porque siempre supe que no estuvo enamorada de mí, lo que a mí siempre me había aportado tranquilidad porque si hubiera sido de otra forma, no hubiera tenido nada con ella, aparte de una buena amistad.

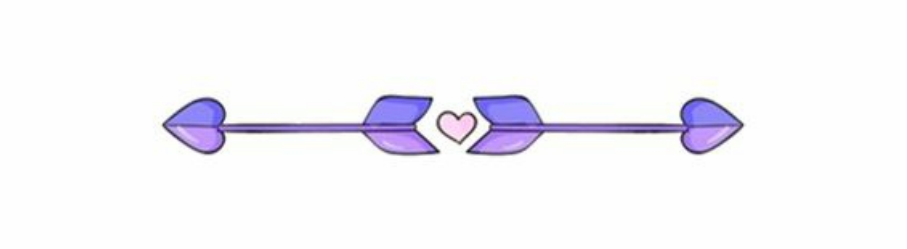
Lo último que se merecía es que le hicieran daño, de la manera que fuera y no sería yo quién traspasara esa barrera. Simplemente la primera vez surgió espontáneamente. Fue en una fiesta en la que terminamos bastante perjudicados por el alcohol, nos dimos el primer beso y de él a que pasara a mayores no tardó en suceder. Siendo sincero solo habíamos intimado dos veces y lo prefería, porque como ya he dicho, le tenía un gran cariño. La primera, nos dejamos llevar; la segunda, nos tanteamos para saber si podía haber algo más entre nosotros. Gracias a ello, supimos el lugar que ocupábamos cada uno en la vida del otro.

De mi única relación estable, la que se fracturó después de cuatro años, hacía ya tres. No fue nada que me marcara, la verdad, me refiero a que no me quedé mal después de la ruptura. Ninguno de los dos, porque tomamos la decisión conjunta, seguros de que ya no sentíamos lo que debíamos sentir hacia el otro y la mejor decisión que pudimos tomar fue separar nuestros caminos. Hoy día tenía muy buena relación con Lilly, así se llamaba, y de vez

en cuando quedábamos para tomar un café o, incluso, me invitaba a su casa algún fin de semana. Tenía pareja y estaba muy enamorada, yo me llevaba muy bien con Conor.

en cuando quedábamos para tomar un café o, incluso, me invitaba a su casa algún fin de semana. Tenía pareja y estaba muy enamorada, yo me llevaba muy bien con Conor.

Capítulo 4



—¡Guau! Es una pasada —dijo Nicole, emocionada mientras recorría el salón principal con la vista.

—Lo es. —Sonreí porque estaba como una niña pequeña.

Desde que la había recogido en su casa, no había dejado de hablar, nerviosa, y eso que me había acribillado a preguntas y supuestamente tendría que haberle respondido… ni eso había podido porque me había interrumpido cada vez que yo abría la boca para intentarlo.

—Kenai, es que es… aquí se respira diferente. —Se giró hacia mí, con una sonrisa preciosa.

—Vamos. —Me puse a su lado pasando un brazo sobre sus hombros—. ¿Por qué estás así? Son muchas del mismo tipo que adquiero y con ninguna has tenido esta emoción. —Quise saber.

—No lo sé, desde el principio, en cuanto me enseñaste las imágenes, me quedé enamorada.

—Lo entiendo, me pasó lo mismo. —Le di un beso en la cabeza.

—¿Por qué no te la quedas? Con el dinero que tienes te sobraría una barbaridad.

—¿Y qué hago yo en un espacio tan grande? —Levanté una ceja.

—Llenarla con una mujer y un regimiento de niños. —Rio por la expresión que puse.

—En eso estoy pensado yo… —negué.

—Es que es una pena. —Hizo un puchero.

—¿Cómpramela tú? —Apreté los labios.

—Muy gracioso, ni en cien vidas tendría para pagarla. —Bufó—. Anda que dices que me la regalas.

—Te regalé hace años la casa en la que vives y, perdona que te diga, pequeña no es —negué—. Si a mí se me quedaría grande no te digo a ti…

—Uy, yo buscaría la forma para adaptarme perfectamente —asintió decidida y sonreí mirándola de reojo mientras subíamos las escaleras hacia la planta superior, dejando para la última la principal.

—¿Estás segura? No lo veo claro. ¿Cuántas veces me has llamado de noche diciéndome que has escuchado un ruido fuera de la habitación y que no te atrevías a salir? Si vivieras aquí tendría que mudarme contigo, no me dejarías ni dormir. Todas esas veces he terminado abriendo con mi llave la puerta de tu casa, fuera la hora que fuera.

—¿Yo qué culpa tengo de que existan ruidos raros en los peores momentos? —Arrugó la nariz.

—Ninguno —reí—, pero para que te quites la idea con la que estás fantaseando ahora mismo.

—Esto de que me conozcas tan bien no mola —negó.

—A mí sí que me mola. —Solté una carcajada, utilizando su misma palabra—. No sabes las ventajas que me da.

No me respondió, ¿el motivo? Se apartó de mí soltando un grito en cuanto llegamos a una de las habitaciones principales, en la que me tomé más tiempo junto a Gareth.

—No me lo creo, ¿has visto todo esto? —Giró sobre sí misma.

—Estoy aquí, por si se te ha olvidado —dije apoyándome en el marco de la puerta cruzando los brazos, sonriendo al verla.

—Yo quiero una idéntica en mi casa, aunque sea muchísimo más pequeña. —Aplaudió.

—¿Tal cual?

—Síii…

—Hablaré con Gareth. —Le hice un guiño.

—¡Ahhh…! Si es que te tengo que querer. —Corrió hacia mí y se lanzó a mi cuello, llenándome la cara de besos.

—Vale, vale… —Reí—. Me ha quedado claro que ya se te ha pasado el disgusto de ayer.

—Ya no quedada nada de él —asintió.

La agarré de una mano y la guie por toda la planta. En cada estancia que entramos la emoción fue similar. Bajamos a la principal e hicimos lo mismo.

—Esta es la última puerta —dije rodeando el pomo con una mano.

—Venga —me pidió nerviosa.

Negué y abrí, dándole paso.

—¡Oh, Dios mío! —Reaccionó con voz ahogada.

—Por eso la he dejado para la última —dije metiéndome las manos en los bolsillos.

—Me encanta. —Hizo un puchero.

Esa estancia era diferente al resto, una cucada. Era una biblioteca a la que no le faltaba ningún detalle y no estaba vacía, los antiguos propietarios la habían dejado intacta.

—¿Cómo puede ser que se olvidaran de esto? —Habló soltando un jadeo.

—No serían unos apasionados como tú.

—¿Puedo quedarme con algunos? —Me miró con la súplica en los ojos.

—Con todos los que quieras y te cojan en casa. —Sonreí.

—¡Ahhh…! —volvió a gritar, pero esa vez no vino hacia mí, se dirigió hacia la gran estantería que cubría tres paredes, del suelo al techo— Necesito meses para elegir —dijo en tono bajo, concentrada.

—Hay tiempo. Vendremos las veces que haga falta y te ayudo a llevártelos.

—Gracias, Nai. —Me miró ilusionada y agradecida, llamándome por la abreviación de mi nombre que muchas veces utilizaba para referirse a mí, en plan cariñoso.

—Échales un vistazo por encima, por si ves con una pasada rápida alguno que te guste e interese.

—Vale —respondió animada.

—Estaré en el jardín.

No me respondió, tampoco esperaba que lo hiciera porque ya estaba metida en su mundo. Salí de la biblioteca y caminé por el pasillo hasta llegar al salón principal. Me paré admirando toda la estancia durante unos segundos y empecé a andar hacia el lateral derecho donde había una gran corredera que daba al jardín directamente.

Una vez fuera, cogí varias bocanadas de aire, sin salir del techado del porche porque empezaba a caer una fina lluvia. Irlanda y su encanto especial, el conjunto perfecto que complementaba la vivienda. Una vez que traspasabas la reja principal que daba acceso al terreno que abarcaba la propiedad, era como si por el simple hecho de hacerlo, algo en uno se desconectara del exterior. Como si pulsaran un botón y te metieras en un mundo de paz tranquilidad y calma.

Eso es lo que transmitía, aparte de todas las sensaciones que aportaba la enorme construcción y sus alrededores. Di varios pasos hasta quedarme en el límite del techado, recorriendo con la vista la parte del jardín que quedaba delante de mí. Mis labios se curvaron, al sentir e interiorizar que era un privilegio como pocos estar allí.

Concentrado, metido como en una burbuja dejé pasar los minutos hasta que apareciera Nicole, lo que tardaría en suceder. Por unos instantes no fui consciente de nada más, solo del espectáculo que me envolvía.

—¿Kenai? —Escuché su voz lejana.

Parpadeé varias veces. Me costó más de lo normal reaccionar y girarme hacia ella, buscándola.

—¿Qué haces? —volvió a hablar.

Enfoqué la vista. A su lado, encima de la mesa del porche, había dejado una pila de libros. Desde la distancia, calculé que eran unos seis u ocho los que había elegido. Fruncí el gesto al no entender cómo me miraba, su expresión era de sorpresa.

—¿Esperarte?

—¿En medio del jardín? ¿Empapándote?

—¿Cómo…? —Reaccioné desconcertado, fuera de juego.

Y sorprendentemente fue en ese instante en el que me di cuenta de dónde estaba. Correcto, seguía en el jardín, pero lejos del porche. El agua caía sobre mí, mojándome y lo peor es que no lo había notado y mucho menos recordaba haberme aventurado a salir de la protección del techado, donde estaba mi último recuerdo y pensamiento. Me había movido sin ser consciente, sin notar la lluvia. Levanté una mano, dejando la palma hacia arriba, enfocando la vista en las gotas que se acumularon en ella.

¿Cómo mierda no me he dado cuenta? ¿Qué me ha impulsado a moverme? Esas fueron las preguntas que me repetí en la cabeza, intentando buscar las respuestas que me aclararan ese espacio de tiempo y el motivo por el qu no había sido consciente de nada.

Sacudí la mano y la froté en el pantalón para quitarme el exceso de agua. Me pasé las manos por el pelo, sintiendo lo mojado que lo tenía. La lluvia se había intensificado, ya no quedaban rastro de las finas gotas del principio.

—¿Qué haces ahí todavía? Ven aquí, te vas a poner malo.

—Voy… —susurré sin que pudiera escucharme, llevando la vista hacia todos los lados.

Tomándome unos minutos para hacerlo, notando que todavía me costaba reaccionar como debía, terminé soltando un suspiro alejando todos mis pensamientos, porque, a saber, cómo había terminado allí. Me moví empezando a caminar hacia Nicole.

—¡Cómo te has puesto!

—No es nada, solo un poco de agua. —Curvé los labios sacudiéndome el pelo.

—¿Un poco? ¿Cuánto llevabas ahí?

—No lo sé. —Me encogí de hombros, quedándome pensativo otra vez, durante unos segundos, mientras ella arrugaba la nariz—. Va, deja las preguntas y borra esa expresión de la cara, que no es ni la primera ni será la última ocasión en la que me remojo —negué divertido—. ¿Ya has terminado? —Fijé la mirada en los libros.

—Sí, con estos tengo para una semana —asintió.

—Una semana… —Levanté una ceja.

El cálculo que había hecho desde la distancia había sido muy aproximado. Había elegido siete libros, de bastante grosor, de ahí mi reacción a lo de «una semana».

—Quizás menos —rectificó pensativa.

—Anda vamos para dentro —le pedí después de soltar una carcajada.

Cargué con la pila de libros y cerré la corredera, asegurándola. Fue lo único que tuve que hacer porque del resto no había abierto nada, solo nos habíamos asomado por los ventanales y ventanas. Ni siquiera lo habíamos hecho con las puertas que daban a la parte trasera y a los laterales de la construcción.

—Espérame un momento, voy al baño para quitarme un poco el agua —le pedí señalándole el sofá después de soltar los libros en una mesa pequeña.

—Sécate bien —asintió sentándose, haciendo una mueca.

Me perdí en el interior, riendo por su preocupación. ¡Como si no nos hubiéramos mojado ninguna vez! Ya os digo que sí, y más con el tiempo tan inestable que se giraba de repente en Irlanda. Agradecí que en el baño hubiera toallas. Cogí una y me la pasé por la cabeza y la cara, por último, la froté contra la ropa. No es que consiguiera mucho, pero algo fue y con ello me quedé satisfecho porque la calefacción del coche haría el resto.

Fui a su encuentro y sonreí al verla mientras me acercaba. Ya estaba inversa en uno de los libros y ni se dio cuenta cuando pronuncié su nombre, varias veces.

—¿Eh? ¿Por qué me gritas? —Se giró hacia mí, sobresaltada.

—No he gritado —negué divertido—, solo he intensificado el tono porque no me escuchabas.

—Ahhh… la culpa es de este. Acabo de empezarlo y ya está muy interesante. —Dio varios golpecitos en la página por la que lo tenía abierto.

—Venga, ahora sí. Vámonos. —Se lo quité de las manos y lo puse con el resto, agarrándolos para llevárnoslos.

Una vez cerré con llave le pedí que esperara en el techado de la entrada junto a los libros. Fui rápido hacia el coche para acercarlo, no estaba muy lejos, pero sí lo suficiente para que lo que se llevaba se estropeara. Arranqué y me acerqué lo máximo posible para que no se mojaran, ni ella ni sus tesoros. Sin prisa, porque donde se quedó no caía el agua, se montó sin apartarse de ellos.

—Si ya lo sabía yo, algo me decía que este lugar iba a dar mucho de sí —dijo cantarina desde el asiento del copiloto, dando varios golpecitos al último libro que quedaba arriba, sobre sus piernas—. Aparte de la nueva habitación necesito un extra. En la que tengo la biblioteca me va a faltar sitio —sonrió de forma exagerada, dejándomelo caer.

—En esa habitación, no, en toda la casa —dije divertido—. Te has enamorado más si cabe. —La miré de reojo

mientras nos alejábamos.

Me paré a cierta distancia de la reja principal y la accioné con el mando para que se abriera. No tardé en estar circulando por la carretera. Estábamos un poco alejados de *Galway*, pero lo justo para no quedar muy apartados d ella.

Galway es la ciudad donde vivimos, situada en la costa oeste de la isla, en el rincón noroccidental de la bahía de *Galway*. Para nosotros es el lugar perfecto, con el río *Corrib* atravesándola. Es una ciudad muy dinámica y que siempre estaba en crecimiento económico, en parte se debe a que es un foco importante para los estudiantes que llegan de todas partes del mundo, los que se asientan en nuestra tierra. El aumento era constante gracias a las dos universidades, la *National University of Ireland* y la *GMIT*.

No era raro que el trabajo me llevara a recorrer bastante terreno de Irlanda, abarcando un gran territorio, pero en esa ocasión no había tenido que desplazarme. Para mí, fue toda una sorpresa cuando se pusieron en contacto conmigo los vendedores, porque la casa que había adquirido fue un descubrimiento. Durante toda mi vida había visto la reja desde fuera, incontables veces había pasado por delante de ella, sin poder imaginar lo que escondía en el interior y a bastante distancia, haciendo la propiedad inaccesible a la vista.

—¿Qué tal ha ido la semana de trabajo? —Me interesé.

—Bien —respondió demasiado escueta.

La miré de reojo, sin perder de vista la carretera.

—Ese bien no ha sonado «muy bien».

—No es nada. —Giró la cabeza hacia mí—. Solo que he tenido algún rifirrafe, pero ya está solucionado.

—¿Segura? ¿De qué o quién se trata?

—Ah, no —negó varias veces—. No pienso decirte nada, que la última vez te colaste allí como un huracán.

—¿Perdona? ¿Huracán? —Reí—. Siempre soy muy correcto, hasta que no me dan motivos para seguir siéndolo. —Le hice un guiño.

—Lo dicho, te quedas en la ignorancia. —Pasó los dedos por los labios, dejándome más claro que su boca estaba cerrada sobre ese tema.

—Ya lo veremos… —susurré.

Y tanto que lo veríamos, tanto ella como yo, porque en cuanto pudiera me haría presente, de sorpresa, en su trabajo. Al ser domingo y no tener prisa, llamé a Gareth por si se animaba a comer con nosotros. Aceptó enseguida y veinte minutos después paré el coche cerca de la entrada de su casa. Nicole, le envió un mensaje, avisándolo de que ya estábamos fuera y pocos segundos después lo vimos salir con una sonrisa, dirigiéndose hacia nosotros con la protección de un paraguas.

—Ni te pregunto si te ha gustado. —Rio en cuanto vio la cara de felicidad de Nicole.

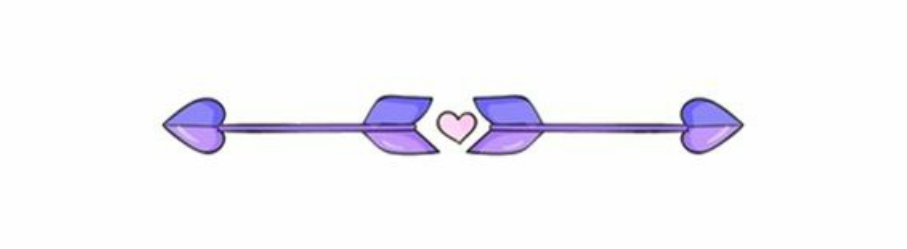
La noche anterior, cuando llamé a Nicole para decirle que iría a recogerla para llevarla a la casa, después marqué su número, para charlar un rato y comentarle lo que haría la mañana del domingo.

Y tanto que lo veríamos, tanto ella como yo, porque en cuanto pudiera me haría presente, de sorpresa, en su trabajo. Al ser domingo y no tener prisa, llamé a Gareth por si se animaba a comer con nosotros. Aceptó enseguida y veinte minutos después paré el coche cerca de la entrada de su casa. Nicole, le envió un mensaje, avisándolo de que ya estábamos fuera y pocos segundos después lo vimos salir con una sonrisa, dirigiéndose hacia nosotros con la protección de un paraguas.

—Ni te pregunto si te ha gustado. —Rio en cuanto vio la cara de felicidad de Nicole.

La noche anterior, cuando llamé a Nicole para decirle que iría a recogerla para llevarla a la casa, después marqué su número, para charlar un rato y comentarle lo que haría la mañana del domingo.

Capítulo 5



Dafne

Dos semanas más tarde…

—Os veo muy bien sentadas ahí, ¿eh? —nos gritó Héctor.

—¿No te lo habíamos dicho? Hoy te toca ser nuestro mayordomo, el que todo lo hace y sabe. —Rio Tania.

—Mira que gracia me hace, ja, ja, ja… pues que sepáis que esto —señaló la barbacoa—, no lo vais ni oler.

—A mí me dejas sin comer y te falta monte para correr.

Era fin de semana, sábado y desde las diez y media estábamos en la montaña, en una zona habilitada donde había barbacoas para que la gente viniera a pasar el día. Lo habíamos planeado desde el fin de semana anterior.

Héctor había tomado los mandos de la barbacoa, lo que quiere decir que llevaba frente a ella más de media hora. Tania y yo estábamos en dos sillas de montaña, tranquilas, relajadas, charlando mientras picoteábamos de todo lo que habíamos colocado en una mesa plegable.

—¿Unas olivitas? —grité hacia él, divertida.

—Hoy rebosáis gracia por todos lados. Tú no me ofrezcas las gambas, no. —Rio negando con la cabeza.

—Sabes que no puedo resistirme a ellas, como coja una para pelarla me la he comido a mitad de camino, antes de llegar a ti.

—Me tenéis contento —dijo a nuestro lado, llenándose la boca de patatas chips.

—No sé para qué te quejas. Nosotras y las barbacoas no hacemos buenas migas —se justificó Tania, sonriendo de

medio lado—. La última vez que nos pusimos delante de una, nos tuviste que arrastrar lejos porque si no, no comíamos.

—La primera tanda casi está —nos avisó después de darle un trago a la cerveza.

—Venga, voy con la bandeja. —Me levanté con ella en la mano, la había dejado preparada en una esquina de la mesa.

—Tranquila, ya no me va de eso. Puedo hacerlo yo —negó.

—¿Ves? Si nosotras le ponemos voluntad, pero tú nos quitas las intenciones rápido. —No perdió la oportunidad de contraatacar Tania.

—Como las que tienes tú, ¿no? —Levantó una ceja él—. No te veo muy dispuesta a mover el culo de la silla.

—Pues claro que sí, pienso levantar mi culito cuando tenga que coger un trozo de carne si no llego, para comérmela. —Rio ella.

—A ver si se va a quemar —dije con la vista fija en la barbacoa.

—Pues tendremos de menú carne churrascada —negó Héctor, empezando a andar hacia ella, conmigo al lado.

—¡Qué pinta tiene todo!

—No hay hambre, ¿no? —Rio.

—Son casi las tres —dije mientras sacaba con las pinzas pieza por pieza, poniéndolas en la bandeja.

—Ya no queda nada. —Empezó a sustituirla con lo poco que faltaba por hacerse.

—No te quedes aquí, vamos comiendo esto. Es una pena que se enfríe.

Asintió y cuando acabó, fuimos a la mesa junto a Tania. La comida nos sentó de lujo, el lugar donde estábamos también favoreció a que le diera un toque y sabor especial. Cuando terminamos, después de reposar un poco, nos tumbamos en una manta que teníamos extendida en la hierba.

Cerré los ojos escuchando el murmullo de las personas que también habían venido al lugar a disfrutar y desconectar. Era un espacio amplio y había una distancia considerable entre todos, a no ser que ocuparas una de las mesas de madera habilitadas en una zona concreta, lo que no era nuestro caso, porque siempre preferíamos

separarnos para estar más a nuestro aire y relajados.

Solté un suspiro al notar el calor de los rayos del sol en la cara. Todavía no había llegado el verano, pero estaba a las puertas y se notaba porque la temperatura era muy agradable.

Al cabo de un rato, me incorporé con una sonrisa y con la sensación de que había descansado, quedándome sentada en la manta. O eso pensé, porque era lo que tenía que ser, pero cuando fui consciente y llevé la vista hacia todo lo que me rodeaba, fruncí el gesto, descolocada con la realidad en la que estaba. Ni manta, ni amigos, ni barbacoas, ni leches, absolutamente nada tenía a mi lado, por lo que me levanté despacio sin entenderlo.

Estaba completamente sola, en un escenario diferente. Seguía en la montaña, la hierba tenía un verde intenso. En medio de una explanada no muy grande, los árboles me rodeaban. Giré sobre mí misma, desconcertada porque el paisaje era desconocido para mí.

—Qué mierda… ¿Héctor? ¿Tania? —Di varios pasos hacia delante, gritando sus nombres.

Ninguno de los dos me respondió, tragué saliva poniéndome nerviosa porque…

—¿Estoy soñando? —susurré para mí.

Se sentía tan real, tan vivo… no eran pocas las veces que soñaba al quedarme dormida, pero lo que me estaba sucediendo no me había pasado en la vida, ni lo había sentido como lo estaba haciendo. Jamás había podido escuchar mis pensamientos, estando en un escenario al que me llevaba mi mente en esas ocasiones. Sabía que había sueños muy reales, eso sí que me había pasado varias veces y cuando me despertaba daba gracias de que no fuera real. Pero es que… no podía ser, si era un sueño todo estaba girado del revés porque, vale que estuviera en un mundo imaginativo, pero sintiéndome yo totalmente, con mis pensamientos, con todo… volví a tragar saliva.

—Seguro que es eso. —Sacudí la cabeza—. No tiene otro sentido, por distinto que se sienta. —Volví a llevar la vista a todo lo que me rodeaba.

Durante unos minutos no hice otra cosa, queriendo que lo que fuera, se terminara, necesitando estar de vuelta junto a mis amigos, verlos y tocarlos, porque tenía una sensación que no me estaba gustando nada.

Sin respiración, así me quedé, cuando mis ojos localizaron una presencia entre los árboles. No pude distinguirlo muy bien, había mucha distancia entre nosotros, lo que sí aprecié es que era la figura de un hombre y que algo brilló a su lado. Pensé que debía ser el reflejo del sol en algún objeto metálico que llevara.

Sin saber lo que hacía, porque mis pies se movieron solos hacia esa presencia, empecé a ir en su dirección. Justo cuando lo hice, noté como si algo me bloqueara las cuerdas vocales. Me paré asustada y abrí los labios para decir algo, aunque fuera para mí. Agrandé los ojos cuando no pude emitir ningún sonido, por mucho que lo intenté.

«¿Qué me está pasando?», me dije nerviosa, sintiendo angustia por todas las sensaciones que me recorrían. Levanté la mirada porque la había bajado hacia la hierba, buscando a la misma presencia. Ya no había nadie, parpadeé varias veces, descolocada, y volví a girar sobre mí por si se había movido.

Nada, eso fue lo que me rodeó durante el resto del tiempo, aparte de la vegetación.

—Dios —dije al darme cuenta de que el bloqueo había pasado, hablando por fin.

Me froté el pecho, sintiendo un murmullo muy lejano, casi imperceptible. Asustada, pero estando muy lúcida, caminé unos pasos hasta llegar frente a una pequeña rama que había tirada en la hierba. Me agaché y la cogí, llevándola a la palma de mi mano. Me pinché con ella, dejándome una pequeña marca en la que se apreció un punto rojo.

El murmullo que había escuchado poco a poco retumbó en mis oídos y se fue aclarando, reconociendo mi nombre que era lo que alguien estaba diciendo.

—¡Dafne, despierta! —Abrí los ojos de golpe, encontrándome con la cara de Héctor cerca de la mía.

—¿Qué…? —susurré sin ubicarme.

—Nena que estabas teniendo una pesadilla. —Giré hacia el otro lado, viendo a Tania haciendo una mueca—. Al principio has empezado a moverte intranquila, pero por último…

—Por último, has empezado a decir algo que no hemos entendido y te has alterado más. —Terminó por ella Héctor.

—Llevamos un rato intentando despertarte, pero no reaccionabas —continuó Tania.

Me incorporé lo más rápido que pude, sintiéndome mareada. Me quedé sentada en la manta y bajé la mirada hacia ella, acariciándola con las manos, a los dos lados de mi cuerpo. Llevé la vista hacia delante, hacia todos los lados, comprobando que estaba de vuelta en la zona de la barbacoa, pero no conseguí hacer desaparecer la intranquilidad.

Antes de lanzarme a los brazos de Héctor, para abrazarlo con fuerza como necesitaba en ese instante, miré hacia mi mano, poniendo la palma hacia arriba. Volví a tragar saliva al ver el punto rojo que yo misma me había hecho y la cerré con fuerza, callándome todos los sentimientos y sensaciones que se apoderaron de mí. No entendí una mierda porque esa pequeña marca daba a entender que había sido muy real lo que había vivido, aunque no lo fuera.

—Eh, ya está. Solo ha sido un mal sueño. —Me frotó la espalda Héctor, tranquilizándome entre sus brazos.

—Un mal sueño… —repetí susurrando.

—¿Qué os parece si recogemos todo y vamos al bar de César? —propuso Tania.

—Por mí perfecto —asintió Héctor, sin soltarme—. ¿Te apetece? —me preguntó.

—Sí —susurré—. Vámonos de aquí.

Me separé de Héctor y se levantó, ofreciéndonos las manos a las dos, para ayudarnos. Diez minutos después teníamos todo cargado en el coche. Héctor ya estaba al volante, Tania a su lado, en el asiento del copiloto porque se mareaba con las curvas y había bastantes hasta que nos alejáramos de la zona.

Antes de hacerlo yo, no pude evitar echar una última ojeada a mi alrededor. Con un suspiro, porque era una tontería, entré en la parte trasera y cerré la puerta, aislándome del exterior.

—¿Qué has soñado? —Quiso saber Tania.

Desvié la mirada de la ventanilla y la llevé hacia ellos. Tania no se había movido porque Héctor ya se había puesto en marcha y quería hacer los movimientos justos y necesarios, él me miraba por el espejo retrovisor, alternando con la carretera.

—No lo sé —susurré.

—¿No te acuerdas? —me preguntó él, en uno de los momentos que me miraba.

—Sí. —Me encogí de hombros—. No ha sido nada del otro mundo. —Bajé la mirada a la mano, volviendo a comprobar que la marca seguía en ella. La rodeé con la otra, haciendo presión.

—¿No te perseguían para matarte o yo qué sé? ¿No has pasado miedo? Por cómo te movías…

—No a lo primero y sí, a lo segundo —respondí a las preguntas de Tania.

—Quítate la sensación ya. En cuanto pasemos estas curvas del infierno y lleguemos al bar, nos vamos a pedir una copas de helado que te quitarán la sensación que se te ha quedado —murmuró con los ojos cerrados. La vi porque estaba sentada al lado contrario de ella.

—¿Tres o cuatro bolas? —habló Héctor, divertido.

—Veinte por lo menos —respondí provocando que riera.

—Pues sí que te ha afectado —negó dejando de mirarme por el espejo porque llegamos a la peor zona de la carretera.

—No lo sabes bien… —susurré tan flojito que ninguno de los dos me oyó.

Miré a través de la ventanilla y la bajé, necesitando respirar el aire de fuera. Con la cabeza apoyada en el marco d la puerta vi pasar el paisaje. Un poco más de media hora después, Héctor tomó el desvío que llevaba a nuestro pueblo. Y fue en ese punto cuando Tania tuvo vía libre para empezar a ser ella otra vez.

Estacionó cerca del bar de César y nos bajamos del coche más animados, al menos yo, al sentirme en territorio conocido.

—Os veo muy campestres. —Nos sonrió César.

En cuanto ocupamos una mesa en la terraza se acercó a nosotros. Era amigo nuestro y el dueño. En su negocio ofrecía todo lo que es característico de un bar, pero también una gran variedad de helados. El local de al lado era una heladería que tenía mucha fama en el pueblo, también propiedad de él. Se podía disfrutar de todo sin necesidad de moverte.

—Te lo has perdido. —Sonrió de medio lado Tania.

Se refería a que se lo habíamos propuesto, pero al ser fin de semana el bar estaba al completo hasta la hora del cierre y no se había podido apuntar.

—Pídemelo el martes y acepto encantado. —Le hizo un guiño.

—Claro, y hablas tú con mi jefe para que me dé el día libre. —Rio ella.

—Dame su número de teléfono y ya verás qué rápido lo soluciono —continuó él—. ¿Qué os pongo?

—Tres copas de helado que rebosen, con nata y todo lo que te apetezca echarles —respondí haciéndolos reír.

s

Yo no estaba para hacerlo todavía, necesitaba el extra de dulce para empezar a ver las cosas de otra manera.

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó Héctor cuando César se fue.

No se había quedado convencido de mis respuestas. Me conocía demasiado bien, por no decir, que lo hacía completamente. Le sonreí queriendo que no se preocupara y con mi necesidad de cambiar de *chip* lo más rápido posible.

—Sí, deseando hincarle el diente al helado. —Le hice un guiño, con el que sonrió asintiendo.

A pesar de mi contestación, de mi gesto y de los suyos, supe que se calló a propósito para no tocar más el tema, al haberlo desviado yo. Lo agradecí, lo que también supo descifrar.

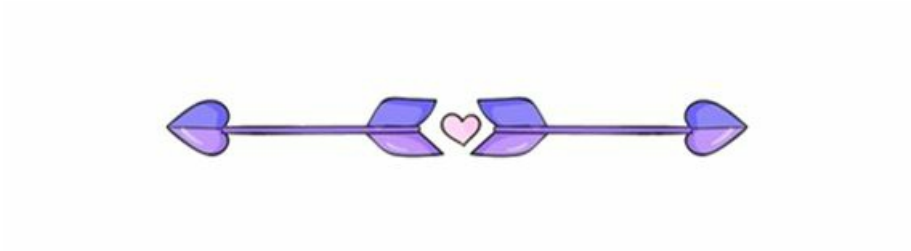
e

No se había quedado convencido de mis respuestas. Me conocía demasiado bien, por no decir, que lo hacía completamente. Le sonreí queriendo que no se preocupara y con mi necesidad de cambiar de *chip* lo más rápido posible.

—Sí, deseando hincarle el diente al helado. —Le hice un guiño, con el que sonrió asintiendo.

A pesar de mi contestación, de mi gesto y de los suyos, supe que se calló a propósito para no tocar más el tema, al haberlo desviado yo. Lo agradecí, lo que también supo descifrar.

Capítulo 6



Seis meses más tarde…

Nerviosa, así me encontraba, o más bien histérica, sin poder estarme quieta. Había perdido la cuenta de todas las vueltas que llevaba dadas por una de las salas de la universidad, donde había entrado junto a mis padres, Alicia y Alonso, mi tía Diana, Héctor y Tania. El gran día había llegado, en el que había expuesto mi tesis ante el tribunal y todos, sin excepción, habían venido para apoyarme y a estar conmigo en algo tan importante como lo era para mí, haciendo de público.

—¿Me habéis visto nerviosa? ¿Me he trabado en algún momento? —les pregunté sin parar los pies.

—Ay, hija, para mí ha sido impresionante verte exponerlo todo —comentó mi madre.

—Tesoro, tranquilízate. Lo has hecho muy bien —me pidió mi padre.

—Vas a hacer un agujero en el suelo —habló Tania con un resoplido de mi parte.

—Dios mío, como no lo supere. —Me llevé las manos a la cabeza, intranquila.

Hacía media hora que había abandonado la sala donde había hecho la exposición y enfrentado todas las preguntas que me habían hecho, defendiéndola con uñas y dientes. A saber, cómo me había salido porque si os digo la verdad, había pasado tantos nervios que tenía lagunas en la mente. Por mucho que intentaba recordar ciertos momentos no lo conseguía, era consciente de que se debía al estado en el que me encontraba y que cuando me tranquilizara todo llegaría a mí con claridad, pero en ese instante…

—Solo te digo que hasta la parte que he entendido estoy muy orgullosa de ti, cariño —insistió mi madre, emocionada.

Me paré sonriendo hacia todos, en tensión. Me jugaba tanto… como ahorrarme otro año largo para trabajar en otra tesis, para empezar. Al final con la que acababa de presentar lo había sobrepasado, nada de cuatro meses más hasta llegar al año como calculé, se me alargó unos meses más.

El problema es que de base ya había llegado nerviosa, atacada... el motivo es que un mes atrás publicaron que ponían en marcha las oposiciones que necesitaba realizar. Todo de golpe, demasiado bien estaba para la presión que había soportado. Me había olvidado del trabajo, imposible llevarlo todo hacia delante y tuve que elegir.

Lo del trabajo no había supuesto un problema, en cuanto hablé con Diego me dio vía libre para centrarme en lo importante, lo que le agradecí enormemente. Pero claro, llevaba dos meses que apenas había respirado, ni salido de casa, metida en todo el temario de las oposiciones y rematando la tesis y las exposiciones junto a Mauro, mi tutor. Hacía dos semanas que había finalizado el proceso de las oposiciones y estaba esperando los resultados. En un principio terminé satisfecha, pero nunca se sabía…

—Mujer, de esa parte tampoco me he enterado yo —dijo divertido mi padre, dirigiéndose a mi madre.

Se estaban refiriendo a que el último capítulo que había expuesto y la resolución final de la tesis, lo había hecho en inglés, porque desde siempre tuve claro que quería solicitar la mención europea para no tener limitaciones. Entre otras cosas implicaba exponerla en español y en otro idioma europeo, frente a la persona que formaba parte del jurado en representación de otro país europeo, en mi caso de Dinamarca. Con el añadido de la tanda de preguntas en inglés.

Todo el conjunto había sido largo y exhaustivo, con la presión que se me había puesto por las nubes. Cuando le dedicas tanto tiempo a realizar algo, lo que te quita muchas horas y en lo que pones toda tu dedicación, esfuerzo, pasión e ilusión, tiemblas una vez que has terminado la exposición porque no tienes ni idea con qué tipo de preguntas saltaran y si flaquearás en alguna, pudiendo echar por tierra todo el trabajo realizado. Debo decir, que aparte de todo lo que he dicho, también había habido sonrisas, asentimientos de satisfacción y muchos más gestos durante los cuarenta y cinco minutos que había durado, los que se me habían hecho eternos.

En este instante el tribunal estaba deliberando el resultado, a dos salas de distancia de la que nos habíamos metido según las indicaciones que me habían dado, para que esperara. Los nervios podían conmigo, consumiéndome porque no veía el momento en el que la puerta se abriera y que alguien dijera mi nombre para presentarme otra vez frente al jurado, para que me dieran la calificación.

Si todo me salía bien podría optar a trabajar en España o en cualquier país europeo, con un documento de referencia o teniendo que convalidar mi título, según las directrices de cada zona. Cogí varias bocanadas grandes de aire, intentando controlar los nervios. Me senté en el borde de la tarima porque estábamos en una de las clases y me fijé en las expresiones de todos. Nerviosos los tenía también.

—No has dicho nada. —Me dirigí a Héctor.

—No tengo nada que añadir. —Curvó los labios—. Yo no he tenido problema con el idioma y lo has bordado. —Me hizo un guiño.

—Si no sabes de lo que he hablado. —Levanté una ceja.

—A mí me ha sonado que te cagas, muy profesional. —Se encogió de hombros.

Soltamos una carcajada, a la que se unieron el resto. Fue muy bienvenido porque consiguió apaciguar un poco la tensión que nos rodeaba. Diez minutos después la puerta se abrió y yo me levanté de un salto, expectante y cagada, todo hay que decirlo. Acompañé a la mujer que vino a por mí, la conocía bien porque había sido mi profesora durante el doctorado. Su sonrisa me tranquilizó un poco y cuando me dejó en la puerta después de abrirla para que entrara, su guiño lo hizo más.

Entré sola, encontrándome con las mismas personas. Mientras caminaba hacia el centro intenté analizar sus expresiones por si podían darme un adelanto, pero ya os digo que la seriedad con la que me miraban me pasó factura. Por unos segundos fijé los ojos en Mauro, mi tutor. No pudo darme a entender nada porque no debía, perc una pequeñísima curva en sus labios me hizo volver a respirar.

—Me complace darte la enhorabuena, Dafne. —Cortó el silencio el director de la universidad. Me centré en él—. Has superado con creces la prueba —asintió y por fin vi sonrisas en todos ellos, a mí me temblaron las piernas y a punto estuve de caerme al suelo—. Ya eres doctora europea en tu materia.

Los ojos se me aguaron, no lo pude evitar… habían sido tantos años de estudios, de esfuerzos y dedicación, tantas horas, dedicada por completo a mi sueño y a la investigación. Por fin había conseguido culminarlo y con matrícul de honor porque cuando se levantaron y se aceraron a mí, para felicitarme con un abrazo y un apretón de manos, me pusieron la tesis delante con la palabra sobresaliente resaltada, la máxima nota que podía sacar.

—Muchas gracias. —Fue lo poco que pude decir al principio, por el nudo que me apretaba en la garganta.
',

Después de varios comentarios, en los que más o menos intenté seguirlos, se despidieron de mí felicitándome por última vez, saliendo de la sala. Me quedé sola con Mauro y sin pensarlo, corrí hacia él cuando abrió los brazos, refugiándome en ellos sin soltar la tesis, la que pensaba enmarcar en cuanto pudiera.

—Enhorabuena, lo sabía. No he dudado nunca de ti —susurró emocionado.

—No me lo creo. —Hipé, llorando.

—Te costará hacerlo. —Me acarició la espalda—. Cuando algo se hace tan intensamente y llega a su final, después cuesta ubicarse y el siguiente paso será que tendrás la sensación de que te falta algo. Sentirás un vacío al no tener que estudiar ni trabajar en la tesis, como llevas haciendo un largo tiempo, sin descanso. Solo puedo decirte felicidades y que ha sido un honor ser tu tutor en el camino y el proceso.

Le sonreí emocionada cuando nos separamos.

—Para mí también lo ha sido, no podría haber tenido uno mejor. —Me retiré las lágrimas de las mejillas.

—Ve a decírselo a tu familia y a celebrarlo. Cierras una etapa completa e importante —asintió emocionado.

—¿Quieres venir? Vamos a ir a comer, aunque no lo hubiera superado el estómago es sagrado. —Le hice reír.

—Te lo agradezco, pero después de utilizar toda la mañana para ti, tuve que reorganizar las clases y me quedan tres por delante hasta que pueda tomarme un respiro. Ya lo celebraremos en otra ocasión.

—Oh, vale. —Sonreí—. Pues nos veremos pronto y cuenta con ello. Voy a estar celebrándolo durante un tiempo. —Reímos.

—Lo primero no lo dudes. —Me hizo un guiño—. Ya he hablado con Ernesto —se refirió al director que había estado presente como máxima autoridad de la universidad, el que me había dado el resultado—. Le he comentado tu posible incorporación y no ha dudado en responder que lo dejaba en mis manos, confiando en mí y sabiendo muy bien a quién iba a meter.

—¿En serio? —Otra vez se me aguaron los ojos y alguna lágrima se resbaló por mis mejillas.

—Claro, incluso me ha dicho que no tienes que esperar a los resultados de las oposiciones. Eso será un plus cuando llegue, pero sabes que esta universidad acepta y ubica a docentes sin necesidad de tenerlas.

—No sé qué decir. —Apreté la tesis contra el pecho.

—¿Que el lunes te incorporas? —Apretó los labios porque sabía cuál iba a ser mi respuesta, estábamos a viernes.

—Necesito unas vacaciones —contesté rápido, provocando que soltara una carcajada. Me uní a él.

—Haces muy bien, las tienes más que merecidas. Estamos en contacto y no pasará mucho tiempo para que nos volvamos a ver. —Se inclinó hacia mí para darme un beso en la mejilla, dirigiéndose después hacia la puerta.

Habíamos cogido tanta confianza, nos teníamos tanto cariño… como si fuera un padre referente a mis estudios, as lo veía y me constaba que por su parte era igual.

Miré por última vez la sala, con una sonrisa y emocionada, y salí escopeteada de ella, corriendo hacia el pasillo donde me encontré con toda mi familia y amigos.

—¡He aprobado! ¡Lo he conseguido! —grité mientras me acercaba.

Los gritos no tardaron en darse ni los saltos a mi alrededor tampoco, cuando llegué hasta ellos. Todo fueron abrazos, felicitaciones, lágrimas por lo que suponía… me enganché a ellos como pude porque me hicieron un corrillo y cuando nos tranquilizamos, salimos del edificio para ir hacia los coches.

Mis padres iban con mi tía, Tania y yo con Héctor. Saliera bien o mal, había reservado en un restaurante y hacia é nos dirigimos. Eufórica, así estuve durante todo el día, sin poder parar de hablar y de expresar con gestos mi emoción y lo ilusionada que me sentía, porque por fin le había puesto punto final a una etapa que en algunos momentos se había hecho muy pesada, asfixiante y cuesta arriba, alargándose en el tiempo.

Lo celebramos a lo grande: comimos, bebimos e incluso después de hacer una pequeña sobremesa en el restaurante, fuimos al bar de César para continuar. Me dieron una gran sorpresa cuando nos sentamos en una mesa de la terraza. César y Sandra, una de las camareras, me dejaron sin palabras cuando se acercaron por la espalda con una pancarta y un montón de globos con mensajes de felicitación.

Me entró la risa floja porque acompañaron su aparición con un baile, con la música a todo volumen. Lo habían preparado convencidos de que lo iba a conseguir, lo que volvió a emocionarme. Los abracé y me los comí a besos a todos, no me dejé a ninguno, ni siquiera al resto de camareros que aplaudían viendo la escena a unos pasos de distancia.

—¿Y si no lo hubiera superado? —pregunté divertida.

—Pues hubiéramos estado entretenidos en el restaurante explotándolos —respondió César, riendo, señalando los globos, provocando que todos nos uniéramos a él en las risas.

Pudo estar con nosotros a intervalos, cuando el trabajo aflojaba. Después de tres sangrías y un picoteo cerca de las ocho y media de la tarde, rematamos el día con una copa de helado para cada uno. Todo lo que consumimos fue a cuenta de César, como regalo. Eso nos dijo cuando pedimos la cuenta.

A las nueve de la noche me despedí de mis padres y de mi tía. No quisieron alargarlo más porque tenían bastante camino por delante hasta llegar a casa. Mi tía se quedaría en la de mis padres hasta el día siguiente, para no viajar de noche porque era la que más lejos vivía.

¡Mis amigos y yo alargamos un poco más el tiempo en el bar y sobre las diez nos despedimos de César y de todos los camareros, dando el día lleno de emociones por finalizado. A esas horas ya estaba cao, los ojos se me cerraban, el cuerpo me pesaba… pero es que había sido todo tan intenso.

Una vez entré en el piso, ni tuve ganas de pasar por la ducha, ya lo haría a la mañana siguiente. Con ese pensamiento fui hacia la habitación y dejé todo lo que llevaba en una pequeña mesa, sonriendo como una tonta al

mirar la portada de la tesis. La acaricié y sin cambiar el gesto me quité la ropa, me puse el pijama, hice una parada rápida en el baño y me dejé caer en la cama, soltando un suspiro.

—Lo he conseguido —susurré con los ojos entrecerrados.

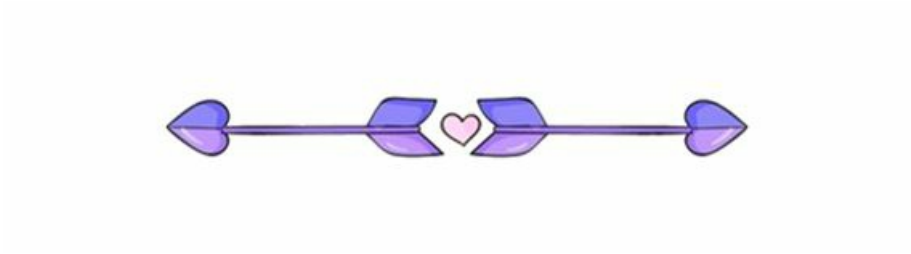
Ya no fui consciente de nada más, el sueño me atrapó y me dejé envolver por él, con una sensación como no había tenido en mi vida.

mirar la portada de la tesis. La acaricié y sin cambiar el gesto me quité la ropa, me puse el pijama, hice una parada rápida en el baño y me dejé caer en la cama, soltando un suspiro.

—Lo he conseguido —susurré con los ojos entrecerrados.

Ya no fui consciente de nada más, el sueño me atrapó y me dejé envolver por él, con una sensación como no había tenido en mi vida.

Capítulo 7



Noté cómo me removía inquieta, fue una sensación muy extraña porque no conseguía abrir los ojos por mucho que me ordenaba a mí misma hacerlo. Era como si estuviera despierta, con todos los sentidos en alerta, pero mi cuerpo no reaccionaba a mis órdenes de querer salir de donde me había metido. Tumbada en la cama, de cuerpo presente, otra parte vital de mí, una que no alcanzaba a saber cuál era, se encontraba en otro lugar muy diferente, viviendo un sueño tan real que me absorbía… porque eso era, no había otra lógica posible a la que estuviera soñando.

En algún lugar de la inconsciencia…

Notaba la hierba fresca y húmeda bajo mis pies, una sensación que me encantaba. Sonreí, pero esa expresión no terminaba de ser como debía ser. Muchos cambios se aproximaban a mi vida y el no saber cómo se presentarían y cómo me iban a afectar, me pesaban demasiado y me tenían nerviosa. Solté un suspiro al llegar a un banco y me senté.

El día estaba soleado, pero la temperatura aún era fresca. Me ajusté la tela que caía sobre mis hombros, mirando hacia mis pies. Por mucho frío que hiciera era algo que siempre repetía, cada día, necesitando tener contacto directo con la tierra y las sensaciones que interiorizaba.

—My Lady. —Llamó mi atención Gladys. Me giré hacia ella devolviéndole la sonrisa—. Su padre reclama su presencia.

Solté un pequeño suspiro y moví la cabeza, afirmando.

—Enseguida voy a su encuentro.

Volví a quedarme en soledad, llevando la vista hacia la parte del jardín que quedaba frente a mí. Pasados unos minutos, me incorporé despacio caminando hacia la entrada del salón y me sequé con una tela los pies, colocándome los zapatos. Recorrí el salón en completo silencio, atravesándolo para ir directa hacia la estancia donde tenía el despacho el hombre que adoraba. Allí lo encontraría.

—Padre —hablé después de abrir la puerta.

—Hija, adelante. —Me sonrió con cariño, desprendiéndose de las gafas.

—Gladys me ha informado que requería de mi presencia. —Ocupé una de las sillas que quedaban al otro lado de la mesa donde estaba él sentado.

—Así es. Quería ponerte en conocimiento de que ya está todo preparado.

—Padre… —susurré bajando la mirada hacia mis manos, frotándomelas, nerviosa.

—No tengas miedo, hija. Solo busco tu bienestar y lo mejor para ti. Necesito asegurarme de que tendrás un buen futuro y para conseguirlo, es necesario lo que he llevado a cabo. Ven aquí.

Me incorporé rápido y corrí a su lado, rodeando la gran mesa de madera. Me agaché a sus pies, dejándome caer de rodillas. Compungida rodeé sus piernas con los brazos, apoyando la mejilla en ellas, cerrando los ojos. El tacto de sus manos acariciándome el cabello calmó un poco la ansiedad que se apoderaba de mí.

—No hay necesidad, padre —susurré—. Puedo valerme por mí misma, sé que podré conseguirlo. No necesito… yo no quiero… —Mi garganta se cerró y no pude continuar porque tampoco quería lamentar que la tristeza lo invadiera.

—Sé de tu valía, estoy tan orgulloso de ti… Pero no por ello puedo irme de este mundo sin tener la plena seguridad de que te quedarás protegida en todo. Sé que tu ilusión hubiera sido enamorarte, pero se me acaba el tiempo, hija. Te adoro, eres mi vida como lo fue tu madre y por eso cuando yo falte…

—No diga eso, padre. No quiero oírlo. —Apreté los párpados y el agarre de mis brazos entorno a él.

—Debo hacerlo. Es una realidad que no tardará en suceder —soltó un suspiro—. No sabes lo que lamento tener que dejarte sola y partir de este mundo.

Lloré como una niña pequeña, me desahogué sintiendo que me ahogaba entre mis propias lágrimas. Durante un tiempo, ninguno de los dos habló, interiorizando nuestra cercanía.

—El joven con el que te he prometido es muy apuesto, de buena familia. Tienen mucho poder y la posición necesaria para que vivas una vida cómoda, hija. Nunca te dejaría en malas manos. Lo sabes, ¿verdad?

Con mucha tristeza levanté la cabeza hacia él y asentí despacio. ¿Qué podía decirle al hombre que había estado conmigo en cada momento de mi vida? ¿A la persona que había cuidado de mí y continuaba haciéndolo, a pesar

de su enfermedad? No existía la posibilidad de una negación, no estaba en mi mano tomar esa decisión porque por desgracia, por mucho que dijera y me empeñara en ello, no serviría de nada.

No se tendría en cuenta mi palabra y no porque mi padre no me respetara. Durante toda mi vida me había dado mi lugar, contraponiendo a los tiempos en los que vivíamos porque la voz de la mujer quedaba en el olvido y pasaba desapercibida por la autoridad e imposición del hombre.

Mi padre estaba muy enfermo, era la única familia que me quedaba. Mi madre se fue de nuestro lado debido a una mala enfermedad que no pudo superar, lo mismo que se estaba repitiendo hacia mi querido padre. Durante e tiempo que ella estuvo luchando, él fue su vitalidad. Por mi madre, para que no le faltara el soporte y la fuerza que no encontraba por sí misma, al deteriorarse cada día más, sin dejar de atenderme a mí y mis necesidades.

Desde que la tragedia asoló nuestra familia, él no consiguió salir de la tristeza por perder al amor de su vida, po una muerte que fue muy dura y dolorosa hasta llegar al final. Ese sentimiento lo había acompañado, sin descanso, haciendo grandes esfuerzos hacia mí para mostrarme su mejor versión y cara. Pero los problemas de salud fueron llegándole uno detrás de otro y según el doctor, en la última visita que nos hizo, su tiempo era limitado y con el paso de los días se acortaba más.

—¿Si acepto te irás feliz? —asintió emocionado, acariciándome las mejillas— Está bien, padre, así será —susurré con la voz entrecortada.

Lo único que quería en ese instante de nuestras vidas y el tiempo que le quedara junto a mí, era verlo feliz y tranquilo. Me sonrió con amor, retirándome las lágrimas de la misma forma. Me incorporé y lo abracé con fuerza, sintiendo la carga pesada en mi interior de que no sabía cuándo sucedería. En muchas ocasiones debía enfrentarme al pánico que me provocaba ser conocedora de que el tiempo iba en su contra y que un día cualquiera, sin previo aviso, podía dejarme demasiado pronto, sin poder tener la posibilidad de abrazarlo más, como lo estaba haciendo y recibiendo de sus brazos.

—Serás feliz, hija. Ese muchacho lo hará. En el acuerdo que he cerrado y sellado, he dejado varias cláusulas importantes claras. Una de ellas es que debe hacerlo, sobre todas las cosas. Nosotros también estamos bien posicionados y si se abstiene a llevarlo a cabo, cualquier punto, tú tendrás el poder de quitarle todos los beneficios que aportas al acuerdo.

Lo abracé con más fuerza y cuando me separé, le dediqué la sonrisa más bonita que tenía, con todo el amor que le procesaba.

—Ya puedes continuar con tu rutina. Yo debo terminar unos asuntos antes de reunirnos para comer.

—De acuerdo, padre, pero después descansará el resto del día y no acepto otra opción.

—Creo que tu futuro prometido va a ser el mayor sorprendido. No se va a aburrir porque si espera una mujer sumisa… —Carraspeó.

El humor que utilizó para decirlo provocó que riera, a pesar de todo lo que se removió en mi interior al escuchar la palabra «prometido», como siempre me sucedía desde que habló conmigo la primera vez sobre el asunto.

Una vez fuera de la estancia, alejada unas puertas y con la privacidad de estar sola en el pasillo, me apoyé en una de las paredes y lloré en silencio. Me llevé una mano al pecho, sintiendo una gran presión que me oprimía. Bajé la mirada hacia el suelo, sintiendo que mi vida, tal y como la había conocido siempre, estaba a punto de evaporarse en contra de mi voluntad.

No era justo, nada lo era, en poco tiempo me iba a quedar huérfana y sentía mucho miedo. Tenía dieciséis años recién cumplidos, era tan poco recorrido con mi familia. Me retiré las lágrimas de las mejillas, con rabia e incertidumbre, por quedar en manos de unos desconocidos que para mí no significaban nada y por los que tendría que poner mi mejor cara, cuando, en realidad, mi interior estaría destrozado.

¿Cómo sería ese hombre? ¿Ese joven? Al menos mi padre, que siempre había mirado por mí con todo su amor, no iba a dejarme a la merced de alguien mucho más mayor que yo, lo que agradecí inmensamente al conocer los planes que tenía para mí. Por lo que sabía, solo nos separaban cuatro años de diferencia, siendo él el mayor. Cogí varias bocanadas de aire, llevando la vista hacia la pared de enfrente y cuando escuché ruido en el despacho de mi querido padre me moví rápido, alejándome de allí para que no viera mi cara contraída y mi expresión de tristeza. Se merecía de mi parte, el tiempo que le quedara con vida, que fuera mi mejor versión y así sería.

Subí las escaleras que me llevaban hacia mi estancia privada y me encerré en ella, sin perder tiempo. Allí pude encontrar el desahogo que necesitaba. Tumbada en el lecho volví a llorar como una niña, en soledad, como no tardaría en estar el resto de mi vida. Porque por mucho que aceptara el compromiso frente a mi padre y, el contraer matrimonio con un hombre que nunca habían visto mis ojos, jamás lo querría, jamás me enamoraría de él, y, ni mucho menos, lo consideraría mi familia.

Me aferré a la almohada con fuerza, escondiendo la cara en ella, necesitando descargar toda la pena para después recomponerme y darle encuentro a mi padre en el salón principal, con una bonita y sincera sonrisa.

De vuelta al presente…

Me desperté de golpe, de la misma forma que abrí los ojos, aspirando una gran bocanada de aire al faltarme la respiración. Después de parpadear varias veces, para centrar la mente, me incorporé rápido, quedándome sentada. Un escalofrío me recorrió, había sido tan intenso… Necesitando comprobar y asegurarme de donde estaba, me miré a mí misma y a todo lo que me rodeaba. Estaba en la cama, con las sábanas enrolladas entre las piernas, todo parecía ser normal, todo, menos las sensaciones y sentimientos que recorrían mi interior.

Me froté la cara y el pecho con las manos, con fuerza… la situación que había soñado había sido tan vívida que sentía la tristeza y la ansiedad que se habían reflejado en el sueño, como mías propias. Llevé la mirada hacia la ventana y me deslicé entre las sábanas, bajándome de la cama. Subí la persiana y fijé los ojos hacia el exterior, respirando varias veces al comprobar también, que todo me era conocido porque había tenido la impresión de que me había ido a otro mundo diferente, algo que no llegaba a comprender.

Todas las sensaciones que se habían apoderado de mí habían sido idénticas al sueño que tuve el día de la barbacoa, junto a mis amigos, tumbados en una manta sobre la hierba. Llevé la vista hacia la mano en la que dejé constancia de aquel instante. Lógicamente ya no quedaba ni rastro de la marca del pinchazo que me hice, había pasado mucho tiempo. La única diferencia entre los dos sueños es que en el primero me vi a mí misma, con mi ropa actual, mi apariencia… en el segundo todo el escenario era de una época pasada, una muy antigua.

Desde aquella vez no me había vuelto a suceder, pero claro, había vivido una temporada tan intensa con los estudios y todo lo referente a ellos, que apenas me daba el tiempo necesario para dormir y descansar y, cuando lo hacía, era porque caía rendida y agotada, despertándome sin recordar nada.

Como sucedió la noche anterior después de la presentación de la tesis y la celebración con mi familia y amigos. Me refiero a que, tal y como caía en la cama, me quedé dormida al instante porque lo de recordar ya era otro tema aparte…

—Necesito un café urgente para dejarme de tantas tonterías —negué con la cabeza por todos los pensamientos qu me llegaban—. Mierda que solo ha sido otro sueño, intenso, pero ya está. —Bufé.

Fui hacia el baño, primero y me lavé la cara nada más entrar. Mientras me secaba me observé en el espejo. Tragué saliva, sintiendo un remolino en mi interior al ver la imagen que me devolvió.

Tiré la toalla encima del lavamanos, enfadada, y salí dirigiéndome hacia la cocina. Me preparé el café con leche y salí al balcón para tomármelo, necesitando que el aire de la calle aniquilara todo lo que se había asentado en mí.

Me froté la cara y el pecho con las manos, con fuerza… la situación que había soñado había sido tan vívida que sentía la tristeza y la ansiedad que se habían reflejado en el sueño, como mías propias. Llevé la mirada hacia la ventana y me deslicé entre las sábanas, bajándome de la cama. Subí la persiana y fijé los ojos hacia el exterior, respirando varias veces al comprobar también, que todo me era conocido porque había tenido la impresión de que me había ido a otro mundo diferente, algo que no llegaba a comprender.

Todas las sensaciones que se habían apoderado de mí habían sido idénticas al sueño que tuve el día de la barbacoa, junto a mis amigos, tumbados en una manta sobre la hierba. Llevé la vista hacia la mano en la que dejé constancia de aquel instante. Lógicamente ya no quedaba ni rastro de la marca del pinchazo que me hice, había pasado mucho tiempo. La única diferencia entre los dos sueños es que en el primero me vi a mí misma, con mi ropa actual, mi apariencia… en el segundo todo el escenario era de una época pasada, una muy antigua.

Desde aquella vez no me había vuelto a suceder, pero claro, había vivido una temporada tan intensa con los estudios y todo lo referente a ellos, que apenas me daba el tiempo necesario para dormir y descansar y, cuando lo hacía, era porque caía rendida y agotada, despertándome sin recordar nada.

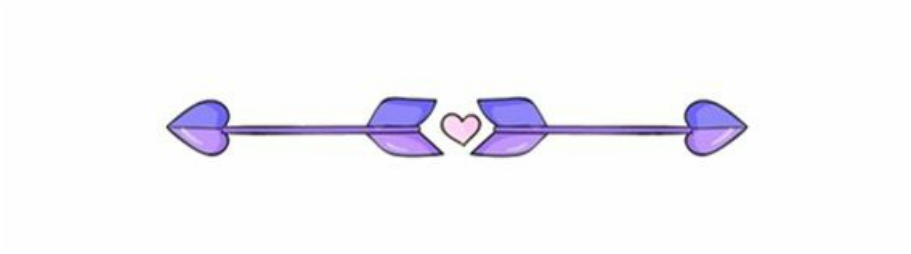
Como sucedió la noche anterior después de la presentación de la tesis y la celebración con mi familia y amigos. Me refiero a que, tal y como caía en la cama, me quedé dormida al instante porque lo de recordar ya era otro tema aparte…

—Necesito un café urgente para dejarme de tantas tonterías —negué con la cabeza por todos los pensamientos que me llegaban—. Mierda que solo ha sido otro sueño, intenso, pero ya está. —Bufé.

Fui hacia el baño, primero y me lavé la cara nada más entrar. Mientras me secaba me observé en el espejo. Tragué saliva, sintiendo un remolino en mi interior al ver la imagen que me devolvió.

Tiré la toalla encima del lavamanos, enfadada, y salí dirigiéndome hacia la cocina. Me preparé el café con leche y salí al balcón para tomármelo, necesitando que el aire de la calle aniquilara todo lo que se había asentado en mí.

Capítulo 8



Kenai

—¿Qué tal con el último interesado en la casa? —me preguntó Gareth, dándole un sorbo al botellín de cerveza.

—Ha ido bien, pero puede ir mejor. —Me encogí de hombros, con la vista fija hacia el jardín.

Estábamos en la mía, era domingo, y se refería a la mansión que adquirí hacía meses atrás. Todavía no la había vendido, a pesar de que las modificaciones y arreglos que le hizo Gareth los llevó a cabo en tiempo récord. Como ya hablamos y sabíamos, solo tuvo que retocar pequeñas cosas y darle una capa de pintura para dejarla como si fuera nueva.

Por mi parte, había renovado por completo el menaje, incluyendo todas las sábanas, colchas, mantas, toallas, mantelerías… todo lo que era esencial para el día a día tendría un primer uso cuando tuviera nuevos propietarios. Al igual que las partes fijas: cortinas, sofás, mobiliario, suelos y demás, nada de ello se había quedado sin tener una gran limpieza. Si cuando vivieran en ella elegían sustituirlo todo ya no era mi problema, pero al menos yo la entregaría impoluta.

—En resumen. —Carraspeó Nicole, desde el salón. Estaba echada en el sofá—. Que no quieres venderla porque s no, ya lo habrías hecho. —Terminó con voz cantarina.

—Eso no es correcto —negué girándome hacia ella.

—¿En serio? —Se incorporó quedándose sentada para mirarme directamente.

Se levantó haciendo una pausa y salió hacia la terraza donde estábamos Gareth y yo, ocupando una silla de al lado.

—No tengo ninguna prisa en venderla y cuando suceda, quiero sacarle el máximo provecho. —Me encogí de hombros.

—Por qué no asumes la realidad —continuó ella, en sus trece.

—Sorpréndeme diciendo cuál es. —Levanté una ceja, apoyando los brazos en la mesa.

—Que todas las ofertas te parecen y parecerán mal, que no vas a encontrar ningún comprador que se adapte a lo que piensas que vale. —Sonrió de medio lado—. Y cuidado, que yo estoy encantada, que sepas que hice la maleta hace meses en secreto y la tengo preparada para ocuparla junto a ti, en cuanto te decidas a trasladarte a ella. Pero, para que suceda, tienes que aceptar la realidad como he dicho, que no la quieres vender.

—No tienes ni idea. —Puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. —Bufó.

—Yo lo veo como ella. —Carraspeó Gareth y fijé la mirada en él, con expresión de interrogación—. Es raro que nada te parezca bien, la última cantidad que te ofrecieron era increíble y sobrepasaba la que una vez comentamos. Tenía muchos ceros, tío —dijo pensativo—. En cierta forma, estoy con Nicole. ¿Por qué no te vas unos días a vivir allí y te quitas el gusanillo? Si lo haces solo pueden darse dos opciones y habrás conseguido solucionar el tema de la casa.

—¿Qué dos opciones? —preguntó con la boca llena Nicole.

Acababa de comerse uno de los tentempiés que habíamos sacado para picar antes de la comida.

—Que termine de enamorarse de ella y que no salga más, o que acabe harto de tanto espacio y se desilusione porque no era lo que pensaba —le contestó Gareth, encogiéndose de hombros.

—Habláis sin saber —negué antes de acercarme el botellín de cerveza a los labios—. El único motivo por el que lo estoy alargando es porque la vivienda lo merece, no hay más. Con mi casa tengo de sobra, si ya me parece grande… —comenté pensativo.

—Te conocemos. —Me dio una pequeña patada en el pie Nicole. La miré de reojo.

—¿Ya sacaste todos los libros que querías? —Dirigió la conversación hacia otro tema Gareth.

—Ha llenado su casa y la mía —respondí por ella, divertido.

—Jo, es que hay un montón. —Hizo un puchero, haciéndonos reír.

—¿En serio? —Rio él.

—Aún no he terminado. Ah, se siente, es lo que tiene que todavía tengas las llaves —aclaró ella, riendo por cómo la miré.

—No te lo crees ni tú —negué.

—¿Qué apostamos? —Me lanzó una patata chip que cogí al vuelo.

Me la metí en la boca, masticando de forma exagerada para que le quedara más claro aún mi punto de vista. Terminamos riendo y entrando todos al interior de la vivienda, hacia la cocina. Cada uno se dedicó a una tarea y media hora después salimos hacia la terraza otra vez llevando con nosotros los platos.

—Hoy hace un día fantástico —comentó Nicole.

—Sí, se agradece el sol porque llevábamos unos días…

Había estado lloviendo durante casi una semana, sin descanso y sin aflojar. El césped y la vegetación tenían un verde intenso, como para que no fuera así… Comimos tranquilamente, relajados y conversando, hasta que cuando estábamos tomando una copa para digerir la comida mejor, Nicole sacó un tema que me tocó la moral.

—¿Sabéis a quién me encontré hace un par de días?

—¿En tu trabajo? —Tanteó Gareth.

—No, en la calle. —Sonrió mirándome de reojo.

—Si me vas a dar el momento ahórratelo. —Intenté frenarla.

—¿Por qué? —Se interesó Gareth.

—Solo hay que ver cómo me ha mirado y el tonito que ha utilizado —aclaré.

—Joder, pues esta vez no he sabido diferenciar ninguna de las dos cosas. —Rio.

—No es para tanto lo que voy a decir. —Recostó la espalda en la silla—. Me encontré con Anet. —Apretó los labios al ver mis ojos ponerse en blanco—. ¿Y a que no sabéis qué?

—Claro que lo sabemos —respondió mi amigo, conteniéndose para no volver a reír—. Preguntó por él —afirmó señalándome.

—Correcto. —Curvó los labios ella.

—¿Qué le dijiste? No se te ocurriría… —Empecé a decir, pero me interrumpió.

—Tranquilo que esa no se te acerca más. —Rio y levanté una ceja, en ese instante temiendo el motivo de sus palabras.

—Nicole… —la advertí.

—Le dije que estás prometido y que tu chica está embarazada. Me metí en el papel exagerando lo ilusionados que estáis por la noticia y que tú estás muy enamorado, como nunca te he visto —asintió satisfecha.

—¿Qué le dijiste qué? —Di un golpe en la mesa con una mano.

—Ostras, hubiera dado lo que fuera por ver la cara que se le quedó. —Se dobló en la silla Gareth, riéndose.

—¿Qué mejor manera para que no se acerque a ti más? Me dijiste hace tiempo que no querías saber nada de ella, yo solo he contribuido a que no te busque para evitarte el mal trago. —Me hizo un guiño, tan tranquila…

—Lo hubiera hecho encantando yo mismo —negué desaprobando las mentiras que había soltado—. Eres consciente, tú mejor que nadie, que siempre voy de frente y sin engaños. ¿Qué pasará si la veo de aquí a un tiempo y me dice que quiere quedar para conocer a mi pareja? ¿Cuándo me pregunte si me he casado y como está mi supuesto hijo? —Entrecerré los ojos.

—Yo que sé. —Se encogió de hombros—. Pues le respondes que tu chica está de viaje, que la tienes sometida en tu casa, que la dejas tan agotada por el placer que no puede poner ni un pie fuera de la casa, que te has separado y has descubierto que las mujeres no son lo tuyo, después de tantas experiencias fallidas… Qué leches sé yo, solo lo he iniciado, el resto es cosa tuya —soltó de carrerilla—. Y referente a tu hijo, pues más de lo mismo, se me ocurren muchas opciones que, si se da ese encuentro que dices, ya te las daré.

—Increíble. —Rio más Gareth mientras yo no aparté la mirada de ella.

—Lo único que tendrías que haber hecho es decirle hola y adiós, no sacarme como tema de conversación.

—No fui yo, ya te he dicho que me preguntó por ti —respondió con una mueca.

—Déjala, lo ha bordado —comentó Gareth después de beber un trago de agua para terminar de calmarse—. Esa no se acerca más a ti en una buena temporada, con el repelús que le dan los niños y las responsabilidades.

—Si no me importa el hecho de que la haya alejado de mí, eso lo agradezco. Pero la forma en la que ha sido… —negué sin entrarme en la cabeza todo lo que le había dicho.

—Ya me lo agradecerás. —Me hizo un guiño ella—. Solo tienes que procesar lo buena que he sido.

Me terminé la copa de un trago, llevando la vista hacia delante, hacia el jardín. Gareth y ella empezaron a hablar de otro tema, yo me metí en mis pensamientos. Sabía que Nicole lo había hecho con todo su corazón y buena intención, para evitarme el mal rato, pero no soportaba las mentiras, fueran del tipo que fueran.

Yo con una prometida y con un hijo en camino, ja, a ver quién se lo creía, me dije. Más que nada porque era muy conocido en la ciudad y en los alrededores de ella y por mucho que me pesara, la gente sabía más de mí de lo que quería en realidad. No porque yo contara nada de mi vida, pero me movía en círculos en los que las informaciones iban de boca en boca y en un pestañeo se formaban una idea de lo que había. Anet no tardaría en saber que todo era mentira, porque en ningún lugar ni momento, nadie me había visto con una mujer.

Sobre las seis y media de la tarde se fueron, despidiéndose de mí. Con una sensación extraña me dirigí hacia mi habitación para darme una ducha, para intentar quitármela de encima. Debajo del agua cerré los ojos dejando la mente en blanco, al menos al principio porque no tardé en empezar a organizar mentalmente todo lo que tenía que hacer al día siguiente, al inicio de la semana.

Hasta ahí bien, fue normal. Lo que me chocó por unos instantes, muy pocos en los que fui consciente, es que mi vista se quedara fija en las baldosas de enfrente y que, pasado ese pequeño espacio de tiempo, algo se desconectara dentro de mí, hasta el punto en el que cuando conseguí parpadear, me di cuenta de que me había ido de alguna manera extraña del baño, sin conseguir recordar si había pensado en algún tema o qué había ocurrido.

Me había evadido completamente y me encontraba tumbado en la cama. Ni puñetera idea de cómo salí de la ducha y llegué hasta ella, no me acordaba nada. Al sentir humedad debajo del cuerpo me incorporé maldiciendo porque estaba desnudo, seco, pero la colcha estaba mojada habiendo absorbido el agua. Di por hecho que, tal cual había salido de la ducha, me había acostado, sin pararme a secarme ni un poco.

—¿Qué mierda…? —Sacudí la cabeza con la vista fija en el espacio donde había estado tumbado, descolocado.

Fui hacia el baño y me miré en el espejo. Más sorprendido me quedé al darme cuenta, porque no lo había hecho hasta ese instante, por asombroso que pareciera, de la erección que tenía. Mi miembro estaba duro, en alto, con las primeras gotas de placer brillando en el glande.

—Joder… —susurré mirándolo como si fuera tonto.

A ver, entendedme, mierda que para llegar a ese estado en el que estaba las sensaciones no pasaban

desapercibidas. El inicio de la excitación y lo que provocaba, y más hasta llegar al punto en el que estaba, duro como una piedra, se hacía notar desde el inicio. Ya me entendéis.

Volví a mirar mi reflejo en el cristal, parpadeando varias veces y apreté la mandíbula por la imagen que volví a ver. ¿Había sido una erección natural? O, ¿había soñado con algo en el corto espacio de tiempo que hacía que no recordaba nada, aparte de estar en la ducha y de despertarme en la cama?

Salí del baño directo hacia la mesita de noche y me llevé otra sorpresa al darme cuenta de la hora que marcaba el móvil. Cuando Nicole y Gareth se habían ido eran las seis y veinte de la tarde y a los pocos minutos estaba el agua cayendo sobre mí… pues eran las nueve y diez de la noche.

—¿Han pasado casi tres puñeteras horas? No me lo puedo creer —dije con voz ahogada.

Solté el móvil en la mesita de noche y fui desnudo hacia el salón, donde un gran reloj de pared decoraba la estancia. Había pensado que el teléfono se había estropeado, desvinculado o qué mierda sabía, porque no me entraba en la cabeza lo que había visto. Pero sí, era correcto, como pude comprobar en el reloj de pared. Eran las nueve y once minutos para ser más exacto, en ese instante.

—¿Cómo es posible? —Me pasé las manos por el pelo, agobiado, intentando rescatar algún recuerdo— Mierda. —Me lo sacudí con fuerza, revolviéndomelo al no encontrar nada en mi cabeza.

Bajé la mirada hacia mi miembro, no se había venido abajo ni un poco. Apreté la mandíbula con rabia y regresé hacia la habitación. Lo primero que hice fue quitar la colcha de un tirón, para sustituirla por una manta que cogí del armario. Por suerte el agua que había absorbido de mi cuerpo no la había traspasado y todo lo que quedaba debajo de ella estaba seco.

Con una mala leche que no veas, ni me molesté en sacar la colcha mojada de la habitación. La dejé tirada en un lateral y me tumbé con movimientos brucos, quedándome tapado con la sábana y la manta. Intenté calmarme, cerrando los ojos y apretando los párpados para no abrirlos. Fallé en todos los intentos cuando sentí una sacudida de mi miembro.

—¡No me jodas! No me lo puedo creer —resoplé—. ¿Con qué mierda he soñado? Me cago… —Me froté la cara desvariando porque cada vez me sentía más excitado y en tensión y no lo comprendía porque la cosa ya tendría que haber bajado por sí misma, aunque solo fuera por el ánimo que tenía.

Dejé caer las manos a los lados del cuerpo, imponiéndome no moverme más. Ni siquiera me había planteado pasar por la cocina para cenar algo rápido por la hora que era, ni ganas me quedaron de hacer el intento de ir hasta ella. Solo quería borrar las últimas horas que había vivido y tenía gracia porque ni las recordaba, pero ese simple o gran hecho, era suficiente para querer dormirme y olvidarme de todo hasta el día siguiente.

Ja, dormirme, faena difícil cuando sentí otra sacudida que me hizo apretar la mandíbula otra vez.

—A la mierda… —me dije metiendo las manos por debajo de las sábanas, perdiendo mi propia batalla.

Un jadeo salió de mis labios, uno profundo y es que, al rodearme el miembro con una mano, el placer que sentí m superó. En la vida, jamás, había reaccionado de esa forma, ni mucho con la intensidad que lo hice desde que me apreté el glande, buscando aliviar el deseo que me recorría, sin sentido.

¿Qué más daba? En el estado en el que me encontraba lo único que necesité fue saciarme porque una vez que me toqué ya no hubo marcha atrás. Ni pude retroceder, ni quise, interiorizando el placer más intenso que había vivido a lo largo de mi existencia.

No parecía tener fin, no encontraba consuelo por mucho que mi mano se deslizaba con fuerza y sin descanso sobr todo el largo, haciéndome desesperar hasta el punto de gemir con una necesidad que me atravesó. Arrastrando mi propia humedad perdí la noción del tiempo en masturbarme y cuando ya no pude más, cuando el orgasmo me venció, me dejé llevar con una magnitud que me dejó más desconcertado si cabe.

Con la respiración muy desacompasada, con los ojos fijos en el techo y con la mano negándose a soltarme, me volví a preguntar qué mierda me había pasado y aún peor, con qué había soñado porque con lo duro que me había levantado y la necesidad imperiosa de ponerle remedio, había sido demasiado para cualquier sueño insignificante de los que solía tener.

Tragué saliva mientras me masajeaba un poco más, acariciándome, sintiendo todavía los estragos del placer. Aparté la ropa que había ahuecado para no macharla y me incorporé quedándome sentado en el borde de la cama, con la mirada hacia abajo, puesta en la parte de mi cuerpo que había estado tan necesitada.

—Ha sido una puñetera locura —murmuré sin salir del asombro.

Ja, dormirme, faena difícil cuando sentí otra sacudida que me hizo apretar la mandíbula otra vez.

—A la mierda… —me dije metiendo las manos por debajo de las sábanas, perdiendo mi propia batalla.

Un jadeo salió de mis labios, uno profundo y es que, al rodearme el miembro con una mano, el placer que sentí me superó. En la vida, jamás, había reaccionado de esa forma, ni mucho con la intensidad que lo hice desde que me apreté el glande, buscando aliviar el deseo que me recorría, sin sentido.

¿Qué más daba? En el estado en el que me encontraba lo único que necesité fue saciarme porque una vez que me toqué ya no hubo marcha atrás. Ni pude retroceder, ni quise, interiorizando el placer más intenso que había vivido a lo largo de mi existencia.

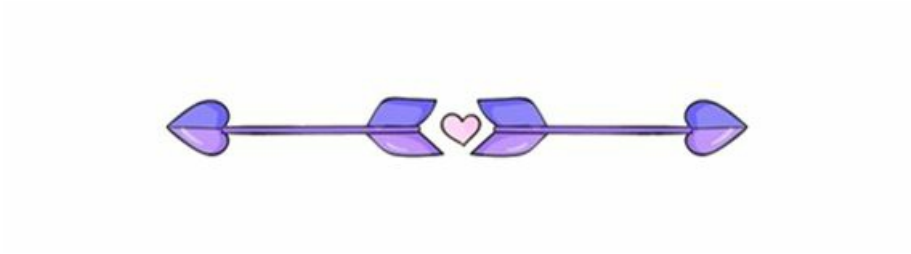
No parecía tener fin, no encontraba consuelo por mucho que mi mano se deslizaba con fuerza y sin descanso sobre todo el largo, haciéndome desesperar hasta el punto de gemir con una necesidad que me atravesó. Arrastrando mi propia humedad perdí la noción del tiempo en masturbarme y cuando ya no pude más, cuando el orgasmo me venció, me dejé llevar con una magnitud que me dejó más desconcertado si cabe.

Con la respiración muy desacompasada, con los ojos fijos en el techo y con la mano negándose a soltarme, me volví a preguntar qué mierda me había pasado y aún peor, con qué había soñado porque con lo duro que me había levantado y la necesidad imperiosa de ponerle remedio, había sido demasiado para cualquier sueño insignificante de los que solía tener.

Tragué saliva mientras me masajeaba un poco más, acariciándome, sintiendo todavía los estragos del placer. Aparté la ropa que había ahuecado para no macharla y me incorporé quedándome sentado en el borde de la cama, con la mirada hacia abajo, puesta en la parte de mi cuerpo que había estado tan necesitada.

—Ha sido una puñetera locura —murmuré sin salir del asombro.

Capítulo 9



Un mes más tarde…

Dafne

De pie, apoyada en una barra de sujeción del autobús, busqué dentro del bolso el móvil. Había empezado a sonar y sonreí cuando lo saqué, al ver que era Tania.

—¿Cómo está mi doctora en historia preferida? —dijo nada más descolgar.

—Con sueño, pero perfectamente. Solo conoces una. —Reí.

—Y tengo de sobra y bien orgullosa que estoy de ello. —Se unió a mis risas—. ¿No has dormido bien?

—¿Eh? Sí, más o menos, solo que por el calor me he despertado varias veces.

—Es que no entiendo la mala costumbre que tienes de no dormir con el aire acondicionado, sería la solución para que descansaras como un bebé toda la noche —se lamentó.

—Lo tengo justo enfrente de la cama. —Me excusé fijando la vista en la calle. Me acerqué a la puerta, al estar a punto de llegar a mi parada—. Si lo pongo por la noche, con lo que me destapo, me levanto con el moquillo colgando.

—No tienes remedio. —Rio.

—Si ya lo sabes para que lo sugieres —dije divertida, bajándome—. Acabo de llegar, hablamos más tarde.

—Vale, cariño. Que vaya tan bien como los días anteriores, dales caña a esos estudiantes y cómetelos. —Alzó la voz.

—En eso estaba pensando yo. —Reí.

Nos despedimos y me guardé el móvil en un bolsillo del pantalón vaquero. Empecé a caminar hacia la universidad, desde la parada se veía muy bien, un poco lejos, pero sin obstáculos.

No había sido sincera del todo con Tania, no había querido mentirle o más bien ocultarle una parte de la información, pero tampoco había querido sacar el tema porque hasta hoy, todavía no lo había hecho. Ni hacia ella ni hacia Héctor. Mi amiga no había notado nada raro, siempre que me había visto un poco más decaída se había creído mis excusas inocentes porque eran sin maldad, pero Héctor… él era otro cantar porque me escuchaba siempre decirlas, otra cosa es que me creyera.

Era consciente de que en el momento que menos me esperara, saltaría diciéndome algo cómo… «¿Esta vez vas a decirme la verdad? ¿Hasta cuándo vas a seguir escondiendo lo que sea que evitas decir?» Pero bueno, hasta que no llegara, pues a mí me servía para intentar evadirme de lo que me pesaba y lo que provocaba que por las noches y apenas durmiera.

En parte, no le había mentido a Tania, lo del aire acondicionado y el calor era muy real. El verano había llegado de golpe y de qué manera… Pero, aparte de eso, estaba el otro motivo, el que mantenía para mí porque no lo había querido exteriorizar. Ya sabéis cual es, los dichosos sueños que tuve y que vivisteis conmigo.

Tan tocada me dejó el último, hasta varios días después, que no había permitido que volviera a suceder. Me ponía alarmas por la noche cada dos horas, de ahí el cansancio que arrastraba y las ojeras que cada mañana tenía que cubrirme, para mostrar una cara que no tenía en realidad. Mi método había funcionado porque no había vuelto a soñar con nada, lo que agradecía, aunque a ciertas horas del día fuera arrastrándome, sin fuerzas.

Llegué al camino que llevaba al edificio principal de la universidad y sonreí recorriendo con la vista la fachada. Hacía dieciocho días que había empezado a trabajar en ella. Al final, el tiempo de vacaciones, el que dije que me tomaría y alargaría porque lo necesitaba, tampoco fue tanto en sí.

Enseguida me agobié estando en casa sin hacer nada porque mis amigos trabajaban. Sin contar el fin de semana que vino después de la presentación de la tesis, en el que salí con Héctor y Tania los dos días, después, los siguientes, me los tomé para descansar. Un buen y merecido descanso en el que al inicio solo me moví para alimentarme, yendo del sofá a la cama. Cuando me cansé, me dediqué a hacer una limpieza a fondo del piso porque debido al ritmo que había llevado, hasta el final de la tesis y con las oposiciones, solo había hecho el mantenimiento básico. Pues… que me aburrí al frenarme de golpe.

Las dos semanas y algún día más suelto de relax me sentaron de maravilla, ¿el problema? Que por las noches me negaba a dormirme. Aprovechaba para descansar en las siestas, para reponer algo de energía, pero cuando llegaba la oscuridad la enfrentaba como os he comentado. No supuso ningún cambio en mí, el agotamiento real había venido al empezar a cumplir con el horario de trabajo y con el rendimiento en él.

Entré en el edificio y me dirigí hacia mi despacho. Suena bien, ¿eh? Cuando Mauro me llevó hasta él el primer día de trabajo, casi me da algo. La emoción pudo conmigo y me puse a gritar y a saltar a puerta cerrada junto a él, provocando que no pudiera parar de reír al verme.

Dejando la puerta abierta, me dirigí hacia el armario que había en un lateral y me quité la cazadora vaquera, colgándola en una percha, al igual que hice con el bolso, apoyándolo en una balda. Al salir tan temprano de casa la temperatura era un poquito fresca y apetecía cubrirse, hasta que el sol calentara. Era pronto, las siete y veinte, la primera clase la tenía programada para las nueve y cuarto. Siempre me adelantaba para poder organizar bien el día y en este, en concreto, quería aprovechar para empezar a revisar y calificar las redacciones que les pedí a mis alumnos del primer grupo, hacía una semana.

Todo me sonaba tan bien… con una sonrisa ocupé la silla. Estaba abriendo la carpeta donde los agrupé el día anterior, al recogerlos, cuando un carraspeó me hizo levantar la mirada, dirigiéndola hacia el hueco de la puerta. Sonreí al ver a Mauro apoyado en el marco, con el mismo gesto que yo.

—Buenos días, compañera —me saludó con humor, como llevaba haciendo desde que empecé.

—Buenos días, eminencia en la materia, profesor, tutor, compañero y amigo —dije de carrerilla, provocando que riera.

De esa forma se separó de la puerta y entró, sentándose en la silla que quedaba enfrente de mí.

—¿Cómo va el trabajo? —Señaló con un gesto de la cabeza la carpeta que había abierto.

—Muy bien. Las clases emocionantes y productivas y esto —di varios golpecitos en los papeles—, son unas redacciones que les hice hacer al primer grupo hace unos días. Los tengo desde ayer a última hora.

—Ya sabes los plazos que hay. —Me hizo un guiño—. No te agobies.

—Sí. —Sonreí—. ¿Has venido para invitarme a un café? —Junté las manos, a modo de súplica porque lo necesitaba más que cualquier otra cosa. No que me invitara, esa vez pensaba adelantarme yo porque no había manera de que me dejara pagar, pero sí tenía la necesidad de meter en mi cuerpo cafeína. Rio por mis gestos y por la expresión que puse.

—Anda, vamos. —Se levantó y lo imité sin perder tiempo—. Ni se te ocurra ir a por el bolso, no vas a pagar —me avisó cuando vio mi intención. Hice una mueca con la que sonrió—. No he venido por ese motivo, pero no nos vendrá mal mientras te lo explico. Creo que lo vas a necesitar.

Me puse a su lado dándome por vencida y mirándolo intrigada, pero se mantuvo callado observándome de reojo.

—¿No vas a decir nada hasta que tengamos el café delante? —Probé suerte, para nada, ya os lo adelanto.

—Chica lista. —Curvó un poco los labios.

Como no me quedaba otra, saqué otro tema. Conversando cambiamos de edificio accediendo a la cafetería. Nos dirigimos hacia la barra y pedimos los cafés, pocos minutos después los teníamos preparados en una bandeja que Mauro cogió. Ocupamos una mesa y ante su silencio prolongado no pude resistirme más.

—Estamos aquí, sentados, con los cafés… ¿ya?

—Tienes que controlar la impaciencia. —Apretó los labios, divertido.

—La domino muy bien, pero últimamente no aguanto ni la mía, como para hacerlo hacia el resto. —Sonreí negando.

—¿Y eso? —Ladeó un poco la cabeza.

—Nada —solté un suspiro removiendo el café con leche—. Estos calores, no los llevo bien y como no me gusta dormir con el aire acondicionado. —Me encogí de hombros, repitiendo la misma excusa.

—Entiendo, pues no ha hecho más que empezar.

—Ya. —Hice una mueca porque mis pensamientos se dirigieron hacia lo que realmente me tenía así, esperando a que ya hubiera llegado al final.

Hasta había analizado si los sueños que tuve fueron debidos al trastorno emocional y de energía que soporté en aquellos momentos, debido al estrés que me provocó la recta final de los estudios. A saber, de dónde habían venido.

—Pero… —cuando volvió a hablar y dejó la frase en el aire, levanté la mirada hacia él. Por unos segundos me había quedado observando la taza.

—¿Qué?

—Que creo que tengo la solución perfecta para ti. —Acompañó a sus palabras con un guiño.

—¿Regalarme un viaje a una zona de costa? ¿En la que solo utilice el bikini y esté pasada por agua todo el día? —Reí.

—Bueno. —Carraspeó—. Con la primera parte que has dicho puede haber una similitud, ahora con el resto… ni por asomo te veo en bikini y como dices, en un clima totalmente diferente al que has dejado entrever.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—Me reuní hace una semana con el director. Cuando me llamó a su despacho no supe hacia dónde dirigiría la conversación.

—¿Quería hablarte de mí? ¿He hecho algo mal? —Me puse nerviosa.

—No te vayas por donde no es, todavía no me ha dicho nada —negó parando mis pensamientos.

—¿Entonces? —Cogí una bocanada de aire.

—Entonces… ¿qué te parecería irte a una universidad de Irlanda a trabajar?

—¿Cómo? —Alcé el tono de voz, con los ojos abiertos al máximo.

—Lo que has oído. —Rio—. Sabía que reaccionarías así. No te he dicho nada hasta ahora porque no era seguro. He estado llevando el tema junto al director y desde ayer ya tenemos la confirmación.

—Mauro, me has puesto nerviosa, no lo pillo. —Lo hice reír otra vez, mientras yo me removía en la silla, intranquila.

—Sabes que tenemos contacto con varias universidades extranjeras —asentí—, y que los intercambios del profesorado por largas temporadas son habituales —continuó y tragué saliva—. Pues nos han propuesto desde Irlanda, de una de sus mejores universidades, que hagamos un intercambio. Quieren enviar a un docente a la nuestra y, como es lógico, por nuestra parte deber ser igual.

—Mauro… —susurré—. ¿Me estás queriendo decir lo que estoy entendiendo?

—Sí. —Sonrió ampliamente—. El director en cuanto tuvo la propuesta encima de la mesa me hizo llamar y yo no lo dudé ni un segundo, te propuse a ti para ocupar la plaza en Irlanda. Espero que no te moleste, tampoco supone ninguna responsabilidad si no aceptas, pero he enviado toda la documentación necesaria para que la convaliden y puedas ejercer allí. Si rechazas la oportunidad, no pasa nada, puedo hacerlo de nuevo dirigiéndolo hacia otro docente.

—¡¡Nooo…!! —Apoyé las manos en la mesa, inclinándome hacia ella.

—¿No te interesa o no quieres que me eche para atrás? —Apretó los labios, haciéndome la pregunta igualmente, aunque sabía cuál era el significado de mi reacción.

—Me interesa, claro sí. Es una oportunidad increíble —susurré emocionada.

—Perfecto —asintió—. Pues la plaza es tuya.

—No me lo puedo creer. —Me tapé la cara.

—Has trabajado muy duro para conseguir todo lo que está llegando a ti, Dafne. Todos los doctores lo hemos hecho, de eso no hay duda, pero hay quienes brillan más que otros y ese es tu caso. La pasión con la que lo vives, la transmites en cada tarea que desempeñas.

—¿Tú no estás interesado? —Fruncí el gesto—. El puesto debería ser tuyo.

—¿Y dejar mi vida aquí? No. —Movió la cabeza varias veces, reafirmando su negación.

—Aurora te acompañaría —insistí, refiriéndome a su mujer porque no quería privarlo de la oportunidad.

—Claro que lo haría —sonrió con cariño—, pero yo no necesito viajar ni trasladarme a otro país para nada. Ya lo hice varias veces en el pasado, hoy día no es algo que llame mi atención. Tengo una vida cómoda y asentada junto a mi mujer, nuestros hijos viven cerca de nosotros y sabes que tenemos un nieto de cinco meses. No queremos perdernos el verlo crecer.

Asentí, conocía de sobra su vida y a Aurora de cerca. No era el único nieto que tenían, pero sí el más pequeñito. Mauro y ella no eran mayores, él tenía cuarenta y nueve años y ella, cincuenta, pero fueron padres muy jóvenes y el curso de la vida se había dado de esa forma, haciéndolos abuelos con sus edades.

—No sé qué decir —susurré.

—¿Que vas a preparar la maleta para dentro de cuatro días contando a partir de hoy?

—¿Cuatro? —Volví a alzar la voz, provocando que riera otra vez mientras asentía, confirmándolo—. Madre mía, que no tengo casi tiempo. —Me llevé las manos a los mofletes, apretándomelos—. ¿Se sabe cuánto tiempo tendré que estar allí?

—Mínimo un semestre, pero es ampliable.

—Oh. —Le di un sorbo al café con leche, sintiendo la garganta seca.

—Como queda poco para que finalice el segundo, un mes y medio, en principio este no contará. Lo hará cuando empieces en octubre.

—Vale, un mes y medio y después regreso. Ahora me da tiempo a llevarme solo lo necesario y después puedo preparar con tiempo el resto hasta que tenga que volver a irme. —Empecé a hacer cálculos.

—No hace falta que regreses si no quieres.

—¿De verdad?

—Las universidades, conjuntamente, se hacen cargo del coste del alojamiento una vez se aprueba el intercambio, hasta que finaliza. Da igual si hay un espacio vacío entre medio, como en este caso. Normalmente, la vivienda es un piso, pero puede variar según las características habituales de las zonas. Ya está todo aprobado y me consta que la vivienda también, aunque todavía no sé decirte los datos exactos. Tendré todos los detalles al finalizar el día.

—Es increíble —susurré sin terminar de creérmelo.

—Te lo mereces, Dafne, y créeme que no soy el único en tener ese pensamiento. Me he reunido con todo el profesorado para exponer la situación y al dar a conocer el nombre que he decidido, todos, sin excepción, han estado de acuerdo. Eres la más joven, todos entendemos la oportunidad tan buena que supone para ti, el resto ya tenemos un buen recorrido hecho.

—Voy a tener que ir agradeciéndolo cuando los vea —negué conteniendo las lágrimas.

—Pues tienes faena. —Reímos porque no éramos pocos.

—¿Y quién se pone a trabajar ahora? ¿Después de este bombazo? —Reí nerviosa.

—Nosotros —respondió uniéndose a mí.

Nos tomamos el café conversando del tema, le hice cientos de preguntas por todas las dudas que tenía. Pudo responderme algunas por sus experiencias vividas, otras más concretas, hasta que no finalizara el día como me había adelantado, tampoco las sabía él.

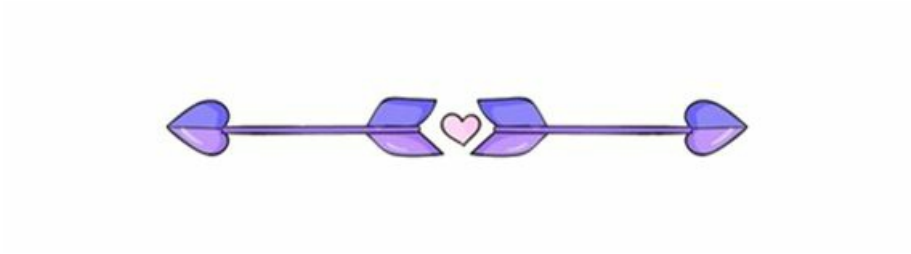
Quince minutos después, estábamos cada uno en nuestros puestos de trabajo. Me costó concentrarme, faena tuve para centrar la mente en las obligaciones durante las horas que estuve en la universidad. Dejé apartado el comunicarme con mi familia y amigos por cualquier vía, para no entretenerme más porque una vez que les dijera las novedades, me mantendrían al teléfono durante bastante tiempo, pasando de unos a otros.

—Me voy a Irlanda, yo… Ay, que me da. —Me reí sola en el despacho, haciendo girar la silla conmigo.

e

—Me voy a Irlanda, yo… Ay, que me da. —Me reí sola en el despacho, haciendo girar la silla conmigo.

Capítulo 10



A las seis de la tarde, del mismo día en el que Mauro me había dado la gran noticia de mi inminente viaje a Irlanda, entré por la puerta del piso. Lo primero que hice fue dirigirme hacia la habitación para dejar el bolso y la chaqueta, la que no llevaba puesta porque el calor todavía apretaba. Lo segundo fue ir hacia el baño.

Al mirarme en el espejo pude ver la sonrisa enorme que todavía tenía, con ella había pasado el día. Solté un suspiro al notar de repente el cansancio. Solía sucederme una vez frenaba, debido a los estragos de no descansar en condiciones y a las horas intensas en la universidad. Y a ese día le sumaba la emoción que me había provocadc el intercambio que iba a hacer.

Me quité los zapatos, me saqué la camiseta, me desabroché el pantalón vaquero deslizándolo hasta quedarme en ropa interior, pero no por mucho tiempo porque también me deshice de ella. Desnuda y preparada, me incliné en la bañera para poner el tapón. Iba a celebrarlo con un baño, nada de una ducha rápida.

Vertí un poco de jabón y mientras se llenaba de agua fui hacia la habitación y cogí el móvil. Aún no había informado de nada, pero no pensaba hacerlo hasta que saliera del baño porque entonces el teléfono no dejaría de sonar, tanto con mensajes como con llamadas. Era temprano, había tiempo de sobra. Dejé el móvil apoyado cerca por si Mauro me llamaba para comentarme la información que estaba esperando y entré en la bañera.

Solté un suspiro en cuanto me senté y el agua me cubrió de cintura para abajo. Me relajé al instante al sentir la temperatura calentita del agua. Por mucho que fuera verano, mi cuerpo rehusaba otra temperatura a no ser que fuera la de una piscina o playa. Y aun en esas ocasiones, tenía que hacer un precalentamiento mental antes porque me costaba horrores meterme directamente.

Cerré el grifo cuando la medida del agua fue la perfecta y recosté la cabeza en el borde de la bañera, cerrando los ojos, sin dejar de sonreír. «¿Cómo cambia la vida tanto de un día para el otro?», me dije. Impresionante, imposibl imaginar que recibiría el notición que Mauro me había dado cuando salí por la mañana del piso para ir hacia la universidad y enfrentar otro día de trabajo, con ilusión.

Y no me di cuenta, no fui consciente, ni me paré a pensar que con lo cansada que estaba, junto con la relajación que encontré al tener contacto con el agua, mis ojos no volverían a abrirse durante un tiempo, quedándome dormida sin querer cuando el agotamiento me superó.

En algún lugar de la inconsciencia…

*—My lady. —*L*a voz de Gladys me hizo girar hacia ella—. ¿Necesita de mi ayuda?*

—Te lo agradezco, Gladys, pero puedo sola. —Sonreí.

—Es mi deber, my lady.

—Está bien, como gustes —solté un suspiro y asentí.

Estaba en mi estancia, dándome un baño en la gran bañera que decoraba una de las esquinas. No me había dado tiempo ni a esparcir el gel por mi cuerpo, cuando apareció. Habitualmente Gladys aceptaba mi negación desde el inicio, pero ese día era uno «importante» y estaba nerviosa, todos lo estaban. Yo podía decir que tenía una mezcla de tristeza e impotencia que habían provocado que fuera un día para no recordar.

El día tan «importante» se debía a que mi prometido sería recibido por mi querido padre en nuestra casa. Dejé la vista fija en el agua, viendo mis piernas a través de ella. Faltaba tan poco tiempo para conocerlo... Tragué saliva sintiendo presión en el pecho.

—Tiene mucha suerte, my lady.

—¿Debido a qué? —susurré.

—Ha llegado hasta mis oídos, por varias muchachas del servicio, que su prometido es un hombre muy apuesto. Y también se comenta que es muy vigoroso. —Mi cabeza giró hacia ella, rápido, mostrando la sorpresa en mi expresión cuando la suya se cubría con un pequeño rubor. Provoqué que riera—. La última parte creo que son habladurías de las muchachas, por todo lo que provoca ante su presencia. Si no estoy mal informada, hace poco que su prometido regresó de otro lugar donde ha pasado gran parte de su vida. No es muy conocido en nuestras tierras, pero, aun así, las ocasiones en las que se ha dejado ver, todo son alabanzas hacia él.

—Todos habláis maravillas de su persona —susurré.

—Por ese motivo le he comentado que es muy afortunada y nosotros con usted, my lady. Su padre está emocionado por la inminente llegada.

*—Así es. —*C*erré los ojos al sentir sus manos frotándome el cabello.*

Como bien era conocedora, yo disfrutaba de esos momentos y se mantuvo en silencio mientras se ocupaba de mí.

No hice ningún movimiento, la dejé hacer. Del cabello pasó a frotarme el cuerpo y, por último, vertió agua sobre mí. Me incorporé despacio y ayudada por Gladys, salí de la bañera. Le agradecí que me cubriera el cuerpo y le pedí que me dejara ocuparme de mí.

Me sequé con una tela, pensativa, retirándome también el exceso de agua del cabello. Cuando terminé, me coloqué la vestimenta que reposaba sobre el lecho, esa parte con su ayuda y caminé hacia la gran chimenea que calentaba la estancia. Ocupé una silla y volví a cerrar los ojos al notar que volvía a atender mi cabello.

—My lady —susurró.

—¿Sí?

—¿No está contenta? —Levanté la mirada hacia ella, encontrando la suya preocupada.

Me conocía desde niña. Era una mujer fiel a nuestra familia, como también lo fue hacia mi querida madre. Me había acompañado en cada etapa de mi vida, por ello sabía muy bien diferenciar mis emociones y cambios de actitudes. Sonreí hacia ella, pero el gesto que se formó en mi expresión nada tuvo que ver con uno real. Fue forzado, con pinceladas de tristeza…

—¿Por qué debería estarlo? —susurré desviando la atención hacia el fuego.

—Sé que no es el futuro que esperaba tener, pero su padre…

—No lo pronuncies —susurré tragando saliva, bajando la vista hacia el vestido que cubría mi cuerpo.

Era muy bonito, de una tela preciosa y suave, elegante y festivo. La falda caía hasta los pies, suelta, y en la cintura se ajustaba porque la parte de arriba quedaba encajada al cuerpo, con un escote entre lo decente y lo tentador, dentro del protocolo habitual para eventos importantes. No solía utilizar esas vestimentas porque evitaba acudir a ellos.

Supuestamente era el adecuado para la presentación ante mi prometido, el que no conocía y del que todo lo que sabía era por habladurías. Hacía una semana que mi padre me había informado de que no tardaría en hacerse presente en nuestro hogar. ¿Estaría igual de nervioso que yo? ¿Querría lo que iba a suceder? ¿O quizás no habí podido oponerse al ser una imposición? Me hacía tantas preguntas, constantemente…

—Lo lamento mucho my lady, sabe el cariño y la devoción que le dispenso a su padre y a usted —habló en susurros, sin dejar de cepillar mi cabello.

Moví la silla cuando me pidió que pusiera el cabello frente al fuego y me quedé de espaldas a él, dejándolo caer por el respaldo de la silla.

—Soy conocedora. —Apreté una de sus manos y me la rodeó—. Hazme compañía un poco más.

—Como guste, encantada. —Arrastró otra silla y la ocupó a mi lado—. Su madre también estaría muy orgullosa de usted, en la joven y mujer en la que se ha convertido. —Sonreí sintiendo los ojos humedecidos.

Nos quedamos en silencio el resto del tiempo, el suficiente para que mi cabello se secara y luciera brillante y liso

—Está preciosa —dijo emocionada Gladys, cuando me incorporé.

—Gracias. —Deslicé las manos por la tela del vestido.

—Ese debe ser su prometido. —Soltó un jadeo al escucharse el sonido característico de que alguien había llegado.

—Ya está aquí —murmuré con un nudo en la garganta, girándome hacia la puerta de la estancia.

—La veo en el salón, my lady. Su padre me necesitará.

—Ve tranquila —asentí.

—¿Quiere que avise…?

—No.

—Como mande. —Hizo una pequeña inclinación y caminó ligera para salir, dejándome sola.

Me llevé una mano al pecho, sintiendo algo oprimiéndomelo. Después de tomarme unos instantes, levanté la barbilla, alisé la falda y caminé decidida para darle encuentro a mi padre, el que estaría junto al hombre al que había unido mi vida.

Bajé las escaleras pisando cada escalón con energía, mostrando una entereza que realmente no sentía. Pero nadie iba a saberlo, nadie iba a diferenciar la tristeza y el malestar que me consumían.

Cuando llegué al final de las escaleras, me paré al ver la imagen de mi querido padre y del otro hombre. Volví a frotarme las manos en la vestimenta, conteniendo la respiración. Todavía no sabía cómo era, quedaba de espaldas a mí, pero esa parte de su cuerpo, la espalda, provocó que no pudiera apartar la vista de ella. Era impresionante y todavía no había visto sus facciones.

Mi padre desvió la atención hacia mí al notar mi presencia y me miró con amor y orgullo, dedicándome una preciosa sonrisa. Solo por esos gestos valía la pena todo el esfuerzo que estaba haciendo. Sonreí de la misma forma hacia él, esperando el momento en el que mi prometido se girara hacia mí.

De vuelta al presente…

. Salí del agua cogiendo una gran bocanada de aire.

—Joder. —Tosí.

Me había deslizado por la bañera y terminado con la cabeza dentro del agua. Cuando más o menos me recompuse me apoyé en el borde largo, dejando caer la cabeza sobre los brazos. Me sentía mareada y empecé a controlar la respiración que se me había desestabilizado. Mucho tenía que haberme movido dentro del agua, inquieta, para terminar sumergida por completo en ella. Lamenté el haberme quedado dormida sin ser consciente. Quité el tapón para que la bañera se vaciara, sin mover nada más, sintiéndome débil.

Me miré las manos, las tenía arrugadas. Fijé la vista en el móvil, pero al estar bloqueado no aparecía la hora en la pantalla. Cogí varias bocanadas de aire y abrí el grifo para darme con un poco de agua, fresca en ese instante, en l nuca y en la cara. Necesitaba el contraste de temperatura, para recomponerme porque no me atrevía a levantarme, capaz de irme al suelo porque lo veía todo nublado por el mareo.

Tragué saliva por las sensaciones que se volvieron a asentar en mí, provocadas por el sueño.

—¿Qué significa? —murmuré recostando la espalda con cuidado como al principio, con los ojos abiertos, enfocados al techo.

Estuve en la bañera, sin agua, el tiempo necesario hasta que me estabilicé y me enjaboné rápido, al igual que me aclaré. Con movimientos lentos salí y me cubrí con una toalla, aferrándome con fuerza a ella. Siempre me quedaba impresionada por la intensidad con la que vivía lo que me sucedía, interiorizándolo de una forma que sentía con mucha fuerza la tristeza, la ansiedad y en esta ocasión, me sorprendí más al sentir un fuerte deseo, dirigido hacia antes de que casi me ahogara en mi propia bañera.

Mandaba narices. Sacudí la cabeza, desconcertada, mientras me frotaba con energía la toalla. Cuando estuve seca me la enrollé sobre el pecho, junto a otra más pequeña con la que me cubrí el pelo y salí hacia la habitación. Caminé hacia la cama donde tenía el pijama y me lo puse, regresando al baño para secarme el pelo.

Quince minutos después me senté en el sofá, dejando el móvil al lado. Había comprobado que Mauro no me había llamado y me tomé unos minutos más para terminar de tranquilizarme. Preferí esperar a saber de él para hacer las llamadas a mis familiares y amigos, así les daría toda la información de golpe.

Recostada en el sofá, con el teléfono entre las manos, dejé la vista fija en la hora que era. Cogí aire, había estado dormida más de dos horas, eran pasadas las ocho y media de la tarde. Normal que me hubiera despertado arrugada por el agua, negué lamentando haberlo hecho.

Tan concentrada estaba en la pantalla, metida en mis pensamientos, que me sobresalté al escuchar el sonido de llamada.

—Mauro… —respondí.

—Hola Dafne, te acabo de enviar un correo electrónico con toda la información. En él tienes todos los datos, ahora sí, ya está todo encaminado. Mañana será el último día que vengas a la universidad.

—Puedo asistir hasta el final, me dijiste que faltan cuatro para irme contando desde hoy —susurré.

—No, hazlo como te he dicho —remarcó—. Es como se suele hacer. Mañana no tendrás todo el día para preparar el equipaje, pero al siguiente sí, lo tienes libre. Dos días y al tercero vuelas hacia Irlanda. En el correo electrónico también te he adjuntado el billete de avión y de autocar. Cuando te establezcas en Irlanda tienes que ir a la universidad, no hace falta que sea en cuanto llegues. Hasta que te incorpores pasarán varios días, los que se dan de plazo para que te habitúes a la vivienda y demás, pero sí tienes que entregar la documentación que mañana te daré y presentarte al responsable y el que será tu respaldo durante todo el tiempo que estés allí.

—Vale —solté un suspiro—, pero mañana me lo repites, ¿ok? —Rio y sonreí tensa porque no tenía la cabeza centrada, todavía.

Me había enterado, pero no quería que se me pasara por alto algún detalle importante.

—Ahora descansa, mañana nos vemos.

—Gracias, Mauro. Igualmente, hasta mañana.

Colgamos a la vez y accedí al correo, abriendo el que me había enviado. Sonreí al leer toda la información y enseguida miré en internet la dirección de la vivienda que me habían adjudicado.

—¡Qué pasada! —Me moví en el sofá, hasta quedarme sentada en el filo.

Pasé todas las imágenes que se mostraron. No la consideré como piso porque la construcción solo constaba de dos plantas. Era como una casa de dos alturas y la planta baja sería la mía. El conjunto que formaban las viviendas contiguas era precioso porque todas seguían la misma línea. Por lo visto estaba cerca del centro de la ciudad, a pocos minutos de la universidad a la que tenía que ir porque también comprobé la dirección.

Fui animándome poco a poco, hasta que me decidí a llamar primero a mis padres y a mi tía, a los que informé del nuevo cambio que iba a dar mi vida durante una temporada. Los tres se emocionaron mucho y me elogiaron por lo que había conseguido. Media hora después de colgar la última llamada, hice lo mismo hacia mis amigos, pero con ellos mediante una videollamada conjunta ya que por la hora que era estaban en sus casas.

En cuanto solté la bomba Tania empezó a saltar y a gritar. Al principio no se lo creyó, tuve que repetirlo varias veces e insistir, hasta que se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad. Ahí empezó a llorar sin poderse contener, por la gran oportunidad que era para mí, por la ilusión que me hacía y también por la separación que íbamos a tener. Pero, en resumen, todo fueron alegrías, al igual que las palabras que me dedicó Héctor, orgulloso y feliz por el paso tan importante que iba a dar.

Una hora después, a las diez y veinte de la noche, apagué las luces del salón y me dirigí por el pasillo hacia mi habitación. Había cenado algo rápido en compañía de mis amigos y en ese instante mis ánimos estaban por las nubes debido a la alegría que me habían transmitido tanto mis padres y mi tía, como mis amigos.

Sin querer pensar en nada más, porque lo que había apartado de la cabeza notaba que a la mínima saltaría sobre mí para darme un buen bajón, me metí en la cama y apagué la lámpara que tenía en la mesita de noche, después de haber puesto todas las alarmas necesarias para que me sonaran en intervalos de dos horas, como solía ser habitual de un tiempo a esta parte.

Me negaba a que los sueños volvieran a atraparme, así me llegaran las ojeras hasta el suelo.

Tocada, así me quedaba con cada uno de ellos, de una forma que me costaba asimilar… apreté los párpados y luché para no atraer nada a la mente, puse todo mi empeño hasta que lo conseguí y perdí, poco a poco, la noción de todo.

Fui animándome poco a poco, hasta que me decidí a llamar primero a mis padres y a mi tía, a los que informé del nuevo cambio que iba a dar mi vida durante una temporada. Los tres se emocionaron mucho y me elogiaron por lo que había conseguido. Media hora después de colgar la última llamada, hice lo mismo hacia mis amigos, pero con ellos mediante una videollamada conjunta ya que por la hora que era estaban en sus casas.

En cuanto solté la bomba Tania empezó a saltar y a gritar. Al principio no se lo creyó, tuve que repetirlo varias veces e insistir, hasta que se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad. Ahí empezó a llorar sin poderse contener, por la gran oportunidad que era para mí, por la ilusión que me hacía y también por la separación que íbamos a tener. Pero, en resumen, todo fueron alegrías, al igual que las palabras que me dedicó Héctor, orgulloso y feliz por el paso tan importante que iba a dar.

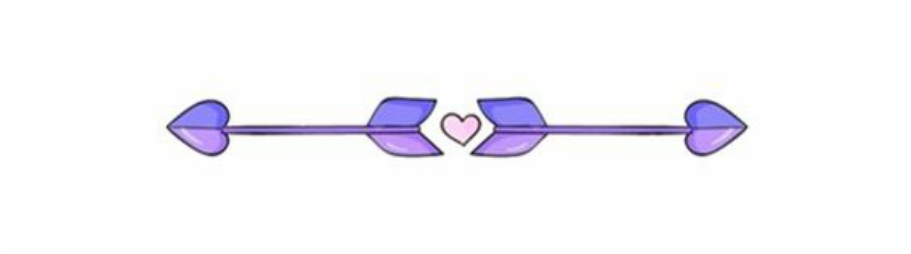
Una hora después, a las diez y veinte de la noche, apagué las luces del salón y me dirigí por el pasillo hacia mi habitación. Había cenado algo rápido en compañía de mis amigos y en ese instante mis ánimos estaban por las nubes debido a la alegría que me habían transmitido tanto mis padres y mi tía, como mis amigos.

Sin querer pensar en nada más, porque lo que había apartado de la cabeza notaba que a la mínima saltaría sobre mí para darme un buen bajón, me metí en la cama y apagué la lámpara que tenía en la mesita de noche, después de haber puesto todas las alarmas necesarias para que me sonaran en intervalos de dos horas, como solía ser habitual de un tiempo a esta parte.

Me negaba a que los sueños volvieran a atraparme, así me llegaran las ojeras hasta el suelo.

Tocada, así me quedaba con cada uno de ellos, de una forma que me costaba asimilar… apreté los párpados y luché para no atraer nada a la mente, puse todo mi empeño hasta que lo conseguí y perdí, poco a poco, la noción de todo.

Capítulo 11



Kenai

Dentro del coche, parado a cierta distancia de la puerta principal de la mansión que todavía no había vendido, tenía los ojos puestos en la fachada y en todo el verde que la rodeaba. Lo único que se escuchaba en el interior del vehículo era el ruido de las llaves que lanzaba y caían en la palma de mi mano, repetidamente.

Había algo que había ocultado, no por ningún motivo, simplemente porque ni yo mismo sabía a qué se debía porque siendo sincero, era como una sensación, intuición o vete a saber qué. Por eso no lo había exteriorizado. ¿Qué decir al respecto?

El móvil sonó y llevé la vista hacia la pantalla, cerrando el puño con las llaves, apretándolas. El nombre de Nicole apareció en grande, pero opté por dejarlo sonar para devolverle la llamada más tarde. Cuando se cortó lo cogí del soporte y abrí la puerta, bajándome. Apoyé una mano en el techo cuando cerré, observando todos los detalles otra vez.

«Joder, que es una casa normal, enorme, pero normal. No la de los espíritus», me dije empezando a caminar hacia la entrada principal.

Si había decidido, o más bien, necesitado estar en ella solo, era porque necesitaba interiorizar lo que me transmitía sin nada más que acaparara mi atención. Había recurrido varias veces a la posibilidad que comentó Gareth cuando comimos en mi casa junto a Nicole, la de trasladarme a la vivienda, aunque fuera por pocos días, para cerrar algo que se había iniciado en mí desde que la vi y lo que se había ido afianzando en mi interior, sin darme cuenta, hasta el punto de rechazar cantidades desorbitadas de dinero de futuros propietarios.

Llegué hasta la puerta e introduje la llave, girándola varias veces hasta que la cerradura se desbloqueó. Cerré tras de mí y abrí el pequeño armario que estaba en alto, ocultando el cuadro eléctrico. Subí todos los interruptores, activando la corriente en toda la casa y automáticamente las luces se encendieron. Así debía ser porque había dejado a propósito los interruptores de cada estancia en la posición de encendido, para que cada vez que entrara con algún posible comprador, para enseñársela, estuviera iluminada por completo desde el principio.

Recorrí el corto pasillo, que era bastante amplio y hacía de recibidor, hasta llegar al salón. Llevé la vista hacia

todo el conjunto, desde los sofás, que parecían nuevos, los muebles que acompañaban a la estética de la construcción, los aparatos electrónicos que había… mis ojos pasaron de una cosa a otra, hasta llevarlos al extremo opuesto, donde había un arco que daba a una cocina enorme.

En la vivienda todo era de medidas más que considerables, como ya he comentado en alguna ocasión. Para que os hagáis una idea aproximada del salón, el espacio que ocupaba era casi tres cuartas partes del total de la casa donde yo vivía. Tirar hacia arriba en los cálculos y la imagen que os habéis formado porque mi casa no era pequeña precisamente.

Llevé la vista hacia el inicio de las escaleras que quedaban al fondo, desplazadas hacia la derecha. Atento a todo lo que me envolvía, no detecté nada fuera de lo común, por lo que caminé hacia la gran cristalera que daba al jardín y pulsé el botón para subir las persianas. La claridad no tardó en entrar, eran las cuatro de la tarde, todavía faltaba como mínimo una hora para que el día fuera decayendo.

Le di la espalda y me dirigí hacia las escaleras, subiendo los peldaños mientras el sonido de mis zapatos al contacto con ellos retumbaba en el espacio vacío. Parado arriba, observé todas las puertas de las habitaciones que estaban abiertas, girando sobre mí porque el hueco de la escalera quedaba en el centro y las puertas estaban repartidas alrededor de ellas.

Hasta que fijé los ojos en la única que estaba cerrada. Detrás de ella estaba la que ya dije que me encantaba y de la que se enamoró Nicole en cuanto la vio, queriendo una calcamonía en su casa, a tamaño reducido. Me dirigí hacia ella y rodeé el pomo con una mano, abriéndola de golpe, haciendo un recorrido visual antes de entrar. Con el ímpetu con el que lo hice no supe qué pensaba encontrar dentro, porque estaba tal y como la dejé, lógicamente.

En realidad, no tenía ni puñetera idea que pensaba encontrar en general, pero ahí estaba, observando todos los detalles, atento a cualquier sonido. Llegué hasta el centro y me fijé en la cama protegida por el dosel, con la tela transparente que lo decoraba alrededor de ella. Mis pies se movieron solos hacia una de las ventanas y moví la cortina, viendo el jardín.

Y sucedió, lo sentí. Me giré rápido quedando de frente hacia la habitación, con el gesto fruncido al notar cómo me recorría una vibración no reconocida y extraña.

—¡Qué cojones…! —Me presioné el estómago, frotándomelo—. Se me está yendo la puñetera cabeza con esta casa. —Apreté la mandíbula—. Menuda idiotez. —Sacudí la cabeza y salí dejando la puerta cerrada, como había estado.

Bajé las escaleras más rápido de lo que las había subido y fui hacia la cocina. Al principio de todo, compré una cafetera para ofrecerle a los clientes cafés, mientras les hacía una ruta guiada por la vivienda. La cocina estaba equipada hasta con el más mínimo detalle, pero preferí llevar una de mi propiedad que retiraría en cuanto consiguiera cerrar algún acuerdo de venta.

Cogí un vaso desechable y me hice uno doble. Cuando lo tuve listo, salí y fui hacia el salón, atravesándolo, yendo directo hacia el porche de la terraza. Parado junto a una gran mesa, le di un sorbo. En ese momento ya había dejado apartada la tontería que me había dado en la planta superior, porque eso había sido. Había estado tan pendiente de todo que hasta yo mismo me había provocado lo que había sentido, estaba seguro de ello.

Cuando me terminé el café dejé el vaso vacío en la mesa y metí las manos en los bolsillos del pantalón, cogiendo una gran bocanada de aire por todo lo que me transmitía el paisaje. En unas de las pasadas que hice, mis ojos se pararon en el punto exacto del jardín donde me vi sorprendido por Nicole, sin saber cómo llegué hasta él bajo la lluvia y sin notarla caer sobre mí.

Increíble, pero así fue. Eso me provocó una especie de inquietud que me había hecho sentirme raro, aparte de que tuve la misma sensación que acababa de experimentar en la habitación, hacía tan solo unos instantes, por segunda vez. Aquel día con Nicole, cuando fui consciente de donde estaba y cómo, noté la vibración por primera vez, pero mucho más intensa, mucho más profunda, provocando que todo mi cuerpo temblara, a pesar de que lo oculté. Tan fuerte fue, que durante varios días no conseguí dejar de sentirla, percibiendo como fue aflojando poco a poco hasta desparecer.

Una paranoia, aunque en aquel momento, cuando salí del estado de aturdimiento, no quise darle mayor importancia. Pero la mente de vez en cuando me jugaba malas pasadas, lo que me llevaba a hacerme muchas preguntas que no tenían respuestas, porque no las sabía.

Durante el transcurso de los días que habían pasado, incontables veces había intentado obligarme a recordar, forzándome para recabar algún detalle del espacio de tiempo vacío. El resultado en cada uno de esos intentos había sido frustrante porque todavía no entendía cómo cojones me moví del porche, del mismo en el que estaba en este instante, caminando hacia el jardín bajo la lluvia, sin ser consciente de absolutamente nada.

Dejé pasar los minutos, en tensión, porque estuve a la expectativa, pero fue evaporándose cuando vi que todo se mantenía estable. Sacudí la cabeza, recogí el vaso y entré al interior, cerrando la corredera y pulsando el botón de la persiana para que bajara. La claridad del día no tardó en desaparecer mientras me dirigía hacia la cocina, donde tiré a la basura el vaso.

Preparado para irme me paré en la entrada principal antes de hacerlo, sacando el móvil del bolsillo para hacer una llamada.

—¡¡Holaaa…!! —dijo nada más descolgar Nicole, sonreí.

—Hola preciosa. Estoy en la casa que estás deseando que me quede y…

—¿¡En serio!?

—Sí —negué divertido—. Te llamo porque ya que estoy aquí lo mismo quieres que coja más libros de la lista que hiciste, así te los doy el próximo día que nos veamos.

—¿Dármelos? Los últimos treinta siguen en tu casa. —Rio.

—A la espera de que te los lleves. —Carraspeé.

—Espera. Voy a por la lista y te digo. —Ignoró a propósito el responderme.

Tendría los libros durante una buena temporada en mi casa, pensé, mientras caminaba hacia la estancia que hacía de biblioteca, esperando a que regresara. La puerta estaba abierta y accedí a ella, hasta quedarme enfrente de las grandes y altas estanterías de libros.

—Ya la tengo, atento…

—Tampoco te pases, ¿eh? Que solo tengo dos manos. —Reí.

—Nahhh… solo serán unos diez, y estás fuerte. —Se unió a mí en las risas.

—¿Diez más? ¿Cuándo piensas leer todos los que te has llevado?

—Uy, te sorprendería saber cuántos he pasado ya al montón de terminados —dijo cantarina.

—Está bien —solté un suspiro—. Adelante.

Primero me orientó hacia donde tenía que desplazarme porque ocupaban tres paredes completas. Una de las veces que la traje hasta aquí hizo un croquis, posicionándolos en la imagen para ir directa hacia ellos la siguiente vez que viniera. Seguí sus indicaciones y uno a uno los fui agrupando hasta tener los diez.

—Hecho, me voy ya.

—¿Para qué has ido?

—Para echar un vistazo. Llevaba días que no venía y quería controlar que todo estaba bien.

—Vale.

—Hablamos más tarde o mañana, ¿ok?

—De eso nada, olvídate de la tecnología. Mañana me presento en tu casa. —Rio y negué sonriendo mientras salía de la estancia cargando los libros, con el móvil apoyado entre el hombro y la oreja.

—Ya podrías haber elegido algunos con menos páginas, a este paso necesitaré una carretilla para transportarlos —comenté divertido porque los diez tenían bastante grosor.

—Me parece que poco varían. Todos los que reposan en las estanterías tienen las mismas características por lo qu se ve a simple vista.

—Cuelgo ya que me faltan manos para cerrar.

—Te quierooo… —dijo cantarina y fue lo último que oí de ella.

Sonriendo, de esa forma agarré el pomo como pude y abrí. Coloqué los libros sobre el felpudo porque para cerrar con llave necesitaba hacer presión hacia mí, me guardé el móvil y bajé todos los interruptores del cuadro eléctrico Por unos segundos llevé la vista hacia lo poco que se veía del interior oscuro, pensativo.

Sacudí la cabeza y acompañé a la puerta hasta dejarla encajada, metiendo la llave en el bombín y girándola, hasta que quedó cerrada por completo. Abrí el coche con el mando y volví a cargar con los libros, yendo directo hacia él.

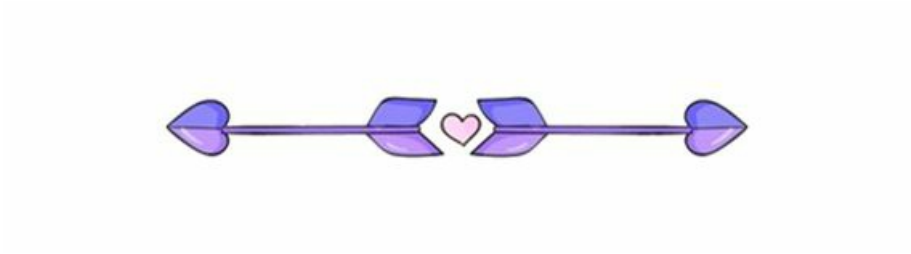
—Lo mismo me lo pienso… es lo único que se me ocurre para terminar de aniquilar las tonterías —dije metido en mis pensamientos cuando estuve sentado delante del volante, repiqueteando los dedos en él, con la mirada perdida en la fachada.

Me había referido a que la posibilidad de hacer una pequeña maleta y venirme a vivir a la casa, aunque fuera fines de semanas alternos, había cogido peso. Tenía sentimientos muy encontrados con la vivienda, por un lado, ya he comentado que estaba enamorado de ella, desde la primera imagen que vi. Por otro, la incertidumbre y la curiosidad podían conmigo, en el sentido de lo que había experimentado.

Hice una pasada rápida con la vista por toda la zona mientras arrancaba y giré el volante para tomar el camino asfaltado que llevaba hacia la gran reja que limitaba el acceso y la visibilidad hacia el terreno. Parado y mirando por el espejo retrovisor, volví a ponerme en movimiento en cuanto me aseguré de que se quedaba bien cerrada.

Al estacionar en el garaje de mi casa, una vez entré, lo primero que hice fue llevar la pila de libros junto al resto que estaban colocados por montones, ocupando gran parte de una mesa y los que, según Nicole, no le cabían porque no sabía dónde colocarlos. El «según» es muy esclarecedor porque ya os digo que tenía espacio de sobra, solo que, de esta forma, bajo su punto de vista, me estaba presionando para que le ampliara la biblioteca que encargué hacer para ella cuando le compré la casa, para regalársela.

Capítulo 12



Dafne

—No tienes remedio —dijo sonriente Héctor.

—¿Por qué? —Me giré hacia él, estábamos dentro de su coche.

—¿En serio? Solo a ti se te ocurre venir a la universidad antes de ir hacia el aeropuerto. —Rio.

—No voy a entrar en el edificio central, solo necesito ir a la biblioteca un momento —negué, sonriendo.

—Te libras porque vamos con tiempo de sobra.

Así era. Me había recogido en el piso para llevarme al aeropuerto y tomarse un café conmigo, sin prisa, antes de despedirnos porque era el día en el que viajaba hacia Irlanda. De Tania me despedí la tarde anterior, debido a su trabajo no nos había podido acompañar. De mis padres, Alicia y Alonso, lo hice dos días atrás porque vinieron para pasar un tiempo conmigo, quedándose en mi piso. Y de mi tía, Diana, me había despedido varias veces, cada vez que nos llamábamos, lo que últimamente se había dado cada día.

—Estás muy gruñón. —Reí bajándome.

—¿Yo? Será posible que tenga que oír eso, precisamente de ti —dijo poniéndose a mi lado, con una ceja levantada.

—Yo soy *miss* simpatía. —Le saqué la lengua.

—Desde que sabes lo de Irlanda porque antes… aún estoy esperando para que por ti misma me digas porqué tienes tantas ojeras, las que ocultas con el maquillaje. Y porqué arrastras tanto cansancio, mucho más que cuando tenías un ritmo frenético de estudio y estrés.

—Será por el cambio tan brusco que le he dado al cuerpo. —Me encogí de hombros empezando a caminar—. En

cuanto he bajado la intensidad me ha venido de golpe todo el cansancio. De casi ni respirar, ahora lo hago demasiado. Es muy diferente la rutina que conocía, a la que tengo desde que finalicé la etapa de formación y la nueva laboral que he empezado.

—Esa parte la entiendo, pero no vas a hacerme cambiar de opinión. Sé que hay algo más y por eso, cuando estemos tomando el café en el aeropuerto, te lo preguntaré de otra manera. Ves pensando en ello para hablarme claro, ¿de acuerdo?

—Estás muy susceptible, ¿es por qué no nos vamos a ver por un tiempo? —Acompañé a mis palabras con expresión de inocencia.

—Ja, ja, ja… Acabas de darme más motivos, sin saberlo. Como he dicho ves pensando bien, porque no quiero más excusas. —Pasó un brazo sobre mis hombros y terminó riendo por la mueca que hice.

Nos separamos al llegar a la entrada de la biblioteca y me siguió en silencio cuando me moví por ella. Había tenido la necesidad de hacer una última comprobación antes de irme de España. Sí, me estoy refiriendo a que quería comprobar si habían devuelto a la estantería el libro que una vez tuve entre las manos y que después, se cayó al suelo pareciéndome extraño, para terminar por no encontrarlo el día que fui a buscarlo. Desde la última vez que conocéis, en la que estuve en la sección especial, no había vuelto a hacer el intento.

Con el trajín de todos los cambios que había tenido, más todo lo que llevaba acumulado encima, había desconectado de ese tema y la verdad, no había vuelto a acordarme. Pero no sé por qué, la noche anterior cuando guardaba en la maleta lo último que quería llevarme, vino a mi mente.

Sorprendida me quedé al pararme frente a la estantería, con Héctor a mi lado. ¿El motivo? Porque en realidad había esperado no encontrar el libro. Pues había sido un error por mi parte tener ese pensamiento porque estaba perfectamente colocado y visible, donde lo vi la primera vez.

—Y sigue aquí… —susurré sin entender por qué no estaba en la sección especial de obras antiguas, que era al siguiente lugar que había pensado ir si el hueco continuaba vacío, antes de irme de la biblioteca.

—¿Cómo? —Escuché el murmullo de la voz de mi amigo, pero ni respondí ni lo miré, no aparté la vista del lomo.

Levanté el brazo y lo deslicé hasta sacarlo. Cuando lo tuve en las manos dejé la mirada fija en el título con letras grandes.

—¿Es el que querías? ¿Dafne? —susurró.

—¿Qué? —Levanté la cabeza hacia él, igualando el tono de voz.

—¿Qué si es el que buscabas? —asentí— ¿Qué te pasa?

—Nada, solo que daba por hecho que no estaría. —Me encogí de hombros, reaccionando normal.

—Pues has tenido suerte. —Sonrió.

—Eso parece. —Le devolví el gesto.

—¿Vamos o necesitas alguno más?

—No, ya está. —Lo rodeé con los brazos, acercándomelo al pecho y empezamos a andar hacia el mostrador—. Hola —saludé a Mireia, una de las chicas que trabajaba en la biblioteca.

—¡Dafne! Hola. —Me sonrió, alegre, igual que hice yo.

Héctor también la saludó, obteniendo lo mismo de ella. Después se quedó en silencio para dejarme hacer a mí.

—Mira, quiero llevarme este libro. —Lo apoyé en el mostrador, acercándoselo—. Lo que pasa es que hay un problema.

—Perfecto. —Lo cogió—. ¿Cuál?

—Es que hoy me voy de viaje y…

—Enhorabuena —me cortó, emocionada—. No sabía cuándo sucedería, pero sí que lo harías. No hemos coincidido desde que empezaste a trabajar.

—Vaya, sí que corren las noticias —hablé divertida.

—Si es bueno, vale la pena, ¿no?

—Sí, gracias. —Sonreí.

—Y te lo quieres llevar por un tiempo indefinido —afirmó acariciando la tapa delantera.

—¿Sería posible?

—Claro, ningún problema. Dejo anotada la salida detallando tu nombre y solucionado —asintió.

«Si lo encuentras», fue el pensamiento que pasó fugaz por mi cabeza, al decirme que iba a hacerlo constar en el registro. Al menos yo no pude dar con él cuando lo busqué por el título, por muchos intentos que hice en su momento. Ni en los ordenadores de la zona principal, ni en los de la sección dedicada a las obras de antigüedad.

—¿No sabes que los docentes no tenéis plazo de entrega para todo lo que necesitéis? Te lo comento para que lo tengas en cuenta de aquí en adelante. Bueno, para cuando regreses. —Rio en tono bajo.

—¿En serio? No tenía ni idea. Desde que dejé la etapa de estudiante no he sacado ninguno.

—Pues así es. Muchos de los libros que necesitáis los utilizáis para investigaciones y sabemos que se alargan en e tiempo. De esta manera os facilitamos el no tener que estar pendientes de venir. —Me hizo un guiño, sin perder la sonrisa.

—Entendiendo, está bien saberlo. La verdad es que llevo tan poco que no me ha dado tiempo a comprobarlo, pensaba que el proceso era el mismo.

—Pues cuando vuelvas ya no tienes que preocuparte por los plazos, al igual que con este libro —asentí y se centró en el ordenador.

No aparté la vista de su cara para saber a través de su expresión si lo localizaba o no en el sistema.

—Qué raro. —Se acercó a la pantalla, sin dejar de teclear.

—¿El qué? —pregunté, aun sabiendo lo que iba a decir.

—No consta como propiedad de la biblioteca. —Me miró extrañada, volviendo a fijar los ojos en la pantalla por unos segundos—. Bueno, no pasa nada. Quizás hubo algún fallo al introducir los datos cuando lo recibimos porque normalmente agrupan las entregas y a veces es un caos cuando llegan, y más si se trata de obras antiguas. Hacemos una cosa, tomo nota en un papel, aunque realmente no haría falta porque es como si no existiera. Pero para quedarnos tranquilas las dos, dejo constancia y pasarás a formar parte del tablón tan mono que tengo aquí delante. —Rio señalando enfrente de ella.

Sabía cuál era, aunque desde donde estábamos Héctor y yo no lo pudiéramos ver porque quedaba escondido debajo del mostrador.

—Perfecto. Muchas gracias, Mireia.

—No es nada, todo sea porque te lleves una parte de nosotros contigo. —Sonrió levantándose. Cogió el libro y lo metió en una bolsa de tela—. Así te acordarás de que tienes que regresar. —Me hizo un guiño cuando estuvo a mi

lado.

Había salido de detrás del mostrador, rodeándolo. La abracé con cariño como despedida, agradeciéndole las palabras que me dijo, las de que me fuera muy bien y que disfrutara a tope de la nueva experiencia. Nos conocíamos muy bien, ¿cómo no? Había pasado más horas en la biblioteca que en mi propia casa, al menos durante varios años. Y habían sido muchas las veces en las que habíamos tomado café, haciendo pausas de nuestras obligaciones y teniendo una desconexión muy necesaria, al menos hablo por mí en aquellos instantes.

—Todo tuyo. —Levantó la bolsa y la cogí con una sonrisa.

—Cuídate. ¡Volveré! —dije con voz profunda y soltamos una carcajada espontánea, a la que se unió Héctor.

Debido al lugar en el que estábamos y el silencio que nos rodeaba, llamamos la atención, captándola por completo.

—¿Al aeropuerto? —me preguntó Héctor cuando nos dirigíamos hacia la salida.

—Ahora sí —asentí satisfecha.

Veinte minutos después estacionaba en al aparcamiento. Sacamos el equipaje y con el bolso colgado de un hombro y la bolsa del otro, yo me encargué de la maleta de cabina y mi amigo de la de bodega, la que tenía que facturar.

Como todavía quedaba bastante tiempo para que abrieran los mostradores de facturación, nos dirigimos directamente hacia una de las cafeterías.

—¿Por qué no la metes dentro de una de las maletas? —Me preguntó después de ocupar una mesa, refiriéndose a la bolsa con el libro.

—No me cabe. —Arrugué la nariz, haciéndolo reír.

—Sorprendido me has dejado al llevarte solo dos y que una sea pequeña —negó divertido.

—Tengo de sobra. En un mes y medio estoy de vuelta y entonces sí que tendré que volverme loca con la ropa e ir preparándolo todo con tiempo, hasta que tenga que volver a incorporarme. —Bufé solo de pensarlo.

—Recuerda esto, me pedirás que viaje contigo con mi maleta grande, pero yo solo iré con lo puesto porque todo lo que haya dentro será tuyo. —Soltamos una carcajada.

—Vete preparando para cuando llegue el momento. —Levanté las dos cejas varias veces, de forma graciosa, haciéndolo reír más.

Héctor se levantó para pedir los cafés con leche y algo para comer y yo me quedé esperándolo en la mesa para no perderla ni dejar nada solo. Desvié la mirada hacia la bolsa, la que había colocado encima de la maleta más grande.

—Ya está. —Escuché el murmullo de su voz.

—¿Qué? —Centré la vista en él.

—Te has quedado ida. —Levantó una ceja—. Que ya está. —Señaló la bandeja en la que estaba el desayuno.

—Ah. —Sonreí cogiendo mi taza, echándole azúcar.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, mientras comíamos. Había pedido un bocadillo vegetal para cad uno, que junto al café con leche me sentó genial al estómago.

—Ahora que has terminado dime qué te inquieta y por qué no descansas —me pidió con la taza cerca de los labios.

—Es que no he querido hablar de ello —solté un suspiro.

—¿Sobre qué? —Frunció el gesto.

—No duermo apenas. —Me encogí de hombros.

Soltó la taza, apoyando los brazos en la mesa.

—¿Ahora que es cuando más tranquila estás no lo haces? Y ya no me sirve la excusa que me has dado antes, la de cansancio acumulado. Eso no provoca lo que acabas de decir.

—Tengo sueños raros… —susurré.

—¿A qué te refieres exactamente? ¿De qué tipo? —Me miró extrañado—. ¿Y tan repetidos e intensos son que no te dejan dormir?

—Si quisiera dormiría. —Carraspeé.

—No lo entiendo.

—Que evito dormir para no tenerlos. —Hice una mueca.

—Un momento. —Levantó una ceja—. ¿Me estás diciendo que tú misma te provocas el agotamiento que tienes?

—Por lo visto sí. —Reí nerviosa, pero a él no le hizo nada de gracia.

—Explícamelo —me pidió con las facciones marcadas.

Soltando otro suspiro empecé a contarle desde la primera vez que me sucedió, detallándole los sueños que había tenido, más las sensaciones y las emociones que me perturbaban al despertar. Y el sistema que utilizaba para no dormir más de dos horas seguidas, poniéndome alarmas porque hasta ahora me había funcionado.

—Me has dejado loco. —Se echó hacia atrás en la silla—. Y no voy por donde acabas de pensar —me cortó acuando iba a hablar—. Lo he dicho porque me parece increíble que te limites las horas de sueño a propósito.

—Ya te he dicho que lo paso muy mal. —Arrugué la nariz.

—Esa parte puedo llegar a entenderla, pero ¿hasta el punto de provocar que caigas enferma? Porque es lo que va a suceder como sigas con ese ritmo, Dafne. Va a llegar un momento en el que no aguantes más y tienes muchos cambios que afrontar como para que no te des un descanso, tanto físico como mental —negó contrariado.

—Nunca me había pasado. —Bajé la mirada hacia la taza vacía.

—Lo sé. —Tragué saliva sin mirarlo—. ¿Tan perturbadores te resultan? Por lo que has dicho no son nada del otro mundo, me refiero a que no entras en pánico en ellos al ver imágenes impactantes, ni estás en tensión mientras duermes porque no te acecha ningún peligro.

—Ya viste lo que os costó despertarme en la montaña, cuando hicimos la barbacoa y me quedé dormida —susurré.

—Hice. —Carraspeó y levanté la mirada hacia él, sonriendo—. Lo viví de cerca, no había manera de que abrieras los ojos —asintió con expresión preocupada.

—No quiero entrar dentro de un sueño y que me atrape pasándolo mal, sin saber cuándo me despertaré al estar sola.

—Tienen que venir de algún sitio, estar provocados por algo. —Arrugó el gesto.

—Pues no sé de dónde, ni porqué motivo. —Me encogí de hombros—. Hay algo más que no te he dicho.

—Dilo.

—Cuando tuve el de la montaña, viéndome también rodeada de vegetación, pero en un escenario diferente, como ya te he dicho… —asintió— Cuando identifiqué un murmullo lejano entre la semiinconsciencia, me pinché la palma de la mano con una rama, dejándome una marca.

—¿Con qué propósito?

—Es que por mucho que intente explicártelo no lo entenderías. Son tan vívidos Héctor, son tan reales y las sensaciones… he soñado muchas veces y no tienen nada que ver.

—¿Y cuál fue el resultado de pincharte? —Apretó la mandíbula.

—Que cuando me despertasteis y me centré, como lo recordaba todo perfectamente, me miré la mano. Tenía la marca en ella, fresca y clara.

—No me jodas. —Agrandó los ojos y asentí—. ¿Cómo te has callado todo esto? ¿Por qué narices no has hablado de ello?

—Después de esa primera vez, pasó el tiempo y no volví a soñar, al menos, con algo parecido —susurré.

—Hasta que volvió a suceder.

—Sí.

—Mierda, Dafne. —Se pasó las manos por el pelo—. ¿Y ahora cómo me quedo tranquilo yéndote a miles de kilómetros?

—Por eso no quería decir nada —negué—. Y mucho menos después de saber lo de Irlanda. No te preocupes. —Deslicé la mano por encima de la mesa y agarré la suya.

—Que no me preocupe. —Bufó.

—Lo digo en serio, estoy bien. Puede que no duerma ni descanse de continuo todo lo que necesito, pero durante los intervalos de dos horas lo hago profundo. No es que no duerma nada.

No dijo nada más, se quedó en silencio observándome, lo mismo que hice yo sin soltar su mano. Rodeó la mía y l apretó, provocando que le sonriera con cariño.

Me fastidiaba tener que irme lejos y dejarlo así, porque sabía que estaba preocupado, con muchos pensamientos rondándole la cabeza. Unos que por mucho que exteriorizara yo no sabría darle las respuestas que necesitaba. Ese fue el motivo por el que se quedó callado, también lo hizo mirando por mí, para que no me afectara más hablar sobre ello.

Tocamos otros temas de conversación y el ambiente cambió, aunque cada uno nos guardáramos dentro todo lo qu callamos intencionadamente. Una hora después, habiendo facturado, me despedí de él para pasar el control.

—Te voy a echar mucho de menos —susurré abrazada a su pecho.

—No menos que yo. —Me dio un beso en la cabeza—. Cuídate mucho, ¿me oyes? —Me separó un poco para qu lo mirara a la cara—. Como me hagas ir corriendo a Irlanda la tendremos.

—Todo irá bien. —Sonreí con cariño.

—Perfecto —asintió—. Vete ya, no quiero que vayas justa de tiempo, después de haber llegado con tanta antelación. —Me dio otro beso, esa vez en la frente.

—Cuatro horas antes en el aeropuerto y pierdo el vuelo, ¿te imaginas? —Reímos.

—¿Quieres que te diga si me lo imagino? —Apretó los labios, conteniéndose.

—No, mejor quédate calladito. —Sonreí de forma exagerada—. Escribiré al grupo cuando aterrice.

—Estaré esperándolo. —Me hizo un guiño.

Volvimos a abrazarnos, el último contacto cercano que tendríamos durante un tiempo. Me giré dándole la espalda tirando de la maleta, con pena por dejarlo atrás. Los ojos se me aguaron, pero terminé sonriendo porque sabía que no tardaría en volverlo a ver.

Antes de entrar en el circuito que me llevaba hasta el control, lo busqué. Estaba en el mismo sitio y le dediqué una gran sonrisa, levantando la mano, gestos que me devolvió.

Irlanda me esperaba y dispuesta a descubrir todo lo que tenía para ofrecerme, me centré en lo que quedaba delant de mí.

a

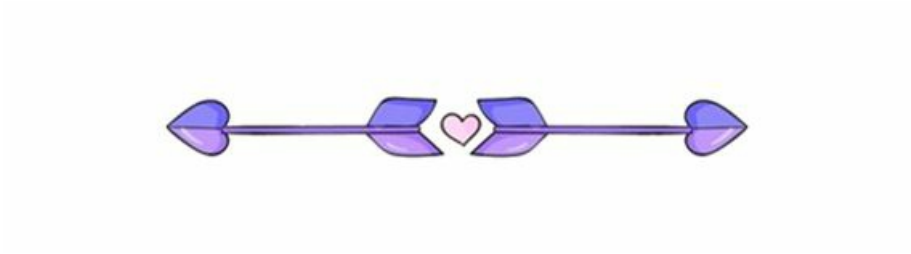
e

,

ı

:

Capítulo 13



A las cuatro y media de la tarde el avión tocó pista, unos minutos antes de la hora prevista. De las dos horas y media de duración del vuelo casi ni me enteré. Una vez que despegó no tardé en adormecerme, sin preocuparme en quedarme dormida porque sabía que no sucedería. Y así fue.

Cada vez que me acomodaba en una posición, a los minutos tenía que cambiar de postura porque se me hinchaba la parte del cuerpo en la que estaba apoyada o inclinada, pero en cierta forma había descansado.

Cuando pude salir del avión lo hice sin perder tiempo, siguiendo las indicaciones que me llevaron hacia la zona de recogida de equipaje. Y en cuanto tuve la maleta grande conmigo, cargué con todo buscando la salida. Aún me quedaba bastante trayecto por delante. El avión me había traído hasta Dublín, pero para llegar a la ciudad que era mi destino, tenía que coger un autocar. Todavía me faltaban dos horas y veinte minutos, si no había retrasos.

De todo se había encargado Mauro y por lo que me comentó la última mañana que lo vi y lo que también me detalló por correo electrónico, había elegido la compañía que hacía el trayecto más rápido y corto, porque algunos podían acercarse a las tres horas de duración o incluso superarlas, según las paradas que tuvieran marcadas en el recorrido.

Por suerte el mío iba directo, de ahí que fuera el que menos tiempo tardaba en llegar. Salían autocares continuamente de varias compañías y así lo comprobé cuando llegué a la zona en la que estaban, viendo a varios de ellos con gente montada y las puertas abiertas, esperando.

Me paré para buscar en el bolso el billete, era lo único que había imprimido, y localicé al mío entre medio de otros dos. Caminé hacia él y cuando me quedé en la puerta delantera con todo el equipaje, con la intención de avisar al conductor de que iba a meter las maletas en el maletero lateral, no llegué a decir nada porque se me adelantó, pidiéndome que esperara. Amablemente bajó y me quitó el equipaje de las manos, para colocarlo él. Solo me quedé con el bolso y la bolsa. Cuando llegó a mi lado me sonrió y me pidió que subiera primero.

Lo hice y esperé a que estuviera sentado para enseñarle el billete. Lo chequeó y me deseó buen viaje. Agradecí que los asientos fueran cómodos a simple vista, lo que pude comprobar en cuanto ocupé el mío. Dejé lo que llevaba en el asiento de al lado, al menos durante el tiempo que continuara libre y observé a través de la ventanilla el exterior, con una sonrisa.

Mientras había esperado en el aeropuerto a que saliera la maleta por la cinta transportadora de equipaje, había llamado a mi familia, mis padres y mi tía, y también había avisado en el grupo que tenía con Héctor y Tania de que ya estaba en el primer destino. Al igual que había hecho hacia Mauro, para mantenerlo informado, como me pidió.

Recosté la cabeza en el asiento y a los pocos minutos solté un suspiro cuando el conductor accionó la puerta del maletero para que bajara. Enseguida estuvo cerrada y nos pusimos en marcha. No tuve que colocar nada en la repisa de arriba porque nadie ocupó el asiento de mi lado y como ya no volvería a subir nadie más…

De hecho, había unos cuantos asientos libres, salteados. A los que nos tocó ese espacio vacío, tuvimos suerte porque se agradecía la libertad de movimiento y amplitud que daba. El trayecto no se hizo pesado, en el que pude admirar parte de la ciudad de Dublín hasta que la dejamos atrás y todas las zonas pobladas y verdes del recorrido. En todo momento tuve unas sensaciones muy buenas, ilusionada, sin perderme ningún detalle.

Anoté en la aplicación de notas del móvil los nombres de varios lugares. Estaría mucho tiempo por tierras irlandesas y esperaba tener la oportunidad de descubrir todo lo que me llamó más la atención. Aunque para ser sincera, cada zona por la que pasamos, aunque solo estuviera cubierta de vegetación, merecía la pena tomarse el tiempo necesario para visitarla.

Sonreí en cuanto vi el primer letrero que hacía mención del nombre de la ciudad. Sin haber tenido ningún retraso, el autocar accedió a la estación de autobuses *GMIT, Galway Bus Station*. Preparada para salir, me levanté cuando el conductor abrió las puertas, siguiendo al grupo de personas que se dirigieron hacia la delantera. Me despedí del conductor y bajé directa a por el equipaje ya que el maletero estaba abierto. Eran las siete y media de la tarde y debido a que estábamos en primavera, cada vez rozando más el verano, todavía había claridad del día.

Por lo que comprobé desde casa, las horas en las que amanecía y anochecía no se diferenciaban mucho del horario de España. Quizás un poco variaba, pero sin que significara un gran cambio. Con todo acuestas y tirando del equipaje, salí de la estación y fui hacia uno de los bancos que quedaban cerca de la entrada principal.

Me senté en él a esperar, porque supuestamente un transporte privado vendría a recogerme, para llevarme directamente hacia la universidad. Estaban informados de la hora aproximada de mi llegada porque Mauro se había encargado de ponerse en contacto con ellos, cuando lo avisé de que había aterrizado en Dublín. Así se lo pedí porque como me comentó al inicio, no hacía falta que fuera directamente hacia ella nada más llegar a la ciudad. Pero yo quería dejarlo todo cerrado desde el principio, para estar tranquila.

Llevé la vista hacia todo lo que me rodeaba, imposible perder la sonrisa. Hasta que me fijé en un coche que circulaba lento. Era el mío porque se paró frente a mí y un conductor se bajó.

—Bienvenida —me saludó en inglés cuando se puso frente a mí.

—Gracias, es un placer estar aquí. —Le correspondí en el mismo idioma.

—Súbase al coche mientras yo cargo el equipaje en el maletero. Enseguida salimos, Garrett la está esperando en l universidad.

—Perfecto —asentí agradecida e hice lo que me pidió.

Garrett era la persona que estaría a cargo de mí, el responsable que mantenía contacto con Mauro. Era otro doctor en la especialidad de Historia. El recorrido fue corto, en doce minutos llegamos a la universidad que me dejó con la boca abierta, directamente.

Había visto imágenes de ella por internet, pero para nada le hacían justicia al edificio central que quedó frente a mí y a la zona verde que la acompañaba. Era una pasada verla en persona, difícil asociar un calificativo para lo que transmitía la imponente edificación.

—Es bonita, ¿eh? —me habló el conductor.

—Impresionante —respondí haciéndolo sonreír.

Nos bajamos a la vez y lo seguí hasta el maletero, de donde sacó todo el equipaje sin dejarme que lo ayudara.

—Sígame, la llevo hasta Garrett. —Empezamos a caminar.

Asentí en silencio, sin poder dejar de admirar el increíble escenario, el que iba a ser como mi segunda casa durante el tiempo que estuviera en Irlanda. Tirando de la maleta de cabina, con el bolso y la bolsa a cuestas, el conductor me alivió la carga al hacerse cargo del equipaje más pesado.

La Universidad de Galway era un campus universitario que formaba parte de la Universidad Nacional de Irlanda. Tenía una larga historia. Fue construida en el mil ochocientos cuarenta y nueve, con un estilo neotudor. Abrió sus puertas como centro de estudios, con el nombre de *Queen's College, Galway*, con treinta y siete profesores y noventa y un estudiantes en sus inicios. En tiempo récord, un año después, llegó a formar parte de la *Queen's University of Ireland*.

El acta de universidades irlandesas, en mil novecientos ocho, la convirtió oficialmente en un centro asociado a la Universidad Nacional de Irlanda. Está ubicada en la ribera del río *Corrib*, a la orilla de él. El edificio más antiguo y significativo, el primero que se construyó y que quedaba justo delante de mí, recibía el nombre de *Quadrangle*, por la forma que tenía. En la actualidad solo estaba dedicado a la parte administrativa, en él no había aulas.

Fue diseñado por John Benjamin Keane y es una réplica exacta de *Christ Church, Oxford*, una de las facultades d

la Universidad de *Oxford*. Para que os hagáis una idea visual… ¿Habéis visto las películas de *Harry Potter*? Pues la parte central, en conjunto, parecía sacada de una de ellas.

La combinación de su construcción en piedra gris, con las enredaderas en tonos rojizos que decoraban la fachada principal y el gran patio con tonos verdes, el que había que rodear por la zona habilitada para caminar, lo hacían un lugar perfecto para desconectar de todo. Uno evocador que te hacía volar la imaginación, con toques románticos.

No os lo he dicho, pero para llegar hasta la zona en la que estábamos, a la entrada principal, se accedía por una puerta, la que formaba parte del muro principal haciendo de separación del exterior. Lo comento porque estaba abierta al público y por lo que pude leer cuando me informé, venir hasta este punto era una parada obligatoria para cualquiera que visitaba *Galway*, para descubrirla. Había paneles con información histórica en varios puntos y aparte, fuera del recinto de la universidad, varios parques de un verde intenso la rodeaban. En algunos de ellos había mesas y bancos.

Era de cuento de hadas, fascinante la visión que daba y las sensaciones que te hacía sentir. Está considerada como una de las máximas instituciones de la ciudad y dado a su carácter abierto, cosmopolita y su proyección atlántica, acogía a estudiantes de todos los continentes, con importantes convenios de intercambio entre universidades americanas y el Programa Europeo Erasmus.

—Si necesita tiempo… —Escuché la voz del conductor y dirigí la mirada hacia él.

Se había referido a que me había quedado embelesada en el centro del patio, observando todos los detalles y metida en un mundo de fantasía, porque ese era el efecto que provocaba.

—Perdón. —Reí nerviosa—. No me he dado cuenta —negué.

—No se preocupe, suele suceder. —Sonrió.

—Gracias. Le sigo, dispondré de mucho tiempo aquí. Solo ha sido la primera impresión. —Volví a reír, risas a las que se unió.

Igual de impresionada me quedé cuando traspasamos la puerta que daba acceso al interior del edificio. Pero esa vez lo controlé para no hacerle perder más tiempo, ya llegaría el momento en el que me quedaría ensimismada recorriendo cada rincón. Subimos por unas escaleras amplias y en la primera planta, porque continuaban, cambiamos de dirección, yendo hacia una de las alas de la construcción.

Se paró frente a una puerta y dio unos golpes con los nudillos. Esperamos a que nos dieran paso, pero no sucedió. Se abrió de golpe dejando ver al otro lado a un hombre de mediana edad, el que di por hecho que era Garrett.

—Bienvenida, Dafne. —Me sonrió ofreciéndome la mano.

—Muchas gracias, Garrett. —Acepté su gesto, devolviéndole la sonrisa—. Estoy muy emocionada de estar aquí.

—Me alegro —asintió conforme—. Gracias Cormac. —Se dirigió al conductor.

El hombre asintió y se despidió de mí. Sabiendo su nombre me dirigí a él más personalmente, lo que no había caído en hacer preguntándole yo directamente. Los nervios me habían jugado una mala pasada y me disculpé por ello. Cormac le quitó importancia enseguida y se alejó divertido de nosotros, comentándome antes, que nos veríamos por la universidad porque trabajaba en ella.

—No te digo que entres al despacho porque es muy tarde —comentó Garrett acercándose a la mesa, la que rodeó para buscar algo en un cajón. Diferencié el sonido de unas llaves—. Como pasaremos bastante tiempo aquí, ahora te llevo hacia la que será tu vivienda, para que puedas descansar de todo el trajín del viaje. —Se puso a mi lado, quedando de lado mientras cerraba con llave el despacho.

—No estoy cansada. La verdad es que no se me ha hecho pesado. —Le sonreí cuando me miró.

—Es por la emoción, ¿me equivoco?

—Seguramente no —respondí divertida.

—Por eso mismo, cuando se te pase llegará el bajón. —Me hizo un guiño.

¡Qué simpático! Me dije. Era de agradecer porque sería la persona con la que tendría más contacto, al menos, al principio. Mauro ya me había adelantado que era un buen hombre y que podía confiar en él plenamente, para lo que necesitara. Y solo con esas palabras, viniendo de Mauro, al que consideraba una pieza importante en mi vida, ya me dejó tranquila desde el inicio.

Salimos del recinto de la universidad y lo seguí hasta su coche, en el que metimos el equipaje y nos montamos. Empezó a circular y yo me dediqué a mirar hacia fuera, fijándome en las calles por las que pasó y atendiendo a los comentarios que fue haciendo, indicándome los lugares que quedaban próximos por la zona.

—Bienvenida, Dafne. —Me sonrió ofreciéndome la mano.

—Muchas gracias, Garrett. —Acepté su gesto, devolviéndole la sonrisa—. Estoy muy emocionada de estar aquí.

—Me alegro —asintió conforme—. Gracias Cormac. —Se dirigió al conductor.

El hombre asintió y se despidió de mí. Sabiendo su nombre me dirigí a él más personalmente, lo que no había caído en hacer preguntándole yo directamente. Los nervios me habían jugado una mala pasada y me disculpé por ello. Cormac le quitó importancia enseguida y se alejó divertido de nosotros, comentándome antes, que nos veríamos por la universidad porque trabajaba en ella.

—No te digo que entres al despacho porque es muy tarde —comentó Garrett acercándose a la mesa, la que rodeó para buscar algo en un cajón. Diferencié el sonido de unas llaves—. Como pasaremos bastante tiempo aquí, ahora te llevo hacia la que será tu vivienda, para que puedas descansar de todo el trajín del viaje. —Se puso a mi lado, quedando de lado mientras cerraba con llave el despacho.

—No estoy cansada. La verdad es que no se me ha hecho pesado. —Le sonreí cuando me miró.

—Es por la emoción, ¿me equivoco?

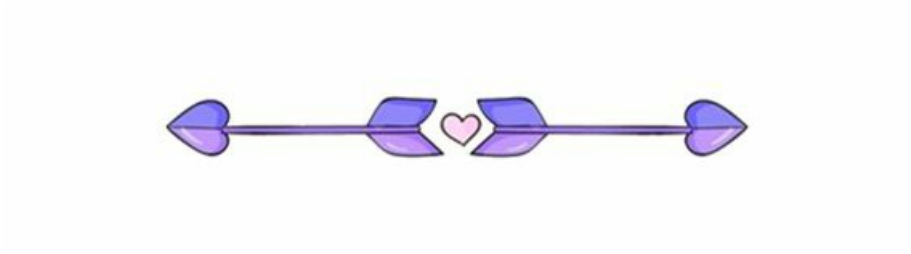
—Seguramente no —respondí divertida.

—Por eso mismo, cuando se te pase llegará el bajón. —Me hizo un guiño.

¡Qué simpático! Me dije. Era de agradecer porque sería la persona con la que tendría más contacto, al menos, al principio. Mauro ya me había adelantado que era un buen hombre y que podía confiar en él plenamente, para lo que necesitara. Y solo con esas palabras, viniendo de Mauro, al que consideraba una pieza importante en mi vida, ya me dejó tranquila desde el inicio.

Salimos del recinto de la universidad y lo seguí hasta su coche, en el que metimos el equipaje y nos montamos. Empezó a circular y yo me dediqué a mirar hacia fuera, fijándome en las calles por las que pasó y atendiendo a los comentarios que fue haciendo, indicándome los lugares que quedaban próximos por la zona.

Capítulo 14



—¿En serio? —Giré hacia Garrett—. No me lo puedo creer. —Me entró la risa floja, la que le contagié.

Interpretó perfectamente porqué reaccioné así, porque ni tres minutos tardó en estacionar. Tres, ese era el tiempo que se tardaba en coche de la universidad a donde iba a vivir, porque estábamos en una calle llena de casas.

—Sí, más cerca y te caes de la cama en la universidad. —Me hizo un guiño—. Bienvenida a *Claddagh*, también te vas a enamorar de esta localidad playera y pesquera. Como has comprobado, se llega en un suspiro en coche. En autobús el trayecto dura unos cinco minutos por las pocas paradas que hace y caminando, tardas unos diez. Porque tenías el equipaje que, si no, podríamos habernos perdido por las calles, aprovechando para enseñártelas más de cerca, hasta llegar aquí. —Sonrió.

»Ya tendrás tiempo de recorrer esta zona, es una preciosidad. Combina la historia, la tradición y la belleza natural de la costa oeste de Irlanda. Es un lugar encantador y pintoresco que atrae a mucha gente, tanto a residentes como a visitantes, porque tiene muchos atractivos turísticos, como el Arco Español.

—Conocía de su existencia.

—Buena preparación en nuestra materia. —Sonreímos—. Tenéis vuestra influencia aquí. La ciudad de *Galway* fue destino habitual de barcos españoles en los siglos XV y XVI, debido al comercio del vino, que fue un bien muy preciado, y del salmón. Por ello el puerto antiguo tiene grandes similitudes con uno español de la época. En cuanto lo veas en persona lo apreciarás enseguida.

»Fruto de las buenas relaciones que tuvieron, se construyó el arco de piedra y recibió ese nombre. Está pegado al río, en la orilla izquierda. *Galway* en general es una ciudad pequeña, lo que otorga mucha paz y tranquilidad, pero a la vez no le falta de nada manteniendo su encanto con la animación de sus *pubs* tradicionales y sus calles empedradas. Estamos muy cerca del casco antiguo.

—Me encanta.

—Más lo hará cuando lo descubras todo por ti misma —asintió—. Vamos, la casa es la de ahí. —Señaló una que quedaba a unos metros por delante de nosotros.

Nos bajamos del coche, sacándolo todo y caminamos hacia ella. Garrett introdujo la llave y sonreí como una tonta en cuanto la puerta se abrió.

—Como ves hay una planta superior, pero son viviendas independientes al igual que el acceso a ellas —asentí—. Adelante. —Me ofreció pasar primero. Dejamos todo lo que llevábamos a un lado.

La casa era perfecta para mí, de un tamaño mediano, del que me sobraría espacio estando sola. Nada más entrar te encontrabas con el salón y la cocina estaba contigua a él, separada por un arco hacia el lado derecho. El pasillo central daba a un baño y a dos habitaciones con camas grandes. Una de ellas con baño en el interior. Al final del pasillo se distinguían dos puertas más. Una quedaba de frente, al fondo, la otra en un lateral. Esta última en cuanto Garrett la abrió comprobé que era una habitación de tamaño reducido, estaba vacía.

—Normalmente se le da el uso de trastero —me informó—. Y ahora, he dejado para lo último lo que creo que te va a encantar. —Sonrió mientras abría los cerrojos de la puerta del fondo del pasillo, la que quedaba de frente una vez se accedía a él.

—Oh, por favor… —dije con un jadeo.

El paisaje que apareció y se mostró a lo lejos era una entrada de mar. Se veía perfectamente porque accedimos a un patio abierto muy cuco, en el que había una mesa con sillas y plantas. Un muro de piedra limitaba el terrero de la vivienda. Al otro lado del muro, por fuera, solo había vegetación, pero no espesa, dejando ver una panorámica espectacular de la bahía.

—No me quiero ir de aquí y todavía no he visto casi nada —dije lo primero que me vino a la mente y lo que pensé realmente en ese instante.

Soltó una carcajada por mis palabras y por el puchero que hice.

—Todo se puede mirar cuando llegue el momento —dijo haciéndome un guiño.

—Es que hasta ahora todo… —solté un suspiro, dejando la frase inacabada.

Nos quedamos en silencio con la vista fija en el mar, disfrutando de la paz y la tranquilidad de no escuchar absolutamente nada. Al cabo de un rato me centré en Garrett, cuando me habló.

—Te dejo para que te acomodes y descanses. Tienes comida en las despensas, nevera y congelador. He ido esta mañana a hacer una compra básica porque llegabas tarde.

—Muchas gracias, podría haberlo hecho yo mañana. —Sonreí.

—Seguramente lo hagas porque querrás más cosas de las que hay y así descubres los supermercados y lo que ofrecen, por si encuentras algunas preferencias. Para la cena y el desayuno estás cubierta. No hace falta que vengas mañana a la universidad, aprovecha para terminar de establecerte en la casa y para hacer las compras que necesites. Nos vemos pasado mañana a primera hora en mi despacho y concretamos todo el tema del trabajo. ¿Te parece bien?

—Perfecto —asentí—. Cuando dices a primera hora, ¿cuál es para ti exactamente? En España lo tengo claro, pero aquí…

—Perdona. —Rio—. Como ese día todavía no darás clases, solo te servirá para ponerte al día, sobre las ocho es perfecto porque más tarde enlazo con las clases, unas detrás de otras. La actividad normal, para cuando te incorpores, empieza a las siete y termina a las cuatro. Es así para todos los docentes, aunque puede que alguna tarde haya varias clases sueltas, pero no es lo habitual.

—Vale, ahora sí. —Sonreí.

Sacó el móvil y tecleó algo en él.

—Te he hecho una llamada perdida —asentí. No la escuchamos porque tenía el móvil dentro del bolso, en la entrada junto al equipaje—. Así te ahorras el tener que buscar mi número en la información o documentación que te dio Mauro. Yo me he grabado el tuyo esta mañana. Para lo que necesites, por mínimo que sea, no tengas reparo en llamarme. Ya sabes que al poco de colgar estaré llamando a tu puerta por la poca distancia que hay. —Reímos.

—Gracias, Garrett —dije emocionada.

Había perdido la cuenta de cuántos agradecimientos le había dado desde que lo había visto, pero era tan amable y atento conmigo, en todo.

—No hay de qué, Dafne. —Sonrió y se dirigió hacia la puerta que daba al interior de la casa.

Lo seguí y acompañé hasta la puerta principal, donde nos despedimos hasta pasado mañana. En cuanto cerré, me giré quedándome frente al salón y pegué un pequeño grito, empezando a saltar sin poder contenerme.

✣ ✣ ✣

Con una especie de quejido llevé la mano a la mesita de noche y la palpé, intentando dar con el móvil para apagar la alarma que estaba sonando. Cuando di con la tecla, escondí la cara en la almohada, resistiéndome a salir de la cama.

Con mucho sueño, solté un suspiro cuando volvió a sonar y me incorporé, quedándome sentada, desconectando

todas las alarmas que tenía activas. Continuaba con mi método para dormir, por eso en el momento de tener que levantarme me costaba tanto.

Me deslicé por la cama y salí de ella, caminando hacia la ventana. La abrí y sonreí. Estaba lloviendo, pero era una estampa preciosa. ¿Qué puedo decir? Aunque viera relámpagos y estuviera tronando, a mí me seguiría encantando.

Como no tenía que ducharme porque lo hice antes de acostarme, fui hacia el armario y elegí la ropa para vestirme. El día anterior, como lo tuve libre, lo dediqué para deshacer las maletas en cuanto terminé de desayunar. A media mañana salí a dar un paseo por la zona y en el camino encontré varias tiendas de alimentación, a las que entré.

Con todo lo que compró Garrett, que no fue ni mucho menos lo básico como me insinuó, más todo lo que yo compré, tenía como mínimo para una semana. Por suerte, había un supermercado a dos calles de la casa, por lo que en cualquier momento podía acercarme.

Para todo eso dediqué la mañana, después preparé la comida y comí. Me eché una siesta ya que la tenía muy arraigada e integrada de España, como también me era muy necesaria por lo poco que dormía y, sobre las cinco de la tarde fui a dar una vuelta más grande, para conocer otras zonas. Descubrí muchos restaurantes, zonas de comercios, la calle principal donde se agrupaban la mayoría de las tiendas de ropa, cafeterías…

Sin querer y sin buscar que sucediera, llegué hasta la puerta de la universidad. Eso fue al principio, antes de ver gran parte de lo que acabo de mencionar. No entré, solo pasé de largo, pero me sirvió para tener claro el camino que debía tomar porque sin premeditarlo, fui a parar directa a ella.

Lógicamente, el medio de transporte que utilizaría serían mis pies por la poca distancia que había. También aproveché para hablar con mi familia y mis amigos, contándoles todas las novedades, enviándoles fotos y varios vídeos cortos que hice. Se pusieron contentos por mí.

Esta vez, al referirme a mis amigos, también incluyo a Diego y Carolina, el dueño del restaurante en el que había trabajado durante años y mi compañera en él, con la que siempre tuve mucha afinidad y confianza. Mis dos amigos más íntimos dentro del restaurante.

Del trabajo me despedí al poco tiempo de finalizar la tesis. Me celebraron una cena de despedida junto al resto que habíamos formado equipo, a puerta cerrada, en la que solo estuvimos nosotros. Fue muy emotivo y en más de una ocasión me pesó la pena porque ya no volvería, al menos a estar con el uniforme, porque a comer o cenar, tenía claro que me haría habitual en cuanto regresara a España. Íbamos a seguir en contacto de una manera u otra, eso no me preocupaba. Pero bueno, de verlos constantemente, las emociones que se me removieron fueron normales al decirles adiós en el sentido de compañera y empleada, porque mejores no podían haber sido conmigo y atesoraba muy buenos recuerdos.

Dispuesta a reunirme con Garrett en la universidad, me vestí y entré en el baño. Salí preparada, con mi antiojeras echado y un poquito de maquillaje para tener mejor tono. Cogí el bolso de encima de la cómoda y fui hacia el salón, donde lo dejé encima de la mesa, antes de entrar en la cocina.

Me preparé un café con leche y me lo tomé sentada en el sofá. El día anterior lo hice en el patio trasero, pero como no había nada que lo cubriera, ni un poco, ese día estaba privada de hacerlo por la lluvia que caía. Miré la hora en el móvil, eran las siete y cuarenta. Me terminé rápido el café, dejé la taza en la pica y regresé al salón en busca del bolso.

Saqué el paraguas de dentro, venido directamente de España como yo misma y todas mis pertenencias. Lista para enfrentar a la lluvia me dirigí hacia la puerta.

—¿Garrett? —hablé en alto, sorprendida en cuanto abrí. Estaba dentro de su coche, con la ventanilla un poco bajada— ¿Qué haces aquí? —pregunté acercándome.

—Con el día que hace no me costaba nada venir a por ti. Llevo unos minutos esperando porque como no sabía si saldrías con más tiempo, he querido asegurarme —negué sonriendo.

—Solo es un poco de agua y estaba preparada. —Moví el paraguas sobre mi cabeza.

—Me alegro, pero ciérralo y entra, porque créeme que no tardará en diluviar.

—¿En serio? —Miré hacia el cielo gris.

—Ya te digo que sí, terminarás por acostumbrarte. —Apretó los labios, divertido—. ¿Por qué te crees que aquí todo es tan verde, mires hacia dónde mires? —preguntó divertido cuando ocupé el asiento del copiloto, dejando el paraguas a mis pies.

—¿Porque regáis mucho? —Reí.

—Se puede decir así, pero regamos desde las alturas. —Se unió a mí—. Buenos días, Dafne.

—Buenos días, Garrett. Muchas gracias por el detalle.

—No hay de qué. —Se encogió de hombros antes de ponerse en marcha.

En nada estacionó el coche en el aparcamiento habilitado para el profesorado. Lo supe porque me lo dijo, no porque hubiera alguna indicación que lo detallara. El edificio principal, al que nos dirigimos, volvió a dejarme impresionada. No creía que las sensaciones que me provocaba variaran a lo largo del tiempo.

—¡¡Abran paso, que voyyy…!! —Escuchamos a nuestras espaldas, a poca distancia de la entrada. Nos giramos.

Una chica venía corriendo en nuestra dirección, manteniendo un maletín sobre la cabeza para protegerse del agua. Garrett y yo íbamos protegidos por mi paraguas. Nos apartamos porque venía flechada.

—¿A que todavía no te has comprado el paraguas? —le habló Garrett, con familiaridad.

—Cada día me dejas más anonadada con tu inteligencia —respondió seria, pero terminó soltando una carcajada— Iba a decir que es obvio, pero mejor me quedo callada porque muchas veces, cuando lo he tenido, se me ha olvidado en casa. —Sonrió de forma exagerada.

—Menos mal que lo has dicho tú. —Rio él—. Y me haces el favor de comprarte uno en cuanto acabe el día.

Por lo visto, el último se le había roto en la última tormenta fuerte que hubo. Me enteré de primera mano cuando hicieron varios comentarios más, al respeto.

—Perdona. —Se centró en mí, sonriendo—. Hola —saludó, añadiendo un gesto con la mano.

—Ella es Dafne, Doctora en Historia. Llegó hace unos días de España y formará parte de nuestro equipo docente, como mínimo, hasta que finalice este semestre y el siguiente.

—¡Vaya! Encantada. —Acortó la distancia y me ofreció una mano, después de secársela.

—Te han faltado datos en la presentación —negó Garrett, divertido—. Dafne, ella es Nicole, Doctora en Literatura. Creo que os vais a llevar muy bien. —Nos sonrió, pasando la mirada de una a otra.

—¡Vaya! Encantada —repetí sus palabras, provocando que los dos soltaran una carcajada.

—Me gustas, sí señor —asintió varias veces—. Ya era hora de que llegara carne fresca porque por aquí tengo a todos muy vistos.

—¿En serio? ¿Carne fresca? Quien diría que eres experta en literatura. —Levantó una ceja él, provocando que Nicole riera y se encogiera de hombros—. Lo que yo decía, ¿verdad? —Carraspeó girándose hacia mí y se lo confirmé sonriendo. Volvió a fijar la mirada en ella—. Ve a secarte al baño antes de que cojas frío, y si está lloviendo cuando termines el horario de trabajo, búscame. Te llevaré a casa —le pidió amablemente.

Se notaba la complicidad que tenían, dejando ver la amistad entre los dos.

—Pensaba que te ibas a ir sin decirlo —soltó con humor—. Un placer Dafne, nos veremos por aquí.

—Igualmente, Nicole. Por supuesto.

Nos dio la espalda y empezó a alejarse, imaginé que hacia donde le había pedido Garrett. Nosotros nos dirigimos hacia las escaleras para ir a su despacho, teniendo pendiente que me informara de todo lo referente al trabajo. A mitad de subir, nos paramos al escuchar la voz de Nicole otra vez.

—Garrett, si terminái antes de la hora de la primera clase dale mi número. Así la invito a un café y la pongo al día de lo que tú no vas a contarle porque es extraoficial. —Soltó una carcajada antes de desaparecer detrás de una puerta.

Él negó sonriendo y volvimos a centrarnos en las escaleras.

—Se ve simpática —comenté cuando entramos al despacho.

—Lo es, Nicole es especial. —Vi la sonrisa de cariño que le salió—. La historia que me une a ella es muy parecida a la tuya con Mauro.

—¿De verdad? —Nos sentamos, él detrás de su mesa y yo frente a él.

—Sí, lo único que no fui su tutor en la tesis. Tuvo que elegir uno de su especialidad, pero siempre estuve muy pendiente de ella. Fuimos profesor y alumna durante mucho tiempo y ¿has visto la luz que desprende? —asentí— Pues cautiva con ella.

—Lo he visto, su energía es contagiosa.

—Así es en todo, lo lleva al máximo nivel. Un rayo de luz que despierta a la oscuridad.

—Venga, vamos a terminar rápido que necesito conocer todos los cotilleos que se esconden entre estas paredes —le pedí moviendo las manos. Soltó una carcajada.

—Si cuando he dicho que no me equivocaba en que os ibais a llevar muy bien… —negó divertido.

—Pues no sabes cómo lo agradezco. —Me miró fijamente—. La primera sorpresa grata me la he llevado contigo. Es duro llegar a un país desconocido, sabiendo que no estás en un viaje de placer y que la estancia es larga. Me refiero a que se deja muchas cosas atrás y la soledad pesa —asintió, comprendiéndolo—. Conocerte a ti, la cercanía que me has dado desde el principio, cómo me tratas y lo pendiente que estás… y ahora si tengo la oportunidad de hacer una nueva amiga… es mucho más de lo que había imaginado. —Sonreí.

—Me alegra escuchar eso. —Imitó mi gesto—. Te darás cuenta por ti misma, conmigo ya sabes que puedes conta para todo, en cualquier sentido y lo digo muy en serio. Vivo a ocho minutos en coche de la universidad, y para cualquier cosa estamos cerca. Pero referente a lo que he dicho de que te darás cuenta, hacía referencia a Nicole.

—Pues vamos a empezar, que si no tendréis que iniciar las clases y yo tendré que irme —dije animada.

—Empiezo por darte el cuadrante de tus horarios —dijo abriendo un cajón, del que sacó una carpeta. En ella habí varios papeles—. Aquí tienes.

—Vale. —Observé la hoja que me ofreció.

Me dio todos los detalles necesarios para empezar a trabajar, lo que haría desde el día siguiente. Emocionada porque llegara ya, lo escuché atenta. Cuando dejamos claro el papeleo y tuve toda la información, salimos del despacho. Me hizo un recorrido rápido por todo el recinto de la universidad, enseñándome dónde quedaba la biblioteca, con la que me quedé embelesada, y los edificios donde estaban las aulas.

—Voy a avisarla —dijo sacando el móvil mientras caminábamos resguardados por mi paraguas, regresando al edificio principal—. Dafne ya es toda tuya —habló y colgó riendo—. Ya está esperando.

—¿En serio?

—Por lo visto nos ha visto salir. —Se encogió de hombros.

Divertidos accedimos al edificio principal y no tardamos en verla venir hacia nosotros.

—Ahora entra en juego la juventud, cuando te necesitemos te llamamos —se dirigió cantarina a Garrett.

—A poder ser no llamadme diciéndome que os ha pasado algo —negó divertido.

—Todo puede ser, ya lo sabes. —Rio ella.

—Mañana nos vemos, Dafne. —Se giró hacia mí y me ofreció una mano.

Me la quedé mirando por unos segundos, pensando en si atreverme a hacer lo que me nacía y apetecía. No sé ni para qué me paré a pensarlo, porque lo hice igualmente. Esquivé su mano y lo abracé. Respiré tranquila cuando enseguida me devolvió el abrazo.

—Me encanta —dijo a nuestro lado Nicole, riendo.

r—Disfrutad, pero, sobre todo, con cabeza. —Se alejó de nosotras después de despedirse de ella, remarcando las últimas palabras.

—Nahhh, ni caso, que no estamos en peligro. —Se puso a mi lado—. Es muy protector.

—Ya me he dado cuenta. —Sonreí—. ¿Te van las emociones fuertes? —Apreté los labios, viendo en su cara una aexpresión pícara.

—A veces sí, a veces no… depende del día y de lo que haya descansado. —Reímos.

De esa forma salimos del edificio y abrí el paraguas, cubriéndonos con él. Hasta ahí bien, todo perfecto porque según me dijo íbamos hacia el edificio donde estaba la cafetería, dos más alejados de donde estábamos. Pero claro no esperaba que el paraguas me la jugara, se doblara, las varillas cedieran y se invirtieran con la tela, quitándonos la protección mientras el agua caía sobre nosotras en medio del patio central.

—Mierda —dije intentando regresarlo a su forma original.

¿El problema? De la nada empezó a hacer mucho viento, una ráfaga había provocado lo que había sucedido.

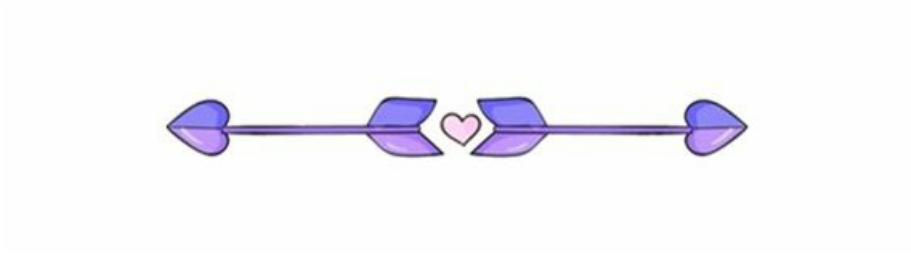
—¡Ohhh… mierda! —repetí exagerándolo, cuando el mango del paraguas se me resbaló de la mano, al habérseme mojado y salió volando.

Como me había adelantado Garrett, llovía con más intensidad. Nicole no podía reírse más y yo terminé uniéndom a ella. ¿Qué iba a hacer? Pensé que el paraguas estaba perdido en cuanto se alejó rápido de nosotras, guiado por el viento. Pero no llegó muy lejos y sorprendidas las dos, quedándonos calladas de golpe, lo vimos estrellarse contra alguien. Impactó con fuerza en el cuerpo de una persona, de frente.

Nos miramos de reojo, frunciendo los labios para evitar reír como necesitábamos, mientras nos mojábamos cada vez más. Pero la diversión se me quitó de golpe, quedó aniquilada de un plumazo y por completo en cuanto esa persona, que era un hombre, apartó mi paraguas, haciéndose visible para nosotras. Nicole soltó un pequeño jadeó y a continuación una carcajada. Yo no pude reaccionar de ninguna forma, con la vista fija en su presencia.

Fruncí el gesto al darme cuenta de cómo me observaba él, tenía la vista fija en mí. ¿Se había molestado? ¡Ni que lo hubiera hecho a propósito! Pensé, pero sin poder exteriorizar nada.

Capítulo 15



Kenai

Lo último en lo que podía haber pensado al bajarme del coche y dirigirme hacia la universidad en la que trabajaba Nicole, es que me vería sorprendido por el ataque de un paraguas volador. Así, tal cual. Lógicamente me frenó de golpe, dejándome descolocado por unos segundos, sintiendo el agua en la cara y en las manos que eran las únicas partes del cuerpo que no tenía cubiertas por ropa.

Mientras me acercaba al edificio principal había visto desde lejos a Nicole, acompañada de otra mujer y hacia ellas me había dirigido, aunque dejé de prestarles atención al sonarme una llamada. Ese es el motivo por el que no lo había visto venir, ni había hecho el intento de esquivarlo, al estar intentado sacar el móvil del bolsillo.

Y la causa por la que estaba allí, es porque sabía lo despistada que era para algunas cosas y había dado por hecho que no se habría acordado de reponer el paraguas que se le rompió hacía una semana y media. Con la tormenta que teníamos encima, la que cada vez tomaba más intensidad, este último motivo me había impulsado a acercarme a la universidad para llevarle uno.

Tres paraguas tenía encima, el mío que estaba desplegado y sujetaba en alto, el que todavía tenía pegado al abrigo y no era mío, y el que llevaba en una mano para dárselo a ella. Yo con tantos y ellas sin ninguno, fue lo que vi en cuanto retiré despacio el que me impedía la visión hacia delante.

Me quedé con la palabra en la boca para decirle algo a Nicole porque después de su sorpresa al verme, se había puesto a reír. También influyó que la chica que estaba a su lado, observándome, captó mi atención, dejándome callado mientras fijaba la mirada en ella. Y no os puedo decir por qué reaccioné como lo hice, pero mi gesto se cubrió de seriedad y apreté la mandíbula marcando las facciones, sacando hacia fuera una visión de mí que sabía que imponía y daba respeto.

Para cualquier persona, menos para Nicole, eso lo tenemos todos claro porque todavía continuaba riendo, cada vez más mojada por el agua. Parpadeé varias veces, más rápido de lo normal, intentando hacerme con el control de mí mismo otra vez para salir del aturdimiento en el que me había quedado.

No reconocí a la chica ni la ubiqué porque conocía a todas las personas que ocupaban el edificio que tenía delante

Hablo de la parte administrativa y del profesorado, los alumnos ya eran otro tema aparte. Al igual que yo también era bien conocido por todos ellos. Eran muchas las veces que traía a Nicole hasta la universidad, muchas las que venía a recogerla, otras tantas, bastantes, en las que me paraba para tomar un café en grupo, como también incontables veces había paseado por el interior del edificio con ella.

Primero fue durante su etapa de estudiante, después desde que empezó a ejercer la profesión que consiguió con mucho esfuerzo y dedicación. La que era su pasión porque si algo os ha quedado claro es que, sentía devoción por los libros y por todo lo que descubría en ellos, fueran del tipo que fueran.

Los que trabajaban en el edificio con el tiempo pasaron de ser solo conocidos a algo más. No podía considerarlos a todos como amigos, pero teníamos una buena conexión y relación. Lo que sí podía dirigirlo, el *pack* completo, hacia Garrett, al que echaba mano más de una vez cuando detectaba alguna actitud rara en Nicole, para ir los dos por el mismo camino hasta descifrar lo que sucedía. Él sí era un buen amigo desde hacía años.

Devolví el paraguas a su forma original y empecé a caminar hacia ellas, sin apartar la vista, pero ya no solo centrándola en la desconocida. Nada más ponerme delante alargué la mano, ofreciéndoselo a la chica porque tenía claro que de Nicole no era. Aparte de que cuando las había visto desde lejos, antes de lo que había sucedido, era ella la que lo sujetaba.

—¿No es tuyo? —hablé levantando las dos cejas. La pregunta la hice porque no se movió para cogerlo, ni pestañeó— Os estáis mojando —negué despacio, serio.

—Sí. —Reaccionó por fin, quitándomelo rápido.

Lo puso en alto, cubriéndose otra vez las dos.

—¿Qué haces aquí? —Se dirigió a mí Nicole.

—¿Lo conoces? —Quiso saber.

—Claro. —Le sonrió al responderla—. Más que eso, es como un hermano pesado y protector —dijo con guasa.

Levanté una ceja, provocando que soltara una carcajada. Los ojos de la chica volvieron a fijarse en mí. Su expresión era… ni puñetera idea del porqué me miraba como lo hacía, aunque debo decir que yo no había favorecido a que fuera de otra forma. No había reaccionado mucho mejor y me quedó claro que la desconfianza era lo que destacaba más. A saber, a cuento de qué… pero ahí estaba.

—He venido a traerte un paraguas —contesté.

—Ohhh… —Reaccionó bajando la mirada hacia la mano con la que lo sujetaba—. ¿Ves? —Le dio un golpecito

en un brazo—. Es un hermano pesado y protector, pero adorable y encantador. Si es que es para comerte. —Se acercó a mí para abrazarme, pasando al cobijo de mi paraguas.

—Iba a decir que te vas a mojar porque así está mi abrigo, pero la que me estás mojando más eres tú —negué.

—Ha sido por un error de cálculo. —Sonrió de medio lado—. El paraguas nos ha traicionado y… este es el resultado. —Se encogió de hombros.

—Pues ya puedes ponerle solución porque si no… podéis. —Me referí a las dos, mirando de reojo a la otra chica.

—Vamos a la cafetería antes de que empiecen las clases, en cuanto estemos en el baño lo hacemos. ¿Quieres venir?

—No puedo, tengo trabajo. —Carraspeé, negando.

—Mira te presento, porque no la conoces. —Se puso de lado, mirando con una sonrisa hacia ella—. Es Dafne, recién llegada de España para ejercer de profesora. Es Doctora en Historia y estará una buena temporada aquí. Hoy es el primer día que nos hemos visto y parece como si nos conociéramos de toda la vida. —Rio.

Por la expresión que puso cuando se calmó, me dio a entender que había esperado recibir, aunque fuera una sonrisa de Dafne. No sucedió, se mantuvo callada, seria, sin mostrar nada hacia fuera, observándonos a los dos.

—Mi nombre es Kenai —le hablé cortando el silencio. Asintió despacio.

Fruncí el gesto, preguntándome qué narices estaría pensando, pero toda ella me indicaba que no le gustaba mi presencia, al menos era reacia a mí. No entendía por qué estaba reaccionando de esa forma, aunque yo no es que tuviera sensaciones mejores. Pero por lo visto era más experto en ocultarlas y taparlas, teniendo más control sobre mí mismo.

—Encantada… —Terminó contestando, en tono bajo.

Asentí. Nuestros ojos se quedaron conectados durante unos segundos, o al menos eso pensé, porque por los golpes en el brazo que recibí de Nicole y sus palabras, supe que había pasado bastante más tiempo en el que el silencio nos había rodeado, solo interrumpido por el sonido de la lluvia.

Llevé la vista hacia Nicole, viendo sus dos cejas levantadas, muestra de que estaba intrigada y queriendo hacerme muchas preguntas. No las haría, lo sabía de sobra, al menos hasta que no estuviéramos solos. Ese fue el momento en el que vi el camino libre para alejarme de allí.

—Toma. Me voy ya. —Le di el paraguas.

—Gracias Nai. —Cambió el gesto por una sonrisa y me abrazó otra vez.

—Hasta pronto. —Dirigí la atención hacia Dafne.

—Hasta pronto —repitió correspondiéndome y volví a asentir.

Nicole salió de la protección de mi paraguas y abrió el que le había traído. Sin decir nada más me giré dándoles la espalda y empecé a caminar para irme del recinto, yendo hacia el coche. No había sido una excusa lo del trabajo, era muy cierto porque en una hora tenía programada una visita en una unifamiliar y estaba a bastante distancia.

Cuando llegué a la puerta de la muralla, a unos pasos de estar fuera, me paré, girándome hacia el patio central. La localicé y las seguí con la vista. Estaban a punto de llegar al edificio de la cafetería e iban conversando. Y otra vez, no supe por qué, pero fruncí el gesto y apreté la mandíbula.

Sacudí la cabeza y aparté la atención, centrándola hacia delante. Fui hacia el coche y me protegí del agua en el interior. Arranqué poniéndome en movimiento para no perder más tiempo. Durante el trayecto me pregunté varias veces qué me había sucedido para mostrarme frente a Dafne de la forma en la que lo había hecho.

—Menuda impresión se habrá llevado de mí —negué descontento conmigo mismo.

No tendría que haberme preocupado lo que pensara ella o no. Era una recién conocida y sabía de sobras que Nicole le hablaría muy bien de mí, así era siempre. Pero no pude apartar la sensación de haberme quedado insatisfecho, con la necesidad de haber tenido otro encuentro muy diferente al que se había dado.

Inexplicable, pero ya no tenía importancia porque no se repetiría a no ser que yo regresara a la universidad y coincidiéramos. Eso quise pensar, aferrándome a ello cuando cuarenta minutos después estacioné el coche muy cerca de la puerta principal de la unifamiliar. Todavía no habían llegado los posibles compradores, faltaban como mínimo veinte minutos para que aparecieran. Me bajé del coche, esa vez sin paraguas porque sí que llovía, pero el agua caí muy fina y ligera.

Abrí y entré, activando todas las luces desde el cuadro eléctrico, como hacía siempre. Me dirigí hacia la cocina y fui directo hacia la cafetera. También era mía, por si os lo habéis preguntado o tenéis la curiosidad. Era una manía que repetía. No penséis que acumulaba muchas cafeteras en mi casa porque una vez que vendía una propiedad, la trasladaba a otra. O incluso como en este caso, en el que tenía programado el encuentro con días de antelación, la había traído de una de las viviendas que tenía a la venta y que quedaba próxima.

La encendí y me preparé un café. Cuando tuve el vaso lleno, en la mano, me acerqué hacia la ventana de la cocina Le di un sorbo, dejando la vista vagar hacia el exterior, pensativo.

✣ ✣ ✣

—¿Cómo ha ido? —me preguntó Gareth nada más descolgar mi llamada.

—Perfecto, la he vendido. Esta tarde cerramos el acuerdo.

Así sería, porque había traído conmigo toda la documentación necesaria, aunque la parte final tuviéramos que formalizarla en mi oficina.

—Enhorabuena, tío. ¿Y por qué no noto la emoción de siempre?

—Tú sabrás, yo la tengo —negué.

—No sé, no sé… ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vienes para aquí o esperas cerca de la casa?

—No voy a alejarme. Es una tontería hacer los cuarenta minutos de vuelta para tener que sumarle los de regreso. Voy a estar más tiempo dentro del coche que fuera y no es lo que pretendo. Comeré por la zona y cuando lo deje todo formalizado, iré directo a casa.

—¿A qué hora has quedado con ellos?

—A las cuatro de la tarde, no podían antes.

—Joder, pues puedes darle buen uso a alguno de los sofás —dijo divertido.

—Puede que lo haga. —Sonreí.

—Una lástima que no esté cerca para acompañarte a comer, sino estuviera liado me montaba en el coche para darte encuentro.

—¿Mucho trabajo? —Me interesé mientras abría la puerta principal.

Eran las doce del mediodía. Salí de la casa con la intención de dar un breve paseo, hasta encontrar algún restaurante en el que entrar. El tiempo que tardaría en hacerlo ya sería la hora perfecta para llenar el estómago. Empecé a caminar por la acera. El cielo estaba cubierto, pero no llovía, lo que podía volver a suceder en cualquier momento.

—A tope, tío. Hoy he cerrado dos remodelaciones importantes. Una es del centro de ocio que está a las afueras, la

otra de una vivienda de buenas proporciones.

—Me alegro.

—¿Seguro que estás bien?

—¿Qué te ha dado con eso? Sí.

—No estás muy hablador.

—Todo está perfecto. Estoy a nada de embolsarme una buena cantidad de dinero.

—¿Y sobre la casa de aquí? —Ahí estaba la pregunta de la que no quería ni oír hablar, ni mucho menos responder

—¿Qué?

—Veo que sigues igual.

—Si tomo alguna decisión lo sabrás.

—Yo que tú…

—Me lo has dejado claro varias veces —negué parándome para cruzar un paso de cebra.

Miré hacia los lados y pasé tranquilo porque la calle estaba desierta a esas horas. No era un lugar muy transitado y las personas que vivían en la zona estarían en sus puestos de trabajo.

—Ya sabrás lo que haces, pero no lo demores mucho.

—No tengo ninguna prisa para tomar una decisión, Gareth.

Me paré al pasar por al lado de un restaurante y decidí que ese sería el elegido. ¿Para qué moverme tanto? En un lugar u otro lo esencial lo encontraría, saciar el hambre.

—Créeme, es obvio —dijo con tono de humor—. Como también sé que estás a un paso de tomar la decisión de hacer eso que te he dejado claro tantas veces, pero no seré yo quien vuelva a tocar el tema. —Carraspeó.

—A ver si es verdad. —Puse los ojos en blanco—. Estoy entrando en un restaurante.

—Vale, te dejo. Que aproveche.

—Gracias. ¿Sigue lloviendo tanto por ahí?

—Más que a primera hora, está descargando fuerte.

—Ok —asentí mientras ocupaba una mesa.

Nos despedimos comentando que nos llamaríamos por la noche. Miré a través del ventanal unos segundos, hasta que cogí la carta y le eché un vistazo. Cuando el camarero se acercó, sabía lo que pedir.

—Media pinta Guinness Blonde —empecé por la bebida—, y una ración completa de *seafood chowder*.

—Perfecto —asintió sonriendo.

Me llevé a los labios el vaso en cuanto lo dejó frente a mí, degustando el sabor. La Guinness Blonde es una cerveza rubia compleja: ligera, fresca y de gran sabor, lupulada, floral y avivada con cítricos. Tenía el equilibrio perfecto con una malta persistente y un final con toque de galleta, haciendo de los contrastes un placer para el paladar porque la unión de sabores era vibrante.

Para comer había pedido *seafood chowder.* Es una sopa de marisco muy sabrosa, aparte de espesa. Por norma general, está hecha a base de trozos de salmón y cigalas, y con almejas y patatas, condimentado todo con la receta especial de cada restaurante o *pub*. En todos los lugares servían esta sopa, es muy típica en toda Irlanda, como también era normal que algunos de los ingredientes variaran porque la hacían con el pescado del día. Su color era blanquecino. Se podía pedir una ración completa o media, la última opción era buena si querías acompañarla con otro plato porque te la servían en cuencos pequeños. Pero yo me había decidido a entrar en calor con ella, por lo que, al pedir una ración completa, iba muy bien servido porque el tamaño se duplicaba y tenía la consistencia como de puré. Saciaba mucho.

Comí tranquilamente, sin prisa, dejando el tiempo pasar. Cuando terminé pedí un café y alargué el momento, con la vista enfocada en la calle. La lluvia volvía a caer.

—Vale, te dejo. Que aproveche.

—Gracias. ¿Sigue lloviendo tanto por ahí?

—Más que a primera hora, está descargando fuerte.

—Ok —asentí mientras ocupaba una mesa.

Nos despedimos comentando que nos llamaríamos por la noche. Miré a través del ventanal unos segundos, hasta que cogí la carta y le eché un vistazo. Cuando el camarero se acercó, sabía lo que pedir.

—Media pinta Guinness Blonde —empecé por la bebida—, y una ración completa de *seafood chowder*.

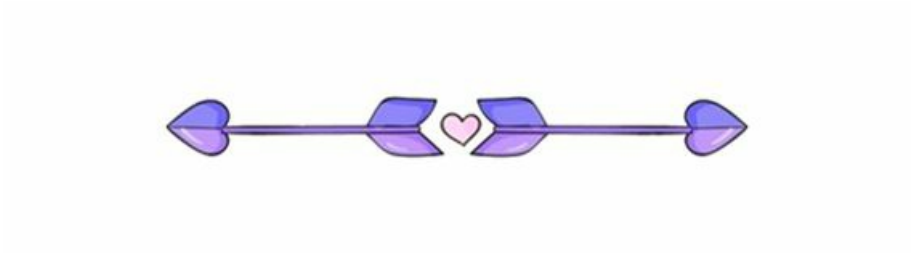
—Perfecto —asintió sonriendo.

Me llevé a los labios el vaso en cuanto lo dejó frente a mí, degustando el sabor. La Guinness Blonde es una cerveza rubia compleja: ligera, fresca y de gran sabor, lupulada, floral y avivada con cítricos. Tenía el equilibrio perfecto con una malta persistente y un final con toque de galleta, haciendo de los contrastes un placer para el paladar porque la unión de sabores era vibrante.

Para comer había pedido *seafood chowder.* Es una sopa de marisco muy sabrosa, aparte de espesa. Por norma general, está hecha a base de trozos de salmón y cigalas, y con almejas y patatas, condimentado todo con la receta especial de cada restaurante o *pub*. En todos los lugares servían esta sopa, es muy típica en toda Irlanda, como también era normal que algunos de los ingredientes variaran porque la hacían con el pescado del día. Su color era blanquecino. Se podía pedir una ración completa o media, la última opción era buena si querías acompañarla con otro plato porque te la servían en cuencos pequeños. Pero yo me había decidido a entrar en calor con ella, por lo que, al pedir una ración completa, iba muy bien servido porque el tamaño se duplicaba y tenía la consistencia como de puré. Saciaba mucho.

Comí tranquilamente, sin prisa, dejando el tiempo pasar. Cuando terminé pedí un café y alargué el momento, con la vista enfocada en la calle. La lluvia volvía a caer.

Capítulo 16



Dafne

—¡Cómo nos hemos puesto! —Rio Nicole.

Se estaba secando con el secador de manos, lo que podía, sobre todo el pelo. Yo ya estaba más o menos decente, había sido la primera en hacerlo mientras ella entraba al servicio.

—Nahhh, solo es agua. —Le quité importancia—. Por suerte no hemos estado mucho tiempo expuestas. —Llevé la vista hacia espejo, mirándome en él.

—¿Te ha asustado Kenai? —Ante su pregunta desvié la atención hacia ella.

—No, ¿por qué?

—Has estado muy seria desde que ha aparecido. —Me miró de reojo—. Esto ya está —se alisó el pelo con las manos, acercándose a mí—. Vamos a tomarnos dos buenos cafés, todavía tenemos tiempo. —Me sonrió.

—Vale. —Le devolví el gesto, siguiéndola.

Me mantuve callada mientras nos acercábamos a la barra para pedir y hasta que nos los pusieron en una bandeja con la que nos dirigimos hacia una mesa.

—No me ha asustado —respondí mejor a su pregunta, con la vista puesta en el azúcar que estaba echando—. A lo mejor al ver su expresión me he preocupado un poco. Ha dado la impresión de que le ha molestado que el paraguas se estrellara contra él, pero no ha sido intencionado. Así que… —Me encogí de hombros.

—Ha sido lo más, vaya escena. —Rio y sonreí al verla—. Nada, ni una mínima preocupación. No sé por qué se le ha puesto cara agría al principio, pero Kenai más genial no puede ser. Te lo digo yo, que tiene que cargar conmigo constantemente. —Volvió a reír.

—No lo conozco y no lo voy a juzgar —negué—. Imagino que el sobresalto le habrá hecho actuar así. Después ha sido amable… —En las últimas palabras bajé el tono de voz.

—Es que lo es —soltó un suspiro—. Créeme, lo conozco y se habrá ido lamentando la situación.

—¿Por qué?

—Por cómo ha reaccionado. Lo que he dicho de que es como un hermano pesado no es cierto, era para picarlo un poquito. —Sonrió pícara—. En lo de protector sí que es así, desde que lo conocí.

—¿No sois familia? —Me interesé.

—No y sí —respondió cambiando la expresión. Ya me había quedado claro lo que sentía hacia él, pero más lo hizo al ver el cariño que reflejó, dejando ver el amor que le tenía y lo importante que era para ella—. Nos cocimos muy jóvenes, yo siempre tuve problemas en casa. —Se llevó la taza a los labios, haciendo una pausa—. Si no hubiera sido por él… Fue mi salvación en muchos sentidos y se colgó el papel de hermano mayor enseguida, protegiéndome ante cualquier cosa. Así hemos continuado con el paso del tiempo. Para nosotros, para los dos, somos hermanos, aunque no llevemos la misma sangre.

—Es bonito escucharte hablar de él y lo que transmites. —Sonreí.

—Cuando lo conozcas, lo entenderás —asintió.

—No sé si se dará —negué.

—¿Cómo qué no? Viene mucho por aquí y ahora somos amigas, ¿no?

—Sí. —Reí.

—Pues eso, que formas parte de mi vida y lo verás. —Me hizo un guiño—. ¿A que es impresionante?

—¿Eh? —Provoqué que soltara una carcajada.

—Ya me has entendido. Es atractivo, simpático, atractivo, protector, atractivo, con una vida muy bien montada, atractivo y es innegable la planta impresionante que tiene. ¿Ya he dicho que es atractivo? —Reímos.

—Lo has dicho, sí —negué—. No te lo voy a negar porque sería mentir.

—Pues que sepas que está libre. —Levantó las dos cejas, haciéndome reír otra vez.

—Me extraña que esté solo, por cómo lo estás definiendo.

—Es la verdad.

—Bueno, tampoco es que me interese esa parte. —Carraspeé.

—¿Quién sabe? Lo mismo para darte una alegría al cuerpo mientras estés aquí… —Rio por la cara con la que la miré—. Y, a lo mejor, cabe la posibilidad de que alargues la estancia y ese sea uno de los motivos que te impulser a hacerlo. Piénsalo bien porque a mí me encantaría.

—Lo estás vendiendo todo perfectamente. —Apreté los labios—. A ti te encantaría, falta saber cuál sería su pensamiento.

—¡Ah, lo sabía! —Me señaló—. No has negado que a ti también te encantaría. —Aplaudió.

—Deja a un lado lo de hacer de Celestina que te estoy viendo. —Bufé cogiendo la taza, saboreando el café.

—¿Cómo era tu vida en España? —Cambió de tema, apoyando los brazos en la mesa.

—Muy buena. —Sonreí con cariño, acordándome de todos—. He dejado atrás, por un tiempo, a mi familia y amigos. Estoy muy unida a todos.

—Tiene que ser duro. —Hizo una mueca.

—No lo pienso mucho, la verdad. Se me presentó la oportunidad de estar aquí y es algo que no pude rechazar. Es importante en mi carrera y en muchos aspectos. Quiero vivirlo, solo es temporal y ellos estarán a mi lado, apoyándome.

—O no, a lo de temporal me refiero. —Me hizo un guiño. Volví a reír.

—Nunca se sabe. —Se le agrandaron los ojos—. Me refiero a que sí que será temporal, pero puede que, si se da la opción, alargue más la estancia completando el curso que viene.

—Sería fantástico —asintió conforme.

—Sea como sea, existen los teléfonos. Puedo hablar con ellos, verlos por videollamadas y también están los viajes exprés.

—¿Sabes? Yo en más de una ocasión, hace ya muchos años, me he sentido como debiste hacerlo tú al llegar aquí sin conocer a nadie. Pero tu suerte ha cambiado como hizo la mía. Yo encontré a Kenai y a Gareth, un amigo de los dos. Tú has encontrado a Garrett, a mí y a Kenai, porque estoy segura de que haremos un buen equipo.

—Estoy muy agradecida por ello y la perspectiva cambia.

Terminamos los cafés conversando un poco de todo lo referente a la universidad. Como bien adelantó, al propone que nos viéramos para tomar un café cuando estaba con Garrett subiendo las escaleras, me hizo un repaso rápido de todo lo que se escondía entre las paredes del edificio. Me dijo tantos nombres que no conseguí quedarme con ninguno.

Cuando faltaban quince minutos para que empezara su primera clase salimos de la cafetería.

—Mañana nos vemos y continuamos —me dijo abriendo su paraguas.

—Por supuesto. Que vaya muy bien el día de trabajo. —Intenté abrir el mío. Intenté, sí…—. Mierda —dije peleándome con él.

—¿Se ha roto?

—Pues parece que sí, las varillas se han dañado. Me ha costado cerrarlo, pero no pensaba que fuera para tanto. No puedo abrirlo —solté un suspiro llevando la vista hacia delante.

Estábamos protegidas por un pequeño techo de la entrada de la cafetería, pero la lluvia caía con fuerza a solo unos pasos.

—Déjame a mí —me pidió el paraguas dejando el suyo en el suelo, abierto—. Ups, pues si antes tenía arreglo ahora no. —Me miró preocupada.

Haciendo fuerza había desmontado el paraguas. Se quedó con el mango en una mano y con el resto en la otra, con dos varillas partidas definitivamente.

—No pasa nada. —Le quité importancia, divertida—. No tenía remedio de todas maneras.

—Pero no puedes irte así. —Hizo una mueca—. Llévate el mío. —Se agachó y me lo acercó.

—No —negué—. Después tú estarás igual si sigue lloviendo.

—Para nada, ya has oído a Garrett antes. Si no cambia el tiempo me llevará en coche hasta casa y él tiene uno

siempre de repuesto en el despacho. Vienes conmigo hasta el edificio principal, así no me mojo, y te vas protegida.

—¿Segura?

—Claro. —Me sonrió.

—Vale —solté otro suspiro—. Gracias, Nicole. Mañana te lo devuelvo.

—¿A mí? Nada de eso, te lo quedas porque es de Kenai. Cuando lo veas se lo devuelves a él. —Apretó los labios, conteniendo la risa.

—Es más rápido dártelo a ti. —La miré de reojo cuando empezamos a andar.

—Ni se te ocurra traérmelo porque te lo llevarás de vuelta. No pienso cogerlo.

—No tienes remedio.

—Eso me dice siempre, Kenai. ¿Ves? Sois tal para cual. —Soltó una carcajada, a la que me uní porque seguía pensando en lo mismo.

Nos despedimos en la entrada del edificio principal y cada una tomó un camino. En cuanto salí del recinto y tuve la oportunidad de tirar el paraguas roto, lo hice, yendo más ligera hacia casa. El principio de la mañana había dado mucho de sí, demasiado…

Hay algo que hasta ahora no he dicho porque había querido centrarme solo en Nicole y, sobre todo, había evitado mostrar ante ella cómo realmente me había quedado y cómo me sentía. No por ningún motivo en especial porque debo decir que desde que nos habíamos visto había sentido una conexión instantánea con ella y una buena vibración. Pero necesité asentar todas las emociones y sensaciones en mi interior, viniéndome muy bien hacer un pequeño parón en la cafetería.

Aunque, que saliera el nombre de Kenai en la conversación me había ido removiendo cada vez más. Y es que, desde su aparición, al ver su reacción y su sola presencia, con todo el conjunto, me había quedado desconcertada por completo. Había intentado entender el motivo de lo que había provocado en mí, analizándolo mientras lo observaba atentamente, pero ya os digo que no había conseguido aclarar nada. Continuaba igual, haciéndome muchas preguntas que no tenían respuestas.

Era un hombre normal y corriente, bueno vale, sí, algunos de los calificativos que había remarcado Nicole, los que yo podía corroborar, eran evidentes para cualquiera. Como le había dicho a ella, por eso mismo, no puedo ni voy a negar lo guapo y atractivo que es, con una planta que llamaba más que la atención.

Imaginaros a un hombre alto, con las piernas cubiertas por el pantalón de un traje que parecía hecho para él porque se ajustaba en su justa medida a esa zona de su cuerpo, perfectamente. Y en la parte de arriba, un abrigo con botones desviados hacia un lateral combinado con una cremallera, el que le llegaba por la cadera y se pegaba a su pecho, marchando el ancho de sus hombros. Toda esa ropa amoldada a su figura, combinada con sus facciones varoniles y marcadas, rematándolo con el cabello castaño peinado desenfadado, pero sin perder el punto de elegancia con el que lo lucía. Ah, que se me olvidaba otro detalle, el tono de su voz, lleno de armonía y con toques profundos que captaba el interés sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo para ello.

Pues esa es la descripción de Kenai, pero de ahí a todo lo que me había removido, sin conocerlo realmente… No era de actuar como lo había hecho, ante nadie, a no ser que me dieran motivos de peso para ponerme en alerta desde el principio. Siempre me reservaba la opinión y tiraba hacia delante como si no pasara nada, sin demostrar hacia el exterior ni el más mínimo detalle que pudiera hacer pensar a la otra persona, o a los de mi alrededor, lo que realmente pasaba por mi cabeza, por muy impresionante que se viera la imagen de una persona.

Pero mierda, en varias de esas cosas que eran comunes en mí, había fallado estrepitosamente porque ni había actuado como si me fuera indiferente, al no poder controlar lo reacia que me había dejado ver en todo momento hacia él, ni había hecho como si no hubiera captado mi atención, aunque no fuera dirigida hacia la mejor dirección.

Pero es que… no sé si puedo hacerme entender lo suficiente si os digo que algo se había activado en mi interior, algo que me había desconcertado hasta el punto de no conseguir ponerle nombre porque en la vida me había sucedido. Y es que no lo tenía, no había ninguna palabra que pudiera darle lógica, ni sentido aparente. Algo se había activado provocándome una sensación cálida, como si prendieran una mecha dentro de mí, agradable, plácida y reconfortante, a la vez que mis alarmas se ponían a funcionar y levantaba barreras imaginarias hacia su persona, queriendo bloquearlo.

Raro y complicado, ¿no? Sintiendo todo eso nada más verlo y teniendo en cuenta su expresión de pocos amigos en cuanto fijó los ojos en mí… pues había tenido un remolino de emociones difíciles de controlar. Si hubiera estado en otra situación diferente no dudaba de que de mis labios habrían salidos algunas palabras para decirle si tenía algún problema. De eso estaba más que segura porque no podía callarme en según qué circunstancias. Pero sorprendida me quedé, también, al verme a mí misma sin poder casi hablar ni reaccionar y cuando lo había hecho… mejor no recordarlo.

Tan metida iba en mis pensamientos que no me di cuenta de que llegué a la casa. Sacudí la cabeza, con la vista fija en la puerta, como si fuera algo extraño. Solté un suspiro, busqué las llaves y abrí. Cuando cerré el paraguas lo llevé al baño que estaba en el pasillo y lo dejé dentro de la bañera, para que goteara y se secara.

—Devolvérselo a él… —susurré observándolo— Como si se fuera a dar. —Puse los ojos en blanco, dándole la espalda.

Encendí la calefacción y me dirigí hacia la habitación. Dejé el bolso encima de la cómoda y me quité los zapatos sustituyéndolos por las zapatillas de estar por casa. Lo mismo hice con la ropa que llevaba, quitándomela para ponerme otra más cómoda y ligera. Eran las nueve y veinte de la mañana, tenía un día largo por delante sin salir de casa porque con la lluvia no apetecía moverse y no tenía pinta de que amainara. La verdad, me venía genial para coger fuerzas para el día siguiente que empezaba a trabajar.

Entré al baño y me sequé el pelo mejor, aun lo tenía un poco húmedo. Cuando volví a la habitación, cepillándomelo, me paré en el centro, yo y mis movimientos, con la vista fija en lo que había encima de una mesa pequeña que quedaba en una esquina, debajo de una ventana. En total había dos, la otra estaba cerca de la cama y ambas daban al patio, hacia la bahía.

Caminé hacia la mesa, dejando el cepillo encima, al lado de lo que había captado mi atención que no era otra cosa que la bolsa que me dio Mireia en la biblioteca, la que contenía en su interior el libro que había sacado de ella, el que varias veces fui a buscar sin éxito, hasta que di con él. Desde que llegué a la casa no lo había sacado, ni movido la bolsa al dejarla donde estaba. Metí la mano y deslicé el libro hacia fuera, volviendo a leer el título.

—Es el día perfecto para ti —susurré acariciando la tapa delantera.

Lo cogí y fui hacia el salón, donde me senté en el sofá, acomodándome con él encima de las piernas.

—Vamos a ver qué escondes —le hablé abriendo la tapa.

Admiré las cenefas de la primera página, leyendo la fecha de la que databa y el nombre de la autora, el mismo del título. Se detallaba que se publicó muchos años después de que ella falleciera. En la siguiente página había un escrito en el que se hacía referencia a cómo encontraron la obra por casualidad y se vieron en la obligación de editarla, por el gran valor y aporte que significaba hacia una época pasada.

A esas palabras las acompañaba una mención a la autora muy bonita, especial y emotiva, en la que se le agradecía su gran aportación, con una visión personal y directa. Avancé pasando varias páginas, hasta que llegué al comienzo, encontrándome con un texto escrito con letra estilográfica, diferenciándolo del resto del contenido.

«Durante mi existencia siempre he tenido muchas inquietudes y a pesar de la época en la que he vivido, puedo decir con orgullo, que nunca cumplí con el patrón establecido. Conforme fui creciendo me hice consciente de que mis pensamientos y habilidades no se correspondían con la sociedad en la que me crie.

Dado a ello, con esta escritura quiero y tengo la necesidad de dejar plasmado el recorrido de mi vida. No dispongo de la pretensión de que algún día estas palabras escritas, de mi puño y letra, se alejen de mi poder y sean descubiertas, pero mi expresión se cubre de felicidad al tener el pensamiento de que pueda llegar a suceder, en algún espacio del tiempo del que yo no seré conocedora.

Llegar a más personas con este comienzo de carta, porque no sé cuan larga será, ni el tiempo que me demoraré en finalizarla, que pudiera llegar a conocerse su contenido, me inunda el pecho de un sentimiento muy cálido. Mi tiempo se acorta por momentos, tengo la fiel confianza de que no viviré alargándolo mucho más. Estoy convencida de ello, noto en mi interior cómo me apago poco a poco, cómo mi llama vital pierde intensidad con el transcurso de los días.

No tengo temor para cuando se dé, para dejar esta vida que he conocido siempre. Las grandes personas que amé con todo mi ser están esperándome. Mi convicción así me lo hace sentir y debido a ello, la paz en mi interior se desborda, provocada por un reencuentro con sus almas. Este inicio lo hago con dolor y desesperación, por la separación que se dará de mi adorada hija y al tener los recuerdos tan vivos en mi corazón, los que siempre me han acompañado en el camino de la vida.

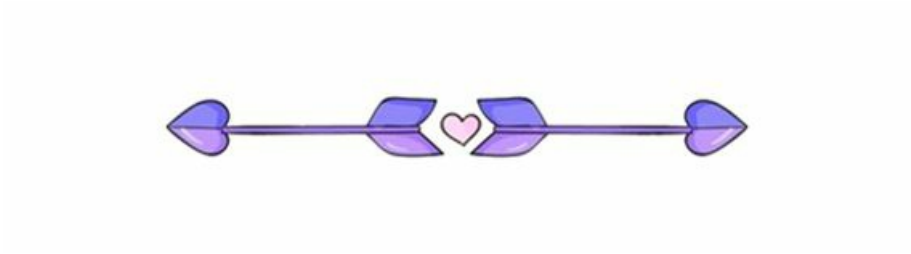
Mi nombre es María Catalina y esta es mi historia…»

Llegar a más personas con este comienzo de carta, porque no sé cuan larga será, ni el tiempo que me demoraré en finalizarla, que pudiera llegar a conocerse su contenido, me inunda el pecho de un sentimiento muy cálido. Mi tiempo se acorta por momentos, tengo la fiel confianza de que no viviré alargándolo mucho más. Estoy convencida de ello, noto en mi interior cómo me apago poco a poco, cómo mi llama vital pierde intensidad con el transcurso de los días.

No tengo temor para cuando se dé, para dejar esta vida que he conocido siempre. Las grandes personas que amé con todo mi ser están esperándome. Mi convicción así me lo hace sentir y debido a ello, la paz en mi interior se desborda, provocada por un reencuentro con sus almas. Este inicio lo hago con dolor y desesperación, por la separación que se dará de mi adorada hija y al tener los recuerdos tan vivos en mi corazón, los que siempre me han acompañado en el camino de la vida.

Mi nombre es María Catalina y esta es mi historia…»

Capítulo 17



Con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá noté cómo los párpados me pesaban, al igual que hacía esfuerzos por mantenerlos abiertos, con la necesidad de seguir con la lectura porque me sentía atrapada por ella. No pude controlarlo, en realidad no fui consciente del momento en el que cerré los ojos por completo.

En algún lugar de la inconsciencia…

Junté las manos por encima de la falda, nerviosa esperando a que sucediera… tenía a mi prometido de espaldas en el salón, junto a mi padre. Di varios pasos más hacia delante, haciéndome notar por el sonido de los zapatos. Paré mi movimiento, conteniendo el aire, al ver la figura de mi prometido girar lentamente hacia mí.

Sintiendo la ansiedad recorrerme, al ser conocedora de que el hombre que estaba en nuestro hogar sería en poco tiempo mi esposo… me quedé sin respiración cuando se mostró frente a mí. No pude controlar la sorpresa que se reflejó en mi rostro, al ver el suyo y sus facciones cinceladas. Su mandíbula era firme, sus pómulos enmarcaban su expresión, su imagen era definida y esculpida, acompañada con una fina línea de vello sobre su labio superior Elegantemente vestido, sus ropas se amoldaban a él gracias al sastre que se lo confeccionó.

—Lord Gaillimh, es un honor disponer de su presencia en nuestro hogar —pronuncié las palabras haciendo una pequeña reverencia.

Antes de que me diera tiempo a incorporarme unos pasos resonaron en el salón. Volví a contener la respiración cuando unos zapatos quedaron ante mi vista. Asombrada sentí el calor de su mano por encima de la tela de la manga del vestido, la que me guio para ponerme recta, quedándome frente a él.

—My lady, el honor es mío. No vuelva a inclinarse ante mí, nuestros caminos están destinado a unirse y quiero dejarle claro desde este instante, que no es necesario ni quiero, que me presente sus respetos en cada ocasión que nos veamos.

—Lo lamento es… —dije perdida en el color de sus ojos.

—Sé que es lo habitual, pero my lady, estamos prometidos y eso le otorga el poder y la ventaja de actuar diferent

al resto de la sociedad. A la persona que va a formar parte de mi vida, a acompañarme en el camino, le pido respeto, pero no de esta forma que para mí carece de importancia.

—Gracias —susurré.

—Como he dicho, es un honor y un verdadero placer tenerla frente a mí y conocerla por fin.

—Igualmente, lord…

—Lamento interrumpirla otra vez my lady, pero me agradaría escuchar mi nombre de sus labios.

—Igualmente, Kylian. —Le complací, susurrándolo.

Sus labios se curvaron y mis ojos captaron ese momento, dejando la mente libre porque me pareció lo más bonito que había visto.

—Si me concede el honor de acompañarnos. —Se separó ofreciéndome que fuera hacia mi padre.

Asentí antes de moverme, con unas sensaciones recorriendo mi interior totalmente inesperadas. Cuando mis ojos se posaron en mi padre la sonrisa con la que me observaba, de satisfacción, provocó que le devolviera el gesto, igualándolo.

La velada fue maravillosa, en la que lord Gaillimh, Kylian, habló sobre su vida y sus planes de futuro. Escuché atentamente cada palabra pronunciada y la conversación que mantuvo con mi padre, en la que yo intervine varias veces a petición de Kylian. En todo momento estuvo atento a mí, a mis necesidades, inquietudes y nervios.

Cuando se despidió para regresar en unos días con los datos de nuestro inminente enlace, cuando salió de nuestro hogar y lo vi alejarse, una pena inusual se asentó en mí. Desde que lo vi no había dejado de sentir unos sentimientos extraños en mi interior.

Los días que se sucedieron a su presentación pasaron lentos, las miradas de mi querido padre eran de diversión cada vez que me daba cuenta de que me observaba. Y es que debo admitir que una pequeña ilusión había nacido en mí y no veía el momento en el que Kylian regresara a nuestro hogar.

Lo que nunca hubiera esperado, sucedió, lo que nunca imaginé, se dio. Dos días antes de un nuevo encuentro le hizo llegar a mi padre un comunicado en el que lo ponía en aviso de que en breve regresaría a nuestro hogar. En ese instante, cuando mi padre me lo notificó, por primera vez en mi existencia, corrí hacia Gladys para que me ayudara a elegir la vestimenta más bonita de la que disponía, para la gran ocasión.

Encantada y satisfecha aceptó, también entre risas por ver los nervios que se apoderaron de mí. Mi felicidad no pudo ser completa. Mi querido padre empeoró en su enfermedad y ello me llevó a estar en la incertidumbre, en la que todo se cubrió de oscuridad. Era la mañana de antes de que Kylian se presentara de nuevo en nuestro hogar, cuando…

—My lady. —Escuché la voz de mi querida Gladys, sin desviar la atención de lo que hacía.

—¿Qué deseas? —Froté las manos en la falda del vestido, ensuciándolo, pero satisfecha con el resultado.

Me encontraba en el jardín, plantando varias raíces de las que en algún momento florecerían bellas flores que añadirían color a las que tendría alrededor. Al sentir su silencio llevé la vista hacia ella. De mis labios salió un jadeo fuerte, mientras me incorporaba rápido.

Su expresión era de tristeza absoluta, su gesto estaba contraído y todo ello solo podía deberse a un motivo… mi querido padre.

—¿Qué sucede? —pregunté nerviosa, queriendo asegurarme mientras me acercaba a ella.

—El señor…

Mis oídos no necesitaron escuchar nada más para temerme lo peor. Me remangué la falda del vestido y salí corriendo, atravesando el jardín y recorriendo el hogar, sin pararme a ponerme el calzado. Con lágrimas en los ojos llegué hasta la puerta de la estancia de mi padre, pero antes de acceder, me limpié la evidencia de las lágrimas en mi rostro. Tomé aire varias veces y abrí sin perder más tiempo.

—Padre… —Me acerqué hasta él, arrodillándome junto al lecho.

—Hija mía, no estés triste. No soporto verte llorar —me pidió con voz débil y apagada.

—No puede ser de otra forma, padre. —Le froté la mano que reposaba cerca de mí.

—Pasará y volverás a lucir la sonrisa que me encanta, ¿verdad?

—Te lo prometo, padre —asentí sintiendo las lágrimas otra vez.

—He escrito un comunicado urgente, para que se lo hagan llevar a tu prometido. En ella he hecho constar mi estado y deterioro, para que sea conocedor de que no falta mucho, por si puede adelantar su visita a hoy. Lamento tanto no poder estar junto a ti en un día que sé que me necesitarás… —Se refirió al enlace que estaba próximo.

Todo se había planeado con gran rapidez debido al estado de salud de mi querido padre, pero por desgracia no lo suficiente. Me abracé a su pecho y cerré los ojos con fuerza, sintiendo la pena consumir mi interior.

—Lo estarás, padre. Aunque no puedas acompañarme sé que no me dejarás sola ni te lo perderías por nada del mundo, al igual que madre. Así lo sentiré y así será —susurré y dejé más lágrimas en libertad al notar el calor de su mano reposar sobre mi cabeza.

—Mi pequeña… siempre estaré contigo, suceda lo que suceda. Sé que te espera una vida próspera, tus virtudes y conocimientos te llevarán a destacar en esta sociedad. —Hizo una pausa para respirar con profundidad—. Nunca pierdas la esencia de lo que eres, jamás permitas que nadie te arrebate la chispa que desprende tu interior. Podrás con todo lo que te propongas, me aferro a ello porque sé que es lo que sucederá.

»Tu madre y yo observaremos con felicidad tu camino, protegiéndote sin poder estar presentes. No olvides nunca, jamás, lo que te hemos querido y continuaremos haciéndolo eternamente. Me voy de tu lado sabiendo el amor que ha nacido en ti hacia Kylian, el que será correspondido. Solo necesité veros unos instantes para saberlo. Nunca sentirás la soledad a su lado, conviértelo en tu refugio y remanso de paz. Te adoro, hija, yo…

Aferrada con fuerza a él, con los ojos cerrados porque el llanto me había nublado la visión… solté un jadeo fuerte al dejar de escucharlo, al no notar su respiración y cuando su mano se deslizó hacia un lado, cayendo sin fuerza sobre el lecho.

—¡¡Padreee…!! —Mi garganta se desgarró y en ese instante Gladys entró corriendo a la estancia, con la expresión desencajada, en un estado parecido al mío.

—My lady. —Me cubrió con su cuerpo—. Lamento inmensamente su pérdida. —Lloró junto a mí, aferrada también al cuerpo de mi padre, abarcándonos a los dos.

De vuelta al presente…

Me incorporé de golpe, quedándome sentada, sin poder ver bien. Moví la cabeza hacia los lados, desorientada, reconociendo la casa en la que vivía en Galway. Cogí una gran bocanada de aire al ser consciente de que estaba conteniendo la respiración, llevándome las manos a la cara. Sorprendida me retiré lágrimas de las mejillas y me froté los ojos para aclarar la visión.

Despacio me senté recta en el sofá, poniendo una mano en el pecho, frotándomelo al sentir mucha presión. Tragué saliva al notar mucha tristeza, tanta que tenía ganas de seguir llorando para descargar el dolor que me había provocado el sueño. Llevé la vista hacia el suelo, tomándome unos segundos para reaccionar.

El libro estaba ahí. Al quedarme dormida y si me había removido inquieta, normal que hubiera terminado a los pies del sofá. Con movimientos lentos me incliné para cogerlo. Dejé la vista fija en la tapa principal y la acaricié.

—¿Eres la misma…? —hablé en susurros.

El nombre de la chica que sufría en mis sueños y también había encontrado una nueva ilusión, tenía el mismo nombre que la autora del libro y su título. ¿Era posible? ¿Había alguna conexión? ¿O era una coincidencia? Tragué saliva, dejándolo a un lado. Durante unos minutos no pude apartar la vista de él.

—¿Qué mierda de sentido tiene todo esto?

Tal y como me hice la pregunta me levanté de un salto y fui hacia la habitación rápido para buscar el móvil. Otra sorpresa me llevé cuando me di cuenta de que eran las cuatro de la tarde.

—¿He estado dormida casi seis horas y media? —dije con voz ahogada, incrédula.

Me puse a dar vueltas por la habitación, nerviosa, lo único que agradecía es que me sentía descansada, mucho más de lo que venía siendo habitual. Lógico, me dije, lo que había dormido de seguido hacía mucho tiempo que no se daba. Me paré volviendo a mirar la pantalla y busqué el número al que había querido llamar desde que me había levantado del sofá, a la única persona con la que por el momento podía hablarle de la última novedad, Héctor.

—Preciosa ¿me echas de menos? ¿Cómo va? Alégrame los oídos y dime que muy mal, tan pésimamente que estás haciendo las maletas en este momento y me has llamado para que te recoja en el aeropuerto mañana —dijo de carrerilla, con diversión.

Me senté en el filo de la cama con una sonrisa de añoranza, pero con un nudo en la garganta. Lo necesitaba tanto… a todos.

—¿Dafne? ¿Estás ahí?

—Sí —susurré, carraspeando para aclararme la voz.

—¿Qué mierda sucede? ¿Por qué estás así? Y ni se te ocurra decirme que todo está bien, esa voz la conozco perfectamente.

—Ahora mismo no sé cómo estoy. Acabo de despertarme.

—Joder, me vas a decir lo que creo que me vas a decir. —Reaccionó nervioso.

—Sí. —Cogí aire—. He soñado.

Llevé la vista hacia la ventana. Continuaba lloviendo, por lo que pude apreciar, con menos intensidad.

—Cuéntamelo —me pidió.

—¿Puedes hablar tranquilamente?

—¡Qué pregunta más tonta! Aunque estuviera ocupado lo dejaría apartado. Venga, empieza. —Sonreí con cariño, retirándome unas lágrimas furtivas que se escaparon de mis ojos.

—No te lo vas a creer.

—¿El qué?

—No sé si me estoy volviendo loca o lo que pienso es real y tiene una conexión. ¿Te acuerdas del libro que me llevé de la biblioteca de la universidad? ¿Cuándo me acompañaste antes de ir al aeropuerto?

—Claro, ¿qué tiene que ver eso? Estoy muy despistado.

—Pues que el título, que es el nombre real de la autora que lo escribió hace muchos años, coincide con el nombre de la chica protagonista de los sueños que tengo.

—¡Qué me dices! ¿En serio?

—Sí, hasta ahora en ningún momento había salido en los sueños. Es como si…

—¿Qué?

—Como si hasta que no he abierto por primera vez el libro y he empezado a leerlo, no se hubiera descifrado en mis sueños. Me he ido adormeciendo en el sofá mientras lo leía, el día acompaña a todo el conjunto porque no deja de llover. Hasta que he sentido que me dormía al pesarme mucho los párpados, pero no he podido evitar hacerlo. ¿Sabes cuántas horas he dormido?

—Dime.

—Eran las nueve y media, quizás un poco pasadas… casi seis horas y media —solté un suspiro.

—No me jodas. —Bufó—. Espera, estoy montándome en el coche.

—¿Te he sacado del trabajo? —Hice una mueca.

—Pues sí señorita, pero cuando he cogido tu llamada había terminado la última visita del día. Esta tarde se encargan los chicos de atender la clínica, me llamarán si lo necesitan. —Hizo una pausa y me mantuve callada—. Ya estoy dentro del coche. Dime que estás bien.

—Físicamente sí, pero moralmente… me he despertado llorando y con una tristeza…

—Explícame de que ha ido esta vez el sueño.

—Vale. —Hice una mueca que no pudo ver.

Le conté lo que había leído en el libro, los datos que ponía y a continuación empecé a relatarle el sueño tan vívido que había tenido, transmitiéndole todas las sensaciones y emociones que todavía notaba con intensidad. Me escuchó atentamente, sin interrumpirme, dándome los tiempos que necesité cuando hice varias pausas porque me costaba en algunos momentos continuar.

—No es casualidad —dijo cuando terminé, después de unos segundos en silencio los dos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué lo afirmas con tanta seguridad? —Me levanté de la cama, recorriendo el pasillo hasta llegar al salón.

Me quedé en el marco de la puerta, sin entrar, con la mirada puesta en el libro que continuaba en el sofá.

—Dafne, no existen ese tipo de coincidencias, cariño. Escúchame, no te pongas nerviosa, ¿vale? Se nos están escapando muchas cosas y hay que averiguar de qué cojones se trata todo lo que te está pasando. ¿Cómo diste con ese libro?

—Estaba en la biblioteca —susurré.

—Dime algo que no sepa.

—Ya —solté un suspiro—. No lo sé, no tendría que haber estado donde lo vi la primera vez, pero contrariándolo todo, volví a encontrarlo en el mismo lugar cuando fui contigo.

—¿Qué quieres decir con lo de que no tendría que haber estado en esa estantería?

Los detalles de lo del libro no los conocía, por lo que le expliqué todo desde el inicio.

—Joder, esto no me está gustando una mierda, que lo sepas. Espera, acabo de llegar a casa, el manos libres se va a

desconectar. —Lo hice intranquila, hasta que volví a escuchar su voz y el sonido de una puerta cerrarse—. Ya estoy en casa. Vamos a hacer una cosa.

—¿El qué? —Me apoyé en la pared, sintiéndome débil.

—Cambio de planes. Esta tarde regresaré a la clínica y lo dejaré todo organizado para intentar cogerme unos días libres. Hablaré con un amigo veterinario para que me cubra si se da alguna urgencia, no habrá problema.

—Sabes que es lo peor… —susurré.

—¿Hay algo peor?

—Sí, no, no lo sé… pero a mí me ha impactado. —Tragué saliva antes de decírselo y ponerlo al corriente de esa parte.

—¡No me jodas! Mañana mismo estoy volando hacia ahí.

desconectar. —Lo hice intranquila, hasta que volví a escuchar su voz y el sonido de una puerta cerrarse—. Ya estoy en casa. Vamos a hacer una cosa.

—¿El qué? —Me apoyé en la pared, sintiéndome débil.

—Cambio de planes. Esta tarde regresaré a la clínica y lo dejaré todo organizado para intentar cogerme unos días libres. Hablaré con un amigo veterinario para que me cubra si se da alguna urgencia, no habrá problema.

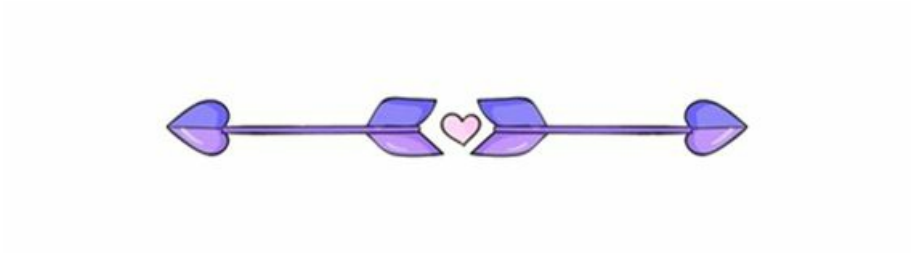
—Sabes que es lo peor… —susurré.

—¿Hay algo peor?

—Sí, no, no lo sé… pero a mí me ha impactado. —Tragué saliva antes de decírselo y ponerlo al corriente de esa parte.

—¡No me jodas! Mañana mismo estoy volando hacia ahí.

Capítulo 18



Kenai

Cerca de las seis de la tarde entraba por la puerta de mi casa. El día había sido fructífero. A las cuatro y diez la pareja compradora de la unifamiliar se había presentado en ella, otra vez, para firmar la primera documentación que los acreditaba como propietarios provisionales. Habíamos acordado vernos en dos días. Vendrían a mi oficina para dejarlo todo debidamente cerrado, porque ese tiempo necesitaban para dejar zanjado el tema económico con la entidad bancaria.

Seguía lloviendo y por lo que me había comentado Nicole, al llamarla desde el coche, no había parado en ningún momento. Ella estaba en su casa, Garrett se encargó de acercarla. Me dijo que le había dejado mi paraguas a Dafne, contándome lo que les había sucedido al salir de la cafetería. La escuché atento hasta que desconecté por unos instantes cuando empezó a hablar rápido, explicándome no sé qué, porque no le presté atención.

La mente se me fue a otro lugar, no os puedo decir a cuál, simplemente me quedé en blanco mientras circulaba po la carretera. Y no se dio solo en esa ocasión, así había sido en varios momentos desde que salí del restaurante. Co tiempo de sobra, una vez estuve en la unifamiliar, me acomodé en un sillón para esperar. No me dormí, pero sí que me envolvió un estado de paz, rodeado de mucho silencio.

Ya estaba hecho, me dije caminando hacia la habitación. Me desprendí de lo que llevaba en las manos y me quité la ropa, despacio, con la vista puesta en la corredera que daba al balcón. Desnudo fui hacia el baño y entré en la ducha. Solté un suspiro al contacto con el agua caliente sobre la cabeza, lo que me hizo cerrar los ojos. Me la enjaboné, al igual que hice con el resto del cuerpo y me tomé unos minutos de más después de enjuagarme, para disfrutar de la sensación.

Cuando salí, con la toalla enrollada en la cadera, fui hacia el maletín y metí unos documentos que necesitaría para el trabajo al día siguiente, dejando en el interior los de la venta reciente que había hecho. Con esa parte completada, fui hacia la cama donde tenía un pantalón de deporte junto a una camiseta de manga larga, de tela fina.

Me deshice de la toalla y terminé de secarme bien. El motivo por el que la refregué concienzudamente sobre una parte concreta de mi cuerpo no os lo puedo aclarar, ni siquiera fui consciente hasta pasados unos segundos,

cuando sentí la dureza en el miembro. Bajé la mirada, viendo la erección que tenía, al llevarse un manoseo más intensivo que el resto.

—¿En serio? ¿Otra vez? —susurré apretando la mandíbula.

No me estaba sorprendiendo porque me hubiera empalmado, entendéis como yo, que era algo normal y una reacción que se daba de manera natural, pero el problema es que otra vez no había sido consciente de ninguna sensación hasta que sentí la tensión en él.

Un poco mosqueado lancé la toalla encima de la cama y me coloqué la camiseta rápidamente. Estaba inclinándome para coger el pantalón cuando el roce que provoqué con mi propia piel me hizo soltar un jadeo. Con las dos manos en la cama y la parte alta en paralelo a ella, volví a llevar la vista hacia abajo.

—¿Qué mierda…?

Hay algo que no he comentado y es que no era la primera vez en el día que me sucedía lo mismo. En los intervalo de tiempo en los que mi mente se había quedado en pausa, cuando volvía en mí, el resultado por debajo del pantalón se había repetido. Me había negado a hacer nada al respecto, lógicamente, y mientras conducía, incómodo, eché mano a todo mi autocontrol.

No entendía qué narices me estaba sucediendo porque vale que pudiera excitarme en según qué momentos y situaciones, pero joder, lo controlaba perfectamente y cuando era espontáneo siempre era motivado por algo en concreto, a no ser que me despertara erecto de un sueño profundo. Una reacción biológica que era la más normal del mundo.

Me incorporé despacio, quedándome recto. Me giré hacia la cristalera cuando un trueno retumbo. Mis pies se movieron solos hacia ella, hasta que me paré enfrente, con la vista enfocada en el agua que caía con intensidad. Apoyé una mano en el cristal, cerrando los ojos con fuerza ante la sacudida que sentí.

—Es increíble… —murmuré, soltando un bufido.

Cuando los abrí me enfoqué en el reflejo de mi cara, era de excitación total. Necesitando con necesidad hacerlo, llevé la mano hacia abajo, rodeándome con fuerza. De mis labios volvió a salir un sonido de placer, un gemido profundo. Eso fue mi perdición porque una vez hecho el contacto directo, ya no pude dejarlo estar, ni retroceder.

Para ser sincero, no se me pasó por la cabeza desaprovechar la ocasión porque sentí todo mi cuerpo vibrar por las sensaciones que me provocó presionarme el glande. Arrastré las primeras gotas, apretando la mandíbula mientras dejaba caer la frente contra el cristal.

—Mierda… —dije con voz ahogada.

Me aparté unos pasos hacia atrás y me giré para ir hacia la cama, para terminar lo que había empezado. Esa fue m intención, hasta que mis ojos hicieron contacto con un espejo de cuerpo entero que estaba colgado en el otro extremo de la habitación, viendo mi imagen en él.

Me observé atentamente… tenía los ojos nublados por el deseo, los labios abiertos con la respiración entrecortada mi pecho seguía cubierto con la camiseta. Bajé hacia más abajo, hacia llegar al balanceo de mi mano sobre la dureza. Marqué más las facciones al dejar la atención en ese punto y caminé hacia él sin dejar de tocarme, para quedar más cerca, acelerando los movimientos.

Me vi a mí mismo masturbándome, lo que en la vida había hecho ni tenido la necesidad de hacer, al menos no de esa forma tan directa. El placer era tanto y tan electrizante… otro gemido salió de mis labios mientras aumentaba la velocidad, sintiéndome sobrepasado. Separé la mano de golpe y me quité la camiseta rápido, quedándome desnudo por completo ante mí mismo.

Con la respiración irregular, llevé la mirada hacia mi miembro, el que se sacudió expectante para que volviera a prestarle atención. Apreté la mandíbula, cogiendo varias bocanadas de aire y caminé hasta la cama ignorando todas las sensaciones. Me tumbé bocarriba, dejando la vista fija por unos instantes en el techo, con muchas dudas y preguntas rondándome la cabeza, las que aparté en el mismo momento en el que mi mano se hizo otra vez con e control.

La excitación pudo conmigo, el gusto y el placer me superaron y con energía, sin descanso, me llevé entre jadeos y gemidos hasta donde necesitaba, a un orgasmo intenso y profundo, el que descargué sobre el abdomen. Me cost soltarme, sintiendo los estragos de todo, negándome a apartar la mano que continuó balanceándose por todo el largo.

Hasta que la dejé caer a un lado, intentado controlar la respiración con los ojos cerrados. No me hice más preguntas, ¿para qué? Había sucedido y lo había disfrutado al máximo, por lo que me levanté después de un rato y fui hacia el baño, metiéndome otra vez en la ducha.

Eliminé todo rastro de mi cuerpo, limpiándome a conciencia, soltando algún quejido porque todavía continuaba erecto, como si no hubiera tenido bastante. Increíble lo que se alargó, pero así fue. Abandoné esa zona y salí cogiendo una toalla seca. Ni quise enrollármela en la cadera para no sentir ningún roce más. Me froté con energía, pensativo, y mis facciones volvieron a marcarse delante del espejo cuando me sequé la parte baja, rápido y lanzando la toalla a un lado.

Caminé de vuelta a la cama y me puse el pantalón del chándal sin ropa interior, como solía hacer cuando estaba solo en casa. El contacto me molestó o excitó a partes iguales, ya no sabía por cuál de las dos opciones decantarme, pero que lo noté y me pasó factura, ya os digo que sí. Fui hacia la puerta, parándome al lado del espejo de donde cogí del suelo la camiseta y poniéndomela, salí de la habitación.

Al llegar al salón algo captó mi atención, algo que reposaba encima de la mesa principal. Me acerqué, cogiendo las llaves de la mansión que todavía seguía siendo de mi propiedad y no había movido un dedo para venderla, ni intención había puesto en ello. Las lancé al aire, repetidamente, y la retuve en la palma de la mano, cerrando el puño con fuerza. Acababa de tomar una decisión ¿Cuál era? Iba a irme a vivir unos días a ella y mañana mismo sería el día elegido, nada de esperar a que fuera fin de semana.

No supe qué me impulsó a tomar esa decesión tan repentina cuando llevaba tanto tiempo postergándola, pero lo había hecho y ya no había marcha atrás. Dejé las llaves de donde las había cogido y fui hacia la cocina, para prepararme algo para cenar. No me calenté mucho la cabeza, me preparé un sándwich doble y me lo comí sentado en el sofá.

Pasadas las ocho de la tarde, cuando estaba de vuelta en la habitación sacando ropa para meterla en una mochila, para llevármela a la mansión, mi móvil sonó encima de la mesita de noche.

—Eh, ¿qué tal? —le hablé a Gareth.

—Viendo una peli que no vale nada. —Rio y sonreí.

—¿Y para qué pierdes el tiempo en verla?

—Eso me he preguntado varias veces, tío, pero aquí estoy. —Me hizo reír—. ¿Qué haces tú?

—Preparando ropa para meterla en una mochila de viaje.

—¿Y eso? ¿Adónde te vas? No me habías dicho nada de alguna nueva adquisición ni que estuviera lejos.

—Nada de eso, me voy unos días a la mansión. —Silencio al otro lado, el que se alargó más segundos de la cuenta —. ¿Te ha dado algo de la impresión? —Quise saber, divertido.

—No. —Rio—. Es que no esperaba… pero vamos que me alegro de que por fin te hayas decidido. De esa experiencia saldrá una venta o un traslado definitivo, lo tengo claro.

—Ni puñetera idea de lo que saldrá, pero ya estoy en ello. Mañana entro y a ver cómo se da.

—Pues mira, ya me dejas más tranquilo porque hasta he llegado a pensar que sentías un amor-odio hacia esa vivienda.

—Tú y tus deducciones —negué.

—He hablado hace un rato con Nicole y me ha contado no sé qué de un paraguas, contigo como protagonista. —Noté la diversión escondida en su tono de voz.

—Si no habla la supera. —Puse los ojos en blanco.

—¿Es verdad que has tenido un flechazo hacia la tal Dafne? Tío, en unos minutos me ha contado todos los detalles de carrerilla —soltó una carcajada.

—¿Qué mierda dices? —Me sorprendí por la interpretación que le había dado ella a mis reacciones de aquel momento—. Ya hablaré con Nicole, para que se le quiten los pajaritos de la cabeza —resoplé.

—Ah, ¿no? ¿Entonces no preparo el traje para tu boda? —Soltó otra carcajada por la palabrota que me salió espontánea.

—¿Tengo que hacerlo yo para la tuya?

—Ni por asomo, sé que es eso —respondió cuando se calmó.

—Pues ahí tienes mi respuesta. —Fui hacia el armario.

—Pues será mejor que hables rápido con Nicole porque está muy emocionada de que, cuando se dé el encuentro entre su nueva amiga y tú, saltarán las chispas del amor. Por eso de que tiene que devolverte el paraguas. A saber, lo que le suelta a ella.

—A ella no le dirá nada por el estilo. —Al menos eso quise pensar.

—¿Seguro? De la forma en la que me lo ha contado no las tengo todas conmigo. ¿A qué hora has llegado?

—Rozando las seis. —Evité seguir hablando de ese tema—. Ya me he duchado, cenado y en cuanto termine con esto me meto en la cama.

Me reservé el añadir que también estaba bien saciado. Al decirlo, dejé de prestar atención al armario y me giré hacia ella, pensando que mejor que esa noche la pasara en el sofá.

—Yo también lo tengo todo hecho, solo que alargaré un poco más. Quiero ver una película de la que he oído hablar muy bien.

—¿Y por qué no has optado por verla desde principio? —Cogí el último pantalón y regresé junto a la cama, donde tenía todo amontado junto a la mochila.

—¿Por qué soy masoca? —habló serio y soltamos una carcajada.

—No hay remedio con mis mejores amigos —negué divertido.

—Shhh… no me hagas hablar, no me hagas hablar… que podría decirte muchas cosas. ¿Te animas a salir el viernes por la noche? Hace bastante que no nos damos una alegría y podemos aprovechar para celebrar tu nueva venta.

—¡Tendrás algo que decir sobre mí! —dije con guasa—. No lo sé, según vaya avanzando la semana lo hablamos, ¿vale?

—¿No te apetece? A ver si se te ha olvidado después del tiempo que ha pasado.

—No es eso, ni lo uno ni lo otro, pero ahora mismo… —Me senté en el borde de la cama, a falta de guardar toda la ropa dentro de la mochila.

—Tú lo que necesitas es una alegría para el cuerpo.

—Eso lo necesitas tú, no yo. Te lo aseguro. —Llevé la vista hacia la corredera.

Corredera, correrse, desfogarse… y un montón de palabras me vinieron a la cabeza, sin venir a cuento. La sacudí frotándome la cara con una mano.

—¿No me digas que te has visto con alguien y me has mantenido en la ignorancia? Porque es la única opción que se me ocurre.

—Me he visto conmigo mismo, con mi mano, ¿te vale?

—Cojones, de esa forma me veo yo día sí, día no, por no decir siempre. —Soltó una carcajada y negué divertido.

—Pues eso.

—¿Estás bien? —Cambió de repente.

—¿A qué viene esa pregunta otra vez?

—Yo que sé, es que tanta negación y pasotismo me descoloca. Que me digas que tienes suficiente contigo mismo y cómo ha sonado ese «pues eso» … Lo junto todo, más cómo te he escuchado esta mañana, la desgana que me

has transmitido, a pesar de que habías vendido la unifamiliar y que no estabas muy hablador… pues me lleva a indagar sobre ello.

—Pues no indagues tanto porque la película te la montas tú solito. Estoy bien, un poco cansado, pero nada que no se arregle esta la noche. Con la venta estoy muy satisfecho por mucho que interpretaras lo contrario. Y no estoy ni negativo ni pasota, simplemente te he dicho que queda semana por delante y que ya hablaremos cuando tengamos el viernes encima. ¿Dónde ves lo raro?

—Vale te lo compro porque cuando entras en modo negación no hay quien te saque de ahí. —Continuó con su teoría.

—Anda, ve la película. —Sonreí incorporándome—. Yo ya tengo encima de la cama toda la ropa y las cosas que me quiero llevar a la mansión, las guardo y se terminó el día.

Después de varios comentarios más colgamos la llamada. Dejé el móvil a un lado y metí toda la ropa dentro de la mochila. Cuando lo tuve listo, la dejé a los pies de la cama y entré en la aplicación del supermercado, para hacer una compra y que la llevaran a la dirección de la mansión al mediodía, sobre la hora en la que yo estaría en ella.

Al terminar apagué el móvil y lo puse a cargar, fui hacia la cocina para beber un poco de agua y desconecté todas las luces, regresando a la habitación. Bajé la persiana de la corredera y me quité la ropa, pero antes de meterme en la cama me lo pensé mejor. Cogí la almohada y fui hacia el salón, decidido a llevar a cabo el pensamiento que había tenido de dormir en el sofá.

Me tumbé en él, tapándome con una manta y acomodándome la almohada. Solté un suspiro, con la vista hacia el techo, hasta que me giré poniéndome de lado y cerré los ojos.

has transmitido, a pesar de que habías vendido la unifamiliar y que no estabas muy hablador… pues me lleva a indagar sobre ello.

—Pues no indagues tanto porque la película te la montas tú solito. Estoy bien, un poco cansado, pero nada que no se arregle esta la noche. Con la venta estoy muy satisfecho por mucho que interpretaras lo contrario. Y no estoy ni negativo ni pasota, simplemente te he dicho que queda semana por delante y que ya hablaremos cuando tengamos el viernes encima. ¿Dónde ves lo raro?

—Vale te lo compro porque cuando entras en modo negación no hay quien te saque de ahí. —Continuó con su teoría.

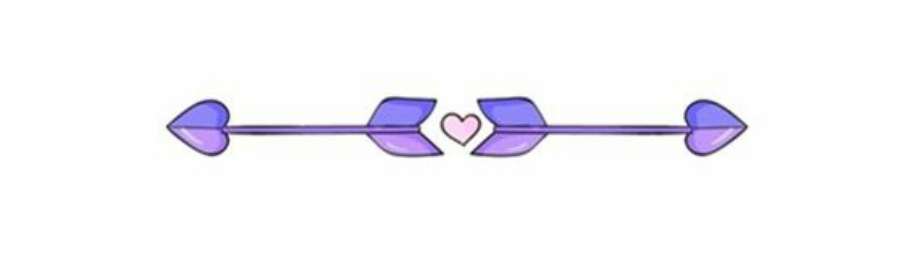
—Anda, ve la película. —Sonreí incorporándome—. Yo ya tengo encima de la cama toda la ropa y las cosas que me quiero llevar a la mansión, las guardo y se terminó el día.

Después de varios comentarios más colgamos la llamada. Dejé el móvil a un lado y metí toda la ropa dentro de la mochila. Cuando lo tuve listo, la dejé a los pies de la cama y entré en la aplicación del supermercado, para hacer una compra y que la llevaran a la dirección de la mansión al mediodía, sobre la hora en la que yo estaría en ella.

Al terminar apagué el móvil y lo puse a cargar, fui hacia la cocina para beber un poco de agua y desconecté todas las luces, regresando a la habitación. Bajé la persiana de la corredera y me quité la ropa, pero antes de meterme en la cama me lo pensé mejor. Cogí la almohada y fui hacia el salón, decidido a llevar a cabo el pensamiento que había tenido de dormir en el sofá.

Me tumbé en él, tapándome con una manta y acomodándome la almohada. Solté un suspiro, con la vista hacia el techo, hasta que me giré poniéndome de lado y cerré los ojos.

Capítulo 19



Dafne

Nerviosísima, así me levanté de la cama. ¿El motivo? Sobre las cinco y media de la tarde llegaba Héctor y no podía con la emoción. Tenía tantas ganas de verlo, de abrazarlo, de que estuviera a mi lado… Mis ganas han quedado claras, ¿verdad? Pues con una nueva vitalidad arranqué el día, en la que también jugó un papel importante que iba a ser el primero de trabajo.

Me vestí cantarina, me arreglé y cuando estuve preparada fui hacia la cocina para prepararme el desayuno. Tosté dos rebanadas de pan, no muy grandes, a las que les eché un poco de aceite y unas lonchas de embutido por encima y me hice un café con leche. El día había amanecido perfecto, ni siquiera estaba nublado, por lo visto la tormenta del día anterior se había ido lejos.

Salí al patio y sonreí cuando me senté, viendo la bahía de fondo. Me encantaba. El poco tiempo que llevaba en la casa no había escuchado ningún ruido de vecinos, había tanta calma alrededor. Desayuné con el precioso paisaje de fondo, viendo desde la distancia a varios barcos pesqueros. No es que entendiera mucho de embarcaciones, pero dado a que la pesca era un motor importante en la ciudad, lo di por hecho.

A las seis y veinte de la mañana, un poco más tarde de lo que sería mi horario porque al día siguiente entraría puntual a las siete, salí de casa, animada por las horas que tenía por delante. Qué sensaciones tan diferentes a las de ayer, me dije sonriendo mientras caminaba por la calle.

Garrett me llamó la noche anterior para decirme que hoy no hacía falta que entrara puntual, debido a que como había hecho la revisión del temario en casa, a intervalos de tiempo, no tenía ninguna prisa porque tampoco tenía que revisar tareas antes de la hora del inicio de las clases, que era a las nueve.

En cuanto llegué al patio central de la universidad mi sonrisa se amplió y caminé por él recorriendo con la vista la impresionante edificación y la fachada. Accedí al interior a las siete y treinta y dos, y fui directa hacia las escaleras, en la dirección del despacho de Garrett. Al llegar delante de la puerta llamé.

—Pase. —Escuché su voz.

—Ya estoy aquí. —Fueron mis primeras palabras, con energía, haciéndolo reír.

—Lo veo —negó divertido, levantándose—. Ahora sí que puedo decirte, bienvenida, Dafne.

—Gracias.

—Me encanta ver el entusiasmo reflejado en ti. —Rodeó la mesa y se quedó a mi lado—. Acompáñame, te llevo a tu despacho que, entre unas cosas y otras, lo he dejado para el último momento.

—¿Aquí también voy a tener uno? —Me sorprendí—. Daba por hecho que estaría en el tuyo el tiempo que no esté en las clases.

—Nada de eso, señorita. —Me miró de reojo—. Vas a utilizar el despacho de Cian, es el compañero que con el intercambio ha cubierto tu plaza en España.

—Ah, vale —asentí dando por hecho que él estaría en el mío de la universidad.

Nos paramos cuatro puertas más alejadas de la suya y abrió.

—Adelante. —Me ofreció pasar primero y lo hice con una sonrisa.

—Vaya —dije observando todos los detalles.

—Adáptalo como mejor te convenga, hasta que te vayas es tuyo. —Se puso a mi lado cruzando los brazos.

—No tocaré nada de Cian —dije pensativa.

—Lo dejó todo recogido. —Rio—. No encontrarás nada de él.

—Pues yo no saqué nada del mío en España. —Agrandé los ojos.

—Ya lo hizo Mauro por ti. —Me hizo un guiño.

—Oh, no me ha dicho nada.

—¿Para qué? No tiene importancia. La última vez que hablamos me dijo que acababa de dejar en su despacho la última caja con tus cosas guardadas. Por suerte llevabas poco tiempo y no has acumulado mucho.

—Hoy quiero llamarlo. —Sonreí con cariño y asintió sonriendo.

—Como solo vas a dar un repaso por encima, porque no dudo de que ya tendrás los deberes más que hechos —asentí—. Te doy el mensaje que me ha pedido Nicole que te hiciera llegar.

—¿Un mensaje? —Apreté los labios.

—Me he encontrado a las seis de la mañana uno en el contestador. —Empezó a decir poniendo los ojos en blanco —. Y cuando he llegado al despacho tenía un pósit en la pantalla, otro en el asiento de la silla y el último en el teclado. —Se encogió de hombros y soltamos una carcajada.

—¿Y cuál es?

—Que en cuanto te acomodaras y lo tuvieras todo por la mano, fueras a su despacho a buscarla para tomar un café de vital importancia.

—Vale. —Reí—. No sé dónde queda el suyo.

—Justo enfrente de los nuestros, el número cincuenta y dos —asentí.

El pasillo donde estaban los despachos formaba un cuadrado, entorno al hueco de la escalera, al igual que en las plantas superiores, dando la impresión de que eran balcones porque desde ellos podías ver la planta inferior.

—Perfecto.

—Pues te dejo a lo tuyo. Fuerza y suerte para la primera clase. —Caminó hacia la puerta y se giró—. Sé que no vas a necesitar ninguna de las dos cosas, pero… —Me hizo un guiño.

Se lo agradecí emocionada y cuando me dejó sola, cerrando tras de sí, caminé hacia la mesa. Me quité el abrigo y me senté en la silla, muy animada, desplegué los libros que me había dejado Garrett en un montón, los que correspondían a las asignaturas que iba a impartir. Daba gracias a tenerlo muy reciente, no porque no recordara lo que había estudiado, pero los nervios a veces jugaban malas pasadas.

Hice una revisión rápida por cada uno de ellos, desde la página con el marcador que había dejado señalada Cian antes de irse, por donde se quedó en el temario. Era la misma información que Garrett me envió por correo, para adelantármelo. Cuando me sentí segura y conforme, los cerré todos y me levanté para ir en busca de Nicole, cogiendo el abrigo.

No tuve que ir muy lejos porque me sorprendió al abrir la puerta. Me la encontré con la mano en alto, preparada para llamar.

—Iba ahora al tuyo. —Sonreí—. Buenos días.

—Buenos días. —Me correspondió cantarina—. Tardabas mucho, así que… —Me sacó la lengua, haciéndome reír.

—¿Vamos a por dos cafés? —Me coloqué el abrigo.

—Dos, tres, cuatro, lo que el cuerpo aguante —dijo mientras yo cerraba la puerta.

—¿No tienes trabajo que hacer antes de las clases?

—Un montón, pero hoy es un día especial. —Se agarró de mi brazo, sonreí.

—Opino igual —asentí.

—¿Estás emocionada por enfrentarte a tu primera clase?

—Aquí sí que lo es, pero ya he pasado por esa etapa en España.

—Lo sé, pero los irlandeses son diferentes. —Apretó los labios.

—¿Qué quieres decir? Que yo sepa son tan normales como cualquiera. —Levanté una ceja.

—Sí, tienen un cuerpo que sostiene sus extremidades y cabeza, todo el conjunto es de lo más normal, pero cuidado con la intensidad que se gastan. —Rio y a mí me entró de todo menos gracia.

—¿Intensidad? ¿Interrumpen las clases? ¿Te has visto en alguna que te hayan puesto contra las cuerdas? —Quise saber, inquieta.

—Que va, te estaba gastando una broma. —Rio—. No hablarán durante las clases a no ser que les des la palabra s necesitan alguna aclaración. Tranquila, que son muy respetuosos, al menos, con esta edad porque una vez fui a la escuela infantil en la que trabaja una amiga, para dar una pequeña charla, y chica, no es que faltaran el respeto, pero a punto estuve de tirarme por la ventana para salir del apuro. No me han hecho más preguntas en mi vida. —Soltamos una carcajada.

—Gástame otras bromas diferentes, pero sobre las clases y los alumnos no, que pensaba que tenía que ir al baño

con urgencia —le pedí divertida.

—Vale. —Rio—. Dejemos las bromas aparte, al menos por hoy. —Me hizo un guiño.

A punto de salir del edificio se paró de golpe y a mí con ella porque todavía estaba agarrada a mi brazo.

—¿Qué pasa? —La miré extrañada.

—Jolines —dijo buscando algo en el bolsillo del abrigo—, que tenía tanta prisa por salir que se me ha olvidado la acreditación. Con ella no pagamos los cafés, como el otro día. Me conocen de sobra, pero lo llevan muy a rajatabla y me harán rellenar un papel. —Arrugó la nariz—. Tú no tienes la tuya todavía, ¿no?

—No tenía ni idea. No, Garrett no me ha dado nada.

—Aún no la tendrá, tranquila que te la dará en cuanto se la hagan llegar. Espérame aquí, subo un momento al despacho. —Se soltó y empezó a caminar ligera hacia la escalera.

Saqué el móvil del bolsillo del abrigo al escuchar la vibración y sonreí al ver un mensaje de Tania.

Tania: *Buenos días, cariño. Por decirlo de alguna manera porque de buenos no tiene nada.*

Dafne: *Buenos días, bonita. ¿Y eso? ¿Qué te pasa? Dime a quién tengo que leerle la cartilla y créeme que me escuchará perfectamente, aunque me separen muchos kilómetros.*

Tania: *Si es que te comooo… así me lo pones muy difícil para tenerte manía, jooo…*

Dafne: *¿Qué dices de manía? Ja, ja, ja… ¿Te has caído de la cama y el golpe te ha trastocado? Ja, ja, ja…*

Tania: *Menos guasa, ¿eh? Que mi cabeza está perfectamente y muy centrada. Sí, manía porque Héctor me dijo anoche que sale hoy de viaje para verte y me entró de todo. ¿Cómo se os ocurre quedar para veros y no avisarme? Os tengo una tirria ahora mismo que no puedo con vosotros. ¿Y por qué no me lo has dicho tú?*

¡**Dafne:** *Lo siento, quedé con Héctor en que te llamaría él para decírtelo. Yo no tuve muy buen día. Ya me hubiera gustado que lo acompañaras, pero sabía que con el trabajo lo tendrías complicado al haber sido tan rápido.*

Tania: *Te perdono.* —Sonreí—. *¿Qué te pasó ayer para tener mal día?*

Dafne: *Ya te lo explicaré en otro momento, dentro de nada aparecerá Nicole, la nueva amiga de la que te hablé, la que es Doctora también, pero en literatura. Vamos a tomar un café y no quiero dejarte a medias cuando venga*

No te preocupes, ¿ok? Estoy feliz, hoy voy a dar mi primera clase, una seguida de otra. Ja, ja, ja….

Tania: *Tranquila que no se me va a olvidar el preguntarte. ¡Ostras! ¡Es verdad! ¿Nerviosa?*

Dafne: *Un poco, pero lo tengo bajo control.*

Tania: *Pues que vaya muy bien cariño, no te entretengo más. ¡Dales duro a los irlandeses!*

Dafne: *¡Gracias! Eso está hecho, voy a entrar en el aula repartiendo tortas.*

Tania: *Así me gusta. Si hay que darlas se dan a mano abierta, ja, ja, ja. Cuando estés con Héctor llamadme, ¿vale?*

Dafne: *Ok, cuenta con ello, con todo, ja, ja, ja... Te echo mucho de menos, te quiero.*

Tania: *Y yo, te quiero.*

Nos enviamos varios mensajes más de despida porque por mucho que nos dijimos adiós nos costó dejar de hablar, hasta que desconectamos. Llevé la mirada hacia las escaleras, todavía no había ni rastro de Nicole. A saber, si no encontraba la acreditación. Solté un suspiro y me giré hacia la puerta principal, con la intención de salir al patio y esperarla en él.

Esa fue la intención mientras me guardaba en móvil en el bolsillo, pero se quedó solo en eso, al menos retrasándolo un poco, porque me di de frente con una presencia inesperada. Parado a poca distancia de mí estaba Kenai, con las manos en los bolsillos del abrigo, mirándome fijamente. Ello fue suficiente para que se me removiera todo por dentro y no pude controlar el pensamiento fugaz que pasó por mi cabeza, el de que, si la primera vez que lo vi estaba impresionante, ese día lo superaba con creces. Até en corto mis desvaríos y busqué el control sobre mí porque lo había perdido por unos segundos.

—Joder, ¡qué susto! —Fue mi primera reacción por la sorpresa.

Ahí estaba la misma expresión que marcaba las distancias. Bufé interiormente, sin saber qué narices le pasaba a ese hombre conmigo, al menos en los principios.

—Lo lamento, Dafne. No ha sido mi intención. Te he visto y he dado por hecho que estarías esperando a Nicole —habló serio.

—Así es, ha subido un momento a su despacho —asentí.

El silencio nos rodeó, solo lo interrumpió él en dos ocasiones cuando devolvió varios saludos de personas que pasaron cerca de nosotros. Empecé a mover un pie, sintiéndome inquieta e incómoda, al no saber qué decir ni qué hacer. Al final opté por llevar a cabo la intención que había tenido, salir al jardín.

Si él estaba esperando a Nicole que lo siguiera haciendo por su cuenta, me dije. Sorprendida me quedé cuando di un paso hacia un lado para pasar por su lado y él se movió hacia el mismo sentido, bloqueándome el paso. Sin decir nada fui hacia el otro lado, encontrándome con lo mismo.

—Quiero pasar por si no te has dado cuenta —dije levantando una ceja.

—Lo he interpretado perfectamente, pero ha sido coincidencia porque quería hacer lo mismo.

—Vale pues quédate quietecito y me muevo yo, ¿ok? —le pedí como si no lo terminara de entender.

Frunció el gesto, marcando aún más las facciones.

—¿Sucede algo? —No pude contenerme al preguntar.

—¿Eh? ¿Por qué? —Se extrañó.

—No sé, no es la primera vez que me miras como si me estuvieras perdonando la vida. —Levanté otra vez una ceja.

—¿Perdona? —Levantó las dos él—. Que yo sepa no me conoces para afirmar eso.

—Pues es lo que parece —negué—. Si me permites. —Señalé hacia delante.

—¡Ya estoy! —Escuchamos la voz de Nicole. Me giré hacia ella agradeciendo su aparición—. Oh, Nai, ¿qué haces aquí?

—Venía a decirte una cosa, pero ya lo haré más tarde —le contestó.

—¿Algo importante?

—Según para quién. —Curvó los labios él.

—¿Me vas a dejar con la intriga? —Hizo un puchero Nicole.

—Chica lista. —Le hizo un guiño acercándose a ella y le dio un beso en la cabeza, despidiéndose—. Hasta otra,

Dafne —dijo cuando se giró hacia mí.

Asentí y le correspondí a sus palabras, siendo educada, pero con unos nervios que me temblaban hasta las piernas Y peor me puse cuando al pasar por mi lado, se paró inclinándose hacia mí.

—Cuando te esté perdonando la vida, créeme que lo sabrás, Dafne… —susurró, alargando mi nombre.

Sin más se incorporó y busqué su mirada, parpadeando más rápido de lo normal. Volvió a marcar su mandíbula cuando nuestros ojos se encontraron muy cerca y se fue, pasándome de largo. Cuando me recompuse llevé la vista a Nicole. Su expresión era de curiosidad y diversión.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó empezando a andar.

—Que ha sido un placer. —Carraspeé cuando salimos del edificio.

Soltó una carcajada. No supe si me creyó o no, si tuviera que apostar me inclinaría hacia el no, pero como no tenía la intención de sacar una conversación en la que Kenai fuera otra vez el protagonista, por mi salud mental, pasé a otro tema diferente.

—¿No encontrabas la acreditación?

—No. —Puso los ojos en blanco—. El último día no la dejé donde siempre y he puesto el despacho tapas arriba.

—Pues vas a tener faena cuando vuelvas. —Reímos.

Dafne —dijo cuando se giró hacia mí.

Asentí y le correspondí a sus palabras, siendo educada, pero con unos nervios que me temblaban hasta las piernas. Y peor me puse cuando al pasar por mi lado, se paró inclinándose hacia mí.

—Cuando te esté perdonando la vida, créeme que lo sabrás, Dafne… —susurró, alargando mi nombre.

Sin más se incorporó y busqué su mirada, parpadeando más rápido de lo normal. Volvió a marcar su mandíbula cuando nuestros ojos se encontraron muy cerca y se fue, pasándome de largo. Cuando me recompuse llevé la vista a Nicole. Su expresión era de curiosidad y diversión.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó empezando a andar.

—Que ha sido un placer. —Carraspeé cuando salimos del edificio.

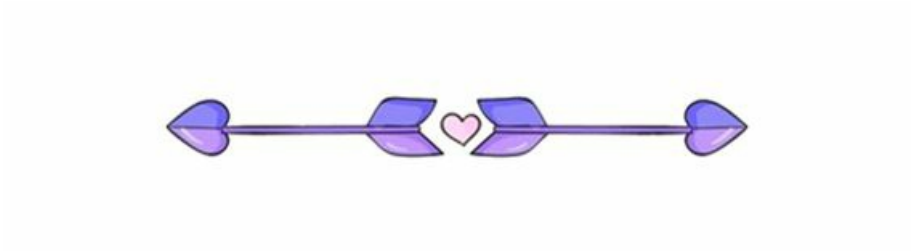
Soltó una carcajada. No supe si me creyó o no, si tuviera que apostar me inclinaría hacia el no, pero como no tenía la intención de sacar una conversación en la que Kenai fuera otra vez el protagonista, por mi salud mental, pasé a otro tema diferente.

—¿No encontrabas la acreditación?

—No. —Puso los ojos en blanco—. El último día no la dejé donde siempre y he puesto el despacho tapas arriba.

—Pues vas a tener faena cuando vuelvas. —Reímos.

Capítulo 20



Las cinco y treinta cinco, comprobé la hora en el móvil. Estaba fuera de la estación, desde donde se veía perfectamente a los autocares y autobuses entrar. Pasaban cinco minutos de la hora prevista en la que Héctor tenía que llegar. Me froté las manos, hacía frío y otra vez estaba nublado como si el cielo se fuera a romper en cualquie momento.

Tampoco me preocupaba porque íbamos a coger un taxi hasta mi casa, para que no cargara con el equipaje. Me levanté del banco al ver un autocar de largo recorrido acercarse y entré en la estación rápido, en cuanto accedió a ella. Tenía que ser el suyo. Me paré frente a una gran cristalera porque si no tenías billete no se podía pasar a la zona en la que aparcaban para que se bajaran los pasajeros y observé con atención.

—¡Héctor! —grité al verlo, pero no me escuchó.

Lo que sí hizo fue verme en cuanto me buscó al bajar, riendo porque yo estaba dando pequeños saltitos.

—No puede ser. —Agrandé los ojos, sintiendo cómo me picaban.

Caminé rápido hacia la salida por la que aparecerían. Sí, en plural, porque Tania también había bajado del autocar detrás de Héctor.

—¡No me lo creo! —volví a gritar en cuanto los vi a lo lejos.

Corrí hasta ellos y me enganché a sus cuellos, provocando que los tres termináramos riendo.

—Conque manía y tirria, ¿eh? Que callada has estado —dije mientras saltaba junto a Tania, porque ella también lo estaba haciendo mientras Héctor no podía parar de reír.

—Quería ponerle más emoción al recibimiento. —Me sacó la lengua, divertida.

—¿Cómo has podido viajar con tan poco tiempo de saberlo?

—Me he despedido del trabajo —respondió como si nada.

—¿Qué? —Me sorprendí—. Es una broma, ¿no? —Miré a Héctor.

Su expresión me respondió sin necesidad de que hablara. Pues era verdad.

—Pero ¿cómo ha sido eso? —me preocupé— ¿Has propuesto lo del viaje y te han echado?

—Qué va, ya te he dicho que me he despedido. —Se encogió de hombros, sin perder la sonrisa. Verla me tranquilizó—. Ya sabes que estaba muy cansada de todo, pues le he puesto punto final. ¿Hay mucho empleo aquí? —Sonrió de forma exagerada.

—¿En serio? —Volví a mirar a Héctor que seguía callado y asintió— ¿Te vas a quedar un tiempo aquí? ¿Conmigo?

—No, si te parece me voy de okupa a la casa de tus vecinos, no te fastidia. —Reímos.

—¿Y qué tal si seguís hablando mientras salimos de aquí? —propuso Héctor.

—Vamos a por un taxi, están cerca. No hay mucha distancia hasta la casa, pero con las maletas… —dije fijándome en la que llevaba Héctor, Tania cargaba con grandes—. Has traído más cosas que yo —negué divertida

—Dímelo a mí. Maleta para arriba, maleta para abajo. —Bufó él.

—Una tiene que estar divina allá a donde vaya y a callar se ha dicho. —Levantó una mano en alto, adelantándonos.

Héctor y yo nos miramos sonriendo y empezamos a seguirla.

—¿Bien? —susurró para que solo lo escuchara yo.

—Sí. Con vosotros a mi lado no podría estarlo más. —Pasó un brazo sobre mis hombros y me dio un beso en la cabeza.

—No sabes cuánto me alegro, ya hablaremos.

—Tania no sabe nada y quiero ponerla al día. —Hice una mueca.

—Lo sé, por eso no he dicho nada delante de ella.

Le sonreí con cariño y me gané otro beso, esa vez en la mejilla. Dejamos la estación atrás y nos dirigimos hacia el primer taxi que estaba preparado para salir en la fila que había. Héctor ayudó al conductor con las maletas y nos montamos todos. Quince minutos después paraba cerca de la puerta de la casa.

—¡Qué pasada todo! ¿No? —dijo emocionada Tania, observando las casas, como había hecho durante el breve recorrido.

—Sí, ya veréis, os va a enamorar tanto como a mí —asentí después de que Héctor le pagara al taxista y de despedirnos de él—. Vamos —les pedí animada, sacando las llaves del bolso.

Entramos en la casa y dejaron el equipaje a un lado. Les hice una ruta rápida y quedaron encantados con ella.

—¿Cómo lo vamos a hacer para dormir? A mí no me importa compartir cama y sentir tu roce. —Apretó los labios Tania, dirigiéndose a Héctor.

Solo había dos habitaciones y una era la mía. Iba a decir que mi cama era grande, pero empezaron a picarse y los escuché divertida. Cómo los había echado de menos.

—Tú lo que quieres es meter mano donde no debes y con la excusa de que estarás dormida… —Rio él.

—¿Yo? A lo mejor eres tú el que me aplastas durante la noche, que últimamente estás muy necesitado.

—Anda qué dices, yo duermo con Dafne, la otra habitación para ti —continuó divertido.

—Mi amiga me lo perdona, ¿a qué sí? —Se giró hacia mí, poniendo cara de niña buena.

—A mí no me metáis —negué riendo—. En mi cama cabe otro y no me importa quién sea.

—Pues me voy contigo —respondió rápido Héctor.

—Anda, con ella ni te lo piensas ¿y conmigo sí?

—Tú tienes un peligro… y más cuando cae la noche. —Soltó una carcajada, la que nos contagió.

Todo era broma, pues anda que no habíamos dormido incontables veces los tres juntos o como mejor pudiéramos, según la situación y circunstancias. Miré hacia el cielo, empezó a llover.

—Pues queda descartada la cena en el patio. —Hice una mueca porque les había encantado, como a mí.

—Ya habrá tiempo de disfrutar de él —dijo Héctor entrando el primero en la casa porque era el que estaba al lado de la puerta.

Lo seguimos y los ayudé con las maletas. Al final Tania se coló en mi habitación, haciéndonos reír, y Héctor ocupó la otra para él solo. Cuando terminaron con los equipajes y pasaron por la ducha para ponerse cómodos, vinieron a la cocina, donde yo estaba preparando la cena.

—¿Se os ha hecho pesado el viaje? —Quise saber, sin apartar la vista de la olla.

Tampoco es que tuviera un gran misterio y necesitara mucha concentración lo que estaba haciendo. Era sopa, de *brik* para ser más exacta, así que ya os hacéis una idea. La iba a acompañar con una tortilla de patata, la tenía a medio hacer.

—A mí no —respondió Tania mientras abría la nevera y cogía refrescos para los tres.

—Tampoco —confirmó Héctor, dándome un refresco.

—Gracias. —Le sonreí.

Entre los dos me ayudaron a terminar la cena y cuando la tuvimos lista nos sentamos en la mesa del salón.

—¡Qué pinta más buena! —comentó Tania probando un pellizco de tortilla.

—Desde que estoy aquí es la primera vez que la hago. —Hice lo mismo.

Perfecta de sabor y de textura al paladar, y, sobre todo, perfecta e inmejorable por los recuerdos que me traía de mi hogar.

—No me has dicho cuántos días te quedas. —Me dirigí a Héctor. Sonrió tomándose su tiempo para responder.

—Dos semanas.

—¿En serio? ¿Tanto? ¿Y la clínica?

—Mi amigo se encarga sin problema. —Me hizo un guiño—. Me va a hacer el favor.

—Pensaba que sería mucho menos —dije ilusionada, mirándolo con cariño.

—La ocasión lo merece —dijo antes de llevarse la cuchara a la boca—. Te ha quedado deliciosa. —Me halagó po la sopa y soltamos una carcajada porque ese mérito no era mío. Le tiré un trozo de pan y más nos reímos.

Comimos con ratos de silencio y otros en los que nos interrumpíamos constantemente, hasta que en el último silencio Héctor me lanzó una mirada muy significativa y supe qué estaba pidiéndome.

—Gracias por venir tan pronto. —Me dirigí hacia él.

—¿Por qué? —Reaccionó rápido Tania—. ¿No lo habíais planeado?

—No, se dio todo ayer —le respondió Héctor, después de darle un sorbo al agua.

—¿Y por qué tanta prisa? —Lo miró extrañada—. Las ganas eran muchas, lo sé de sobra, pero ha sido en tiempo récord y teniendo en cuenta tu trabajo…

—Hay algo que no te he contado —solté un suspiro—. Y ese algo, es lo que ha hecho a Héctor tomar la decisión de venir.

—¿Tiene que ver con lo que me has dicho por mensaje esta mañana? ¿Lo de que pasaste un mal día ayer? —Quiso saber seria.

—Sí.

—¿Qué está pasando? —Dejó el tenedor en la mesa.

Llevé la vista a Héctor y asintió para que me animara a empezar. Así lo hice, soltando otro suspiro comencé a relatarle todo lo que me sucedía, desde el inicio de los sueños desconcertantes, hasta el descubrimiento del libro. No me dejé ningún detalle. La sorpresa en su cara no se fue en ningún momento, pero se mantuvo callada escuchándome, sin interrumpirme hasta que terminé.

—¿Puedo verlo?

—¿El libro? —asintió— Claro, desde lo del sofá no he vuelto a abrirlo. —Hice una mueca.

Me levanté para ir hacia la habitación, lo saqué de la bolsa donde lo volví a meter y regresé junto a ellos, dejándolo encima de la mesa. Los dos fijaron los ojos en él, leyendo el título.

—¿Eso sucedió ayer? —susurró Tania, sin apartar los ojos.

r—Sí —confirmé.

—Es curioso —dijo de repente.

—¿El qué de todo?

—El libro. —Lo señaló—. ¿No lo notáis? ¿No os transmite paz? —Pasó la mirada de uno a otro.

—Yo no noto nada. —Levantó una ceja Héctor.

—Yo no digo lo que siento porque ni me he parado a pensar en ello. Bastante tengo con todo lo referente a él —negué.

Nos quedamos en silencio, mirándonos entre nosotros. Nos levantamos de la mesa para recoger y cuando terminamos nos sentamos en el sofá, cada uno metido en sus pensamientos.

—¿Cómo encaramos la situación? —Héctor fue el primero en hablar.

—¿Qué quieres hacer? —Le siguió Tania.

—Algo habrá que hacer, digo yo.

—No tengo ni idea —susurré recostando la cabeza hacia atrás—. Sinceramente no tengo ganas de hacer nada.

—Vas a empezar por dejar de poner tantas alarmas para no dormir como debes —me pidió Héctor.

—No —respondí rápido, poniéndome recta.

—Escúchame. —Se giró hacia mí, mirándome directamente porque Tania estaba en medio de los dos—. Necesita hacerlo, ¿vale? Has encontrado un vínculo que lo une todo y estoy seguro de que si dejas a los sueños libres conseguirás tener respuestas. No son dañinos, lo único es que te provocan muchos sentimientos. Pero ahora que estamos aquí contigo, vas a provocar que sucedan. Estaremos pendientes de ti.

—Entonces los que no dormiréis seréis vosotros —negué sin verlo tan claro como él.

—Estamos de vacaciones, nena. ¿Qué más da? ¿Cuántas veces cuando nos hemos ido de viaje al regresar hemos caído durante dos días seguidos en la cama? —intervino Tania, intentando ponerle un punto de humor.

—No sé si quiero hacerlo —susurré llevando la vista hacia el televisor apagado.

—No se trata de eso, se trata de que debes hacerlo, Dafne —rectificó Héctor.

—Esta noche, no.

—Te damos unos días más, ¿ok? —asentí mirándolo con una mueca.

—¿De qué tienes miedo? ¿Por qué estás tan reacia?

—No lo sé, todo lo referente a lo mismo me provoca demasiadas cosas que no puedo controlar y no sé explicar, lo que me lleva a actuar como no lo haría normalmente. —Me encogí de hombros respondiéndole a Tania.

—Vamos a dejar el tema ya. —Se levantó Héctor—. Es tarde para ti, nosotros tenemos el ritmo cambiado, pero tú madrugas. —Me ofreció la mano para que me levantara.

—No creáis que me duermo rápido, por mucho que madrugue. Aquí el ritmo frena antes de tiempo y yo todavía tengo el de España encima. —Sonreí quedándome frente a él—. Tenéis que ver mi universidad, es una pasada.

—Lo haremos, pero ahora a dormir, señorita —dijo sin querer ceder.

Me despedí de Tania que se acostaría más tarde y me dejé guiar por él.

—Todo va a ir bien —me dijo cuando estuvimos en mi habitación.

—Lo sé. —Le sonreí—. Si en realidad no tengo miedo.

—¿Entonces?

s—Es que es muy desconcertante todo. No sé explicarme bien para que me entiendas.

—Lo hago más de lo que crees, Dafne —asintió serio—. Por eso mismo vamos a poner todos de nuestra parte para que esto, sea lo que sea, de una manera u otra, se acabe.

—¿Tú crees que se evaporará?

—Eso o nos explotará en la cara. —Curvó los labios, gesto que imité negando—. Da igual cómo se dé, lo afrontaremos como llevamos haciendo desde que nos conocemos, ¿vale? —Se acercó a mí y me abrazó.

Me aferré a él, sintiéndome en paz ante su cercanía.

—Te quiero —susurré.

—Lo sé, igual que tú sabes que es a la inversa. —Me besó en la cabeza—. Ahora te dejo sola, ponte las cien alarmas que necesitas y mañana nos vemos para desayunar.

—No son tantas —dije divertida.

—Lo sabré yo. —Reímos porque me conocía tan bien…

—¿También tendré que afrontar el otro tema? —Arrugué la nariz cuando nos separamos.

—Por supuesto, creo que es vital y aquí vamos con todo por delante. —Me hizo un guiño—. No pienses más y a descansar.

Me dejó sola y entornó la puerta. Era consciente que se quedaría durante un tiempo hablando con Tania en el salón de mi situación. Aunque se mostraran normales sabía que estaban preocupados. Solté un suspiro porque era lo último que había querido, pero tampoco me hubiera perdonado el mentirles u ocultarles lo que sucedía.

Sacudí la cabeza y fui hacia el baño, en el que no estuve mucho rato. Ya estaba en pijama, me lo había puesto mientras ellos se duchaban, cada uno en un baño. Yo ya pasé por la ducha cuando llegué de la universidad, antes de ir hacia la estación.

Por cierto, el primer día de trabajo me había ido genial. Conecté con todas las clases que tuve y por las expresiones de los alumnos, después de mi presentación hacia ellos y de explicarles qué me había traído hasta Irlanda, más el temario que impartí, pude ver con satisfacción en sus expresiones el reflejo de lo mismo hacia mí.

Me aferré a él, sintiéndome en paz ante su cercanía.

—Te quiero —susurré.

—Lo sé, igual que tú sabes que es a la inversa. —Me besó en la cabeza—. Ahora te dejo sola, ponte las cien alarmas que necesitas y mañana nos vemos para desayunar.

—No son tantas —dije divertida.

—Lo sabré yo. —Reímos porque me conocía tan bien…

—¿También tendré que afrontar el otro tema? —Arrugué la nariz cuando nos separamos.

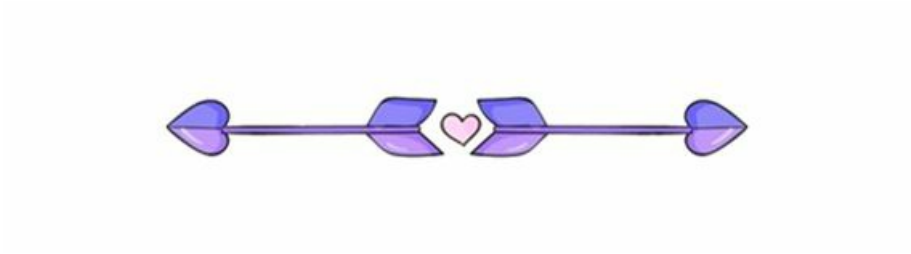
—Por supuesto, creo que es vital y aquí vamos con todo por delante. —Me hizo un guiño—. No pienses más y a descansar.

Me dejó sola y entornó la puerta. Era consciente que se quedaría durante un tiempo hablando con Tania en el salón de mi situación. Aunque se mostraran normales sabía que estaban preocupados. Solté un suspiro porque era lo último que había querido, pero tampoco me hubiera perdonado el mentirles u ocultarles lo que sucedía.

Sacudí la cabeza y fui hacia el baño, en el que no estuve mucho rato. Ya estaba en pijama, me lo había puesto mientras ellos se duchaban, cada uno en un baño. Yo ya pasé por la ducha cuando llegué de la universidad, antes de ir hacia la estación.

Por cierto, el primer día de trabajo me había ido genial. Conecté con todas las clases que tuve y por las expresiones de los alumnos, después de mi presentación hacia ellos y de explicarles qué me había traído hasta Irlanda, más el temario que impartí, pude ver con satisfacción en sus expresiones el reflejo de lo mismo hacia mí.

Capítulo 21



Kenai

—Gracias —le dije al chico que acababa de entrar la compra hasta la cocina, despidiéndome de él en la puerta.

Cerré y me dirigí hacia ella. Hacía media hora que había llegado a la mansión y me tocaba poner orden porque el pedido no había sido pequeño. Empecé metiendo en el congelador y en la nevera lo más importante, para dedicarme al resto con calma. Estaba guardando unas latas cuando el timbre de la reja principal sonó.

Me acerqué a la entrada, extrañado porque no esperaba a nadie más y vi por la cámara de quién se trataba. Negué y pulsé el botón para darle acceso. Abrí la puerta y me apoyé en el marco, no tardé en ver el coche de Gareth acercándose, acortando la distancia y dejando ver en el interior del vehículo a Nicole y a él.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté en cuanto se bajaron.

—Desbordas felicidad, ¿eh? —Rio ella casi corriendo hacia mí.

—No sabes hasta qué punto. —Curvé los labios, devolviéndole el beso en la mejilla que me dio.

—Que conste que no ha sido cosa mía. —Levantó las manos Gareth, detrás de ella.

—Claro, y, aun así, no has podido resistirte a la tentación y negarte. —Reí apartándome, dejándolos pasar.

—Esta casa es muy grande para ti solo. Te podrás quejar, anda que no miramos por ti —habló cantarina ella.

—Sí, y no he insinuado lo contrario —negué caminando hacia la cocina—. Ya que habéis venido os toca trabajar —dije con guasa.

—¿Y eso? —preguntó con interés Gareth.

—¡La virgen! —Se asombró Nicole.

—No, si al final tendrás que agradecernos que nos hayamos presentado de sopetón. —Rio mi amigo.

—No te voy a quitar la razón. —Me uní a él.

Veinte minutos después teníamos la cocina recogida, con todo colocado en los armarios. Sacamos tres cervezas y fuimos al salón, donde ocupamos los tres el sofá.

—Con lo grande que es el espacio de la cocina, parece que lo tienes todo vacío de comida —soltó un suspiro Nicole.

—¿Creéis que alguna vez habrán estado llenos los armarios? Porque es una pasada —dijo pensativo Gareth.

—Ni idea, tampoco me lo he preguntado —contesté—. Pero pensando en la época en la que se construyó y teniendo en cuenta que antiguamente esta casa debía estar llena de gente, pues imagino que sí. Entre el servicio porque aquí no viviría cualquiera y la familia a la que pertenecería… ¿Cómo han ido los trabajos?

—Como siempre, genial y acompañada por Dafne mucho mejor. —Sonrió Nicole.

—¿Hoy era su primer día? —pregunté despreocupado.

—Sí —asintió satisfecha por ella—. ¿No vas a decir nada más? —Giró la cabeza hacia mí.

Los tres habíamos estado mirando hacia el techo, con las cabezas recostadas hacia atrás. En ese instante, al hacer la pregunta Nicole, las de los dos estaban dirigidas hacia mí.

—¿Qué se supone que tengo que decir? Ya he preguntado. —Levanté una ceja hacia ellos.

—Lo que Nicole quiere escuchar no lo va a oír. —Rio Gareth.

—Anda, ¿y por qué no? —Se giró hacia él.

—Porque te has creado una historia en la cabeza que no es real —le respondió divertido.

—Claro y lo dices tú que lo sabes perfectamente, ¿no? —Se cruzó de brazos, indignada.

Los dejé hablar porque continuaron, hasta que puse los ojos en blanco y los callé.

—Ya vale. —Carraspeé—. No sé qué más esperabas que dijera, cualquier cosa viniendo de ti. Y tú —señalé a Gareth—, deja de picarla porque sabes que va a saltar con todo lo que le digas de su amiga nueva.

—Pues sí, es mi «nueva amiga» —repitió con retintín—. Y lo que esperaba que hicieras es interesarte por cómo le había ido, tampoco es algo del otro mundo, digo yo. —Soltó un bufido.

—Me lo has dejado claro cuando has asentido. —Volví a poner los ojos en blanco.

—Con eso no es suficiente.

—¿Ella te ha preguntado por mí en algún momento hoy? ¿Mi nombre ha salido en alguna de vuestras conversaciones?

—Eh, no.

—Pues ya he hecho más que ella. —Me encogí de hombros, provocando que hiciera una mueca.

—Dafne es la que está sola aquí, qué mínimo que se note respaldada.

—Pero ¡si no la conocemos! Eres tú la que lo haces —intervino Gareth.

—¿Y qué? Eso tiene fácil solución, ahora mismo la llamo para que venga. Ya veréis qué rápido acepta —dijo sacando el móvil.

—¿La vas a dejar? —Gareth se extrañó de que no moviera ni un músculo para evitarlo.

—¿Me va a servir de algo? —Lo miré con interrogación.

—Pues también es verdad. —Rio y negué.

Pusimos la atención en Nicole cuando se llevó el móvil al oído y por la mueca que hizo supe cuál era el resultado de su intento.

—Jo, no da señal.

—Habrá desconectado ya —sugirió Gareth.

Yo me mantuve en silencio porque en mi interior había querido realmente que hablara con ella, para saber si se atrevía a venir. Dado nuestro último encuentro y cómo había reaccionado, dudaba que lo hiciera. Me sorprendí al darme cuenta de que deseaba tener su presencia otra vez delante.

Me froté la cara, desconcertado conmigo mismo.

—Os quedáis a cenar, ¿no? —Me levanté para espabilarme y bloquear los pensamientos.

—Y a dormir. —Soltó una carcajada Nicole.

—¿Cómo? —Me crucé de brazos.

—Vamos a hacer como una fiesta de pijamas, pero cada uno desde una habitación —comentó con guasa Gareth —. Tenemos los pijamas y la ropa para mañana en el coche.

—No tenéis remedio. —Puse los ojos en blanco—. ¿Qué os pensabais? ¿Qué me iba a perder por aquí?

—Por si acaso. —Me sacó la lengua ella, incorporándose, poniéndose a mi lado—. ¿No te hace ilusión? Es que, si nos hubieras visto desde el principio equipados, lo mismo ni nos habrías abierto la puerta.

Pasé un brazo por encima de sus hombros y la atraje hacia mí.

—No me des ideas para la próxima vez. —Reí—. Yo no he dicho que no me haga ilusión, ni haría lo último y lo sabéis. Pero si me he trasladado a esta casa es para saber qué me transmitía y para eso necesito estar solo. —Le di un beso en la cabeza.

—¿Qué te va a transmitir? Ni que pudiera hablar. —Rio.

Yo opté por callarme, pensativo, hasta que miré de reojo a Gareth, encontrándome con su expresión de interrogación por lo que había dicho.

—Anda, ve a por las cosas.

Dicho y hecho, se separó de mí corriendo y de la misma forma, fue hacia la puerta, riendo.

—¿Qué esperas sentir? Si no lo he entendido mal ese es tu propósito. Me gustaría saber por qué motivo no me has comentado nada al respecto.

—Ya lo haré en otro momento —asentí, pidiéndole tiempo sin expresarlo.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, pero la aparición de Nicole nos hizo perder el contacto visual.

—Voy a elegir una habitación —dijo subiendo las escaleras.

Sonreí al verla, parecía una niña pequeña.

—¿Qué queréis cenar?

—Cualquier cosa comestible me vale —gritó Nicole. Llevé la vista hacia Gareth.

—Algo rápido y sencillo. —Se encogió de hombros—. Unos sándwiches, unas *pizzas*… ¿Has comprado?

—Sí, es lo primero que he metido en el congelador.

—Pues listo. —Se levantó y me siguió cuando me dirigí hacia la cocina—. Ahora que estamos solos, ¿qué no me has contado de esta casa? —Se apoyó en la barra mientras yo sacaba las *pizzas*.

—Son sensaciones Gareth. —Cogí una bocanada de aire—. No te sé decir nada más, por eso necesito tiempo aquí para aclárame. Y ese es el motivo de que me lo haya pensado tanto. Tenía ganas, pero algo me frenaba.

—¿Sensaciones? —Frunció el gesto y asentí—. Voy a por las cervezas que hemos dejado en el salón.

Me quedé solo y antes de que regresara me dio tiempo a meter las tres *pizzas* en el horno. No eran muy grandes, tenían la medida justa.

—Toma. —Me ofreció una y me la llevé a los labios, dándole un buen trago, igual que hizo él—. O sea, que lo que necesitas es tiempo en soledad —asentí bebiendo un poco más—. Si me lo hubieras dicho habría frenado a Nicole.

—Da igual, si sabes que agradezco que estéis aquí. Voy a estar más días. —Me encogí de hombros.

—¿Qué piensas descubrir?

—No tengo ni puñetera idea, pero espero que, o se me quitan las tonterías, o que me dé de frente con algo que me aclare cómo me siento en algunos momentos estando aquí.

—Cuando dices esas cosas no lo entiendo. —Frunció el gesto.

Soltando un suspiro le conté el episodio que se dio en el jardín, bajo la lluvia, junto a Nicole. También le intenté explicar la vibración que me había recorrido varias veces.

—¡No jodas! —Empezó a mirar alrededor, pidiéndome silencio.

—¿Qué haces? —pregunté divertido, conteniendo la risa.

—Mierda, yo qué sé. A ver si va a ver algún fantasma por aquí y la liamos —dijo y por cómo lo hizo, supe que no estaba bromeando.

—Qué fantasma ni qué ocho cuartos, Gareth. Déjate de tonterías —negué.

—¿Tonterías? Y me lo dices tú después de contarme eso —bufó, volviendo a mirar alrededor.

—¿Qué hacéis? —Apareció Nicole y él empezó a disimular, diciendo que había visto una telaraña.

—Eso no es posible. —Rio ella—. ¿Con la limpieza que ordenó Nai de esta propiedad, cuando la adquirió? Te habrá fallado la vista. ¿Dónde la has visto? —Se pusieron los dos a mirar hacia el techo.

,

Mi amigo disimulando, siguiendo con la mentira sin maldad que había soltado, provocada para no desvelar nada ante ella, al menos hasta que no fuera yo quien lo decidiera. Nicole metida por completo en el papel de localizar la dichosa telaraña. No pude controlarme más y terminé soltando una carcajada, al verlos ir de un lado al otro, como si estuvieran sincronizados.

Enseguida desviaron la atención de lo que hacían y se centraron en mí. Más me reí al ver la súplica en la cara de mi amigo, para que lo sacara de donde se había metido solito.

—Si está ya me encargaré en otro momento. Puede que a los de la limpieza se les pasara, pero como no me preocupa… anda vamos al salón mientras se hacen las *pizzas*. —Le di el último trago a la cerveza y lancé el envase a la basura.

Antes de salir de la cocina cogí de la nevera otra y al pasar por al lado del horno subí un poco más la temperatura.

—Que sepas que te he dejado la habitación ideal para ti —habló Nicole, haciéndome un puchero.

Se estaba refiriendo a la que tenía la cama con dosel, donde noté la última sensación y de la que tanto ella como yo, nos quedamos enamorados desde el inicio.

—¿Por qué? Utilízala tú, a mí me da igual.

—Ya tendré otras ocasiones para quitártela. —Me sacó la lengua.

—Si vais a empezar con el no, tú, no, tú, me la agencio yo por esta noche y asunto arreglado. —Rio Gareth mientras volvía a sentarse en el sofá—. Joder tío, es cómodo, ¿eh?

—Lo he comprobado hace un rato —comenté sonriendo, dirigiéndome hacia la cristalera que daba al jardín.

Él se quedó callado por unos instantes, ignorando las preguntas de Nicole. Sabía que estaba pendiente de mí, al menos durante unos segundos así fue, hasta que ya no puedo evitarla más y se pusieron a hablar. No me giré hacia ellos, me mantuve mirando a través del cristal.

Volvía a llover, pero era una lluvia fina. Me llevé el botellín a los labios y bebí sin apartar la vista de delante. Todavía había un poco de claridad, entre unas cosas y otras, la noche se estaba echando encima. Me aislé de todo, incluso de dónde estaba, metiéndome en una burbuja que empezaba a reconocer…

—¿Kenai? Tío, ¿me oyes? —Escuché una voz lejana y parpadeé varias veces, rápido.

—¿Qué? —Me giré hacia Gareth que era quien me estaba hablando, descolocado.

—No me jodas, ¿te acaba de pasar otra vez? —susurró.

Hice un recorrido por todo lo que me rodeaba y bajé la mirada hacia la mano que tenía libre, con la otra todavía sujetaba el botellín. Cerré el puño con fuerza, sintiendo la fuerte vibración dentro de mí. Cuando encontré las fuerzas busqué su mirada, la que estaba pendiente de mí.

—Eso parece —susurré.

—Joder, joder… —Se pasó las manos por el pelo—. ¿Sabes cuántas veces te he llamado? No reaccionabas, era como si no me escucharas —negó preocupado—. Tú no te quedas aquí solo, vamos ni loco te dejo después de esto. —Bufó.

—Es que no te he escuchado. —Sacudí la cabeza—. No tengo ni idea de cuántas veces han sido. Y, claro que voy a quedarme y tú te irás mañana, ¿te queda claro?

—Pero qué dices —siseó—. Te he traído de vuelta tío, no sé dónde mierda te has ido, pero tenías la mirada desenfocada por completo y la respiración agitada.

—No lo he notado. —Me llevé la mano al pecho porque desde que era consciente respiraba normal.

—¿Qué vas a notar si ni me has oído? —Volvió a bufar— Esto no me está gustando, pero nada. —Movió la cabeza varias veces, negando.

—¿Dónde está Nicole? —Vi el sofá vacío.

—En la cocina, sacando las *pizzas* —soltó un suspiro—. Cuando ha dicho que iba y me he quedado solo, ha sido cuando te he llamado la primera vez. Los dos habíamos pensado que te habías quedado pensativo y no te hemos querido interrumpir. Pero si lo llego a saber…

—Deja la preocupación. Estoy bien —le pedí porque el agobio que tenía era evidente.

—Ha sido muy raro, Kenai.

—Tranquilo, vale. —Le apreté un hombro—. No me va a suceder nada.

—¿Cómo estás tan seguro? —Me encogí de hombros y volvió a bufar, haciéndome reír.

—Ya está chicos. —Escuchamos a Nicole y nos giramos hacia ella—. Mirad qué bandeja más mona he encontrado. —Nos sonrió, levantándola.

Y de repente, sin poderlo anticipar tampoco, me quedé sin respiración, como si recibiera un fuerte impacto en el pecho y provocara que me faltara. Ella no se dio cuenta, mi amigo giró rápido la cabeza hacia mí porque estábamos tan cerca que había notado el pequeño sonido que había salido de mis labios.

—¿Qué os pasa? —Escuché distorsionada y muy lejana la voz de Nicole.

—Que le ha encantado. ¿No ves cómo se ha quedado? —Rio Gareth para que ella desviara la atención de mí—. Preciosa, ¿traes tres vasos? Ahora iré yo a por la bebida.

—Es que no es para menos, es una preciosidad. Parece muy antigua —detecté su tono de felicidad—. Ahora vuelvo con los vasos.

—Tío, me cago en todo, reacciona ya. —Vi la cara de Gareth cerca de la mía y sentí su zarandeo.

—Ya, ya… —Me llené los pulmones de aire, agachando la cabeza al sentirme mareado.

—¿Que no me preocupe? Una mierda como esta casa de grande —dijo serio mientras yo me frotaba el pecho—. ¿Qué cojones ha sucedido?

—No lo sé, esto ha sido nuevo —susurré.

Llevé la vista hacia la mesa donde Nicole había dejado la bandeja, centrándola en ella. El gesto se me frunció, intentando comprender si ese objeto tenía algo que ver con lo que me había sucedido. Pero ¿qué narices estoy pensando? ¿Cómo una simple bandeja va a provocar que me quede sin respiración? Esas fueron las preguntas que me repetí e intenté interiorizar las respuestas lógicas porque no podía ser. Imposible, me dije.

—Ya está. —Miré a Gareth que soltó otro bufido y fue a sentarse en el sofá, o más bien se dejó caer de golpe, agobiado y preocupado.

No volví a sentir nada más, mi cuerpo se estabilizó y al final conseguí destensar el ambiente con Gareth, de una conversación a otra. Cuando terminamos de cenar disfrutamos de un tiempo más juntos, hasta que decimos irnos a las habitaciones.

—Buenas noches. —Se despidió de nosotros Nicole en la primera planta.

La rodeé con los brazos y le di un beso en la frente.

—Descansa, cariño. —Le sonreí.

—Oh, lo voy a hacer y a pierna suelta. No es como la habitación en la que vas a dormir tú y que tan gentilmente te he cedido, pero… —apreté los labios— es más que perfecta. —Terminó animada.

Antes de alejarse abrazó a Gareth, el que le devolvió el gesto con otro beso y se fue dejándonos solos.

—Pues creo que es la única que va a dormir de esa manera. Todavía los tengo de corbata y no creo que me bajen —susurró para que no lo escuchara.

—¡Te quieres relajar! Todo está bien. —Lo miré de reojo.

—Y dale con lo mismo. —Se frotó la cara—. ¿Quieres que duerma contigo? —Apartó las manos de golpe.

—¿Qué dices? —Reí sin poder contenerme.

—Joder, pues tampoco sería tan raro.

—No digo que lo sea y sabes que no tendría ningún problema en que durmiéramos en la misma cama. Mi reacción ha sido por el motivo por el que lo has preguntado —negué—. Deja de pensar, porque si continuas así, no voy a

decirte nada más. O te lo tomas de otra forma o mi boca estará cerrada para no preocuparte.

—Solo necesito hablar con la almohada —soltó un suspiro.

—Venga, mañana nos vemos para desayunar. —Le di un abrazo.

—Como a las ocho no estés en la cocina subo a por ti y tiro la puerta abajo, avisado estás —dijo mientras caminaba hacia otra habitación, la suya quedaba una puerta más alejada que la de Nicole.

—¿Vas a ser mi héroe? —Alcé un poco la voz, apretando los labios.

Me mordí la lengua para no soltar una carcajada cuando sin girarse, levantó un brazo enseñándome un gesto muy claro de lo que pensaba sobre mis últimas palabras. En cuanto me encerré en la habitación me reí a gusto. Entré en el baño, tenía uno en el interior y cuando salí me quité la ropa, quedándome desnudo.

Caminé hacia la cama y retiré la tela del dosel, entrando en ella. Me hizo gracia verme dentro de esa especie de protección. Apagué la luz del interruptor que había en un lateral del cabezal y me quedé a oscuras porque anteriormente, ya había bajado las persianas. Solté un suspiro, girándome, quedándome de lado hacia la puerta.

No quise pensar, solo necesité dejar la mente en blanco y lo conseguí en poco tiempo. Sentí cómo me adormecía, noté como mi respiración se relajaba y pausaba, hasta que ya no fui consciente de nada más.

decirte nada más. O te lo tomas de otra forma o mi boca estará cerrada para no preocuparte.

—Solo necesito hablar con la almohada —soltó un suspiro.

—Venga, mañana nos vemos para desayunar. —Le di un abrazo.

—Como a las ocho no estés en la cocina subo a por ti y tiro la puerta abajo, avisado estás —dijo mientras caminaba hacia otra habitación, la suya quedaba una puerta más alejada que la de Nicole.

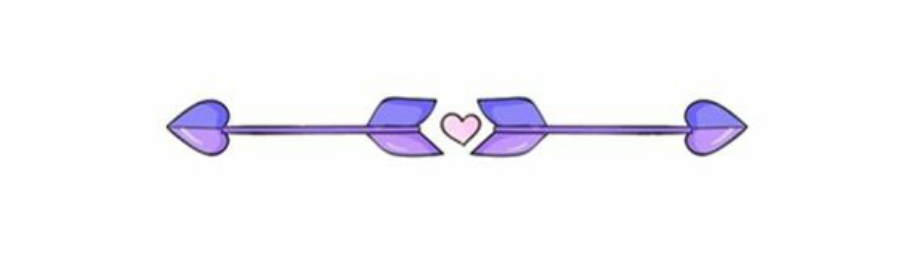
—¿Vas a ser mi héroe? —Alcé un poco la voz, apretando los labios.

Me mordí la lengua para no soltar una carcajada cuando sin girarse, levantó un brazo enseñándome un gesto muy claro de lo que pensaba sobre mis últimas palabras. En cuanto me encerré en la habitación me reí a gusto. Entré en el baño, tenía uno en el interior y cuando salí me quité la ropa, quedándome desnudo.

Caminé hacia la cama y retiré la tela del dosel, entrando en ella. Me hizo gracia verme dentro de esa especie de protección. Apagué la luz del interruptor que había en un lateral del cabezal y me quedé a oscuras porque anteriormente, ya había bajado las persianas. Solté un suspiro, girándome, quedándome de lado hacia la puerta.

No quise pensar, solo necesité dejar la mente en blanco y lo conseguí en poco tiempo. Sentí cómo me adormecía, noté como mi respiración se relajaba y pausaba, hasta que ya no fui consciente de nada más.

Capítulo 22



Solté un gemido. Me notaba excitado y el roce de la ropa de la cama no ayudaba al estar bocarriba. Fui consciente de ello y de cómo mi mano se movía en torno a mi miembro, descontrolada y con fuerza. Mi cuerpo me pedía más, mucho más… todo eso estaba sucediendo sin poder abrir los párpados. Sentía cómo mis ojos se movían por debajo de ellos, queriendo ver, pero no puede hacer nada para que sucediera.

Lo que sí hice fue seguir masturbándome, llevándome al límite. Dejé salir varios jadeos, en tensión, al frotar el glande y presionarlo, resbalando la mano por él, arrastrando los efectos del placer. ¿Cuánto tiempo llevaba haciéndolo? ¿Cómo era posible que hubiera empezado estando dormido? ¡Lo mismo aún lo estoy y es un sueño, porque no puedo moverme como quiero! Aparté todos los pensamientos, centrándome en lo único importante en ese instante porque estuviera dormido o no, el placer me superaba. Aceleré los movimientos, deslizando la mano por todo el largo, ejerciendo la fuerza que necesitaba y que no era suficiente.

Y entonces sucedió algo raro mientras me perdía en el deseo. ¿Raro? Tenía gracia porque ya de por sí lo que me estaba sucediendo lo era y a lo grande. Pero así lo sentí y con intensidad, cuando una imagen apareció fugaz e intermitente en mi mente, una clara y nítida que pude diferenciar y capturar sin problema, a pesar de que aparecía y desaparecía en cuestión de milésimas de segundos.

Solté un gemido, echando la cabeza hacia atrás, acelerando aún más los movimientos…

Dafne

—Sí. —Me escuché decir a mí misma.

Es tan extraño me dije, notaba mi cuerpo en movimiento, pero también me veía desde fuera. La visión que tenía de mí misma era que estaba en la cama, tumbada en ella y pude diferenciar el bulto que había a mi lado. Era Tania la que estaba tapada por completo y en silencio, porque estaba dormida. La imagen era en medio de la oscuridad, era noche cerrada, pero yo lo veía todo perfectamente, como si pudiera hacerlo a través de ella.

Si las sensaciones y lo que estaba viendo era raro, observar cómo me removía en la cama, intranquila, provocó de todo en mí. ¿Por qué? Me estaba tocando, mi mano estaba por debajo de la tela del pijama y me frotaba el clítoris, desesperada. Me sentía húmeda, muy mojada y excitada. Desde mi percepción de fuera, fui consciente del placer

que se reflejaba en mi expresión, el que nunca había visto tan directo, escuché los jadeos que se escapaban de mis labios, los que tenía entreabiertos… todo ello y lo anterior como si fuera una espectadora directa de mí misma.

Intranquila porque lo estaba viviendo al máximo e intentando abrir los ojos, sin conseguirlo, no pude dejar de acariciarme. Un quejido salió de mis labios, junto a un jadeo cuando la imagen cambió totalmente, dejándome por unos instantes sin respiración. ¿Qué varió? Que ya no era yo la protagonista, sino otra persona muy diferente, pero en la misma situación que yo. Loca me quedé al reconocer el cuerpo de un hombre, uno que pertenecía a Kenai, mientras se masturbaba en una cama, como estaba haciendo yo.

Al menos estaba segura de que era su cara. ¿Cómo podía ser? ¿Se me estaba yendo la cabeza? ¿Mi subconsciente me había jugado una mala pasada y me estaba mostrando el deseo oculto que me hacía sentir ese hombre?

—Mierda… —Volví a escuchar mi voz, pero no pude hacer otra cosa que dejarme guiar por el movimiento de mis dedos, los que aceleraron cada vez más, arrastrando la humedad por toda mi zona íntima.

Kenai

Eché la cabeza hacia atrás, sintiendo el orgasmo aproximarse. Con la respiración acelerada, moviendo la mano con fuerza y desesperación, sin descanso. Me aferré a la imagen que se había presentado en mi cabeza y me dejé llevar, corriéndome con un fuerte gemido por la intensidad que me superó.

Fue justo en ese instante, mientras me desahogaba con las últimas sacudidas, cuando los ojos se me abrieron como platos, en su máxima apertura.

—¿Qué cojones…? Estaba dormido —susurré todavía muy excitado, pero ganaba el desconcierto.

Como si tuviera pegada la mano no pude frenar el balanceo de ella en mi miembro. Lento, pausado, con firmeza, así fueron los movimientos mientras interiorizaba todas las sensaciones e intentaba encontrar la coherencia de lo que acababa de suceder.

Dafne

Mis piernas se abrieron, con la necesidad de tener más espacio, mis pies se clavaron en la cama y con la respiración entrecortada, en tensión y sintiendo como una especie de electricidad recorrerme, me corrí con un orgasmo tan intenso que me dejó sin respiración.

Hice fuerza con los párpados, necesitando despertarme. Me costó conseguirlo, hasta que abrí los ojos, dejando la vista en el techo oscuro, tomándome unos segundos para analizarme. Me mordí el labio al ser consciente de que no lo había soñado todo. Mi mano continuaba por dentro de la ropa, tenía los dedos húmedos y las piernas un poco abiertas. Mi respiración no era normal, estaba desacompasada y las sensaciones que me recorrían… no sabía

por qué narices había soñado con Kenai y mucho menos lo que me había llevado a hacer lo que había hecho, pero nunca me había visto en una igual. ¿Tocarme estando dormida? ¿Cómo era posible? Lo había sentido todo tan intensamente…

Deslicé la mano, sacándola mientras giraba la cabeza hacia el lado en el que estaba Tania. Solté un suspiro, agradeciendo que no se hubiera enterado de nada porque dormía profundamente. O eso pensé, porque nada de lo que pasó por mi cabeza fue lo correcto, al menos en lo referente a mi amiga.

Me incorporé despacio, intranquila. Justo en ese instante me di cuenta de mi error porque quién estaba a mi lado también se incorporó, quedándose sentado. Apenas se veía, pero no tuve problema en identificarlo. Pegué un chillido y un bote, con la mala suerte de que me caí por el lateral, directa al suelo.

—¿Qué haces? —Se asomó Héctor.

—No, ¿qué haces tú aquí? Joder, que no te esperaba. ¿Por qué os habéis cambiado de habitación? —hablé sofocada, ruborizada.

Por Dios que se acabe de despertar, me repetí varias veces. Entrecerré los ojos cuando encendió la luz y por su mirada y sonrisa pícara… joder, joder, me dije.

—Nuestra amiga tiene la culpa. —Curvó más los labios—. Yo me metí en la que iba a ser mi cama, pero a los pocos minutos apareció en la habitación echándome de ella. Dijo que la tuya no la encontraba cómoda y como la otra, en la que yo estaba, es un poco más pequeña y ella se mueve como si estuviera en un ring de boxeo, pues… aquí estoy. No pensé que te importaría.

—Ya sabes que no me importa. —Me tapé la cara, sin moverme del suelo.

—¿Entonces? —Noté el tono de diversión y abrí varios dedos, viéndolo claramente en su cara. Soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? —Apareció Tania, abriendo la puerta de golpe, sobresaltándonos.

—Madre mía. —Me dio un ataque de risa.

No sé ni cómo llegó, porque lo hizo con los ojos más cerrados que abiertos. No pude parar de reír cuando empezó a mirar en varias direcciones, como queriendo encontrar lo que me había hecho gritar a mí y reír a Héctor.

—Falsa alarma, solo se ha caído de la cama —le dijo él—. Ya puedes seguir durmiendo.

—Ah, vale. —Y sin más, cerró la puerta y nos volvió a dejar solos.

Héctor y yo nos miramos y reímos. Solté un suspiro y me levanté.

—Me has oído, ¿verdad? —susurré sentándome de lado en el borde de la cama.

—No sé a qué te refieres. —Apretó los labios—. ¿Te has hecho daño?

—No me mientas para que no pase más vergüenza. —Arrugué la nariz.

—Si te digo que no estaba dormido, ¿te vale? Cada vez que te ha sonado la alarma me he enterado y después me costaba mucho coger el sueño. La última vez ya no he podido.

—Oh, por favor. —Me tapé la cara, provocando que riera.

—Dafne, por Dios que soy yo. No pasa nada.

—Ha sido involuntario —susurré.

—¿Cómo suele ocurrir todas las veces? —dijo divertido.

—Lo digo en serio, jamás me había pasado. Estaba soñando. —Lo miré y frunció el gesto por cómo lo hice.

—¿Quieres contármelo? —asentí. Se echó hacia atrás apoyando la espalda en el cabezal— Ven aquí. —Dio unos golpecitos a su lado.

—Voy al baño primero —dije levantándome.

—Lávate bien.

—¡Ahhh…! ¡Cállate! —Soltó otra carcajada y más se rio cuando cerré la puerta de golpe.

Con la luz encendida vi mi reflejo en el espejo. Todavía tenía las mejillas encendidas y no precisamente por la vergüenza. Solté un suspiro y me lavé las manos, también la cara. Cuando me sequé, regresé a la habitación, encontrándome a Héctor en la misma posición, esperándome.

—¿Mejor? —Me siguió con la vista.

—Sí. —Me subí a la cama y me arrastré hasta quedarme a su lado, en la misma postura.

—Entra dentro de la ropa, hace frío —me pidió.

—Ahora mismo no tengo. —Hice una mueca.

—Normal, tienes todavía el subidón en el cuerpo.

—Déjalo ya. —Bufé, haciéndolo reír otra vez.

—Aparta —me pidió mientras levantaba la ropa. Hasta que no estuve tapada de cintura para abajo no se quedó conforme—. Venga, cuéntame que ha pasado.

—Tengo un problemón. —Giré la cabeza hacia él, soltando un suspiro.

—¿A qué te refieres? —Me miró extrañado.

—El protagonista de mi sueño era Kenai. —Hice un puchero.

—¿El conocido de tu amiga Nicole? ¿Del que me has hablado? —Levantó una ceja.

—Sí. —Lloriqueé, haciéndolo sonreír.

—Pienso lo mismo.

—¿Referente a qué?

—A que tienes un problemón y de los gordos. Encima, debajo, de lado… según se haya dado la experiencia. —Me hizo reír, pero fue por los nervios.

Cuando pasaron unos segundos y me calmé, me acercó a él, rodeándome los hombros con un brazo.

—No lo entiendo, solo lo he visto dos veces y durante poco tiempo. Vale que el hombre lo valga, pero hasta el punto de…

—¿De excitarte con su recuerdo? —asentí— Puede que nunca te haya pasado, pero es bastante habitual.

—Puede… pero no solo ha sido su recuerdo, Héctor.

—Acláramelo.

—Que lo he visto perfectamente, haciendo lo mismo que yo. —Me mordisqué el labio inferior—. He recreado lo que yo hacía en él.

—Sabes que vas a tener que ponerle remedio a este tema, ¿verdad?

—No sé por dónde empezar —susurré.

—Encontrarás la manera. —Me acarició el brazo.

—Me da mucha vergüenza explicártelo, pero necesito hacerlo…

—Si te ayuda, a mí también me da vergüenza decirte que me he empalmado. Estar tan cerca de la situación y saber lo que estabas haciendo y al escucharte… —Lo miré agrandando los ojos—. Es una reacción normal. —Rio —. ¿Qué quieres? Si te sirve de consuelo he apartado de la mente quién eres y lo que me une a ti, solo me he quedado con los jadeos y movimientos.

—¡Qué vergüenza! —Bufé escondiendo la cara en su abrazo—. Y para colmo cuando te he visto a ti…

—Me lo imagino. —Rio—. Venga, olvídalo. Son cosas naturales y no me voy a sorprender con nada. Soy todo oídos.

—No estoy muy segura de eso. —Cogí una bocanada de aire antes de empezar.

✣ ✣ ✣

—¿Cómo se presenta el día? —Me giré sonriendo, al escuchar la voz de Nicole.

Acababa de entrar en mi despacho, ella estaba apoyada en el marco de la puerta que había dejado abierta.

—Muy bien, ¿y a ti?

—Igual. —Me hizo un guiño—. ¿Vamos a tomar un café? ¿O tienes que hacer algo antes de las clases?

—Por ahora nada, estoy libre. —Le hice un guiño.

—Perfecto. —Se apartó de la puerta para esperarme.

Como no había soltado ni el bolso caminé hasta ella y salí, cerrando tras de mí. Recorrimos el pasillo en silencio, al igual que bajamos las escaleras.

—¿Llevas la acreditación? Yo todavía no la tengo.

—Sí, es lo primero que he mirado. —Rio haciéndome sonreír—. He visto a Garrett al llegar y se lo he comentado Supongo que hoy te dirá algo, la iba a reclamar.

—No hay problema. —Me encogí de hombros cuando salíamos del edificio principal—. Hoy hace muy buen día —dije mirando hacia el cielo.

—No te confíes mucho, puede cambiar en un visto y no visto. —Se agarró de mi brazo y sonreí.

Llegamos a la cafetería, pedimos un café con leche para mí y uno solo para ella, doble, así le gustaba. Cuando nos los dejaron en una bandeja fuimos hacia una mesa.

—¿Sabes? Ayer dormí en una habitación de ensueño. No te puedes hacer una idea de cómo es. —La emoción fue evidente.

—¿En serio? ¿En algún hotel? —Me interesé.

—¡Qué va! —Rio—. Te hago un resumen muy breve. Kenai… —me recorrió un escalofrío al escuchar el nombre — se dedica a adquirir viviendas, a arreglarlas y a venderlas. Pues hace un tiempo compró una especie de mansión, es impresionante, enorme. Creo que te gustaría incluso más que a mí, porque es muy antigua y debe tener una historia. Pues eso, que todavía no se ha decidido a venderla y ha decidido pasar unos días en ella. Ayer fue el primero que se trasladó y allí aparecí con nuestro amigo Gareth.

—Vaya, suena muy bien.

—Sí —asintió—. Te llamé con la intención de proponerte que vinieras. Te habría encantado.

—Ayer llegaron mis amigos de España, Héctor y Tania. Me olvidé del móvil y cuando me di cuenta, al llegar a casa, se me había acabado la batería y lo puse a cargar sin encenderlo.

—¿En serio? Vaya, qué guay. Estarás contenta.

—Sí. —Sonreí de oreja a oreja—. Los echaba mucho de menos.

—Me alegro. Oye, pues se me está ocurriendo una idea —dijo pensativa.

—A ver, sorpréndeme —dije divertida.

—¿Cómo lo ves para que vengas con ellos a la mansión? A Kenai le parecerá bien y así no estáis solos, al menos por una tarde.

Me quedé con la taza a medio camino de llevármela a los labios, sin saber qué decir sobre su propuesta.

—No sé… —susurré— no quisiera incomodarlo ni que se viera forzado a aceptar.

—¿Qué dices? No va a suceder ninguna de las dos cosas. Espera, ya lo verás. —La vi coger el bolso y buscar en él, intuyendo lo que iba a hacer.

Cuando sacó el móvil y estuvo unos segundos atenta a él, me removí en la silla porque no se le ocurriría… pues sí se le ocurrió.

—Nai, ¡hola! Sí, sí, todo bien. Mira te llamo porque como me quedé con las ganas de que Dafne viniera a la mansión, pues estoy hablando con ella ahora mientras tomamos un café y se lo he propuesto. Resulta que ayer llegaron dos amigos suyos de España y como están solitos… —Se quedó callada por unos segundos—. Claro, se lo he dicho, pero me ha contestado que no quiere incomodarte, ni ponerte en un aprieto para que aceptes. Mi respuesta ha sido que ni por asomo harás ninguna de las dos cosas. Por eso te llamo para que se lo digas tú mismo Adiós, nos vemos luego. Te quiero.

Habló de carrerilla y me vi con su móvil casi en la cara, para que lo cogiera. Negué con la cabeza y con las manos provocando que insistiera y riera, moviéndolo delante de mí. Sin saber dónde meterme y para no liarla más con el hombre que estaba al otro lado, me vino un pensamiento fugaz, el de que, qué mejor manera para iniciar un acercamiento como había hablado con Héctor. Le quité el móvil de la mano.

—¿Adónde vas? —le pregunté cuando se levantó.

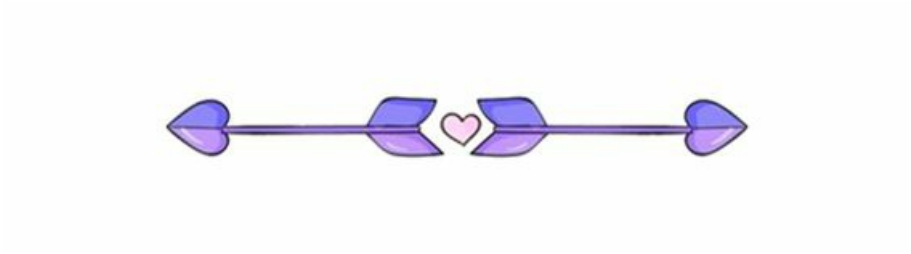
—Al baño. —Me hizo un guiño y se fue muy feliz hacia él.

Nerviosa miré la pantalla como una tonta y tragué saliva llevándomelo al oído.

—¿Hola?

—Hola —me respondió.

Capítulo 23



Kenai

—¿Hola? —Escuché su voz y repiqueteé los dedos en la mesa por la jugada de Nicole.

Ya la cogería, ya, me dije antes de contestar.

—Hola. —Le devolví el saludo.

—Nicole se ha ido al baño. —Apreté los labios, divertido.

—Os he oído.

—Ah, vale. —Carraspeó.

—Cuando regrese te dará la dirección a la que tenéis que venir esta tarde.

—¿Estás seguro? Quiero decir —volvió a carraspear—, no quisiéramos molestar ni nada por el estilo.

—No seréis una molestia, Dafne. —Alargué su nombre a propósito, como hice la última vez que nos vimos.

—Ok.

Silencio, solo escuché su respiración pausada.

—¿Cómo va en la universidad? —Me interesé para que intentara relajarse un poco.

—Eh, bien, muy contenta. Llevo poco tiempo, pero la experiencia mejor no puede ser. Gracias por preguntar.

—Me alegro y no hay de qué —respondí.

—¿Tenemos que llevar algo esta tarde? Me refiero a bebida, comida, algunos dulces… no sé.

—No hace falta, ni quiero que lo hagas. Con que vengáis vosotros está bien.

—No lo entiendo —susurró.

—¿El qué?

—Es que… todos nuestros encuentros han sido un poco tirantes —soltó un suspiro, haciendo una pausa. Me recosté en la silla del despacho, a la espera de que continuara—. Entre tus miradas de «chica, te estoy perdonando la vida» —cambió hasta el tono de voz al decirlo. Apreté los labios, conteniéndome, divertido— y mis reacciones a ellas, más todas las cositas que se han dado…

—¿Cómo has dicho que te he mirado? ¿Aún piensas eso? —dije serio, pero terminé soltando una carcajada.

—No me vas a negar que siempre que te he visto tenías expresión avinagrada. —Bufó.

—¿Qué es para ti avinagrada?

—Pues imagínate comiendo la pulpa de un limón ácido. El gesto cambia, yo hasta saco la lengua y hago una mueca rara —me explicó tan tranquila y volví a reír.

—Me gustan los limones.

—Normal, no me extraña. —Le salió de forma espontánea y me contuve otra vez.

—No soy como la idea que te has hecho de mí, Dafne. Esta tarde lo comprobarás por ti misma, cuando acortemos distancias. Eres amiga de Nicole y para mí es un detalle lo suficientemente importante como para que nuestra relación sea buena, por ella.

—Claro —soltó otro suspiro—. Kenai…

Una sensación agradable me recorrió al escucharla pronunciar mi nombre.

—¿Sí?

—¿Qué es para ti acortar distancias?

—Como he dicho, queda poco para que lo compruebes. A las cinco os estaré esperando.

—Ahí estaremos. Gracias y hasta luego.

—Hasta pronto, Dafne.

Colgué dejando el móvil encima de la mesa y me di cuenta de que estaba sonriendo. Me levanté, me puse el abrigo, me guardé las llaves y la cartera, y agarré el maletín. Salí del despacho, llevaba casi una hora y media en la oficina, pero por ese día ya había cumplido, al menos entre sus paredes. Tenía concertadas cuatro visitas: dos a casas adosadas, una a un piso y la última para una parcela en la que había solo los cimientos de una construcción. Referente a esa, cuando adquirí el terreno llegué a pensar si no había tomado una mala decisión, en el sentido de que era más difícil venderlo. Pues por lo visto me iba a salir bien la jugada porque después de casi cinco meses en venta, había salido un posible comprador y parecía que estaba muy interesado.

Me despedí de mis trabajadores, recordándoles que ya no regresaría y me dirigí hacia el aparcamiento. Una vez fuera fui hacia el coche y me monté, arrancando.

—Esta tarde la voy a ver… —susurré necesitando interiorizarlo porque después de mi última experiencia, me iba a costar más de la cuenta tenerla enfrente.

Cuando me puse en movimiento, a mi mente vino la conversación que había mantenido casi de madrugada con Gareth, en la cocina de la mansión mientras Nicole continuaba durmiendo.

En aquel momento…

—¿Qué haces despierto? —le pregunté girándome hacia él en cuanto entró en la cocina.

Yo estaba preparándome un café. Después de la sesión que me había despertado, me había sido imposible quedarme dormido y media hora más tarde, decidí levantarme de la cama.

—Mejor cambia la pregunta. —Se sentó en un taburete de la isla.

—¿No has dormido? —Lo hice, atento a la cafetera. Al no obtener respuesta me quedé frente a él, cruzándome de brazos— ¿No me digas que ha sido por lo ayer? —Levanté una ceja.

—No creo —respondió pensativo—. Al principio sí, porque me costó un montón coger el sueño, pero al final lo conseguí. No suelo desvelarme nunca, pues hace más de cinco horas que estoy despierto, lo que quiere decir que he dormido una mierda. —Se encogió de hombros.

—¿Ha sido por estar aquí?

—Yo qué sé, tío.

—Un café, ¿no?

—Házmelo triple por lo menos, menudo día me esperaba.

a

—Marchando. —Le hice un guiño y le di la espalda.

Los preparé rápido y lo acompañé sentándome enfrente, dejándole el suyo delante.

—Ha habido ratos en los que me he sentido intranquilo —habló con la vista fija en el café, girando la taza.

Me quedé con la mía en los labios, sin llegar a tocar el café. Lo observé a conciencia y bebí un sorbo, soltando la taza en la isla.

—¿Qué sensaciones has tenido?

—No te imagines nada fuera de lo común —negó—. Ni mucho menos como lo tuyo, solo es que…

—Que te afectó que te contara la verdad de lo que me sucede en esta casa y el ver lo de ayer, ¿no?

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Yo mismo me lo he provocado.

—Déjalo apartado —le pedí.

—¿Cómo me puedes pedir eso? Joder, Kenai, que es raro de cojones. —Le dio un buen trago al café—. ¿Cómo puedes hacerlo tú?

—Simplemente no lo pienso después de un tiempo —aclaré—. No pretendo entender algo que no alcanzo a comprender, lo que sí quiero es saber hasta dónde puede llegar, estando aquí.

—No lo veo claro. —Se revolvió el pelo—. ¿Y qué haces tú despierto tan temprano? Pensaba que Nicole y tú estaríais durmiendo, he salido de la habitación casi de puntillas.

—¿Tú te crees que con lo grande que es la casa y las distancias que hay, se van a escuchar unas pisadas con las zapatillas? —Reí.

—Yo qué sé, porque es grande aquí retumba hasta el más mínimo ruido.

—Yo también me he desvelado.

—¿Algo nuevo? —Fijó la vista en mí.

—No sé decirte…

—¿Eso qué significa?

—Yo diría que ha sido provocado por sueño, un tanto extraño, pero es lo que ha sido.

—¿De qué iba?

Le conté desde el momento que había sido consciente de lo que estaba haciendo y el detalle de la imagen que había aparecido en mi cabeza.

—Joder, ya me hubiera gustado a mí que me pasara lo mismo —dijo sorprendido y terminamos riendo—. La próxima vez ni te pregunto, me meto en la cama contigo, lo mismo me lo contagias.

—Sí hombre —negué sonriendo.

—¿Y a qué ha venido la imagen de la amiga de Nicole?

—Ni puñetera idea. —Me encogí de hombros, bebiendo un poco más.

—¿Estás seguro? No me has comentado nada de ella. A ver, sí, sé de vuestros encuentros, pero para de contar. En ningún momento me has dicho cuál ha sido tu percepción en cada uno de ellos y lo que sentiste, que, por lo visto, para atraerla a tu cabeza mientras estabas dándole duro… —Hizo un gesto con la cabeza, señalando hacia la isla, supuestamente queriendo traspasarla para indicar la zona de mi cuerpo a la que se estaba refiriendo.

—No lo sé. —Bajé el tono de voz—. Yo he sido el primer sorprendido. Me ha desconcertado mucho.

—Pues déjame que te diga que ahí hay algo escondido, por lo menos algo de esa chica te ha llamado más que la atención. ¿Qué vas a hacer?

—Descubrir el por qué —respondí teniéndolo claro.

—¿Te vas a acercar a ella? —asentí— Interesante…

—¿Qué tiene de interesante? —Levanté una ceja.

—Lo claro que lo tienes y lo rotundo que has sido respondiendo sin tener que pensarlo ni un segundo. —Apretó los labios—. Pero oye —levantó las manos—, si es lo que te pide el cuerpo, tira para delante porque es mucho mejor eso que el tema de aquí, ni punto de comparación. Quizás la próxima no trabajes solo y tengas ayuda extra. —Rio.

—No digas tonterías —negué, pero me quedé pensativo.

—Lo que yo diga —asintió y me levanté para evitar su cara de diversión.

Preparé otros dos cafés y esa vez nos los tomamos comentando temas de los trabajos.

✣ ✣ ✣

Acababa de aparcar enfrente de la entrada de la mansión. Quité las llaves del contacto y bajé. Tenía una hora libre y la primera casa adosada que iba a enseñar quedaba a menos de diez minutos de donde estaba. Antes de entrar fu hacia la parte del jardín que daba a la terraza y que se comunicaba con el salón.

Caminé observando el verde intenso y las flores de lo decoraban, hasta que me paré en el mismo punto al que llegué sin ser consciente cuando estuve con Nicole, cuando se sorprendió al verme bajo la lluvia después de que descubriera por primera vez la biblioteca. Al menos eso pensé, que era la misma zona y poco variaba la posición, al mirar hacia la terraza. No sé qué intenté encontrar al hacerlo, pero algo tiró de mí para ponerme en ese lugar y lo hice sin pensar.

Recorrí con la vista lo que me rodeaba.

—Al final me vuelvo paranoico —susurré porque me estaba afectando más de lo que quería pensar.

No era del todo cierto lo que le había comentado a Gareth de madrugada en la cocina, cuando le había respondido lo de que «no pensaba en lo que me sucedía después de un tiempo, que no pretendía entender algo que no alcanzo a comprender». Mentira, ¿cómo dejarlo atrás? ¿Cómo no pensar en lo desconcertante y extraño que era? Imposible, pero el propósito de las palabras que le dije era tranquilizarlo y lo conseguí después de un rato conversando.

Sin notar ni percibir nada extraño, sacudí la cabeza y regresé por donde había venido, llegando hasta la puerta principal. Abrí con la llave y encendí las luces del pasillo que hacía del recibidor y del salón. Tenía todos los interruptores del cuadro eléctrico hacia arriba, ya no se iluminaba toda la casa al estar viviendo en ella unos días.

Lo único que estaba oscuro a esas horas era el salón y la cocina, al estar los dos en la planta baja con todo cerrado Fui hacia las persianas de la terraza y las subí. La claridad inundó todo el espacio y me dediqué a recorrer cada rincón de la casa, con calma y sin prisa, pendiente de todo. No sucedió nada y me dije que estaba llevando el tema demasiado lejos, porque era una locura.

No sabía por qué me sucedían las cosas que había vivido, pero empezaba a pensar que era una coincidencia que se dieran siempre en el mismo lugar. Caminé hacia la cocina para beber un poco de agua antes de irme y mientras lo hacía, recordé el momento en el que Nicole salió al salón con las *pizzas* colocadas en la gran bandeja. Dejé el vaso en la pica cuando terminé y empecé a abrir todas las puertas de los armarios al no saber dónde estaba porque fue ella la que se encargó de guardarla cuando terminamos.

Cuando llevaba menos de la mitad comprobados, me quedé con una de las puertas abierta, mirando el interior del armario. Ahí estaba, la primera de todas al haberla utilizado. Alargué la mano y la cogí despacio, como si me fuera a dar un calambrazo o qué sabía yo. Por pensar, pensaba de todo ya. Todo estuvo bien cuando la tuve en las manos.

Fui hacia la isla y la dejé encima, observando los detalles grabados que la decoraban. Era increíble, la verdad, se notaba que era muy antigua. Estaba tan bien trabajada y conservada… parecía que no habían pasados los años para ella. Pasé los dedos y la palma de una mano por encima, recorriendo cada relieve.

—¿Por qué reaccioné como lo hice? ¿Por qué sentí como si me dieran un golpe seco en el estómago con algo duro y consistente? ¿Fue por esto o debido a otra cosa? —susurré.

Así lo sentí en aquel momento, cuando se me cortó la respiración y me costó volver a recuperarla, a estabilizarme. No entendía nada porque por mucho que me decía no que tenía lógica, que no podía ser… a todo lo que intentaba buscarle una explicación se desmoronaba delante de mí ante las evidencias y al no encontrarla.

—¿Qué hay aquí? —susurré sin dejar a tocarla, pero refiriéndome a la casa.

Y regresó, con fuerza, noté la vibración en la mano que la tocaba, una que me traspasó y me recorrió con rapidez. Me separé de golpe, dando varios pasos hacia atrás mientras me frotaba las manos para eliminar la sensación.

—¿Qué narices…? —me dije y noté como mi respiración se había alterado.

Me moví rápido cogiendo dos trapos de cocina. La agarré por los extremos ayudado por ellos y la devolví al armario del que la había sacado. Cerré la puerta con fuerza, dando un portazo mientras caminaba hacia atrás y chocaba con la espalda en el filo de la isla.

Necesitando salir, al no dejar de sentir la vibración por todo mi cuerpo, me dirigí hacia la puerta principal. Apagué

las luces y cerré con llave. Ni me paré a bajar la persiana, total, no pensaba llegar muy tarde y el terreno estaba protegido por el muro que limitaba con el exterior. Caminé hacia el coche y me monté, frotándome las manos otra vez antes de arrancar y ponerme a conducir.

—Voy a descubrir lo que pasa —susurré con la vista fija en la fachada.

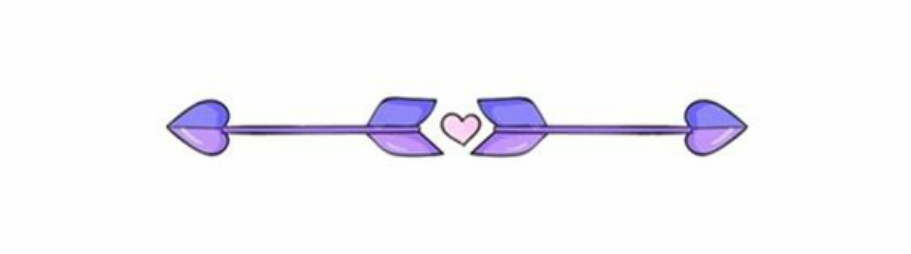
Sacudí la cabeza y me alejé de la vivienda, haciendo un reinicio en mi cabeza para centrarme en el trabajo. Quedaba mucho día por delante.

las luces y cerré con llave. Ni me paré a bajar la persiana, total, no pensaba llegar muy tarde y el terreno estaba protegido por el muro que limitaba con el exterior. Caminé hacia el coche y me monté, frotándome las manos otra vez antes de arrancar y ponerme a conducir.

—Voy a descubrir lo que pasa —susurré con la vista fija en la fachada.

Sacudí la cabeza y me alejé de la vivienda, haciendo un reinicio en mi cabeza para centrarme en el trabajo. Quedaba mucho día por delante.

Capítulo 24



Dafne

—Nos vemos dentro de un rato —me dijo Nicole mientras recorríamos el patio principal de la universidad.

—Sí. —Sonreí.

—¿Te acuerdas bien de la dirección?

—Me la has enviado por mensaje. —Reí.

—Ay, es verdad. —Se unió a mí—. A estas horas ya no me acuerdo de lo que hice por la mañana

Eran las cuatro y quince de la tarde, las últimas clases habían finalizado a las cuatro. El día de trabajo había llegado a su fin y solo quedaba una hora para presentarme junto a mis amigos en la casa de Kenai o mansión, como le gustaba decir a Nicole.

Me despedí de ella cuando un compañero de su especialidad se le acercó a comentarle algo, y me dirigí hacia la puerta que formaba parte del muro que daba acceso al recinto de la universidad. Sonreí por el buen día que hacía, la lluvia continuaba dando una tregua. Me gustaban los días lluviosos, pero el sol era de agradecer y bien recibido también.

En cuanto salí del recinto y llegué a la acera, me paré ampliando la sonrisa al ver a Héctor y a Tania sentados en un banco, esperándome.

—Eh —dije para llamar la atención de los dos—. ¿Qué hacéis aquí? —Nos dimos besos como si hiciera mucho que no nos veíamos, al menos Tania así lo hizo porque me llenó la cara de ellos, haciéndonos reír a Héctor y a mí.

—Hemos salido a dar un paseo, calculando la hora en la que salías —me aclaró él.

—El tiempo acompaña —asentí.

—¿Vamos al centro? —preguntó Tania.

—Tengo planes para nosotros. Si no os apetece podemos anularlos.

—¿De qué se trata? No te veo muy emocionada. —Quiso saber Héctor.

—¿Emoción? Ufff… no puedo con ella de tanta que me recorre. —Apreté los labios.

—Entiendo —asintió de la misma forma.

—Pues yo no —dijo Tania, mirándonos a los dos.

—Vamos para la casa y os lo cuento. Lo que decidáis estará perfecto, pero sea una cosa u otra quiero olvidarme del maletín por hoy. —Empezamos a caminar.

—¿En qué has pensado? —Quiso saber mi amiga.

—Más bien, qué me han propuesto. —Carraspeé mirando de reojo a Héctor, el que no podía mostrar una expresión más divertida.

Lo había pillado al vuelo y eso que no había dado a entender nada. Así éramos nosotros, cualquier cosa que se diferenciara y quedaba todo aclarado. A eso le sumaba quién era mi amiga dentro de la universidad y la relación que tenía con cierto hombre, más el sueño que le expliqué y el momento que viví… A Tania todavía no le había contado nada, después de que regresara a la cama, cuando vino más dormida que despierta a nuestra habitación para saber por qué había gritado, entró en un sueño profundo y cuando me levanté para ir a trabajar ella seguía dormida.

Héctor me acompañó mientras desayunaba, tomándose solo un café porque tenía intención de echarse un rato más a descansar. No le di buena noche, entre las alarmas y después todo lo que siguió… Cuando terminé de explicarle cómo lo había vivido todo dormida, con una conversación posterior intentando analizarlo, nos quedamos adormecidos, abrazados y gracias a eso pudimos descansar un poco, pero no lo suficiente.

Como a Tania no la vi, no pude ponerla al día, pero en ese instante tampoco era el momento y menos con la inminente visita a la casa de Kenai, si es que íbamos. Solo de pensar que si aceptaban y les parecía bien volvería a verlo en poco tiempo…

—¿De qué se trata? —Quiso saber con interés.

—Esta mañana le he dicho a Nicole que habíais venido a verme. Por lo visto ayer por la tarde me llamó y no me enteré, quería que quedáramos para enseñarme una casa que le encanta. Me la ha descrito como antigua, pero impresionante e imprescindible de ver.

—¿Una casa? —Frunció el gesto.

Héctor nos escuchaba hablar, en silencio.

—Sí, pero ese no es el tema. Quiere que conozca a sus amigos, Gareth y Kenai. —Miré de reojo a Héctor. Él lo hacía hacia el frente, sonriendo—. Uno de ellos es el dueño de la casa y nos ha invitado esta tarde para que vayamos.

—Mola, así conoceremos de cerca a irlandeses, ¿no? —Se inclinó asomándose por delante, dirigiéndose a Héctor.

—Mola —repitió él, soltando una carcajada.

—¿Entonces os parece bien?

—Claro, ¿por qué no? —asintió segura.

—Vale, pues cuando lleguemos a casa reservo el taxi para dentro de un rato, queda menos de una hora. Me ha dicho que fuéramos a las cinco.

—Todo lo que digas está bien, Dafne. Nosotros te seguimos así que, deja de hablar como si esperaras que te contradijéramos en algún momento —soltó con guasa mi queridísimo amigo, nótese la ironía.

✣ ✣ ✣

—¡Ostras! ¡Qué pasada! —Alucinó Tania.

El taxi nos había dejado en la calle y después de llamar al timbre que había en el muro de piedra de la reja, esta se abrió dándonos paso. Sus palabras se debían a que íbamos andado por un camino asfaltado, en el interior de la propiedad. Su reacción era muy normal porque nos rodeaba un espacio increíblemente amplio, en el que el verde intenso destacaba. Había muchos árboles, vegetación variada y cuidada conforme continuábamos avanzando hacia la casa. Todo lo que no era el camino tenía ese color, el que daba una sensación de estar en algún lugar apartado de la civilización, en plena naturaleza.

—Es precioso —comenté llevando la vista hacia todos los lados.

—Esto tiene que valer una fortuna —dijo Héctor.

—La que no tenemos ni tendremos nunca. —Rio Tania.

—Mejor no pensarlo porque me deprimo. —Hice un puchero y rieron los dos.

—¿Quién sabe? A veces hay algunos más afortunados que otros y las sorpresas se dan —comentó Héctor.

—¡Dios mío! Ay, que me da. —Alzó la voz Tania.

La casa acababa de aparecer ante nosotros, a bastante distancia todavía, pero fue impresionante verla. Y sí, era una mansión y quizás me quedaba corta para que os creéis una imagen de ella en la cabeza porque de casa poco tenía. Abarcaba mucho terreno y, aun así, por los laterales había amplias zonas verdes y coloridas. Espléndida e imponente se levantaba hacia arriba.

Parados en línea, la observamos embelesados con la construcción, admirando la parte frontal de la fachada.

—Es… —susurré, pero no supe qué decir.

—Cuesta elegir cómo calificarla, ¿eh? —murmuró Héctor.

Asentí despacio, sin dejar de mover los ojos por cada detalle. De esa forma nos tomamos unos segundos en silencio, o al menos eso creí.

—¿Qué? —Me giré hacia Tania, por unos instantes sintiéndome desubicada.

—Joder, que no me hacíais caso. He dicho vuestros nombres un montón de veces. —Pasó la mirada de Héctor a mí.

Se había puesto delante de nosotros. En ese instante tenía los brazos cruzados, mirándonos con interrogación.

—No te he escuchado.

—Yo tampoco —añadió Héctor.

—¿No me digáis? ¿En serio? Si no me lo llegáis a confirmar, ni me habría dado cuenta de que me habéis ignorado por completo un buen rato —habló con retintín—. Ni visto, llevo aquí plantada ni sé cuánto, mientras vuestros ojos estaban fijos a saber dónde. ¿Tanto os ha impresionado? Lo entiendo, joder que parece sacada de un cuento, pero hasta el punto de haber desconectado de todo lo demás… —Bufó.

—Pues así ha sido. —Se encogió de hombros él.

—A mí no me deis más estos sustos que a punto he estado de lanzaros al suelo y ponerme a repartir tortas en vuestras caras. —Puso los ojos en blanco.

—Un poco exagerada, ¿no? —Rio Héctor.

—Yo diría que mucho. —Sonreí.

a—Menos cachondeo que me habéis asustado.

—Pero si estábamos aquí de pie, junto a ti —negué.

—Jolines, y yo qué sé. —Hizo un puchero—. Venga vamos, pero cuidado no os vayáis a desmayar cuando entréis dentro. —Nos señaló y se giró, empezando a caminar por delante de nosotros.

La seguimos de cerca, pero dejando cierta distancia cuando Héctor me hizo ir más lenta. Lo miré de reojo, encontrándome con la misma expresión que debía tener yo porque asintió.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

—No lo sé, yo me he quedado pensativa y no recuerdo nada más, solo estar mirando la fachada. Pensaba que solo habían sido unos segundos, ni he escuchado a Tania ni la he visto.

—Interesante —murmuró llevando la vista al frente.

—No sé si esa es la palabra adecuada. —Carraspeé—. ¿Te ha sucedido lo mismo? ¿Qué sensación te ha dado?

—Créeme que la es. Sí, estaba observándola y tampoco me he dado cuenta. Lo único que he sentido ha sido paz, relajación.

—Yo también —confirmé en tono bajo.

—Eso es bueno, ¿no? —Pasó un brazo por encima de mis hombros.

›

—¿Eh?

—Que mientras que sea paz y relajación vamos bien. —Reímos—. Todo esto es increíble, parece sacado de otro escenario y época muy diferentes. Se ve que está modernizada, pero tiene que ser muy antigua, mucho más de lo que había pensado cuando lo has dicho.

—No tengo ni idea, pero me llama mucho la atención indagar en su historia.

—Ya salió tu vena profesional. —Rio y sonreí de oreja a oreja.

Al ir hablando, acortando la distancia cada vez más, no nos dimos cuenta de que la puerta de la mansión estaba abierta. Tania nos esperaba en medio del camino, se había parado para no llegar la primera. Nicole estaba en la entrada saludándonos con una mano en alto, sonriendo, y a su lado estaba Kenai, apoyado en la fachada, con los brazos cruzados, viendo los dos cómo llegábamos.

Al verlo otra vez, sentí los nervios apoderarse de mí. Y es que a mi mente llegaron los recuerdos del sueño tan intenso que tuve y me acordé perfectamente de su imagen en cierta posición que me hizo contener el aire. Me avergoncé porque tuve la sensación de que había invadido su privacidad, aunque también me dije que menuda tontería porque todo lo había creado mi subconsciente, ni que hubiera sido real. Pero ahí estaba yo, con un montón de emociones e intentándolas gestionar cuando nos unimos a Tania. En ese mismo momento Nicole bajó los poco escalones que había y ligera, vino hacia nosotros.

—Bienvenidos. —Nos recibió alegre, mirándonos a todos—. Yo soy Nicole, amiga y compañera de trabajo de Dafne.

—Encantada, yo soy Tania. —Se acercó y le dio dos besos, lo que Nicole recibió encantada, devolviéndoselos.

Me acerqué a ella e hice lo mismo. En el poco tiempo que hacía que nos conocíamos, la había acostumbrado a hacerlo.

—¿Qué te parece? —me preguntó emocionada, refiriéndose al lugar en el que estábamos.

—No me la imaginaba así, es preciosa e impresionante —afirmé y asintió satisfecha.

Intercambiamos varios comentarios más entre las tres, animadas. Por mi parte pendiente y mirando de vez en cuando de reojo hacia donde estaba Kenai, cuando ninguna de las dos me prestaba atención. Tan concentrada estaba en mí, que me costó darme cuenta de que Héctor no había hablado, ni siquiera se había movido para presentarse a Nicole, lo que me extrañó.

Lo miré para que interpretara mi duda, pero fruncí el gesto al ver su mirada como perdida. Aprovechando que Tania y Nicole estaban emocionadas hablando de la casa y mi amiga alababa todo lo que habíamos visto hasta ahora, di un paso hacia él para quedarme pegada y tiré de una de las mangas de su abrigo, disimuladamente.

—Héctor —susurré— Vuelve, ¿qué estás mirando?

Tenía los ojos enfocados hacia un lateral, imposible saber hacia dónde los tenía dirigidos por todo el espacio que había.

—¿Qué? —Reaccionó al fin y cogí una bocanada de aire, tranquilizándome.

—Te ha vuelto a pasar —continué susurrando.

—¿Cómo? —Frunció el gesto.

—Que te has quedado ido y has ignorado a Nicole —susurré y sonreí de oreja a oreja cuando ella y Tania se giraron hacia nosotros porque nos habían dado la espalda mientras Nicole le señalaba varias partes de la vivienda.

—Nicole —habló Héctor—. Discúlpame, soy Héctor. —Se adelantó.

—No pasa nada. Te he visto tan emocionado, observándolo todo, que no he querido interrumpirte. —Se sonrojó a tenerlo enfrente—. Encantada, Héctor.

—Gracias. Igualmente. —Le sonrió él.

Después de superar la primera fase se inclinó para darle dos besos, actuando como era habitual en él. Mientras entablaban una pequeña conversación desvié la atención hacia la entrada. Kenai seguía en el mismo lugar, mirando la escena desde lejos, pero centrado en mí. Y sin conocerlo realmente, supe que se había dado cuenta de que algo había pasado. Vi su decisión de acercarse a nosotros, antes de que se impulsara separándose de la pared.

A punto de bajar las pocas escaleras que daban al césped, se paró y giró hacia la puerta, ante la aparición de otro hombre, el que supuse que sería Gareth.

—¿Vais a estar todo lo que queda de tarde ahí? Podéis entrar, hasta ahora no cobramos entrada por el espectáculo —dijo en alto Gareth, con tono de humor.

Nicole rio, nosotros sonreímos ampliamente. Caminamos hacia ellos.

—Bienvenidos, gracias por venir. —Nos recibió Kenai, mirándonos a todos.

—Gracias a ti. —Le correspondí y asintió observándome fijamente.

Hicimos todas las presentaciones y accedimos al interior. En el momento en el que lo hicimos nuestra sorpresa fue evidente, nunca habíamos estado en un lugar parecido y entre lo que llamaba la atención y el inmenso espacio que había, miraras hacia donde miraras…

—Se me han acabado las palabras para decir algo más —comentó Tania, con la boca casi abierta.

—Lo que te has quedado sin ellas —dijo Héctor mientras sonreí haciendo un recorrido por lo que quedaba a la vista.

—Es el efecto que provoca —intervino Kenai—. Venid, os la enseño —nos pidió con un gesto que lo siguiéramos y todos nos acompañaron.

Como el salón fue lo primero que vimos, nos llevó hasta la cocina que estaba en el otro extremo. No nos faltó nada por descubrir y en cada zona y rincón de la vivienda flipamos, porque es lo más aproximado a lo que sentimos.

—Vamos a la terraza que da al jardín, os va a encantar —propuso Gareth.

l
Empezamos a seguirlo cuando se adelantó, pero me vi sorprendida por quien estaba a mi espalda, Kenai. Me paró agarrándome de un brazo y me giré extrañada mientras el resto se alejaban sin darse cuenta. Llevó la vista hacia ellos y hasta que no salieron a la terraza no habló.

—Ven, queda una habitación que sé que te encantará —me pidió.

Bajé la mirada a su mano rodeándome, la que todavía continuaba haciéndolo y la subí hacia su cara. Me soltó de golpe.

—Lamento si te ha incomodado —se disculpó y carraspeó.

—No pasa nada —hablé en tono bajo—. ¿Cuál es? —Miré hacia las puertas.

—No sé cómo Nicole no te ha arrastrado hacia ella, lo que no dudo que hará en breve. —Empezó a caminar y lo seguí.

—¿Cómo es vivir aquí? —Me interesé.

—La verdad, no me ha dado tiempo a interiorizarlo. —Se encogió de hombros—. Llegué la tarde de ayer y no estuve solo, mis amigos se presentaron y me acompañaron hasta esta mañana. Hoy he llegado hace media hora.

—Ah, vale. Da la impresión de que, con lo grande que es, tiene que costar adaptarse. Al menos es mi percepción —dije cuando nos paramos delante de una puerta.

—Pregúntamelo dentro de una semana y sabré responderte —asentí—. Es esta. —Agarró el pomo y abrió despacio.

En un principio solo vi lo que se mostraba desde el hueco de la puerta. Al fondo había una gran cristalera, la que iluminaba la estancia y daba al jardín, porque vi a Gareth y a Héctor caminando por él, a bastante distancia. Pero cuando di un paso al interior…

—¡Ohhh…! —dije incluyendo un pequeño jadeo por la impresión.

Hacia el lado izquierdo tres paredes completas, del suelo al techo, estaban llenas de estanterías con libros, formando una U grande y amplia porque el espacio lo era. En el centro había una gran mesa, parecía un escritorio, aunque no tuviera nada encima. Cerca de ella había dos butacas y más apartado un sofá enorme que formaba otra U, como si estuviera en consonancia con las estanterías.

—¿Te gusta? —Me giré hacia Kenai porque sin darme cuenta había empezado a andar.

—Más que eso, me he enamorado —confirmé, aunque no hacía falta aclaración porque todo en mí lo demostraba.

—Lo imaginaba. —Curvó un poco los labios—. Nicole se pierde aquí, horas y horas. La tengo que sacar a la fuerza, eso sin contar todos los libros que se ha llevado.

—La vivienda cobra mucho más valor con estas obras. —Señalé hacia las estanterías.

—Adelante. —Las señaló con un gesto de la cabeza.

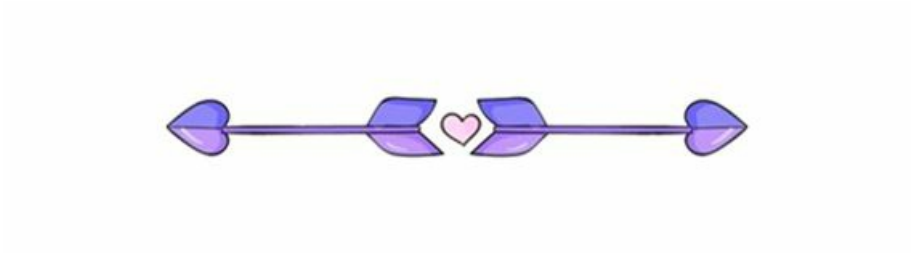
Asentí y sonreí, acercándome a la primera para hacer un recorrido ordenado. Era imposible leer todos los lomos, había tantos y a diferentes alturas que la vista se te iba. Observando los que estaban más altos, muchos llamaron mi atención, hasta que mis ojos se quedaron parados en una fila concreta, haciendo esfuerzos por diferenciar los títulos.

—¿Quieres coger alguno? —Esas palabras susurradas no tendrían que haberme sobresaltado, ni haberme hecho soltar un pequeño grito, pero hicieron ambas cosas al sentirlas justo detrás de mí, demasiado cerca.

—Perdona, no te esperaba y me he asustado al estar concentrada —murmuré nerviosa, sin girarme porque si lo hacía me chocaba con su pecho, de frente.

,

Capítulo 25



Kenai

—Tranquila —volví a susurrar—. Dime, ¿te interesa alguno?

—No sabría decirte. —Rio nerviosa, nervios provocados al sentir mi respiración cerca.

—Puedes elegir los que te gusten, los que te llamen la atención para llevártelos.

—¿En serio?

—Sí.

—Gracias…

—Me gusta leer, no al nivel de Nicole e imagino que tampoco al tuyo, pero con una balda de una de las estantería tendría para toda la vida.

—¿Cuántos habrá?

—No me he parado a contarlos, ni se me ha pasado por la cabeza.

—¿Sabes en qué fecha construyeron la mansión? Por las características que tiene…

Curvé un poco los labios porque se había lanzado a hablar. Podía ser por dos motivos, porque se lo provocara los nervios, o porque ya no la intimidaba tanto y en cierta forma se sentía más tranquila con mi presencia. Que quede claro que he dicho en cierta forma, porque tranquila no estaba, eso era más que evidente, que conste que yo tampoco, aunque no se me notara como a ella.

—En mil ochocientos dos, al menos, esa es la que consta en el registro —respondí.

Asintió y nos quedamos en silencio, yo observándola a ella, intrigado por lo que me hacía sentir cada vez que la tenía cerca, y Dafne, revisando las obras. Sabía que, en ese instante, al tenerme pegado, por mucho que miraba los lomos de los libros, no estaba leyendo ningún título, ni siquiera les estaba prestando atención. Pero era una buena distracción para ella.

—Kenai…

—¿Sí?

—¿Hay algún motivo por el que estás tan cerca?

Porque lo estaba, porque si no, no la hubiera escuchado por el tono tan bajo que utilizó.

—¿Lo estoy?

—Lo sabes de sobra… —Contuvo la respiración cuando su espalda tocó mi pecho.

—¿Te incomoda?

—Es raro —susurró.

—¿Porque no te he mirado como siempre dices? —Incliné la cabeza cerca de su oído, mientras apoyaba una mano en la balda de la estantería que quedaba a la altura de su cabeza— ¿Quieres que me aparte? —Miré su expresión de perfil.

—No lo sé…

—Es simple, ¿te gusta que esté así o te produce rechazo? Dímelo, Dafne.

—Me gusta. —Vi su garganta moverse, cuando tragó saliva.

—Hay muchas cosas raras a mi alrededor, te lo aseguro, pero precisamente esta, no lo es.

—¿Raras? —Giró la cabeza y solo unos centímetros nos separaron, quedándose nuestras narices muy cerca de tocarse.

—Como lo que he presenciado cuando Nicole os ha dado encuentro para recibiros —contesté sin apartar los ojos de los suyos, perdiéndome en ellos.

—No sé a qué te refieres —susurró.

—Lo he sabido diferenciar, Dafne. El estado en el que se ha quedado Héctor al pararse a cierta distancia de la entrada principal.

Frunció el gesto y por unos instantes me dio la impresión de que no me estaba viendo realmente.

—Mi amigo solo se ha quedado impresionado… —susurró.

—¿Estás segura? Sé el efecto que provoca este terreno y lo que hay en él, por lo fuera de común que es, pero de ahí, a que se haya aislado de todo, con la vista perdida… no, no ha tenido nada que ver si la mansión y sus alrededores le han impresionado. Lo que me lleva a hacerme algunas preguntas, como también sentir el fastidio d no tener las respuestas.

—¿Qué preguntas? —Enfocó la mirada en la mía, después de parpadear rápido varias veces.

—Desde que pisé esta casa han sucedido cosas que no puedo explicar y si lo hago, parecen locuras.

—¿A qué te refieres?

—Déjalo. —Me aparté de golpe, dándole la espalda.

Pensativo me dirigí hacia el centro de la biblioteca, donde me paré. Podía apostar que tal y como había visto a Héctor, era un reflejo de mi imagen las veces que por motivos desconocidos me había pasado como a él. No dudaba de ello, como tampoco de que algo había hecho clic en el amigo de Dafne, algo que lo había llevado a no ser consciente de nada.

—Sé que no nos conocemos, Kenai, pero… —Me giré rápido, fijando los ojos en ella.

—¿Sabes cuál es otro de los problemas Dafne? —Apreté la mandíbula.

—No.

—Que es una gran verdad que no nos conocemos, pero desde el primer instante en el que te vi…

—¿Qué?

—Que no sé una mierda, ese es el problema. Cada vez que te veo mi interior se revoluciona, algo se altera en mí.

No tienes ni idea de lo que me cuesta decir esto, hablar tan abiertamente porque puedes pensar que estoy loco, pero es que… tiene gracia porque hoy, aquí, es el primer día que hemos tenido una conversación decente y un acercamiento. Hasta este instante no se ha dado y no puedo encontrar una explicación.

—Ah, estáis aquí. Os estábamos buscando. —Escuché la voz de Nicole, pero no aparté la vista de Dafne, con un remolino interno difícil de gestionar.

—Aquí estamos, sí. —Terminé diciendo al cabo de unos segundos y perdí el contacto con ella, a propósito.

Caminé hacia la puerta, dispuesto a largarme de allí. Había espacio más que suficiente para perderme por el interior de la mansión, tanto que, si yo no quería, no me encontrarían pronto, aunque se lo propusieran. Asentí hacia Nicole y Héctor, el que había venido acompañándola y salí cuando se apartaron para que pasara.

Con un agobio monumental recorrí el pasillo, buscando privacidad. En el jardín todavía estaban Gareth y Tania, escuché sus voces cuando llegué al salón y empecé a subir las escaleras. Con la cabeza dándole vueltas a cómo me había puesto, intenté analizar qué me había hecho acercarme tanto a Dafne en la biblioteca.

En cuanto estuve en la primera planta fui hacia la habitación donde dormía. Entré y cerré de golpe, empezando a dar vueltas por ella, frotándome la frente al sentir mucha presión. Un rato después dejé de moverme, girándome rápido hacia la puerta. Ya no estaba cerrada y la sorpresa se reflejó en mi expresión al ver quién la había abierto. Dafne, con la mano en el pomo, me miraba fijamente. Cuando se me pasó la impresión, levanté una ceja como respuesta.

—Si no te importa necesito estar solo. Enseguida bajaré y me uniré a todos.

Fruncí el gesto al verla entrar y cerrar tras de sí, ignorándome. Se quedó apoyada en la madera.

—Si no te importa, yo no he hablado y me gustaría hacerlo.

—Olvida todo lo que he dicho, no sé por qué lo he hecho —negué.

—No suelo olvidar porque tengo muy buena memoria, y más con las cosas y los datos que son importantes.

Con esas palabras me dejó callado, analizando la última parte. Se separó y dio varios pasos hacia mí, pero sin llegar a acercarse del todo.

—Yo te he escuchado, no me he apartado de ti en ningún momento…—susurró.

—Está bien. —Me pasé una mano por el pelo, sintiéndome superado. Miré de reojo la cama con el dosel y

maldecí por lo que se me pasó por la cabeza—. Adelante, pero primero… ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—¿Eh?

—¿Me has seguido? Cuando os he enseñado la mansión en ningún momento he comentado que esta es mi habitación.

—No —aseguró desconcertada—. Me he quedado con Héctor y Nicole en la biblioteca, hablando un poco. Hemos salido y al llegar al salón les he dicho que iba al baño. —Se ruborizó, pero hizo una mueca, quedándose pensativa

Mientras miraba la estancia detenidamente, di varios pasos hacia ella.

—¿Cómo has llegado, Dafne?

—No lo sé, no lo he pensado. —Tragó saliva centrándose en mí.

El silencio nos rodeó. El vello se me erizó al sentir demasiado, con una intensidad que me dejó descolocado, sin poder hablar durante unos minutos.

—¿Qué querías decirme? —Carraspeé porque la voz me salió ronca.

Era evidente que estaba nerviosa, no podía dejar las manos quietas frotándolas en el pantalón y esperé a que se animara a hablar.

—Que no eres el único que se siente de esa forma. —Bajó la cabeza hacia el suelo, evitando el contacto visual—. Yo también, desde el primer momento tuve unas sensaciones a las que no estoy acostumbrada.

—Reaccionaste a mí reacia desde el minuto uno, y eso que el que se llevó el impacto de tu paraguas fui yo. —Me acerqué más.

—Lo último no fue intencionado ni mi culpa —susurró.

—Lo sé de sobra, lo que me interesa que respondas es la primera parte de lo que he dicho.

—Si te parecí reacia fue por cómo me observaste y estuviste ante mí.

—Ya. —Ladeé un poco la cabeza—. Como si te estuviera perdonando la vida, ¿no? —asintió y negué, frotándom la frente otra vez—. Lo hice de esa forma por todo lo que te he dicho en la biblioteca, Dafne. No supe corregir las emociones en tan poco tiempo porque me asaltaron de golpe.

—¿Qué estamos haciendo? —Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿Tú que crees? —Levanté una ceja mientras acortaba aún más la distancia, hasta quedarme frente a ella.

—Hablar… —Tragó saliva.

—Por ahora sí. —Levanté una mano y le retiré varios mechones hacia atrás.

Mi gesto provocó que contuviera la respiración. Todavía no la había tocado y me di cuenta de que ni siquiera la había rozado desde que la conocía, sin contar cuando la había agarrado del brazo, por encima del abrigo, para que se separara del grupo que fue hacia el jardín. En ese instante me urgió enseñarle la biblioteca y me sorprendí al darme cuenta de que había querido ser yo quien se la descubriera, anticipándome a Nicole. Ni siquiera le había rozado la mejilla porque entre nosotros no se dio un beso de saludo, como sí recibí de su amiga Tania.

Una sensación cálida se asentó en mí al dejar la palma de la mano en su mejilla, una sensación que no iba muy desencaminada hacia la que sintió ella, por el suspiro largo que dejó escapar de los labios. Llevé la vista a ellos y me atreví a rozarle el inferior con un dedo. Como hipnotizado vi cómo los entreabrió mientras yo sentía su suavidad.

No llevaba pintalabios y ni falta que hacía porque eran más que perfectos al natural. Como si algo tirara de mí cor fuerza me puse a pocos centímetros. Su cara quedó a la altura de mi pecho, por la diferencia de estatura y la agarré de la barbilla, levantándole la cabeza para hacer contacto con sus ojos.

Apreté la mandíbula, los tenía brillantes y más abiertos de lo normal, señal de que también estaba sorprendida por lo que estaba sucediendo y sobrepasada. Su respiración se había alterado, la que salía de sus labios. En la vida me había visto en una parecida, pero pasé de intentar entenderlo, simplemente tuve la imperiosa necesidad de ponerle remedio a lo que se había avivado en mi interior.

Bajé la cabeza sin apartar los ojos de los suyos, viendo todas sus reacciones mientras mi mano le rodeaba el cuello y le acariciaba la parte delantera, sintiendo cómo tragaba. Cuando toqué con la nariz la suya y nuestras respiraciones se juntaron, vi la decisión en ella y ya no pude controlarme más. Con el primer roce de sus labios sentí una sensación electrizante recorrerme. Pasé la lengua acariciándoselos, varias veces, provocando que los entreabriera más y dejara salir el aire lentamente.

Seguro de lo que estaba haciendo y al comprobar con satisfacción lo receptiva y dispuesta que estaba, le rodeé la cintura con un brazo y la pegué a mí por completo, profundizando por fin el beso. Fue uno intenso desde el inicio, el que alargué buscando con necesidad su lengua. Se aferró a mi cuello, apretándome más y de mi garganta salió una especie de gemido, jadeo, gruñido, o todo ello mezclado en uno.

Y algo se desató a nuestro alrededor, al menos así lo sentí, algo a lo que no puedo ponerle nombre ni intentar hacer una similitud, pero que me pegó fuerte internamente y lo reflejé en la desesperación con la que mi boca se apoderaba de la suya y en cómo mi lengua la retaba. No supe cuánto estuvimos de esa forma, pero cuando nos separamos nos costaba respirar a los dos.

La observé con detenimiento, sintiendo las pulsaciones aceleradas. Sus ojos habían tomado un brillo especial, diferente, sus pupilas estaban dilatadas y las mejillas las tenía ruborizadas. Esa vez fui yo quien me apreté a ella, necesitando encontrar un poco de alivio en mi miembro, el que notó perfectamente al estar duro y erecto.

Se mordió el labio inferior y se lo apresé con cuidado. Una sacudida me hizo parar, apartándome, cerrando los ojos. Todos nos esperaban en la planta principal y por desgracia no podía avanzar más, lo que me hizo maldecir interiormente.

—¿Estás bien? —Los abrí de golpe, encontrándome con la duda en su expresión.

—Más que eso… —susurré— Pero tengo un grave problema en cierta parte de mi cuerpo. Si estuviéramos solos…

—¿No puedes echarlos? Eres el dueño —lo dijo de una forma tan natural y espontánea que solté una carcajada, a pesar de la tensión que tenía encima.

Rio conmigo y fue muy bien recibido porque por primera vez escuché ese sonido. Curvé los labios, recreándome atentamente en todas sus facciones, grabándome en la memoria hasta el más mínimo detalle.

—Tendríamos que ir abajo —susurró.

—Sí —confirmé de la misma forma—. Adelántate tú, necesito un poco de tiempo. —No hizo falta aclaración porque la evidencia la teníamos clara los dos.

—Puedo esperar.

—No.

Mi negación se oyó rotunda y seca, pero no por el motivo que se pensó porque por unos instantes su expresión varió.

—Si te quedas conmigo no voy a conseguir nada, ¿entiendes? Tendré la necesidad de tocarte otra vez, de besarte… y créeme que ya no podré frenarme, ni tener tanto autocontrol.

—Ah. —El rubor cubrió sus mejillas—. Me voy. —Señaló la puerta y la miré divertido.

Asentí sin decir nada más, cogiendo una bocanada de aire. Lamenté que me diera la espalda y mucho más que abriera la puerta y saliera, dejándome solo. Antes de cerrar la puerta me miró un momento.

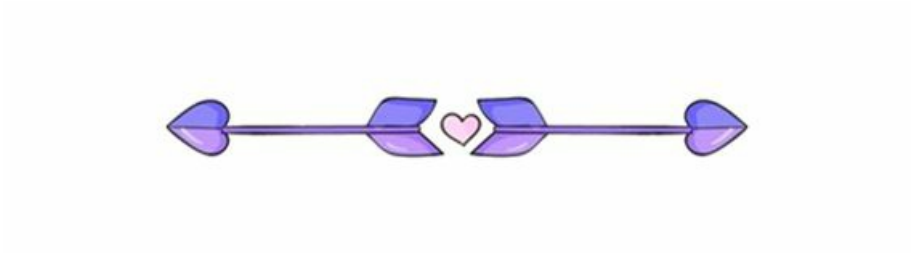
—Joder. —Me llevé las manos a la cabeza.

—Ah. —El rubor cubrió sus mejillas—. Me voy. —Señaló la puerta y la miré divertido.

Asentí sin decir nada más, cogiendo una bocanada de aire. Lamenté que me diera la espalda y mucho más que abriera la puerta y saliera, dejándome solo. Antes de cerrar la puerta me miró un momento.

—Joder. —Me llevé las manos a la cabeza.

Capítulo 26



Dafne

—Madre mía —me dije soltando un suspiro.

Me paré en las escaleras, antes de bajar el primer escalón. Llevé la vista hacia la puerta cerrada, pensando lo increíble que había sido y el cómo se había dado. Ni por asomo, cuando tuve la necesidad de buscarlo me había imaginado lo que ocurriría.

Una sensación pesada me agobió y es que me había sentido mal ante su última reacción en la biblioteca. Verlo agobiado no me cayó bien y por todo ello había ido a su encuentro. ¿Que cómo había llegado hasta su habitación? Ni puñetera idea, simplemente me había dirigido hacia las escaleras y las subí ligera, sin pensar en nada más que dar con él.

Era verdad que no sabía cuál era en la que dormía, la que desde hacía poco tiempo utilizaba. Me había desconcertado su pregunta de si lo había seguido y de cómo había llegado hasta allí. La respuesta a la primera la tenía clara porque era como le había dicho, pero la de la segunda… si soy sincera recuerdo estar pisando los peldaños y para de contar, porque lo siguiente que me venía a la cabeza era estar agarrando el pomo de la puerta, abriéndola.

Hice un recorrido por todo lo que era visible en la planta, desde donde estaba, sin moverme. De un tiempo a esa parte había demasiadas dudas en el aire y no llegaba a comprender a qué era debido. Solté otro suspiro y empecé a bajar, en silencio, mientras me acariciaba las mejillas, esperando que no se me notara nada en la cara.

—Eh. —Pasó por delante de mí Gareth. Se paró al verme, sonriendo y me pregunté si era evidente de dónde venía —. ¿Todo bien?

—Sí. —Intenté sonreír normal, creo que coló.

—Ven, estamos en la cocina —me pidió que lo siguiera y lo hice—. Vamos a preparar algo para picar, lo que nos servirá de cena, ¿te apetece?

—Claro. ¿En qué puedo ayudar? —hablé hacia el resto cuando llegué junto a la isla, la que rodeaban todos.

Al entrar todos estaban hablando, pero mi presencia los dejó callados. Las sonrisas y muecas que vi en sus caras me dejaron claro que sí, que sabían perfectamente dónde había estado y más teniendo en cuenta que Kenai no estaba.

—Toma.

—Gracias. —Le sonreí a Gareth cuando me dio un botellín de cerveza.

Le di un trago, sintiendo la garganta reseca. Tendría que haberme refrescado la garganta, pero no tuvo ese efecto en mí. Con cara de asco, sacando hasta la lengua un poco, levanté el botellín leyendo la etiqueta.

—¿De qué está hecho esto? —Todos soltaron una carcajada—. Es muy amarga y fuerte —me justifiqué y más se rieron.

—Tranquila, preciosa —se dirigió a mí Héctor cuando se calmó—. Aquí nuestra amiga —señaló a Tania—, lo ha controlado menos que tú. Ha salido disparada al fregadero y la ha escupido —me contó divertido.

—¿No? —La miré sorprendida.

—Ya te digo yo que sí. —Rio ella—. ¿Por qué te crees que estoy tomando un refresco? —Lo levantó.

—Para mí esto está imbebible —negué arrastrando el botellín por la isla.

—Ya me la bebo yo. —Me sobresalté al escuchar la voz de Kenai.

Giré la cabeza. Se había puesto a mi lado y no tardó en agarrar el botellín y llevárselo a los labios. Me quedé como una tonta observando cómo sus labios rodeaban el cuello del botellín. Tragué saliva y desvié lo más rápido que pude la atención. Al hacerlo me encontré con la mirada de Héctor, el que más divertido no podía estar. Me hizo un guiño y sonreí, entendiéndonos.

Kenai se alejó de mi lado y caminó hacia la nevera. Regresó abriendo otro botellín diferente, dejándolo delante de mí.

—Te gustará. —Me lo acercó—. La que has probado es de la misma familia, pero mucho más intensa. Esta es suave y equilibrada, al paladar no tiene comparación. Ambas son originales de Galway, las fabrican aquí.

—Gracias. —Sonreí cogiéndolo, dándole un trago—. Me gusta —asentí satisfecha.

—Lo sabía. —Me hizo un guiño con el que noté un poco de calor en las mejillas.

—¿Estáis haciendo algo de cena? —preguntó él, desviando la atención del resto. Estaban pendientes de nosotros.

—Sí, bueno aún es pronto, pero servirá para saciar el hambre —comentó Nicole.

—Perfecto —asintió.

No tuvimos que hacer mucho, porque por lo visto, mientras nosotros habíamos desaparecido, así lo remarcó Tania con una sonrisa pícara, ellos habían entrado en la cocina y lo tenían muy adelantado. En un momento en el que estábamos riendo por varios comentarios en tono de humor que se habían dicho Gareth y Tania, mientras yo estaba apoyada en la isla con los brazos, me quedé callada de golpe.

La risa se evaporó al sentir la mano de Kenai sobre mi nalga. Me llevé el botellín a los labios, dándole un trago largo, ahogando el sonido natural que hubiera salido de mi garganta al sentir cómo la deslizaba, acariciándome y haciendo presión, rozando cierta parte crítica y quedándose quieto demasiado tiempo.

No apartó la mano mientras conversaba tranquilo con los demás. No era evidente, la isla era bastante alta y lo que estaba haciendo no se veía para los demás. Apreté un poco los labios al notar la presión cerca de mi zona íntima, por encima del pantalón. Pero no me moví, quise que continuara y así lo hizo, moviendo los dedos de vez en cuando sin mostrar nada. En alguno de los momentos en los que bebía, me miró de reojo, ocultando la diversión con el contacto del botellín.

—¿Me ayudas con la mesa? —me preguntó Héctor.

—Eh, sí. —Contuve la respiración al sentir la mano de Kenai colarse entre medio de mis piernas, haciéndome presión donde necesitaba.

Vi moverse a Héctor y lamenté tener que cambiar de postura. Lo hice soltando un suspiro, lo que provocó que Kenai retirara la mano y con ella volviera a coger el botellín. En vez de pasar por detrás, lo empujé un poco porque no estaba pegado del todo a la isla y lo hice por delante. Si se pensaba que iba a ser el único… sin pensarlo mi mano fue a parar a su miembro, comprobando con satisfacción que lo que me había hecho había hecho estragos en él.

Rodeé como pude su erección, presionándola por encima del pantalón. La reacción fue instantánea, en una abrir y cerrar de ojos, lo mismo que duró mi manoseo quedándome a gusto. Su mirada reflejó deseo, pero seguí mi camino, contenta porque ya no era la única que estaba excitada en ese instante. Al menos, yo tenía vía libre para moverme porque no se me notaba nada, sonreí de medio lado llegando hasta Héctor.

—Dame —le pedí los platos que iba a sacar de un armario.

—¿Seguro que estás en condiciones? —susurró conteniéndose para no reír.

Y yo que había creído que todo había pasado desapercibido… ¿En qué momento he podido ni siquiera acercarme a ese pensamiento referente a mi amigo? Me salió un bufido, el que al final le hizo reír, pero al menos no dijo nada más. Hicimos varios viajes al salón, llevando todo lo que íbamos a necesitar para cenar. Me costó normalizarme y es que el no conseguir lo que deseaba, la insatisfacción de haber probado solo un poco del placer sin que se resolviera, me dejó intranquila durante bastante rato.

Comimos en un ambiente relajado, divertido, entre conversaciones y risas. La verdad es que todo estaba siendo muchísimo mejor de lo pudiera haber imaginado. Bueno, en realidad no había pensado en cómo se daría, solo me había enfocado en un nuevo encuentro con Kenai. A mis amigos en todo momento se les vio en su salsa, divertidos y hablando sin parar, sobre todo Tania, y los de Kenai, más de lo mismo.

Sobre las nueve y media de la noche llegó el momento de irse. Lo dijimos mientras nos incorporábamos del sofá, en el que llevábamos sentados desde que dejamos la mesa.

—Voy a pedir el taxi —dije con el móvil en las manos.

—No, ya os llevo yo. —Miré a Kenai ante sus palabras.

—No hace falta, es tarde y…

Se levantó quedándose frente a mí, a una distancia prudencial.

—No es tarde y tampoco me cuesta hacerlo. Ahora vengo. —Recorrió el salón y fue hacia las escaleras.

—¿Hoy también os quedáis aquí? —preguntó Tania.

Tanto Nicole y Gareth les comentaron que la noche anterior lo hicieron.

—Yo sí —asintió sonriendo Nicole—, pero será la última porque al decírselo a Nai, sus palabras han sido que mañana me echa como no me vaya yo. —Soltó una carcajada.

—Pues yo me voy para casa —continuó Gareth—. Y si él no te echa, por la tarde vengo a sacarte de aquí a rastras —se dirigió a Nicole, con una ceja levantada.

—¿Y eso por qué? —Hizo una mueca ella.

—Porque lo digo yo. —Le hizo un guiño.

—Ya estoy. —Apareció Kenai poniéndose el abrigo—. Ahora vengo —le habló a Nicole que asintió.

Nos despedimos de ella, al igual que hicimos de Gareth una vez salimos de la mansión. Él fue hacia su coche y nosotros seguimos a Kenai al suyo. Nos montamos y poco tiempo después nos alejábamos de su propiedad. Estacionó en la calle, a unos metros de mi casa porque no había más cerca y mis amigos se despidieron de él, dando por hecho que queríamos estar un momento solos.

—¿Bien? —Quiso saber y asentí—. Espero que tus amigos hayan estado a gusto —comentó viendo cómo ellos caminaban hacia la casa, agarrados y hablando.

—Claro. —Sonreí con la vista fija hacia delante—. ¿No has visto cómo han estado en todo momento? Si no hubiera sido así, no habrían alargado el tiempo con vosotros.

—Me alegro. —Giró la cabeza hacia mí—. Mañana vendré a por ti, sobre las seis de la tarde para que te dé tiempo después de salir de la universidad.

—¿En serio? —Levantó una ceja por mi pregunta.

—¿Te importa separarte de tus amigos por la noche? Me gustaría que la pasaras conmigo, si te apetece.

—Me gusta la idea y no hay problema, no se van a molestar. —Sentí calor en las mejillas, pero no por vergüenza. Fue provocado por lo que suponía estar juntos y la posibilidad, que era muy real e inminente, me había alterado y calentado.

—Entonces perfecto —dijo satisfecho—. Ve a descansar.

—Sí, igualmente, que descanses —susurré.

Antes de tomar yo la decisión de acercarme a él para darle un beso en la mejilla, eso para empezar… se me anticipó agarrándome de la nuca, juntando nuestros labios. Una sensación de paz y tranquilidad me recorrió mientras nuestros labios se besaban, un beso que inició lento, pero el que no tardó en subir de intensidad, dejándonos sin respiración.

—Vete ya —murmuró sobre mis labios, los que lamió antes de que me apartara.

Con una sonrisa de oreja a oreja me bajé del coche, ajustándome el abrigo al cuerpo. La temperatura era fresca. Sin ganas, pero necesitando hacerlo porque si no, no me movería hasta que él lo hiciera, me obligué a decirle un último adiós por ese día y caminé hacia la casa. Cuando llegué a la puerta y abrí todavía continuaba en el mismo lugar.

Entré y cerré, cogiendo una bocanada de aire mientras cerraba los ojos. Al girarme pegué un grito. ¿El motivo? Mis amigos estaban casi pegados a mí, no los había escuchado acercarse. Con dos grandes sonrisas, pícaras, bloqueándome el paso, me miraban divertidos y expectantes a que les hablara.

—¿Qué? ¿No hay más casa? Jolines, qué susto me habéis dado —negué y los aparté para pasar, pero me siguieron de cerca.

—Nosotros siempre estamos o vamos a dónde está lo interesante, cariño. Parece mentira que no lo sepas ya. —Rio Tania.

—¿Me puedo dar una ducha? ¿O también me vais a seguir si lo hago? —Me crucé de brazos, divertida.

—Uy, que nos quiere hacer esperar más —se quejó en broma Tania.

—Déjala que coja fuerzas —comentó Héctor, apretando los labios—. Estaremos detrás de la puerta esperando que salga. —Soltó una carcajada, a la que nos unimos las dos.

—No tenéis remedio.

Los dejé hablando en el salón y fui hacia la habitación. Nada más entrar me acerqué a la mesa y coloqué el bolso encima. La bolsa con el libro ocupaba un extremo de ella. Lo miré por unos segundos, quedándome pensativa, hasta que sacudí la cabeza. Cogí el pijama y fui al baño. Veinte minutos después me estaba secando con la toalla, relajada y preparada para afrontar la noche porque había tomado una decisión.

Con una sonrisa de oreja a oreja me bajé del coche, ajustándome el abrigo al cuerpo. La temperatura era fresca. Sin ganas, pero necesitando hacerlo porque si no, no me movería hasta que él lo hiciera, me obligué a decirle un último adiós por ese día y caminé hacia la casa. Cuando llegué a la puerta y abrí todavía continuaba en el mismo lugar.

Entré y cerré, cogiendo una bocanada de aire mientras cerraba los ojos. Al girarme pegué un grito. ¿El motivo? Mis amigos estaban casi pegados a mí, no los había escuchado acercarse. Con dos grandes sonrisas, pícaras, bloqueándome el paso, me miraban divertidos y expectantes a que les hablara.

—¿Qué? ¿No hay más casa? Jolines, qué susto me habéis dado —negué y los aparté para pasar, pero me siguieron de cerca.

—Nosotros siempre estamos o vamos a dónde está lo interesante, cariño. Parece mentira que no lo sepas ya. —Rio Tania.

—¿Me puedo dar una ducha? ¿O también me vais a seguir si lo hago? —Me crucé de brazos, divertida.

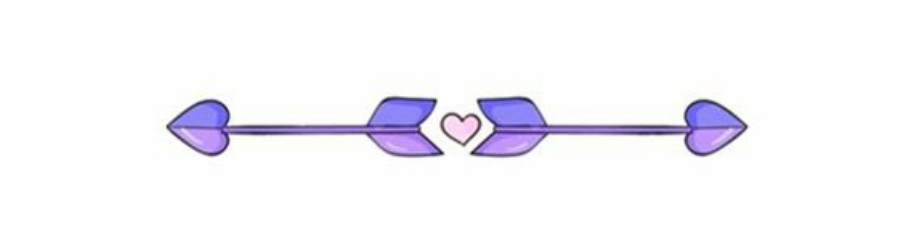
—Uy, que nos quiere hacer esperar más —se quejó en broma Tania.

—Déjala que coja fuerzas —comentó Héctor, apretando los labios—. Estaremos detrás de la puerta esperando que salga. —Soltó una carcajada, a la que nos unimos las dos.

—No tenéis remedio.

Los dejé hablando en el salón y fui hacia la habitación. Nada más entrar me acerqué a la mesa y coloqué el bolso encima. La bolsa con el libro ocupaba un extremo de ella. Lo miré por unos segundos, quedándome pensativa, hasta que sacudí la cabeza. Cogí el pijama y fui al baño. Veinte minutos después me estaba secando con la toalla, relajada y preparada para afrontar la noche porque había tomado una decisión.

Capítulo 27



En cuanto salí del baño, les di encuentro a mis amigos en el salón y reí al verlos acomodados en el sofá, comiendo dos sándwiches. Habían preparado otro para mí, el que me esperaba en la mesa pequeña que tenían enfrente.

—¿Hay hambre otra vez? —Me acerqué y me senté en una esquina, haciéndome hueco.

—En casa de Kenai nos hemos quedado satisfechos —empezó a hablar Tania, con la boca llena—, pero es que aquí comen y cenan muy pronto.

—Sí, cuesta acostumbrarse. —Reí cogiendo el plato.

—Ha estado muy bien —comentó Héctor y sonreí asintiendo.

—¿Qué veis? —Quise saber mirando el televisor.

—A mí no me preguntes porque no me entero de nada. —Reímos—. Nuestro amigo te dirá si está interesante la película o no, yo solo me quedo con las escenas y por ahora solo se salva una.

—¿Cuándo la ha empotrado contra con el coche? —Rio Héctor.

—Cómo me gusta que me entiendas. —Lo acompañó ella.

—Soltadlo ya —dije sin mirarlos.

Ni falta que me hizo que lo hiciera para saber que estaban pendientes de mí. El silencio repentino había sido muy esclarecedor.

—No, cariño, suéltalo tú. —Me lanzó una patata chip Tania, la que se comió Héctor a mitad de camino.

—Ha sido una experiencia muy interesante —hablé después de tragar.

—Interesante dice. —Rio—. ¿Con ese portento de hombre? ¿Madre mía y os habéis fijado bien en Gareth?

—Claro, pero no tanto como tú —negó Héctor—. Te lo has comido con los ojos al poco tiempo de estar en la casa.

—En mi defensa diré que está tremendo. —Se encogió de hombros, haciéndonos sonreír.

—¿Y tú? —Me dirigí a Héctor.

—¿Yo qué? —Levantó una ceja.

—No sé, que qué sensación se te ha quedado, qué te ha parecido la mansión y el terreno que abarca, qué tal con Nicole, si has estado a gusto en todo momento, si te han parecido simpáticos y agradables, si tu acercamiento a Nicole ha sido provocado por algo en especial, de qué habéis hablado, porque en más de una ocasión os he pillado desconectados del grupo, si…

—Vale. —Rio—. Me ha quedado claro desde el «qué tal con Nicole».

—¿Te la estabas camelando? —Se sorprendió Tania.

—Tú en tu mundo, ¿eh? —dije divertida.

—Ella tenía bastante con Gareth. —Me siguió Héctor.

—Perdonad que os diga, pero podéis decir misa que soy la única que por ahora ha dicho las cosas claras. —Le dio un bocado al sándwich, exagerándolo.

Volvimos a reír y nos quedamos callados unos segundos.

—No esperaba que se diera —comenté en tono bajo—. Yo he sido la primera sorprendida, pero… me he acercado a Kenai. —Sonreí bajando la mirada hacia lo que me quedaba de sándwich.

—Te corrijo, Kenai se ha pegado a ti. —Levantó un dedo Tania.

—¿Qué más da? El resultado ha sido el mismo, independientemente de quién lo hiciera. Ha sido raro, pero también he sentido que especial. No sé, la verdad es que estoy un poco desconcertada porque lo que menos esperaba es que, después de nuestros encuentros cortos y breves… —Me quedé pensativa haciendo una pausa.

Giré la cabeza hacia ellos al no oírlos después de mis palabras. Los dos sonreían mirándome.

—Ha sido evidente —asintió Héctor—. Referente a Nicole yo también he estado muy a gusto, pero hasta ahí os puedo contar. —Se encogió de hombros—. Todo se ha dado de manera natural entre nosotros, sin forzar nada, pero no voy a pensar de más, porque mi tiempo aquí es limitado.

—¿Ni siquiera para un polvete? —soltó Tania y soltamos una carcajada.

—Echaría mucho más que eso, pero ni por asomo voy a ser yo quien dé el paso si no veo algo que me lo indique. No la conozco, no sé si querría, si le afectaría o no le importaría. Así que… —Se encogió de hombros.

—Todo es probar a tentar la situación. Lo mismo te sorprende lanzándose a ti —comentó Tania.

—Tengo otras cosas más importantes en las que centrarme. —Buscó mi mirada y la encontró observándolo—. La , que me han traído hasta aquí. —Bajó el tono de voz.

—Sobre eso… —Carraspeé— He tomado una decisión que voy a llevar a cabo.

—¿De qué hablas? —Quiso saber él, sentándose recto.

—Ya no voy a ponerme más alarmas durante la noche —negué, pensativa—. Voy a afrontar lo que sea, como se dé —les aclaré.

—¿Estás segura, cariño? Lo digo por lo mal que dices que te quedas cada vez que sueñas.

, —Sí —asentí quitándole la duda a Tania—. No sé, he estado pensado y algo me dice si lo hago, llegará un momento en el que desaparezcan.

—Hasta ahora los has contenido, limitándolos. Estoy de acuerdo —dijo Héctor, después de quedarse pensativo—. Si les das pie a que sucedan puede que terminen por evaporarse solos —añadió.

,
—Además, qué mejor momento que hacerlo teniéndoos a mi lado. —Sonreí mirándolos con cariño.

—Eso ni se dice, porque como no te despiertes y nos asustes, te bañamos con dos cubos de agua helada —asintió Tania.

Lo dijo tan decidida que Héctor y yo soltamos una carcajada. Vamos, ni por una milésima de segundo dudé de qu era capaz de llevarlo a cabo.

—Estaré pendiente de ti esta noche —aseguró él.

—No, quiero que descanses, lo que no hiciste anoche. El problema ahora es otro…

—¿Cuál? —Frunció el gesto mi amigo.

—Que no sé si empezar esta noche o esperar un poco. —Me encogí de hombros.

—¿Qué más da? —habló Tania.

—Es que mañana por la tarde he quedado con Kenai y me ha pedido que pase la noche con él. ¿Os importa que os deje solos? Los siguientes días no me separé de vosotros cuando salga del trabajo.

—No tienes ni que preguntarlo, sabes que con nosotros no hay problema con nada —aseguró Héctor, sin perder la sonrisa—. Y no me extraña que te lo haya pedido, con el calentón que habéis tenido… —Terminó soltando una carcajada, la que nos contagió.

—Gracias, no sé qué haría sin los dos.

—Anda mírala, pues la respuesta está clara. Nada. —Me hizo un guiño Tania.

—Empieza hoy con la decisión que has tomado. —Nos centramos en Héctor—. Si mañana pasas la noche con él, sería un poco raro que te pusieras tantas alarmas para no dormir. Te preguntaría el motivo y puede que te sientas incómoda si no quieres hablar abiertamente de ello, o por tener que mentirle, a la fuerza.

»No hablas durante los sueños, simplemente desde fuera es como si estuvieras teniendo una pesadilla porque lo único que haces es mover el cuerpo inquieta. Si se da, le costará despertarte, pero me quedo tranquilo al no estar a tu lado porque lo estará él y no dudo de que sabrá cómo provocar que abras los ojos.

—Vale —susurré.

Terminamos de comernos los sándwiches con la tele de fondo, a la que le prestamos atención. Yo no tardé mucho en irme a la cama porque tenía que madrugar. Me despedí de los dos en el sofá y me dirigí a la habitación. En cuanto entré fui al baño y al salir me paré llevando la vista a la bolsa que contenía el libro. Cogí varias bocanadas de aire y fui hacia la cama, donde me tumbé.

Activé dos alarmas para tener el tiempo necesario para prepararme antes de salir de la casa para trabajar, desconecté el móvil y lo puse a cargar. Arropada hasta el cuello, tumbada bocarriba, y con la tranquilidad de que Héctor no tardaría en estar a mi lado, cerré los ojos.

✣ ✣ ✣

—Buenos días. —Escuché la voz de Héctor después de esconder la cabeza debajo de la almohada—. A ver si ahora que has dormido toda la noche vas a llegar tarde.

Me incorporé de golpe, quedándome sentada. En su voz no había síntomas de que acabara de despertarse, lo que me puso en alerta.

—¿Qué hora es? ¿Ha sonado la alarma? —Rio ante mi cara, precisamente fue al vérmela porque la luz de la lámpara de su mesita de noche estaba encendida.

—Las dos y has apagado la última hace unos minutos.

—Ahhh… ¿Por qué no tienes cara de sueño? ¡No me digas que has estado toda la noche en vela pendiente de mí! —Agrandé los ojos.

—Para nada. Llevo un rato despierto, me he desvelado.

—Vale. —Sonreí—. No he soñado. —Amplié la sonrisa.

—Lo sé, me hubiera dado cuenta. —Me hizo un guiño—. Basta que quieras para que no suceda.

—¿Te imaginas que se ha terminado?

—Ni idea, pero bienvenido es, ¿no? —asentí— Ya podrías haberlo hecho antes. —Reímos.

—Voy a asearme y a prepararme —dije arrastrándome por la cama.

—Yo me pongo con el desayuno. —Salió por su lado.

—No hace falta, tengo tiempo de sobra —comenté caminando hacia el baño.

—Más tengo yo, sin nada que hacer. Te espero en la cocina.

Lo dejé por imposible porque no iba a hacerme caso. Quince minutos tardé en terminar, lo último que hice antes de salir de la habitación fue organizar el maletín y poner el bolso encima para cuando tuviera que salir.

—Ya estoy —dije entrando en la cocina.

—Esto también, coge las tazas de café y a la terraza. —Se giró levantando dos platos.

—¿Hoy desayunas conmigo?

—A no ser que quieras beberte los dos y comerte las cuatro tostadas… —respondió con guasa.

En el camino para salir puse la oreja en el hueco de la puerta de Tania, estaba entornada. No se escuchó nada, por lo que me reuní con Héctor.

—Vaya, el tiempo se va a estropear otra vez —dije al ver lo nublado que estaba.

—Eso parece, pero aquí es lo normal. No estamos precisamente en un destino paradisiaco donde lo raro es que se nuble.

—Ya —dije removiendo el café—, mientras nos dé tiempo a desayunar.

—Empieza ya por si acaso —asentí.

—Si necesitáis cualquier cosa cuando no esté, llamadme, ¿eh?

—Te quieres relajar, ni que no fuéramos adultos —negó divertido—. ¿Vendrás cuando salgas del trabajo o te vas directamente con Kenai?

—Pasaré por aquí antes. Quiero dejar el maletín y darme una ducha rápida después de tantas horas.

—Claro, seguro que ese es el motivo. —Rio en tono bajo.

—Ni un comentario. —Bufé, pero terminé riendo igual que él.

—Y ni se te ocurra preocuparte por la noche —me pidió— ¿Has visto que bien ha ido esta?

—Sí. —Sonreí—. No sabes lo bien que me ha sentado dormir tantas horas seguidas.

—Me lo imagino.

—¿Sabes algo de la clínica?

—Todo bien, los chicos me van pasando el parte los mediodías y antes de cerrar por la tarde.

—Lo echas de menos —aseguré.

—Ya sabes que sí, pero el trabajo no se va a mover de donde está y yo estoy aquí para estar contigo. A ver si te piensas que va a ser el único viaje que haga para verte. —Le dio un sorbo al café.

—Queda menos de un mes y medio para que finalice el segundo semestre y entonces regresaré para estar todo el verano.

—Tenemos que organizar las vacaciones —asintió.

—Sí. Hace tanto que no me doy un respiro… —Le di un mordisco a la tostada.

—Has tenido que estar centrada en otras cosas más importantes.

—Y ha valido la pena —dije emocionada.

—Solo hay que ver hasta dónde has llegado. Estoy muy orgulloso de ti.

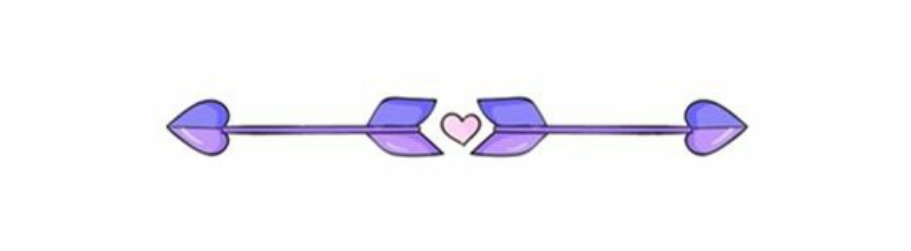
Me incliné para abrazarlo, estábamos muy cerca el uno del otro y me gané muchos besos repartidos por toda la cara, los que me hicieron reír. Veinte minutos después, me despedí de él saliendo de casa. Héctor iba a echarse otro rato en la cama, cuando me lo dijo intuí que no había dormido mucho y que había estado pendiente de mí, aunque lo hubiera negado para no hacerme sentirme mal. Debía ser eso, porque sin un motivo de peso no volvería a intentar descansar por muy temprano que fuera.

Caminé hasta la universidad con el paraguas de Kenai, con la intención de devolvérselo cuando lo viera. Ilusionada y con muchas emociones contenidas, accedí al patio central y subí directamente a mi despacho. Cuando entré y fui hacia la mesa vi en el centro una tarjeta con una nota. La cogí leyendo las palabras de Garrett, era la acreditación para la cafetería.

Ese día había llegado más pronto porque antes de reunirme con Nicole para tomar un café, lo que habíamos convertido en habitual desde el primer día, quería revisar unos trabajos que me entregaron los alumnos de una de mis clases. Por lo visto, Cian se los había pedido con anterioridad a su partida, el profesor al que estaba sustituyendo y que ocupaba mi plaza en España.

Me puse a ello enseguida, concentrándome.

Capítulo 28



Kenai

Me paré de golpe, sorprendido y maldiciendo, al escuchar mi nombre por la espalda. En cuanto me giré vi de frente a Anet, a la única persona que no me apetecía ver.

—Kenai —repitió cuando llegó a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —dije serio, metiéndome las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre después de tanto tiempo? —Rio.

—Es que no tengo nada más que decirte, todo está claro y cerrado —continué en mi línea.

—Me viene genial encontrarte aquí. El otro día mi padre me preguntó por ti y me pidió que si te veía te lo hiciera saber. Es por algo de una propiedad —asentí.

—Lo llamaré.

—Puedes venir a casa para…

—He dicho que lo llamaré y si tengo que reunirme con él para eso, tengo una empresa, en la que trabajo. Ahí es donde cierro todos los acuerdos —hablé tajante y cortante.

—Solo lo estaba proponiendo. —Levantó una ceja.

—¿Qué haces aquí? —insistí porque no me había respondido y estaba con la mosca detrás de la oreja.

Había llegado a mis oídos que había preguntado a varios conocidos por mí y me constaba que se había presentado en mi casa. Un vecino que la vio llamando me lo comentó. Por suerte durante un tiempo no estaría en esa

ubicación y me había librado, pero a mi pesar el encuentro se había dado de todas formas.

—He venido a ver a Glenn, quedamos ayer para tomar un café. Después tengo el día liado.

Lo primero que me vino a la cabeza con sus últimas palabras fue que, ¿con qué tendría el día liado? Porque no trabajaba. Pero como me importaba poco o nada, ni me paré a hacer ningún comentario al respecto.

Glenn es un docente que trabaja en la universidad, al que conocíamos los dos. En ella estábamos, en la entrada principal. Hacía cinco minutos que el horario de las clases había finalizado y había venido a buscar a Dafne. La impaciencia me había pasado factura durante todo el día y si tenía que llevarla a su casa antes y esperar dentro del coche, así lo haría.

—¿Sabes que ya hemos quedado varias veces? —continuó.

Me pregunté a qué venía todo esto, como si me fuera a importar lo que tenía de decirme… Pero seguí en mi línea de pasarlo por encima.

—Me alegro —y demasiado dije—. Que te vaya bien, Anet.

Sin esperar a que me contestara me giré y accedí al edificio, dirigiéndome hacia las escaleras para saludar de paso a Nicole. Pero no llegué muy lejos porque me frenó. Me puse en tensión al sentir cómo se colgaba de mi brazo, quedándose demasiado pegada, con una mano sobre mi pecho.

—¿Qué haces? —Apreté la mandíbula.

—Yo también voy en la misma dirección.

—Suéltame y aléjate si no quieres que lo haga yo —le advertí—. No creo que, si Glenn aparece, porque es la hora en la que salen de trabajar, le guste verte enganchada a otro.

—Bah, tampoco es tan serio lo que tenemos. —Movió una mano.

—Como todo lo que envuelve a tu vida. —Intenté soltarme por las buenas, pero no fue suficiente.

—¿Por qué no podemos compartir un poco de tiempo? ¿Tan marcado te dejé?

—¿Qué dices? Eso solo puedes creértelo tú. Si tuvieras pensamientos normales no tendría ningún problema en hacerlo, siempre que no traspasaras los límites. Pero, como sé cómo piensas y actúas, la realidad es que ni me apetece ni quiero. No te equivoques, Anet, todavía no te he dejado atrás por las malas porque estoy intentando ser

todo lo cortés que puedo. No hay ningún motivo oculto. —Le dejé otra vez claro.

—¿Has venido a por Nicole?

Sacudí la cabeza porque atendía solo a lo que quería y le convenía, pero también cerré los ojos al escuchar la voz de la mencionada, dando por hecho que no estaba sola. Y así fue cuando giré la cabeza hacia ellas. Dafne estaba a su lado, mirando la escena que tenía delante.

No noté ningún cambio en su expresión ni en su actitud, lo que no quería decir nada, porque las peores cosas y pensamientos se mantienen en calma hasta que explotan y salen a la luz. Nicole me miraba solo a mí, reflejando en su cara que no le gustaba con quién estaba y lo que se había encontrado.

Y hasta ahí llegaron mis modales, haciendo fuerza hacia abajo me libré de su brazo y mano, apartándome varios pasos por lo incómodo que me sentía.

—¡Nicole! —dijo como si nada Anet.

Caminó hacia ella. Visto desde fuera si nos las conocías daba a entender que eran amigas. Un gran error porque el único motivo por el que Nicole toleró su presencia y la aguantó en el pasado, fue por mí. Por mi parte, como era conocedor, no había propiciado que se encontraran muchas veces. Había sido en contadas ocasiones en las que habían coincidido en una etapa que quedaba muy atrás.

—Hola. —Le correspondió escueta, aceptando el beso en la mejilla que le dio.

Poco tardó en desviar la atención y centrarla en Dafne, intrigada por no conocerla. Sabía perfectamente cómo era, cómo pensaba y cómo reaccionaba y me quedé a la espera de frenarla.

—¿Y tú quién eres? —soltó con un tono que no fue el adecuado, para nada.

Di un paso para intervenir, pero Dafne se me adelantó, sin necesidad de necesitar ninguna ayuda para ponerla en su lugar.

—Discúlpame, pero no te conozco y no es de tu incumbencia —empezó a hablar y sonrió de medio lado—. Ya que, a ti, seas quién seas, porque no me importa, te faltan modales para dirigirte a alguien que no conoces y de la que pretendes saber, voy a continuar con tus maneras. Como he dicho no te interesa y por mi parte mucho menos, porque lo normal hubiera sido presentarte en condiciones, demostrando el respeto y la educación que te han faltado con esa pregunta y con en el tonito que has utilizado. Dicho esto, adiós.

Empezó a caminar hacia la salida. Nicole sonreía orgullosa viendo cómo se alejaba su amiga, Anet se había quedado con la boca abierta, literalmente, cuando había sido ella quién lo había provocado. Pero claro, darse

cuenta de sus errores no era algo que fuera a hacer en la vida, ni siquiera acercarse a ello. Yo me moví siguiéndola de cerca, con una satisfacción que se tuvo que reflejar en mi expresión. El gesto fruncido de Anet así me lo indicó

—¿Adónde vas? —pregunté a su espalda.

—A casa.

—He venido a por ti.

—Pensaba que habías venido a decirme que tenías otros planes —dijo con retintín y apreté los labios, conteniendo la diversión.

Salimos por la puerta y dejamos de ser visibles desde dentro. Aceleré el paso y la frené, agarrándola de un brazo.

—Como he dicho he venido a por ti —repetí girándola para que me mirara. Aun así, teniéndome de frente, la vista la dirigió hacia un lado para evitar el contacto con la mía—. ¿Sabes por qué me he adelantado?

—Tú sabrás.

—Porque necesitaba verte. He pasado todo el día pensando en ti, en nuestro encuentro y en lo que sucedió en mi casa. No pienso dejar que la mujer que has visto estropee lo que llevo deseando que suceda desde ayer.

Esa vez sí, sus ojos buscaron los míos. Nos quedamos en silencio. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer, pero no fue motivo para movernos.

—¿No tienes nada con esa? —susurró— Sé que no soy nadie para preguntar y querer saberlo… pero me gusta ir de frente y, sobre todo, saber a lo que atenerme para actuar en consonancia.

—Absolutamente nada —negué despacio—. No voy a negar que en el pasado sí, pero queda muy lejos de algo que se pueda tener en cuenta, Dafne. Tengo una vida, un pasado y…

—Ya está —me cortó—. Es normal y lógico, todo el mundo lo tiene. Solo que me ha tocado la moral cómo me ha hablado y en la forma en la que lo ha hecho.

—Lo entiendo —curvé un poco los labios—, pero has sabido enfrentarla perfectamente. He estado a punto de intervenir, pero te has adelantado.

—¿Por esa? Como si son una decena iguales. —Bufó y terminé riendo—. Nunca me comporto de la manera que has visto, pero no soy tonta y no dejo pasar ni lo más mínimo. Doy lo que recibo. —Se encogió de hombros.

—Me parece perfecto. ¿Vamos?, no tardará en apretar —me referí a la lluvia.

—Sí. —Sonrió y dejé salir el aire, tranquilo.

Pasé un brazo por encima de sus hombros, acercándola a mí mientras empezábamos a caminar. Provoqué que se sonrojara, efecto que me encantó.

—¡Esperadme! —Nos paramos al escuchar a Nicole, por impresionante que parezca me había olvidado completamente de que estaba allí.

Nos giramos y la vimos acercarse casi a la carrera, sonriente. Llevé la vista detrás de ella. Anet estaba parada en la puerta principal, observándonos. La imagen que estaba viendo era lo suficientemente esclarecedora para que me dejara en paz de una vez por todas.

Mira, me dije, al final lo que le lanzó Nicole la vez que la vio hacía un tiempo, había terminado por ser una realidad. Estaba con una mujer y según lo que ella conocía muy enamorado de ella. Miré de reojo a Dafne y me pregunté hasta qué punto era verdad la mentira que soltó Nicole, la que había dejado de serlo. Hasta ahí, porque lo de que estábamos esperando un hijo…

—Perdona, me he olvidado —me disculpé.

—Qué bonito, sí señor. —Se hizo la indignada, pero sabía que estaba fingiendo. Como bien sabía, terminó riendo —. No me extraña, a cualquiera se le hubieran fundido los plomos ante esa. —Bufó y sonreí—. Tú ni caso, ¿eh? —Se dirigió a Dafne cuando empezamos a andar—. Lo que quiere siempre es llamar la atención y más la de Kenai, pero esta vez le ha salido mal la jugada.

—Caminar más rápidas, está apretando —les pedí.

Terminamos los tres corriendo porque en cuestión de segundos la tormenta empezó a descargar con fuerza. Llegamos a mi coche y nos montamos.

—Jo, me he dejado tu paraguas en el despacho.

—No pasa nada —le dije porque ni me acordaba—. Quédatelo, el tuyo se rompió. Te llevo a casa. —Lo último lo dije dirigiéndome a Nicole mientras arrancaba.

—¿A la tuya?

—No, a la tuya —repetí lo mismo, pero con un significado muy diferente.

Soltó una carcajada y asintió. Tardamos más tiempo del normal para llegar a la casa de Dafne porque primero me desvié para dejar a Nicole. Cuando paré en doble fila cerca, nos despedimos de ella. Salió corriendo para resguardarse y nos dijo adiós una última vez con la mano.

—No tengas prisa en casa —le pedí a Dafne cuando me incorporé otra vez a la carretera.

—Quería darme una ducha y ponerme más cómoda.

—Hazlo, no hay problema. Yo te espero dentro del coche.

a

—¿Qué dices? —Se sorprendió— ¿Por qué? En casa estarán mis amigos y, aunque estuviera vacía, puedes entrar igualmente.

—Ok —acepté rápido.

) No tuve problema en estacionar cerca, lo que agradecimos por el agua que caía. Corrimos hacia la entrada y una vez dentro de su casa, reímos al vernos las caras, pero, sobre todo, los pelos. Al no ser silenciosos Héctor y Tania aparecieron en el pasillo. Nos saludamos y entré con ellos al salón mientras Dafne se dirigía hacia su habitación.

—¿Por qué no entras en el baño a secarte? —habló Héctor.

—Sí, creo que debería.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta que me indicó. Solo en el baño, cogí una toalla limpia y me la pasé por el pelo que era lo que más me urgía. Del resto me ocuparía una vez llegara a mi casa, pero al menos necesitaba quitarme un poco el frío porque la temperatura cuando saliéramos se habría desplomado.

Me reuní con los dos en el salón y nos tomamos una cerveza esperando a que Dafne apareciera. Cuando lo hizo sonreí como un tonto. Estaba preciosa, con el pelo suelto caído hacia un lado, se había puesto unos pantalones vaqueros y un jersey abrigado, acompañando a la ropa llevaba unos botines planos.

—No, a la tuya —repetí lo mismo, pero con un significado muy diferente.

Soltó una carcajada y asintió. Tardamos más tiempo del normal para llegar a la casa de Dafne porque primero me desvié para dejar a Nicole. Cuando paré en doble fila cerca, nos despedimos de ella. Salió corriendo para resguardarse y nos dijo adiós una última vez con la mano.

—No tengas prisa en casa —le pedí a Dafne cuando me incorporé otra vez a la carretera.

—Quería darme una ducha y ponerme más cómoda.

—Hazlo, no hay problema. Yo te espero dentro del coche.

—¿Qué dices? —Se sorprendió— ¿Por qué? En casa estarán mis amigos y, aunque estuviera vacía, puedes entrar igualmente.

—Ok —acepté rápido.

No tuve problema en estacionar cerca, lo que agradecimos por el agua que caía. Corrimos hacia la entrada y una vez dentro de su casa, reímos al vernos las caras, pero, sobre todo, los pelos. Al no ser silenciosos Héctor y Tania aparecieron en el pasillo. Nos saludamos y entré con ellos al salón mientras Dafne se dirigía hacia su habitación.

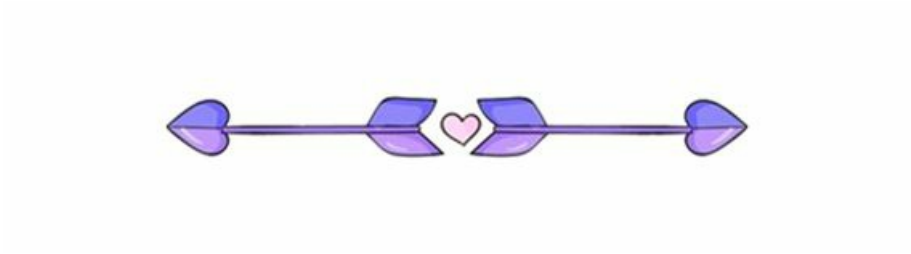
—¿Por qué no entras en el baño a secarte? —habló Héctor.

—Sí, creo que debería.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta que me indicó. Solo en el baño, cogí una toalla limpia y me la pasé por el pelo que era lo que más me urgía. Del resto me ocuparía una vez llegara a mi casa, pero al menos necesitaba quitarme un poco el frío porque la temperatura cuando saliéramos se habría desplomado.

Me reuní con los dos en el salón y nos tomamos una cerveza esperando a que Dafne apareciera. Cuando lo hizo sonreí como un tonto. Estaba preciosa, con el pelo suelto caído hacia un lado, se había puesto unos pantalones vaqueros y un jersey abrigado, acompañando a la ropa llevaba unos botines planos.

Capítulo 29



Dafne

—Nicole me dijo que te dedicabas a comprar viviendas y a reformarlas para venderlas —comenté a medio camino de su casa. Era un tema que no había salido en ninguna de las conversaciones que habíamos mantenido.

Bueno lo de medio camino me lo acabo de inventar. Recordaba más o menos el recorrido, pero tanto como para saber con una sola vez a qué distancia quedaba la zona por la que estábamos pasando en ese instante... Llevé la vista hacia delante, la lluvia caía con tanta fuerza que apenas se veía.

No había tardado mucho en ducharme y prepararme, al igual que al hacer una pequeña mochila donde había metido el pijama, un neceser con todo lo necesario y ropa para el día siguiente. También llevaba conmigo el maletín de trabajo porque Kenai me llevaría a la universidad. Suerte que mañana es viernes, me dije.

Había superado mi primera semana de trabajo y continuaba encantada. Garrett y Nicole me facilitaban mucho las cosas fuera de las clases y durante ellas, no tenía ninguna queja con los estudiantes. En los momentos que tenía libres y en los que sabía que Mauro desde España podía atenderme, lo llamaba para mantenerlo informado. Más que nada para que lo supiera por mí porque tenía mucho contacto y comunicación con Garrett. Siempre que le hablaba lo hacía emocionada, explicándole hasta el más mínimo detalle. Él me escuchaba atento y feliz por mí, así me lo hacía saber y me constaba que lo era.

También iba hablando con mi familia. A todos los que no tenía conmigo los echaba mucho de menos, pero el saber que el final del segundo semestre cada vez estaba más próximo, era un aliciente para llevarlo mejor. Por un lado, claro, porque después estaba el alejarme de Irlanda y lo que ello implicaba, aunque llevara poco tiempo.

Ya llegaría, me había dicho varias veces en poco tiempo. Por el momento mi intención era disfrutar tanto de lo que hacía, como de la compañía. Lo que había sucedido entre Kenai y yo, y lo que iba a suceder, me refiero al estar juntos y solos, se había dado muy rápido. Tanto que no lo había visto venir, pero no por ello me iba a frenar.

Tengo que reconocer que había estado a nada de hacerlo, ante la aparición de la mujer que había provocado que me alterara. Prepotente y altiva, así se había mostrado y no había cosa que me diera más rabia y que me sentara peor, que una persona que quería pasar por encima de otra a toda costa, sintiéndose superior.

A ver a cuento de qué. Me hubiera gustado dejarle aún más claras las cosas, sobre todo, que se anduviera con cuidado al dirigirse a mí porque no pasaba ni una, pero me había contenido porque ni merecía la pena alterarme más de lo que ella había provocado con su desplante. Con una frase corta, preguntada, ya había hecho saltar todas mis alarmas poniéndome en alerta y en pie de guerra.

Como le había dicho a Kenai, teniendo la necesidad de aclarárselo, yo no era así, no actuaba de esa forma de buenas a primeras. Tenía que darse algo de peso, algo que me descuadrara y que me hiciera sentirme amenazada, desde el punto de vista que fuera, para reaccionar como lo había hecho. Tonta no era, aunque muchas veces, si no me conocían, podía dar a margen de error dando una impresión diferente porque intentaba mantenerme a cierta distancia de las cosas. Si algo sabía elegir eran las batallas que se presentaban frente a mí.

Para de contar, diferente es lo que llevaba por dentro y bullía en mi interior en ciertas ocasiones, hasta que explotaba y me salía todo despedido de dentro. Tampoco es que me hubiera pasado de la raya con la contestación que le había dado a esa mujer, creo que había sido demasiado correcta comparándolo a lo que había recibido de ella, sin conocerla ni lo más mínimo. Ni siquiera sabía su nombre, ni tenía intención de conocerlo. Podría haberse dado peor, os lo aseguro, pero como también sabía controlarme perfectamente y decidir dónde gastar mi energía…

Es lo que hay, y no tenía ningún problema en repetirlo tantas veces como fuera necesario porque no soportaba las faltas de respeto y los juicios hechos a la ligera.

—Así es, esa es mi profesión —me confirmó—. No era la que desde siempre quise.

—¿A qué te hubiera gustado dedicarte? —Giré la cabeza hacia él, apoyándola en el asiento.

—Aproximadamente a mitad del ciclo medio empezó a llamarme la atención la arquitectura, lo que con el paso del tiempo se incrementó hasta el punto de sentir una conexión especial. Mirándolo desde otra perspectiva termin rodeado de construcciones. —Sonrió—. De hecho, estudié la carrera, pero no llegué a ejercer como tal porque un año antes de terminarla empecé con el trabajo que tengo hoy en día. La terminé y me saqué el título, pero desde el inicio me fue muy bien invirtiendo, los beneficios eran muchos y, como suele ocurrir, ganas mucho, tanto, que te sorprendes y sigues tirando para adelante con ello.

—Nunca es tarde si todavía sientes esa conexión.

—Creo que ya soy un poco mayor como para planteármelo.

—Ni que estuvieras a punto de jubilarte —dije divertida.

—¿Cómo? —Me miró de reojo y le expliqué a lo que había hecho referencia.

—Ah, en Irlanda es *State Pension*, pensión estatal contributiva.

—Lo mismo —asentí.

—No lo estoy, pero sinceramente vivo muy cómodo. Tengo un nivel adquisitivo elevado y nunca he parado de trabajar —aseguró concentrado en la carretera.

—Mi sueño siempre fue conseguir el máximo nivel en la carrera de Historia.

—Luchaste por él y lo conseguiste —asintió.

—Sí, no ha sido un recorrido fácil, pero todo lo que vale la pena tiene su sacrificio.

—Ya tienes la recompensa más que merecida. Sé lo que implica porque lo he vivido con Nicole —negó—. Incontables veces he tenido que separarla a la fuerza de los libros para que descansara, porque se quedaba dormid a la mínima de cambio durante el día.

—Las dos la tenemos. —Sonreí.

—Así es, me alegro.

—Gracias —susurré—. Ya hemos llegado. —Esa vez sí que reconocí la carretera que llevaba hasta el exterior de la mansión.

Me lo confirmó mientras aminoraba la velocidad. Llegamos a la gran reja que limitaba el recinto y la abrió con un mando. Otra vez el mismo paisaje que te transportaba fuera de la rutina y de la civilización. Una vez en el terreno, rodeados por vegetación, las sensaciones eran muy diferentes de puertas para fuera. Paz y calma, eso es lo que te envolvía.

Apagó el motor cerca de la entrada principal y nos bajamos. Kenai cogió mi mochila antes de que lo hiciera yo y caminamos hacia la entrada.

—¿Te la vas a quedar al final? —me interesé— Sé por Nicole que estás haciendo como una prueba. Me ha contado la historia por la que estás aquí.

—No lo sé —contestó pensativo—. Adelante. —Me ofreció pasar primero.

—Es demasiado grande, quizás eso es lo que te echa para atrás —comenté quedándome en el centro del salón, oscuro.

Enseguida se iluminó, cuando Kenai pulsó el interruptor. Se dirigió hacia la corredera de la terraza, soltando la mochila en el sofá. Le dio a un botón y las persianas grandes que bloqueaban la visión del exterior empezaron a subir, dejando entrar la claridad del día.

—No tiene nada que ver con eso. —Fijé la vista en él.

Se había quedado mirando hacia el jardín al hablar, pensativo. Por unos instantes no quise decir nada más, respetando su silencio. Hasta que fue él quien lo interrumpió.

—El día en el que se pusieron en contacto conmigo los antiguos propietarios porque querían desprenderse de ella…

—¿Qué?

a

—Me reuní con ellos, no aquí, en mi oficina. —Abrió la corredera, sin dar un paso hacia afuera.

—¿Tienes una oficina? —Me puse a su lado.

—Tengo una empresa. —Sonrió de medio lado—. Son diez las personas que trabajan para mí. No necesito más, ellos se dedican a la parte administrativa y a algunos temas comerciales, del resto y del trato directo con los clientes me encargo yo. Pero eso se dio con el tiempo, al inicio estaba solo y todo me lo llevaba un gestor.

—Supongo que es más cómodo.

l

, —Diferente —asentí.

—¿Todas las casas que adquieres son como esta?

—No. —Me miró ampliando la sonrisa—. Estás en la única, pocas encontrarás con las mismas características, si es que las hay. Toco de todo, no me centro en un prototipo en concreto.

—La única y no la quieres vender —susurré con la vista fija en el jardín.

—Si te digo la verdad no tengo ni idea. Hace tiempo que la adquirí, incluso Gareth se encargó de las remodelaciones. No hubo que hacer mucho, la mayoría de lo que ves venía con la casa.

—¿Gareth trabaja para ti?

—No como estás pensado. Tiene su propia empresa dedicada a todo lo referente con la construcción. Es el otro pilar que necesito para que mi trabajo sea completo, porque sí que trabajamos mano a mano.

—Ah —asentí.

Salió a la terraza y lo seguí hasta que se quedó a un paso del inicio del césped.

—Yo me sentiría rara viviendo aquí —susurré.

Recorrí con la vista la zona donde estaban la mayoría de las flores que decoraban el espacio. Los colores eran muy vivos y llamativos, había muchas variedades.

—¿Por qué? —Se giró hacia mí.

—Por el tamaño. —Sonreí—. No estoy acostumbrada. —Me encogí de hombros.

—Yo no tengo problema con eso.

—¿Entonces? —insistí porque no me había respondido.

—Lo que iba a decir antes de que saliera el tema de lo de mi empresa, es que en cuanto los antiguos propietarios me enseñaron las fotografías sentí un enamoramiento instantáneo. La construcción, el espacio y todo el interior llamó mi atención y la primera vez que estuve aquí esa sensación, sentimiento, o lo que fuera, se acrecentó asentándose con fuerza.

—Es que no es para menos —asentí—. Yo no había visto ninguna igual.

—Por aquí, en Galway y por los alrededores, se conservan algunas, aunque no lleguen a parecerse. En Irlanda son muy características porque tienen mucha historia y son construcciones con un valor incalculable. Algunas pasaron a ser propiedad del estado y tienen diferentes usos, pero las que continuaron con el paso de los años pasando de unas manos a otras de propietarios particulares, son difíciles de acceder a ellas.

—Tuviste suerte.

—Sí. —Sonrió—. El flechazo que tuve es el motivo de no haberla vendido todavía.

—Imagino que invertirías mucho en ella.

—Ni te lo imaginas —sonrió de medio lado—, pero no me arrepiento porque sé que su coste lo puedo hasta

triplicar.

—Si la vendes.

—Si la vendo —repitió quedándose pensativo—. Hay algo aquí… —Llevó la vista por todo el jardín.

—¿Qué?

—Eso me gustaría saber —susurró—. No sé explicarlo.

Me quedé callada. No quise insistir en el tema porque tuve la percepción de que le costaba hablar de ello, o encontrar las palabras exactas, las que daban el sentido real que lo frenaba. Nos mantuvimos en silencio viendo el agua caer delante de nosotros. Era un añadido más. El olor característico de la lluvia, el sonido que hacía y el efecto que daba, transmitía aún más calma.

Me agarró de una mano y me llevó al interior. Cerró la corredera porque ya de por sí en el interior de la casa hacía frío por lo inmensa que era y caminamos hacia la cocina. En ella se dirigió hacia una pared donde había un termostato de la calefacción y la encendió dándole temperatura.

—Antes de irme esta mañana la dejé al mínimo —comentó.

—Algo se nota.

—Vamos que no es así, ¿no? —Me miró divertido.

—Hace frío. —Reí.

—Tardará un poco en calentarse, no te quites el abrigo. ¿Quieres un café?

—Vale.

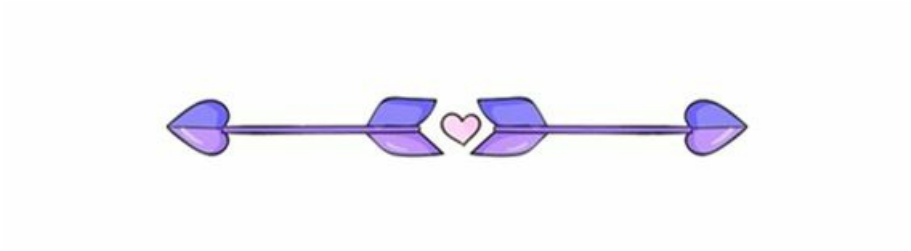
Me senté tal y como me lo pidió, en uno de los taburetes que rodeaban la isla central, por la parte de fuera. Lo observé moviéndose por la cocina y preparando los cafés. Me sentía tan cómoda y a gusto a su lado… tenía la necesidad de saber más de él, de conocerlo, de que me hablara de cualquier tema porque en las conversaciones que manteníamos, el tono y timbre de su voz me relajaban.

Todo ello sin dejar de lado la atracción y el deseo, porque eran inevitables y muy reales. Y al pensar en esta última parte, me vino a la mente la última vez que estuvimos en la cocina, lo que me hizo sentir al tocarme.

ı

a

Capítulo 30



Kenai

—Es de Nicole —dije después de leer un mensaje—. Me pide que te diga que está con tus amigos.

—¿En serio? —Se sorprendió y rio cuando se lo enseñé.

En él había escrito que le dijera a Dafne que estaba cuidando y velando por Héctor y Tania, que no se preocupara por nada que estaban en buenas manos. Por lo visto, porque yo acababa de enterarme, se intercambiaron los números de teléfono y había sido ella la que había llamado a Héctor para proponerles salir al estar solos.

Me acomodé en el sofá, en el que estábamos desde hacía un rato, el mismo tiempo en el que nos habíamos quitado los abrigos. Llevé una mano a su espalda, al haberse quedado un poco hacia delante. Mi gesto provocó que medio girara hacia mí, momento en el que empecé a moverla, acariciándola.

—¿Cómo te sentiste cuando te toqué?

—¿Eh? —Sonreí de medio lado, viendo un pequeño rubor cubrir sus mejillas.

—Que, ¿qué sentiste cuando…?

—Ya —me cortó—, te he escuchado y entendido perfectamente.

—Ah, como has preguntado… —Levanté una ceja.

—Es que no me esperaba, quiero decir… —Carraspeó— ¿Lo quieres saber todo siempre? Porque hay cosas que son entendibles de por sí.

—Es lo que pretendo. Es la finalidad de preguntar.

—Lo sabes de sobra —dejó salir un pequeño suspiro.

—Podría decirte que no me vale con eso, que quiero oírtelo decir, pero si te incomoda…

—Excitada y caliente —Desvió la mirada—. Y…

—¿Qué? —Introduje la mano por dentro del jersey, haciendo contacto con su piel.

—Y me supo a poco, a casi nada —susurró.

Jugueteé con el cierre del sujetador e introduje un dedo, tensándolo. Antes de decir y hacer lo que deseaba, lo desabroché rápido.

—Ven aquí —le pedí.

Se giró por completo hacia mí. El ambiente había cambiado en cuestión de segundos, al igual que su expresión y mirada. La agarré de un brazo y la guie hasta dejarla sentada a horcajadas encima de mis piernas. Agarrándola de la nuca la acerqué a mí. En cuanto pasé la lengua por sus labios, recorriéndolos con la vista fija en la suya, su cuerpo tembló y en el mío sentí una especie de corriente.

—No sabes lo que he deseado este momento —susurré.

No le di tiempo a que dijera nada, la besé con ganas, pegándola a mí. Mi miembro que hacía unos minutos que se había hecho sentir, en el mismo instante en el que había recordado lo que sucedió en mi habitación y en la cocina, se tensó más dando una sacudida. Me clavé en ella, haciendo presión con las manos hacia abajo.

De sus labios salió un gemido que quedó amortiguado por la unión de nuestras bocas. Estaba tan excitado, tan erecto… lo que me llevó a intensificar el contacto por ambos lados, necesitando encontrar un poco de alivio. Me sirvió para todo lo contrario y me dejé llevar por el placer de sentirla y tenerla de esa forma.

Cuando nos separamos con las respiraciones irregulares, llevé las manos al su jersey y lo agarré, tirando de él hacia arriba. Me ayudó sacándoselo por la cabeza y los brazos. Dirigí los ojos hacia sus pechos. Al tener el sujetador desabrochado se le había subido y dejaba ver parte de ambos. Moví las manos hasta ellos, rodeándolos por debajo, provocando que se removiera encima de mí.

La respuesta de mi miembro fue instantánea, dando otra sacuda por el roce. Apreté la mandíbula, levantando la prenda de ropa interior, dejándolos visibles del todo. Hacia ellos llevé la boca, absorbiéndolos, lamiéndolos y saboreando su piel por primera vez. Hizo presión en ella hacia abajo, propiciando que soltara pequeños jadeos mientras se agarraba de mi cuello.

Con las manos llenas, masajeándolos y guiándolos hacia mi lengua y labios, no me aparté, mordisqueando los pezones erectos que me apuntaban, los que sobresalían por completo. Pasé de uno a otro, no había forma de saciarme. Cuando conseguí separarme recosté la cabeza en el respaldo, levantando la cadera. Me estaba costando horrores contenerme.

Quería que la primera vez se alargara, me refiero a tomarme mi tiempo para dedicarme a su cuerpo, descubriéndolo poco a poco, degustando cada parte de él. Pero todo lo que me recorría no favorecía porque había superado el nivel de necesidad, placer y excitación de las veces que me había visto sorprendido con la necesidad de masturbarme.

Con un movimiento rápido se deshizo del sujetador, el que cayó encima del jersey. Con una visión perfecta y cercana de sus pechos, entreabrí los labios dejando salir un gemido cuando empezó a rozarse contra mí. No entendía cómo podía sentir tanto, llegar a esos límites, aunque para ser sincero no iba a pensar en ello en ese instante. Lo que me urgía era entrar en su interior y buscar saciarme, todo lo duro y fuerte que me pedía el cuerpo.

Así, tal cual, y con la necesidad de sentir la presión que ejercería entorno a mí, de notar cómo mi erección resbalaría en su interior, saliendo y entrando sin descanso para llevarla al máximo nivel. Todos esos pensamientos me dejaron noqueado por unos instantes en los que el contacto con la ropa que llevaba me molestó, al estar tan excitado.

Solté un pequeño gruñido cuando sentí sus manos en el botón del pantalón y cerré los ojos con fuerza, levantando un poco la cadera para ayudarla en lo que quería hacer. Lo abrió y bajó la cremallera, deslizándolo hacia abajo. Cuando lo hizo mis párpados también se abrieron, su mirada estaba dirigida hacia abajo. Se había retirado un poco hacia atrás y se mordisqueaba el labio inferior. Contuve la respiración cuando arrastró el bóxer, haciendo saltar a mi miembro fuera.

—Dafne… joder —dije descontrolado ante el contacto de su mano, rodeándome.

De locura, así puedo describir cuando me acarició el glande, arrastrando y cubriéndolo con mi humedad. En tensión aguanté el tipo y que jugara con esa parte de mi cuerpo, recreándose en los movimientos y en los deslizamientos. A esas alturas me sobraba toda la ropa del cuerpo, el calor interno me superaba.

De vez en cuando apartó la vista de él, llevándola hacia mi cara. Pero su máxima concentración estaba en la zona baja de la que no se apartaba. Un segundo gruñido, más intenso, salió de mi garganta cuando aumentó la velocidad y vi su intención de apartarse del todo para sustituir la mano por la boca.

No pude permitirlo porque si os soy sincero, en el estado en el que estaba y me tenía, no sabía cuánto iba a durar y no tenía intención de correrme de esa forma. Llegaría, claro que sí, de eso no había duda, pero esa primera vez imperaba en mí otra necesidad.

Con la edad que tenía, en la vida, en todas las relaciones sexuales que había mantenido, había llegado al placer que estaba sintiendo. Notaba el éxtasis recorrerme, tentándome para dejarlo en libertad.

La agarré de la mano, frenándola, poniendo la mía encima de la suya. Hice más presión y sus ojos buscaron los míos al evitar que se separara más y que me cubriera con la boca. Vi una chispa de incertidumbre en su expresión.

—No sé lo que pensarás, pero esto me está superando… por eso no puedo sentir el roce de tus labios, ni perderme en ti de esa forma, ni mucho menos que tu lengua me lama y saboreé arrastrando las gotas de semen. No sé si ahora mismo puedo contralarlo, Dafne, estoy a punto de perder el control y quiero alargarlo todo lo posible porqu tengo en mente otra situación.

Sus pupilas estaban dilatadas, sus ojos reflejaban deseo y el brillo en ellos destacaba cada vez más. Todo ello lo superé con creces cuando atrapó parte de la humedad con varios dedos y se los llevó a la boca. No me perdí detalle de cómo los lamió y chupó, recreándose en hacerlo. Consiguió que mis pulsaciones aumentaran y se descontrolaran, y que el fuego que sentía me abrasara.

—Me cago… ¿Sabes el esfuerzo que estoy haciendo para no ser yo quien baje tu cabeza? —Dije solando un quejido, recostando la mía hacia atrás.

—La intensidad que has dicho, lo que sientes… todo lo comprendo porque yo estoy igual —susurró lamiéndose los labios, lo que me hizo soltar otro gruñido al verla como continuaba saboreándome —. Me siento sobrepasada. Estoy muy excitada y mojada, igualándote. Tengo mucha necesidad, pero también quería…

—No tardarás en hacerlo. —Apreté la mandíbula—. Créeme que la próxima vez no te frenaré, pero ahora…

Dejé salir un gemido. Se movió hasta posicionarse donde había estado, encima de mí, dejando mi miembro aprisionado con su vulva a través del pantalón. Al hacerlo se inclinó, buscando mis labios. Me apoderé de su boca desesperado, haciendo presión hacia abajo en sus caderas para sentirla con más intensidad.

La cabeza se me fue, notaba cómo perdía la cordura a pasos agigantados, hasta que la anuló por completo con el vaivén que empezó a hacer, mientras nuestras respiraciones entrecortadas se unificaban al intensificar aún más el beso.

Hasta ahí llegó mi espera, no tuve la fuerza suficiente para retrasarlo más. La deslicé hacia atrás y me subí la ropa dejándola colocado, pero sin abrochar el pantalón. Tampoco podía, así qué… la volví a acercar a mí y la agarré de las nalgas. Entendió perfectamente lo que le pedí sin hablar y cuando me incorporé haciendo fuerza, llevándola conmigo, me rodeó con las piernas la cadera.

De esa forma me dirigí hacia las escaleras, directo hacia mi habitación. En cuanto llegué a la puerta giré el pomo y la abrí de golpe, entrando. Nuestros labios estaban en contacto otra vez y no dejamos de besarnos hasta que me

paré en el centro y aflojé la presión. Se deslizó hasta el suelo y me aparté unos pasos hacia atrás. Recorrí con la vista toda la parte superior de su cuerpo, observándola semidesnuda, atentamente, memorizándola. Un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza.

—Quítate el resto de la ropa —le pedí con voz ronca.

Ni me molesté en carraspear porque hasta que no terminara no iba a cambiar. Empezó a hacerlo, al igual que yo. Mi piel ardía. Me quité rápido el jersey por la cabeza, tirándolo al suelo, y a él le siguió todo lo que me cubría. Su mirada recorrió todo mi cuerpo cuando me quedé desnudo ante ella. La situación provocó que llevara una mano a mi miembro y lo rodeara con fuerza, dándole un pequeño masaje de anticipación, ejerciendo presión mientras sus ojos se quedaban fijos en lo que hacía.

Y es que ya estaba desnuda y tenerla de esa forma… Cogí una bocanada de aire y di los pasos que nos separaban. Busqué su boca con desesperación, interiorizando el contacto de nuestras pieles. Eran tantas las sensaciones… la agarré de las nalgas, subiéndola hacia arriba y de esa manera la llevé hasta el borde de la cama.

Por suerte la tela del dosel estaba apartada hacia un lado, como la había dejado esa mañana, porque si no, poco me hubiera importado en ese momento lanzar a Dafne a la cama llevándomela en el camino. Lo hice, dejándola caer de espaldas y como si fuera un manjar la arrastré hacia mí y me agaché para probar por fin su esencia en mi boca.

Escuché un jadeo fuerte salir de sus labios al contacto con mis labios y lengua sobre su clítoris. Sin tener bastante, le abrí las piernas y recorrí cada parte de su zona íntima con la boca, arrastrando su humedad y saboreándola por primera vez. Me volví igual de loco que ella, apretándola con fuerza de la cadera para no perder el contacto.

Inquieta y con ansiedad se removía encima de la cama, agarrándose con las manos al nórdico mientras de sus labios los jadeos salían intermitentes.

—Kenai… —gimió y fue el momento exacto en el que se dejó llevar.

Absorbí cada parte de ella, hasta que mi lengua la recorrió por última vez. Me incorporé un poco y me deslicé buscando sus labios. Sin separarme, la arrastré más hasta el filo e hice presión en las piernas, dejándolas abiertas al máximo. Me levanté poniéndome recto y apreté la mandíbula. Todo el conjunto de su zona íntima brillaba por sus fluidos y mi saliva, enrojecida.

Sin poder contenerme más, me posicioné, restregando la humedad de mi miembro con la suya, unificándolas. Mi cordura llegó a su fin cuando me colé en su interior, con un movimiento duro y certero que me supo a gloria. Como había imaginado, todo fue una puñetera locura y desperado empecé a moverme.

El vaivén de sus pechos ante el ritmo que tomé fue un regalo extra. No aparté la vista de ellos.

—Tócatelos —le exigí con la voz entrecortada, sin parar de entrar y salir de su interior.

Los jadeos y gemidos nos envolvieron. Los míos al ver su cabeza echada hacia atrás, en tensión, mientras sus dedos presionaban y acariciaban sus pezones, dándome el gusto de lo que le había pedido. Era una delicia verla, todo en ella incitaba a no tener descanso.

—Ahora abajo —volví a exigir aumentando el ritmo, llevándolo a uno frenético.

Me acogía tan jodidamente bien. Increíble todo lo que me recorría al sentir su calor, su presión y su humedad que me hacía resbalar sin esfuerzo en su interior.

—Dafne... —siseé con la vista centrada en su mano.

Se había separado los labios y se frotaba desesperada, igualando la intensidad con la que yo me perdía en ella. La vista se me nubló por completo y cuando se corrió superada también, forcé más mi cuerpo para llegar al final. Y l sentí, la puñetera vibración me recorrió en cuestión de segundos, justo cuando me dejaba ir.

Descolocado y desconcertado por lo fuerte que había sido todo, casi sin poder respirar, me balanceé alargando el efecto del orgasmo, por el gusto que todavía sentía, negándome a separarme.

—Ani —susurré cuando salí de ella y di un paso atrás.

Sus ojos se abrieron de golpe, los había tenido cerrados.

—¿Qué has dicho? —Los entrecerró.

—¿Qué? —Fruncí el gesto.

—¿Qué acabas de decir? —Se incorporó corriendo, poniéndose frente a mí— Repítelo —me pidió en tensión.

—No sé… —negué fuera de juego. Sabía que había hablado, pero al no tener todavía la mente centrada…— No sé lo que he dicho.

—Ani, eso ha sido.

—No tiene sentido para mí. —La miré extrañado.

—Pues alguno tendrá cuando lo has pronunciado con anhelo al correrte. —Bufó.

La vi caminar hacia el centro de la habitación y agacharse. Cogió la ropa que había quedado tirada en el suelo y empezó a ponérsela.

—¿Qué haces?

—Largarme de aquí —siseó.

La seguí cuando salió de la habitación y cuando accedió a la escalera.

—¡Quieres parar! —le pedí en tono alto— No sé por qué cojones he dicho eso, joder.

—Da igual, lo has estropeado. —Noté una pincelada de contención en su voz y maldecí por la posibilidad de que estuviera llorando.

—Dafne, no te estoy mintiendo.

—Me da igual ya —repitió testaruda.

Continuó hasta llegar al salón y al sofá, de donde cogió el sujetador y el jersey. Todo se lo colocó rápido, quedándose vestida. Yo continuaba desnudo, demasiado desconcertado como para reaccionar como que necesitaba y debía. Agarró la mochila, se la colgó a un hombro y se dirigió hacia la puerta principal.

—No vas a salir —conseguí hablar, en un tono alto y claro.

—¿Quién me lo va a impedir? ¿Tú? —Me fulminó con la mirada.

—Primero te tranquilizas, segundo hablamos y tercero si quieres largarte después, tendrás la puerta abierta para hacerlo porque hasta entonces no pienso dejar que salgas. No me sale de los cojones que te vayas así, no he hecho nada para propiciarlo, ni mucho menos me lo merezco.

—No quiero escucharte. —Me dio la espalda.

—Quiero contarte algo importante para mí. —Bajé el tono de voz—. Quédate, por favor.

No me respondió y respeté su silencio, deseando e implorando que entrara en razón, por lo menos para que me diera una oportunidad. Necesitaba centrarme porque no sabía qué mierda le iba a decir. Había sido al primero que le había chocado lo que había sucedido, pero tenía la necesidad de abrirme a ella. Me refiero a todo lo que me inquietaba y propiciaba ciertas reacciones en mí, difíciles de entender. Al menos yo no había conseguido una mierda hasta ahora.

—¿Has follado pensando en esa? —susurró.

—No hables…

—¿No es lo que ha sido? —Se giró de golpe. Maldecí otra vez al ver el brillo de sus ojos por las lágrimas contenidas.

—Dafne, ¿no te he dejado claro lo que siento por ti?

—¿Qué parte tengo que creer? ¿Eh? ¿La de todas las cosas bonitas que me has dicho hasta hace pocos minutos? C me decanto por una única palabra que es muy significativa, por el momento que se ha dado. No te he pedido nada Kenai. En realidad, sí que estaba ilusionada porque yo sí siento todo lo que he dicho, pero soy realista y sé que lo nuestro no va a llegar a nada…

—No vuelvas a decir eso, ni se te ocurra volver a pronunciar las últimas palabras —siseé sintiéndome superado.

—Solo tendrías que haberme hablado claro —bajó la mirada, ignorando mis palabras—. Decirme que querías tener sexo y ya está.

—Joder, quieres escucharme. —Caminé hacia ella.

Vi su garganta tragar saliva cuando me puse delante.

—Desnudo no ayudas —susurró.

—Pues es lo que hay porque no voy a subir a por la ropa para que aproveches para irte. —Hizo una mueca y yo levanté una ceja—. Todo lo que has escuchado de mí es tan cierto como que estamos cara a cara.

—¿Entonces…? ¿Qué es lo que quieres contarme? ¿Tiene que ver con ella?

—Necesito evitar que te alejes porque me asfixio solo de pensarlo, Dafne. —Me pasé las manos por el pelo, agobiado.

—Kena…

Mi nombre quedó interrumpido. El sonido del timbre de la reja sonó y volví a maldecir porque fuera quien fuera, lo iba a echar a patadas de ella.

—No me lo puedo creer. —Me froté la cara viendo por la pantalla de la cámara a la persona que estaba al otro lado.

—¿Quién es? ¿Ella?

—Y dale con ella, quien mierda sea. —Bufé y por la forma en la que hablé la dejé callada de golpe.

Y más lo hice cuando activé el altavoz para dirigirme a la visita inesperada que esperaba mirando hacia los lados.

—¿Qué narices haces en mi casa Anet? —solté con rabia y asco, superado con todo.

)

, Al menos estoy bloqueando la puerta, me dije, me refiero a que Dafne tendría que correr por el salón para llegar hasta la corredera buscando una salida, y era bastante distancia, lo que me llevaría a darle alcance antes de que lo consiguiera.

Solo me faltaba salir como vine al mundo y verme corriendo por el jardín, porque, aunque consiguiera huir, no pasaría de él hasta que no me escuchara, como le había pedido.

—¿Kenai? ¿Eres tú? —Puse los ojos en blanco, apretándome la frente.

—No, soy del servicio… pues claro que soy yo, deja de hacerte la tonta que se te da muy bien. Lárgate de aquí, no lo voy a repetir.

—Solo quiero que me enseñes tu casa nueva.

—Como si yo quisiera hacerlo… Mira te voy a decir mis últimas palabras y voy a ser todo lo educado que te mereces. Demasiado me he contenido durante los últimos años… olvídate de que existo Anet, para siempre. Estoy con mi novia, en mi nueva casa —remarqué—, desnudo porque acabas de fastidiarme el mejor sexo de mi vida.

»Pero no vayas a pensar que por esta interrupción se ha terminado. ¿Te vale? ¿Lo entiendes? ¿Comprendes el papel que ocupas en mi vida? Nulo, Anet. Métetelo en la puñetera cabeza porque como te vea, aunque sea a poca distancia de mí, no atenderé a razones y te vas a arrepentir. Como el timbre vuelva a sonar se te va a acabar la vida tan plácida y cómoda que tienes junto a tu padre porque sabes que puedo hacer que te quite gran parte de lo que disfrutas.

Cogí varias bocanadas de aire y desconecté la cámara. Lo último que vi de ella fue su cara asustada. Me había guardado para mí la última baza en lo referente a su padre, la que sabía que, si llegaba a sus oídos, Anet ya no viviría a su costa. Y la había dejado para el final porque era decisiva. Ella jamás traspasaría la línea que acababa de imponerle, poniéndose en el punto de mira.

Me giré para buscar a Dafne. La encontré en el mismo lugar, observándome con atención. Y lo supe, supe que no

se iba a ir hasta al menos conversar, lo que me dio un poco de paz.

—Sígueme —le pedí y caminé hacia la escalera.

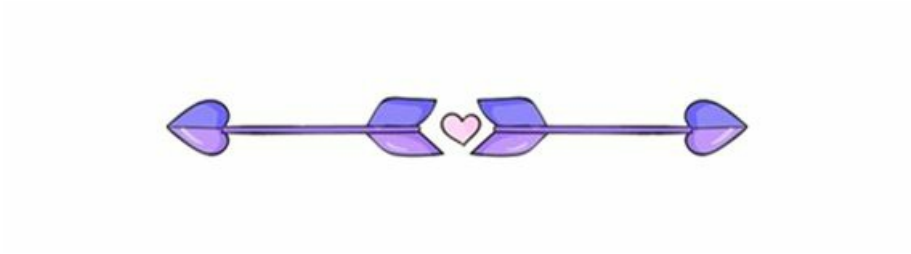
En silencio lo hizo sin dudar. Chica lista, pensé.

se iba a ir hasta al menos conversar, lo que me dio un poco de paz.

—Sígueme —le pedí y caminé hacia la escalera.

En silencio lo hizo sin dudar. Chica lista, pensé.

Capítulo 31



Dafne

«Confía en él hasta saber a lo que atenerte», me repetí muchas veces hasta llegar a la puerta de su habitación. No entré, me quedé en el marco viendo cómo se movía en el interior. Con movimientos rápidos recogió toda su ropa del suelo y se dirigió hacia una cómoda. La dejó encima de ella y abrió varios cajones, cogiendo otra limpia. Fue hacia el baño que tenía la puerta abierta y entró.

Al quedarme sola solté un suspiro largo. Me había sentido tan mal cuando había escuchado de su boca… fruncí los labios sin querer recordarlo, dejando la vista fija en la cama. Había sido tan especial hasta ese instante. Quería escucharlo, necesitaba hacerlo, así de simple o complejo, porque el resultado final podía dar al traste con todo.

Su comportamiento, sus palabras, su desconcierto, sus gestos… todo me había indicado que era sincero. Y a ello le sumaba cómo había encarado a la tal Anet, la que entendí que era la misma que la de la universidad. Me había sentido reconfortada y por ese motivo no había insistido en marcharme, por el momento.

Yo era la primera interesada en comprobar hasta qué punto me había creado una ilusión ficticia. No me iría de la casa hasta saber la verdad, la que fuera para afrontarla. Eso lo tenía claro porque no quería meterme más de lleno de lo que estaba en lo que sea que habíamos iniciado. La situación me pesaba demasiado porque la incertidumbre, el miedo y las dudas jugaban muy malas pasadas.

Giré la cabeza hacia él, cuando la puerta del baño se abrió. Tan metida en mis pensamientos había estado, que ni escuché el agua de la ducha. Acababa de pasar por ella y lo observé con anhelo porque estaba guapísimo. Tenía el pelo húmedo, desenfadado, vestía un pantalón de deporte junto a una camiseta de manga larga, pero de tela fina. Iba descalzo, pero no tardó en ponerle remedio.

—¿Quieres ducharte? —me preguntó cuando se giró hacia mí.

—No —respondí y me guardé que, si todo salía bien, lo haría más tarde. Como también cabía la posibilidad de que terminara haciéndolo en mi casa.

Caminó hacia mí y me aparté para que saliera.

—Vamos. —No se paró y me tragué el otro suspiro.

Debo decir que verlo por la espalda mientras íbamos a su habitación había sido demasiado tentador. ¿Qué puedo decir? Ver la parte trasera de su cuerpo desnudo, sus músculos moverse con cada paso que daba… era un hombre que captaba la atención, estuviera vestido o no, pero sin ropa… ya, me dije porque sentí un calor repentino y no era el momento.

Lo seguí hasta la cocina y me paré junto a la isla.

—¿Quieres algo de cenar? —Volvió a dirigirse a mí.

Ya no era el Kenai con el que había acortado las distancias, en su lugar estaba el Kenai que conocí. Eso me transmitía y un nudo en la garganta me hizo tragar saliva y acercarme a un mueble para sacar un vaso, con la intención de beber un poco de agua para aligerar la sensación.

Abrí el primer armario recordando de donde los sacó Héctor para la cena, el primer día que pisamos la mansión. Con él en una mano volví a la isla donde había una jarra. Algo facilitó sentir el líquido deslizarse por mi garganta, pero no lo suficiente, ni cómo necesitaba.

—No me has respondido. —Lo escuché a mi espalda y me giré, quedando de frente.

—No sé si quieres oír que sí —dije en tono bajo.

—He insistido para que te quedes, Dafne ¿tú qué crees?

—Estás incómodo y…

—Como comprenderás es por la situación —asentí—. Tú también has cambiado desde que te levantaste de la cama.

—Ya… —Hice una mueca.

—Escucha, si no me importaras no hubiera impedido que te fueras. ¿Lo comprendes?

—¿Quién es Ani?

—Como no sea Anna, una novia que tuve durante tres años… —dijo pensativo.

—¿Cuánto hace de eso? —Agrandé los ojos.

—Fue con diecisiete años, Dafne —negó poniendo los ojos en blanco.

—¿Y todavía te acuerdas de ella de alguna forma especial? —susurré.

—Pues no, ni la recordaba, la verdad. Fue hace muchísimo tiempo, el mismo que le perdí la pista cuando dejamos la relación. La decisión fue mutua, los dos estábamos seguros de ello, así que… si la veo por la calle no sé si la reconocería, como puede suceder a la inversa. Pero si se da, no dudaría en acercarme a hablar con ella de los viejos tiempo y para preguntarle cómo le va la vida. Aparte de mi pareja fue una gran amiga.

—Vale —dije en tono bajo.

—Lo que has escuchado de mis labios no tiene sentido alguno. Estoy siendo muy sincero, como desde que me conoces. No me gusta meterme en un juego que me haga sentirme mal, ni mucho menos sentiría lo que siento si tuviera a otra en la cabeza.

—¿Qué sientes? —Levantó una ceja ante mi pregunta y me removí inquieta por la intensidad con la que me miró después.

—Vamos a hacer algo de cena y después hablamos.

Dejé salir un suspiro y me puse a ayudarlo cuando fue dándome varias cosas que sacó de la nevera.

—¿Te ha agobiado mucho la que ha llamado a la puerta? —Quise saber, como quién no quiere la cosa, pareciendo despreocupada.

—Ya has comprobado de buena mano cómo es y al autoinvitarse a querer entrar aquí, te da la respuesta. Hasta ahora por muy claro que siempre me he dirigido a ella no ha surtido efecto. Está acostumbrada a hacer lo que le da la gana sin que nadie se oponga a ello, lo que la lleva a no tener freno para conseguir lo que desea.

»Está saliendo con Glenn, un compañero tuyo y de Nicole de la universidad, e igualmente se ha presentado aquí —Sacudí la cabeza—. No tengo ni puñetera idea de cómo ha sabido la dirección, aunque con el poder que tiene su padre no dudo de que le habrá resultado muy fácil porque las habladurías vuelan. Yo también soy muy conocido por la zona. —Se encogió de hombros.

—¿Y qué te hace pensar que esta vez sí que te dejará en paz? —Lo miré de reojo.

—Porque he tocado la tecla exacta para que lo haga, su padre. —Sonrió de medio lado.

—No quiero saber qué tiene que ocultar.

—Mejor que no lo sepas, créeme. Tampoco es que merezca la pena.

—¿Llevarías a cabo tu amenaza?

—Hasta el final —asintió.

Nos quedamos en silencio mientras lo veía destapar una bandeja.

—¿Qué es? —Me acerqué para verlo más de cerca—. Tiene muy buena pinta.

—*Fish pie*, pastel de pescado típico de aquí. Lleva una base de salmón y merluza, con verduras y champiñones. Cuando se mezcla se le añade bechamel y por último se cubre con una capa de puré de patata y varios tipos de quesos para que se gratinen.

—No lo he probado todavía.

—No tardarás en hacerlo —asintió yendo hacia el horno—. Me he escapado un rato del trabajo este mediodía para venir a prepararlo y solo falta la parte final que llevará pocos minutos.

Sentí una sensación muy agradable al escucharlo y sonreí agradecida, lo que expresé.

—Gracias.

Se giró hacia mí limpiándose las manos con un trapo.

—Dafne, para mí era importante que vinieras. No he podido ni resistirme a esperar a que lo hicieras por tu cuenta.

—Me lo has dicho y has venido a por mí —susurré.

—No he querido hacerte daño, no era mi intención —negó.

—Lo sé. —Sonreí un poco, lo que provocó que dejara salir de golpe el aire.

—¿Estás convencida de ello? —quiso insistir.

—Si no lo estuviera mi respuesta hubiera sido muy diferente. —Me encogí de hombros.

—Vale —asintió como si lo tuviera que interiorizar porque le costaba creérselo.

—Sé que no has querido dañarme, Kenai. ¿Me vas a decir lo que querías contarme? —Ladeé un poco la cabeza.

—Claro, pero si te soy sincero no sé por dónde empezar ni como —negó.

—¿De qué se trata? —Fruncí el gesto.

—Es que no sé si vas a pensar que estoy loco… que conste que estoy muy cuerdo, tanto que a veces hasta pierdo la cabeza de tanto pensar.

—No me hace falta aclaración sobre eso. —Apreté los labios, divertida.

—La cena ya está. —Desvió la conversación inclinándose para abrir el horno—. He puesto la temperatura alta para que sea más rápido. Dame una bandeja de la cuarta puerta de arriba.

—Voy. —Caminé hacia el armario.

Lo abrí y cogí la primera que había. Y no sé qué me pasó, fue ilógico porque la bandeja se me cayó de las manos más bien la lancé al suelo yo. Kenai dirigió la mirada hacia mí, se había acercado a la isla para dejar el recipiente de cristal que contenía el pastel. Lo miré apurada porque la bandeja era muy grande, pero, sobre todo, se veía muy elaborada.

Fue su gesto fruncido el que me puso nerviosa, al igual que sus ojos se quedaran fijos hacia abajo. Subió la cabeza lentamente, hasta encontrarse con mi mirada apurada.

—Lo siento, no sé si se me ha resbalado…

—¿No lo sabes? —Apoyó la espalda en la isla.

—Es que la he cogido y…

—¿Qué? —Entrecerró los ojos.

—¿Por qué me miras así?

—No te lo estoy echando en cara, Dafne. La bandeja me importa una mierda, lo que quiero saber es qué ha pasado

para que termine donde está.

—No lo sé… la he cogido y…

—Dilo. —Su tono de voz serio y autoritario me hizo reaccionar cruzando los brazos, encarándolo.

—¿Por qué narices eso se supone que es importante? Joder, que se me ha resbalado de las manos, es muy grande.

—¿Estás segura de que se te ha resbalado?

—Sí, ¿no? —Bajé la mirada hacia ella.

—Yo no lo sé.

Soltando un suspiro y para zanjar ese tema, me agaché para cogerla y llevarla al fregadero para lavarla antes de dársela. Con cuidado, como si fuera a quemarme, acerqué las manos a los extremos y la agarré con fuerza, ejerciendo presión. Cogí aire al ver que todo estaba bien y me levanté encontrándome con sus ojos. Su mirada era tan intensa en ese instante…

—Me estás poniendo nerviosa por una dichosa bandeja. —Puse los ojos en blanco y fui hacia el fregadero.

La lavé bien, la saqué y la llevé junto a él.

—Aquí tienes.

—¿Por qué has elegido en concreto esta?

—¿Por qué estaba la primera? —Levanté las manos a los lados de mi cuerpo.

Asintió llevando la vista hacia ella, quedándose pensativo.

—Coge otra, que sea de tamaño mediano —me pidió yendo un cajón, del que sacó lo necesario para servir el pastel de pescado.

Soltando un suspiro cogí otra vez la bandeja y la llevé a su sitio, pero antes de colocarla me fijé en los grabados que tenía. La apoyé en la encimera y recorrí todos los detalles con la vista, maravillándome por lo bien hecha que estaba. Se notaba que era artesanal, que era obra de la mano del hombre. A punto de guardarla, algo llamó mi atención.

En la esquina izquierda parecía tener un grabado que se diferenciaba del resto, con un relieve diferente. Pasé la yema de los dedos por él, acariciándolo repetidas veces. Hasta interioricé y memoricé el dibujo que hacía. Cuando separé la mano la subí y cogí otra de las características que me había pedido.

Cerré el armario y antes de llevársela a Kenai, dejé la nueva bandeja en la encimera, otra vez, y me froté la palma de las manos con la ropa. Sentía las manos húmedas, como sudorosas y di por hecho que lo había provocado los nervios que había sentido al caer la primera al suelo. En un principio pensé que rompería, sin saber de qué material estaba hecha. Por suerte no había sido así, solo hubiera faltado porque por cómo había reaccionado Kenai…

Me giré para regresar junto a él y lo encontré apoyado otra vez en la isla, mirándome con los brazos cruzados. Me dio la sensación de que había estado pendiente de mí en todo momento. La verdad, ni me había dado cuenta. Sacudí la cabeza y me puse a su lado. En silencio, porque ninguno de los dos dijo nada más, le acerqué dos platos. Sirvió la cena en ellos y los colocó en la bandeja, al igual que la jarra de agua después de preguntarme qué me apetecía beber.

Con todo preparado fuimos hacia el salón y lo seguí hacia el sofá, donde eligió que íbamos a cenar.

—¿Prefieres la mesa? —dijo ofreciendo un plato.

—Me da igual, por mí no hace falta.

—Cuando estoy solo suelo hacerlo todo desde aquí, al igual que en mi verdadera casa.

—Esta también lo es.

—Sí, y quizás parezca raro, pero, aunque hace muy poco tiempo que la tengo, en comparación a que la llevo media vida viviendo… no sabría por cuál de las dos decantarme. Por lógica tendría que elegir la que me espera para que regrese, pero…

—No puedes —asintió girando la cabeza hacia mí.

—No sé por qué, Dafne. Hay algo que no te he dicho.

—¿Referente a…?

—Ni se te ocurra volver a lo del dichoso nombre —me cortó.

—Iba a decir… —carraspeé divertida— referente a esta casa.

—Ahhh… —Reí y me gustó volver a ver una sonrisa en sus labios— Así es.

—Oh, por favor —dije sin pararme a tragar, con la boca llena—. Esto está delicioso. —Me la tapé.

—Me alegra que te guste.

—Quiero la receta. —Volví a llevarme a la boca otro tenedor lleno—. Mmm…

—Es muy sencillo, tal y como te he explicado —habló antes de empezar a comer.

—Entonces no la necesito, la tengo aquí. —Me toqué la cabeza.

Nos dedicamos a comer. Mientras disfrutábamos del pastel de pescado me habló de más platos típicos y yo le comenté que, de todos los que nombró, solo había probado uno. No me pasó desapercibido que no volvió a tocar el tema de la vivienda y me pregunté cuán importante era lo que quería decirme que le costaba tanto, hasta llegar a pensar que podía tratarlo de loco.

—Ahhh… —Reí y me gustó volver a ver una sonrisa en sus labios— Así es.

—Oh, por favor —dije sin pararme a tragar, con la boca llena—. Esto está delicioso. —Me la tapé.

—Me alegra que te guste.

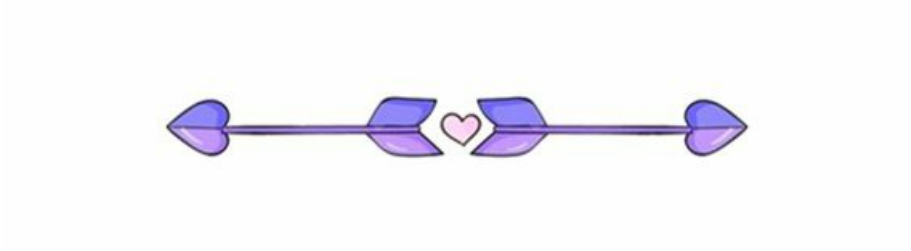
—Quiero la receta. —Volví a llevarme a la boca otro tenedor lleno—. Mmm…

—Es muy sencillo, tal y como te he explicado —habló antes de empezar a comer.

—Entonces no la necesito, la tengo aquí. —Me toqué la cabeza.

Nos dedicamos a comer. Mientras disfrutábamos del pastel de pescado me habló de más platos típicos y yo le comenté que, de todos los que nombró, solo había probado uno. No me pasó desapercibido que no volvió a tocar el tema de la vivienda y me pregunté cuán importante era lo que quería decirme que le costaba tanto, hasta llegar a pensar que podía tratarlo de loco.

Capítulo 32



Como a la mañana siguiente era el último día de trabajo de la semana y teníamos que madrugar, en cuanto terminamos de cenar subimos a la habitación. Todo parecía normal entre nosotros, la tensión se había evaporado y era como si no hubiera sucedido nada. Por mi parte así era porque le había creído, había visto sinceridad en él y con eso tuve suficiente para reordenar mis pensamientos.

Kenai se quitó la ropa después de pasar por el baño. Se metió en la cama en bóxer. Yo me desvestí también, pero poniéndome el pijama. Cuando salí de lavarme los dientes me encontré con su mirada a través de la tela del dosel.

—No te lo he dicho, pero me encanta —dije junto a la cama, acariciando la tela.

—Lo imagino —asintió sonriendo—. Me gusta a mí y no soy dado a estas cosas. —Me hizo reír mientras me tumbaba—. Ven aquí. —Dejé salir un suspiro cuando me acercó a él. Apoyé la mejilla sobre su pecho, y sentir el calor de su abrazo, me reconfortó—. Todo está bien, ¿verdad?

—Lo está —aseguré y volví a sonreír al sentir el beso que me dio en la cabeza.

Habían pasado tantas cosas en poco tiempo, que me olvidé por completo del móvil. No para mirar si me habían llamado o escrito, sabía que mis amigos no harían ninguna de las dos cosas para no molestarme, a no ser que fuera de vital importancia. Con lo de olvidarme del móvil me refiero a que ni pensé en las alarmas que había decidido no poner más, junto a Héctor y Tania, hasta poco antes de adormecerme en el cobijo de Kenai.

No me moví. Primero porque él se encargó de poner una en el suyo con la que nos despertaríamos, segundo porque di por hecho que el agotamiento me facilitaría caer rendida. No me preocupé por si soñaba, ni quise pensar en ello mientras notaba cómo los párpados me pesaban. La noche anterior al lado de Héctor fue tranquila y sin rastro de nada, la primera después de muchas que había descansado en condiciones. Y estando con Kenai, teniendo su cercanía, sabía que era un valor añadido para que todo fuera bien. O eso pensé...

En algún lugar de la inconsciencia…

—My lady. —Escuché la voz de Gladys y hablé sin girarme hacia ella.

—¿Sí?

Esperé un tiempo para que volviera a pronunciarse, pero no se dio. Me moví para saber el motivo y mi corazón dio un vuelvo en mi pecho al ver la presencia de la persona que la acompañaba.

—Kylian —pronuncié su nombre con un susurro—. No esperaba vuestra grata visita.

Gladys se fue, dejándonos solos. Admiré su imagen aproximarse a mí. Se inclinó tomándome de una mano y se la llevó a los labios. La suavidad de ellos rozó mi piel y mis mejillas se ruborizaron ante el contacto.

—Me preocupáis, my lady. Me hubiera agradado adelantarme, pero debido a unos asuntos que me han retrasado, hasta este instante no he podido venir junto a vos.

—No os preocupéis, os lo agradezco. —Bajé la mirada, sintiendo la pena intensificarse.

Mi querido padre hacía diez largos días que había fallecido y gran parte de mi corazón se había ido con él. El desánimo y la tristeza eran habituales en el transcurso de mis días. Mi adorada Gladys siempre estaba pendiente de mí, preocupada, y Kylian…

Gracias al comunicado que le hizo llegar mi padre desde su lecho, el fatídico día, solo había sentido soledad en ciertos espacios de tiempo. Kylian llegó a nuestro hogar postergando todos sus asuntos y estuvo acompañándome en el trago tan amargo que había tenido que vivir. Se preocupó para que ingiriera alimentos porque mi boca se negó a hacerlo.

Nuestro enlace todavía no se había dado, por decisión suya. Así lo había querido para dejar correr un poco el tiempo. Sabía que no se demoraría mucho, pero en el momento en el que estaba y sabiendo que me había enamorado del hombre que era Kylian, deseaba con todo mi corazón unir nuestras vidas y nuestros días.

—Tenéis que intentar cambiar el estado de ánimo, my lady. Soy conocedor de la difícil tarea que supone, pero no soporto veros tan decaída, sin ánimo para nada. Cuando os conocí, eráis vitalidad y energía.

—Lo lamento —susurré sintiendo la garganta bloqueada porque…—si queréis anular el compromiso…

—No volváis a decir esas palabras nunca más. —Sujetó mi barbilla, haciendo que lo mirara—. Es necesario que las apartéis de vuestro pensamiento. El enlace se llevará a cabo dentro de dos días.

—Dos… —Mis ojos lo observaron emocionada.

Sentía en mi interior una mezcla tan inmensa de sentimientos. Por un lado, la tristeza y la soledad interior más absolutas, por el otro, la ilusión y el deseo de que sucediera, con el añadido de los nervios que removían mi interior.

—Veo que es una costumbre para vos. —Su voz dejó ver la diversión que le producía que varias veces me hubiera encontrado descalza en la hierba.

—Muy necesario —susurré.

—Os complace sentir la conexión con la naturaleza —asentí avergonzada—. Ante mí, bajo ningún concepto, sintáis vergüenza. Venid.

El rubor de mis mejillas regresó y se intensificó cuando me agarró de una mano y me llevó con él. Observé su perfil mientras caminábamos por la fresca hierba, era tan apuesto. Me asombró que se sentara en medio del jardín, ofreciéndome sus manos para que lo acompañara. Acepté sin dudar, acomodándome a su lado.

—Desde una edad temprana, este ha sido mi lugar favorito. Mis recuerdos con mis queridos padres se amontonan aquí, y posteriormente con mi padre, cuando mi madre nos dejó —susurré sintiendo que algo me apretaba con fuerza el pecho.

—También será mi lugar favorito. A partir de este instante será nuestro espacio, nuestro refugio.

Sintiendo la humedad en mis ojos vi cómo se dejaba caer hacia atrás, hasta quedar tumbado bocarriba en la hierba. No le importó que su vestimenta de gran valor e impoluta se ensuciara, lo hizo con satisfacción. La emoción me embargó, notando en mi interior una sensación repentina cálida y calmada.

—Acompañadme —me pidió.

Mis labios mostraron una sonrisa tímida mientras apoyaba la espalda en la hierba. Dejé salir un suspiro antes de girar la cabeza hacia él. Me encontré con su mirada, estaba tan próxima… tragué saliva y la curva de mis labios se amplió al ver la suya. Contuve la respiración cuando rodeó mi mano, acariciándomela. Hacía que todo fuera tan especial…

Tumbados y en silencio, sintiendo que solo estábamos los dos, nuestros cuerpos permanecieron sin moverse durante un largo espacio de tiempo. Mi corazón latió con fuerza ante la intensidad de sus ojos, los que no apartó en ningún instante de mi presencia. Cerré los míos.

—My lady, voy a besarla. —Mis párpados se abrieron de golpe ante sus palabras susurradas.

Desde que nos conocíamos no habíamos tenido, en un sentido íntimo, más contacto que el de ese día, ni más

acercamiento. Sentí mi cuerpo temblar cuando se acercó a mí, conteniendo la respiración. En mi interior todo explosionó cuando unió sus labios a los míos y su lengua los lamió. Creí desfallecer en ese mismo instante, siendo la primera vez que lo experimentaba.

—Deliciosa —susurró sin apartarse de mí.

Volvió a unir sus labios con los míos, apoderándose de mi boca de una forma muy diferente a la anterior. Nunca me habían tocado como él lo estaba haciendo, me dejé llevar por los sentimientos que se mezclaban dentro de mí, los que fueron bien recibidos por las sensaciones que me hizo sentir. Cuando se apartó y perdimos el contacto me sonrió, volviendo a la posición que había tenido. El mismo gesto le devolví, sonrojada y acalorada.

Nuestras cabezas se mantuvieron giradas hacia el otro, nuestros ojos no se apartaron, nuestras respiraciones pausadas se acompasaron… hasta que a mis oídos llegó el sonido de una voz conocida y muy querida. Me incorporé de golpe, quedándome sentada.

—¿Sucede algo my lady? —Se levantó extrañado.

—Sí. —Acepté el ofrecimiento de sus manos que me ayudaron a ponerme de pie—. Venid, Connor está en mi hogar. Quiero presentároslo, es un gran amigo de la familia.

Llena de emoción me dejé llevar por impulso. Agarré su mano y corrí por el jardín. Kylian me acompañó con una gran sonrisa hasta llegar al salón principal.

—Connor —lo pronuncié con alegría, la misma que me provocaba su presencia.

—Mi queridísima my lady. —Se inclinó sin dejar de observarme. Uno de sus ojos se cerró, haciéndome un gesto de complicidad—. Espero que os llegara mi comunicado por el fallecimiento de vuestro padre —asentí con tristeza—. Mis días alejado se terminaron. Cuál fue mi sorpresa con el pasar de los días, que a mis oídos llegó el anuncio de vuestro inminente enlace. Acabo de regresar del largo viaje que me apartó de vuestro lado. ¿Os pensabais que no os acompañaría en un evento de tal magnitud? Yo seré quien os lleve hasta vuestro futuro esposo, con todo el amor que os proceso.

De vuelta al presente, en mitad de la noche junto a Kenai…

Abrí los ojos de golpe, dándome cuenta de que la luz de la habitación estaba encendida. Sin moverme llevé la vista hacia lo que me rodeaba, interiorizando dónde me encontraba. Dejé salir el aire, sintiéndome desconcertada, pero asombrosamente identifiqué en mis labios una sonrisa.

Las sensaciones de ese despertar eran muy diferentes a las de las veces anteriores. La ilusión y la alegría estaban muy presentes. Sí, había alguna pincelada de nostalgia, melancolía y pena, pero nada significativo.

—¿Dafne? —Escuché el murmullo de la voz de Kenai y giré la cabeza hacia él.

Estaba medio incorporado, observándome.

—¿Me he movido mucho? ¿Te he despertado? —Me senté despacio—. ¿Qué hora es?

—Alguna patada me he llevado. —Apretó los labios—. No, me he desvelado antes y he estado atento a ti. Las cinco y media.

—Vaya, es muy temprano. No sé a qué hora sueles levantarte. —Hice una mueca.

—Por mí no te preocupes. —Me hizo un guiño—. ¿Estabas soñando?

—Sí —susurré quedándome embelesada en él.

Tenía el pelo despeinado, con varios mechones cayéndole sobre la frente. Su expresión era relajada y me sonreía directamente. Me dieron ganas de hacerle varias preguntas, pero preferí disfrutar de la sensación y la complicidad que transmitía.

—¿Has descansado? —susurró sobre mis labios, cubriéndome con el cuerpo.

—Mucho. —Le di un beso corto, con el que dejé salir un suspiro al final.

Me lo devolvió, pero con uno más intenso que me dejó sin aliento. Hice una mueca cuando se levantó de la cama, separándose de mí, lo que provocó que soltara una carcajada.

—Si me quedo más tiempo a tu lado ahora mismo, no respondo de mí y tendrás que correr para llegar puntual al trabajo —dijo caminando hacia el baño.

Cuando cerró la puerta me levanté y caminé hacia la mochila. Saqué la ropa que había en el interior y caminé hacia una ventana para comprobar cómo se presentaba el día. Subí la persiana y sonreí al verlo despejado, sin una nube.

—Va a ser bueno —susurré dejando vagar la vista por el jardín.

Y algo hizo clic en mí, algo que, hasta ese instante, sorprendentemente, ni había pensado ni había enlazado. Entrecerré los ojos, al sentir de repente presión en el pecho.

—No puede ser… —Tragué saliva y me giré de golpe.

Me olvidé de todo y caminé hacia la puerta. Dejé atrás la habitación y fui hacia las escaleras, recorriendo con la vista todos los detalles que me encontraba. Les di un sentido diferente a como lo había hecho hasta ese instante.

—¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta? —susurré descolocada, llegando al salón.

Lo recorrí a oscuras y me dirigí hacia la cristalera que daba al jardín. Pulsé el botón para que las persianas subieran y esperé impaciente. Salí a la terraza cuando estuvieron a la mitad, sin poder esperarme. Me rodeé el cuerpo con los brazos por el cambio de temperatura y en ese momento, al fijarme bien en lo que tenía delante, mi mente se activó aún más, dándole forma a lo que se me había escapado.

Me moví andando por el césped. Cientos de preguntas se amontonaron en mi cabeza, pero la que más peso tuvo fue la de ¿cómo podía ser? Desde el primer sueño extraño y diferente, supe que… loca se me quedó la cabeza. Me giré rápido al escuchar la voz de Kenai.

—¿Qué haces? Vas a coger frío —habló extrañado desde el salón.

—¿Qué es lo que querías contarme ayer? Lo que te inquieta y lo que supuestamente podía hacerme pensar que estás loco, según tú. No volviste a sacar el tema de esta casa.

—¿A qué viene eso ahora? —Salió a la terraza.

—A que he tenido una relevación. —Levantó una ceja—. ¿Qué te une a esta casa, Kenai?

—Esa parte ya la sabes, la compré para venderla —negó descolocado—. ¿Por qué tantas preguntas de buena mañana?

—Porque me urgen las respuestas… — Bajé el tono de voz.

Para mí quedó el final que le di en mi mente a la frase, el de que «…para saber si esto es real o no». Tenía mucho en lo que pensar y analizar porque por fin me sentía centrada y lúcida, enfocada en la dirección que me preocupaba. Esperé impaciente a que volviera a hablar.

—¿Puedo explicártelo en la cocina tomando un café? —Se cruzó de brazos.

Asentí y caminé, pasando por su lado. Sus ojos me siguieron dejando ver en su cara que no entendía mi comportamiento. Ah, pero yo bien que lo entendía, y tanto que lo hacía. Capté cada detalle de las zonas por las que pasé, como había hecho hasta llegar a la terraza. «Tonta, mira que no darte cuenta», me dije y me repetí. A mi

favor diré que ¿cómo iba a hacerlo? Esta era mi realidad y ni por asomo podría haber pensado de primeras como lo hacía en ese instante.

Me dirigí hacia el armario donde estaban las tazas y saqué dos, yendo hacia la cafetera. La encendí y lo preparé todo mientras se calentaba. Cuando los tuve hechos me giré hacia la isla, encontrándome otra vez con Kenai. Continuaba con los brazos cruzados, interesado por saber qué me sucedía.

—Hecho. —Deslicé su taza y me senté con la mía entre las manos—. Adelante —le pedí antes de soplarle al café con leche.

—Estás muy rara. —Ladeó un poco la cabeza.

—¿Yo? —Me señalé—. ¡Qué va! —Le quité importancia con un gesto de la mano.

Eso fue lo que exterioricé, pero las palabras que interioricé fueron: «Prepárate, Dafne».

favor diré que ¿cómo iba a hacerlo? Esta era mi realidad y ni por asomo podría haber pensado de primeras como lo hacía en ese instante.

Me dirigí hacia el armario donde estaban las tazas y saqué dos, yendo hacia la cafetera. La encendí y lo preparé todo mientras se calentaba. Cuando los tuve hechos me giré hacia la isla, encontrándome otra vez con Kenai. Continuaba con los brazos cruzados, interesado por saber qué me sucedía.

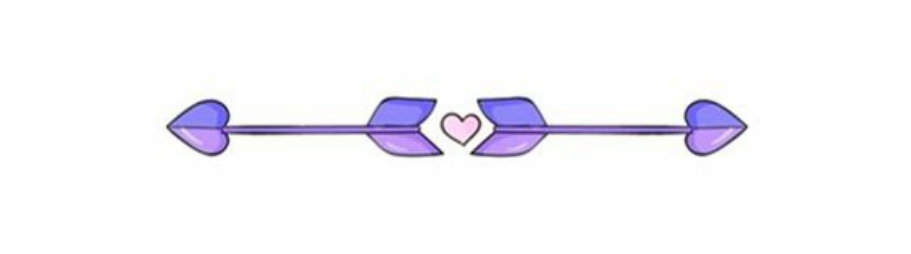
—Hecho. —Deslicé su taza y me senté con la mía entre las manos—. Adelante —le pedí antes de soplarle al café con leche.

—Estás muy rara. —Ladeó un poco la cabeza.

—¿Yo? —Me señalé—. ¡Qué va! —Le quité importancia con un gesto de la mano.

Eso fue lo que exterioricé, pero las palabras que interioricé fueron: «Prepárate, Dafne».

Capítulo 33



Kenai

Sacudí la cabeza porque no la estaba entendiendo. Después del despertar tan bueno que habíamos tenido, la situación había dado un giro otra vez y no conseguía encontrar el motivo a qué era debido.

Me senté en un taburete y me llevé la taza a los labios, pensativo, observándola. Así continué durante unos minutos en los que nuestros cruces de miradas fueron constantes.

—¿Me vas a decir qué ha cambiado desde que he entrado al baño? —Dejé la taza encima de la isla.

—Lo mismo me he levantado con más vitalidad de la normal. No estoy acostumbrada a dormir de seguido. —Se encogió de hombros.

Sabía que eso no lo había provocado, pero no insistí en ello. Preferí ver cómo se daba la cosa antes de indagar má porque, si algo tenía claro, es que estaba callando algo que para ella era importante. Dio la impresión de que primero quería escucharme a mí, oír lo que tenía que decirle. Lo que había evitado a propósito.

Dejé salir el aire lentamente y me animé a contarle mi visión y la percepción que me daba la mansión. No fue fácil, ya os lo digo. Hablar abiertamente de ciertos temas que salen de nuestro control, porque son inexplicables, es complicado porque no todo el mundo puede abrirse a ello.

—Como ya te he dicho, tuve un enamoramiento instantáneo con esta propiedad —asintió—. El primer día que pisé el terreno todo fue perfecto, las sensaciones e impresiones más buenas no pudieron ser. Fue un día, en el que vine con Nicole para enseñársela, en el que algo cambió.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió? —Frunció el gesto.

—Sí, no, a saber… —negué dándole varias posibilidades— Algo me pasó, pero no sé decirte el qué.

—¿A ti? —Mostró preocupación cuando asentí.

—No fue nada grave, me tienes delante. —Sonreí.

—Tú también me tienes delante y las he visto de muchos colores, créeme. Continúa, no quiero interrumpirte —asintió por sus propias palabras, quedándose callada.

—Aquel día con Nicole… —Sin darme cuenta, la vista se me fue al dichoso armario que guardaba la bandeja.

—¿Qué pasa? —intervino Dafne, mirando a su espalda. Interpretó lo que pensé, lo vi en sus ojos.

—Como decía —carraspeé centrándome en la taza para no despistarme más—, aquel día con Nicole, por primera vez en mi vida, hubo un espacio de tiempo que no recuerdo. —Levanté la cabeza hacia ella, esperando que me preguntara, pero se mantuvo callada, atenta y como en tensión—. Lo último que le enseñé fue la biblioteca porque sé que los libros son su pasión. Como era de esperar se emocionó y la dejé a su aire yendo hacia el salón. Y no sé por qué, con todos los espacios que hay aquí, opté por salir a la terraza.

»Estaba lloviendo y me quedé ensimismado mirando el paisaje, protegido por el techado de la terraza. —Moví la taza con las manos, recordando hasta donde sabía. Por mucho que lo había intentado, me había sido imposible ir más allá para descifrar lo que sucedió—. Hasta ahí es muy normal. —Me encogí de hombros.

»El problema vino después, cuando como si estuviera aislado de todo y metido en una burbuja, empecé a diferenciar el sonido de la voz de Nicole. Cuando conseguí reaccionar la busqué, encontrándola en el último lugar donde yo había estado, porque en ese instante, me vi en medio del jardín, mientras el agua caía con fuerza sobre mí. Me sentí desconcertado porque no entendí qué me impulsó a salir de la protección y porque no recordaba haberlo hecho, ni cómo había llegado hasta donde me encontraba. No sé cuánto tiempo duró.

s

Le di un sorbo al café al mismo tiempo que ella se lo bebía de un trago. Dejó la taza con más fuerza de la normal encima de la isla y se levantó de un salto del taburete en el que estaba sentada.

—Enséñame donde fue exactamente, donde te quedaste —me pidió caminando hacia la puerta de la cocina.

—¿Por qué? —Fruncí el gesto, siguiéndola— ¿Qué tiene de importante? ¿Has escuchado lo que te he dicho? Y no ha sido la única cosa que he sentido.

—Porque sí. No lo sé. Perfectamente y ahora continuas —respondió a todo.

Levanté una ceja a su espalda y sacudí la cabeza. Dejé de intentar comprenderla porque no había narices por dónde coger sus reacciones, hasta que no fuera ella quién me las aclarara.

—¿Dónde te quedaste? —Quiso saber mirando todo el jardín.

—Allí. —Señalé hacia delante, pero un poco apartado hacia la derecha.

—¿En serio? —Rio nerviosa—. Allí abarca bastante.

—Anda vamos. No sé qué te ha dado con esto. —Puse los ojos en blanco.

Empecé a andar por el césped, hasta llegar al punto exacto en el que creía que fue.

—Sí, desde aquí vi a Nicole —asentí conforme, con la vista fija en la terraza.

—Aquí —susurró y sonó tan débil su tono que la busqué en el gesto fruncido.

Miraba hacia el suelo, quieta, estática. Movió las zapatillas de estar por casa, jugueteando con el césped, hasta que se puso a girar sobre sí misma, despacio.

—Dafne, ¿estás bien? —hablé en tono bajo.

En ese instante me dio la sensación de que, aunque le gritara al oído tendría el mismo efecto que al haberlo dicho de esa forma. La observé con atención, con más dudas aún, pero me dije que al menos las referentes a ella, sí que podría aclararlas.

Me mantuve en silencio, de la misma forma y terminé sonriendo al ver la sonrisa que apareció en sus labios. Se la veía feliz, despreocupada. Y me sorprendí al tener la imperiosa necesidad de que fuera siempre así.

Cuando se paró de golpe, cogió una gran bocanada de aire y echó una ojeada alrededor.

—¿Qué más te ha sucedido? —Se puso delante de mí.

—Como lo que te acabo de contar nada. ¿No te ha sorprendido? No has hecho ni un comentario y…

—No tengo por qué dudar de ti. —Su respuesta me calentó por dentro—. Es lo que viviste, por raro que parezca. ¿Sentiste algo cuando volviste a ser consciente?

—Paz y tranquilidad.

—Eso es bueno —asintió conforme.

—Pero también nerviosismo e inquietud.

—Eso no lo es tanto, pero es lógico. —Sonrió y negué.

—En otros momentos las sensaciones fueron diferentes. En uno de ellos estaba en mi habitación, donde hemos dormido. Estuve consciente en todo momento y una vibración extraña se apoderó de mí, tanto que me picó todo el cuerpo con una intensidad que me dejó tocado, sobre todo en las manos y los pies.

—¿Vibración?

—Sí, no sé explicártelo mejor. —Me encogí de hombros—. Nunca me ha dado un calambrazo.

—Me hago una idea —susurró llevando la vista hacia la corredera del salón—. ¿Hay algo más?

—Bueno. —Carraspeé captando su atención—. También he tenido algún que otro episodio, como lo diría… ¡Qué más da! —Me froté la cara porque solo había una manera de soltarlo—. Se ha repetido varias veces y en todas ellas más sorprendido no pude estar. Una fuerza muy superior a mí, como si algo interior primara, me hizo tener la necesidad de tocarme, de masturbarme al sentirme superado por la excitación.

—¿En serio? —Agrandó los ojos y me extrañó que se ruborizara.

—Esta parte tampoco es tan rara, ¿no?

—¿Fuiste consciente?

—Sí y no. Con la negación me refiero a que la última vez lo hice como en sueños. No sé, fue una sensación… era como si fuera consciente de todo, viviéndolo con mucha intensidad, pero en realidad no podía abrir los ojos. —Tragó saliva—. Dafne, no es la primera vez que me masturbo al despertarme. —Levanté una ceja.

—¿Eh? Jolín, me hago una idea, pero es que…

—¿Te ha excitado escucharme e imaginarme? —Apreté los labios, divertido.

—No lo sabes bien. —Bufó.

—La próxima vez te haré un directo. —Solté una carcajada por la cara que puso.

—¿Y por qué imaginaste que iba a pensar que estás loco? Soy consciente de que lo que me has contado suena raro, algunas cosas más que otras, pero…

—Hay algo más.

—¿El qué?

—La bandeja que cogiste por ti misma y se te cayó al suelo. —Metí las manos en los bolsillos.

—La bandeja… —repitió— ¿Qué le pasa? Vamos a la cocina.

Empezó a caminar ligera y volví a seguirla, ¿para qué decir nada a esas alturas de la conversación? En cuanto llegó se dirigió al armario y lo abrió. La vi dudar unos segundos, pero terminó por agarrar la bandeja con las dos manos, con fuerza y la dejó encima de la isla de la cocina.

—¿Qué sucede con esta bandeja? —susurró admirando los grabados que tenía.

—Ni puñetera idea, pero yo la primera vez que la vi fue como recibir un golpe seco y contundente, en el estómago y en el pecho. Me quedé sin respiración, literalmente.

Levantó la cabeza de golpe. Fue la primera vez que reaccionó dejando ver sorpresa.

—El día de antes de que vinieras con tus amigos —continué—, el primero que me vine a vivir a la mansión, Gareth y Nicole se presentaron por la tarde para no dejarme solo, poniendo como excusa que el espacio era enorme.

—Lo recuerdo —asintió seria.

—Metí en el horno tres *pizzas* para cenar. Nicole se fue directa a la planta superior para elegir una habitación para dormir y, Gareth y yo, salimos al salón mientras se hacían. Pues… cuando llevaba un rato conversando con él de lo que me estaba pasando, porque no le había comentado nada anteriormente, Nicole apareció con la bandeja, llevando en ella nuestra cena.

»Cuando nos avisó de que ya estaban las *pizzas* nos giramos hacia ella. Fue instantáneo, hasta ese momento yo no había visto la bandeja porque la cocina es enorme y no sé lo que contienen muchos armarios. Al lado de Garetl me faltó el aire, sentí como si me aplastaran la parte frontal con algo pesado y asfixiante, la respiración se me cortó y no conseguía reaccionar por mucho que quería.

»Gareth se dio cuenta y, aunque asustado por lo que le había contado y lo que presenció, distrajo a Nicole y le pidió que regresara a la cocina. Fue gracias a él, al hablarme, que volví a estar bien.

Bajó la mirada hacia la bandeja y pasó las manos por encima de ella, recorriendo todos los relieves, tomándose su tiempo, pensativa.

—¿Qué piensas de esto último? ¿Lo aceptas igual que el resto?

—¿Sabes? En realidad, no puedo ponerme en tu lugar porque no sé de qué manera te afectó, al no vivirlo en persona, pero yo también sentí algo con esta bandeja —susurró—. Por eso la tiré al suelo.

—No se te cayó.

—No. —Sonrió tensa.

—¿Qué fue?

—Como un calambrazo. Cuando insististe en aquel momento, preguntándome, pensé que era porque no querías que se rompiera. Por lo visto es muy resistente y ni siquiera se arañó. Ahora entiendo por qué te pusiste así —asintió haciendo una mueca.

—Dafne —la llamé y me miró al instante, al sentir el agobio en mi voz—. ¿Puedes darme un poco de luz con tu visión desde fuera?

—Ahora mismo no —susurró—, pero lo haré. Quiero asegurarme de algo.

—¿De qué? —La miré extrañado.

—Voy a ejercer mi profesión —me hizo un guiño—, a investigar la historia de esta propiedad.

—No estoy loco.

—No lo estás —aseguró y solté el aire lentamente.

—Gracias por entenderme.

—Lo hago más de lo que crees. —Sonrió.

Con todo dicho sobre los temas que me inquietaban, ella preparó dos cafés y yo me dediqué a hacer el desayuno. Nos lo comimos con calma, pero sin retrasarnos mucho por la rutina que estaba a punto de comenzar. Viernes por fin, me dije, lo que me llevó a pensar en si, pasarlo en mi casa de siempre o continuar donde estaba.

Subí con ella a la habitación y me quedé solo en el interior cuando entró al baño. Ventilé, recogí y me senté en la cama comprobando en la agenda del móvil los lugares a los que debía que ir. Por suerte solo tenía dos visitas programadas, el resto del día lo pasaría en la oficina.

Sonreí como un tonto cuando Dafne salió duchada.

—Esta tarde no te veré —dije caminando hacia ella.

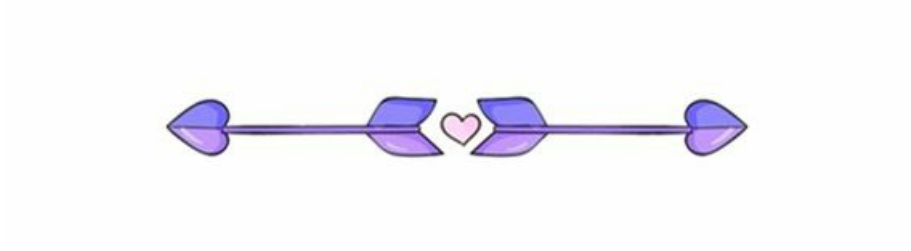
La rodeé con los brazos, buscando sus labios. El beso que no tenía intención de que nos caldeara… pues eso, que se quedó en no tener intención porque el resultado fue excitante y placentero, activándonos en cuestión de segundos por la intensidad con la que nuestros labios y lenguas se buscaron.

Sonreí como un tonto cuando Dafne salió duchada.

—Esta tarde no te veré —dije caminando hacia ella.

La rodeé con los brazos, buscando sus labios. El beso que no tenía intención de que nos caldeara… pues eso, que se quedó en no tener intención porque el resultado fue excitante y placentero, activándonos en cuestión de segundos por la intensidad con la que nuestros labios y lenguas se buscaron.

Capítulo 34



Dafne

—Tenemos un problema —fue lo primero que dije cuando Héctor descolgó mi llamada.

—Buenos días, preciosa —respondió divertido—. No me digas que tu irlandés no ha dado la talla y se te ha caído un mito en tamaño mini.

—¿Qué dices? —hablé con voz ahogada, provocando que soltara una carcajada.

—¿Lo del problema era en broma o…?

—Lo he dicho muy en serio.

—¿Qué pasa? ¿Tengo que preocuparme? —Cambió el tono de voz.

—Solo quería avisarte, pero necesito hablarlo en persona —solté un suspiro.

—¿Dónde estás ahora?

—Kenai acaba de dejarme en la universidad. Estoy subiendo hasta mi despacho.

—¿Es algo referente a él? ¿No os ha ido bien?

—Hemos tenido un poco de todo, pero lo que tiene más peso ha sido espectacular. —Sonreí recordando ciertos momentos—. Tenemos todo el fin de semana por delante para hablar y ponerte al día.

—Eso si no te secuestra otra vez —dijo con guasa.

—Te podrás quejar. Sé de buena mano que ayer estuviste muy bien acompañado —comenté cantarina.

—¿Fue cosa tuya?

—¿Mía? —Reí—. Cómo se nota que todavía no conoces a Nicole. Yo me enteré más tarde qué tú.

—Vale.

—¿Qué tal fue?

—Muy bien.

—Uy, ¿sabes que siempre que nace en ti algo importante con una chica te vuelves muy escueto en los principios?

—¿Sabes tú que eres muy insoportable a veces? —habló serio.

Soltamos una carcajada a la vez.

—Nos vemos en casa por la tarde —me despedí cuando entré en el despacho.

—Aquí estaré. Que vaya muy bien, preciosa.

Colgué dejando el teléfono a un lado y encendí el ordenador. Quería planificar la semana siguiente. La fecha de los exámenes finales se aproximaba y necesitaba tenerlo todo cuadrado y bien cerrado porque se alargarían casi un mes, repartiéndolos entre todas las clases que daba. Cuando lo tuve hecho me centré en la materia para examinarlos.

El café junto a Nicole no faltó, pero ese día con menos tiempo. Divertida aguanté todas las preguntas rápidas que me hizo, referentes a Kenai y a mí. Estuvo impaciente por saber cómo nos había ido. No entré en muchos detalles simplemente le dije que todo iba muy bien y que estaba deseando volver a verlo.

Las horas fueron pasando, más lentas de lo que las notaba habitualmente. Una clase detrás de otra, con pequeños intervalos de tiempo para un descanso y, a las cuatro y diez de la tarde salía del edificio principal, dirigiéndome hacia casa hasta la siguiente semana. Me alejé de la universidad satisfecha porque el día me había cundido mucho

Como ya sabéis no me llevó mucho tiempo llegar. Cuando abrí la puerta sonreí al escuchar las voces de mis amigos.

—Mira la cara que trae la niña, Héctor —dijo Tania, asomándose al pasillo.

—¿Qué dices? —Reí. Nos dimos dos besos y nos abrazamos.

—Chica, déjame. Estoy actuando como una madre, que la tuya te queda muy lejos. —Reímos, incluido Héctor—. Espera a que llegue a la parte del sexo —dijo con picardía.

—Claro que sí, sigue metida en el papel —negué terminando de saludar a mi amigo—. ¡Qué bien huele! —Me asomé detrás de él, mirando hacia la vitrocerámica.

—Te va a encantar y te vas a chupar los dedos, pero antes, ves a la habitación para dejarlo todo. Ponte cómoda. —Me dio un beso en la frente y se giró para continuar con la comida.

—¿Sabéis que en este país solo nosotros comemos a esta hora? —Reí yendo hacia la puerta.

Se empeñaban siempre en esperar a que llegara, ya había dejado de intentar que comieran antes porque sus respuestas siempre eran las mismas, que no fuera pesada porque me iban a acompañar dijera lo que dijera.

—Nos hemos dado cuenta —gritó Tania para que la escuchara desde el pasillo.

Entré en la habitación y fui hacia la mesa, donde dejé la mochila, el bolso y el maletín. Me moví hacia la derecha, hacia donde estaba la bolsa que guardaba en su interior el libro y la toqué, colocando la palma de la mano encima.

—Tenemos una cita pendiente —susurré.

Y es que, desde que empecé a leerlo en el sofá y después de despertarme del sueño que tuve, tal y como lo recogí del suelo al haberse caído, lo llevé a la mesa de mi habitación y no lo había vuelto a tocar. Pero estaba dispuesta a ello, más que nunca.

Pasé rápido por el baño y les di encuentro a mis amigos, ayudándolos a terminar en la cocina. Comimos mientras me comentaban cómo lo pasaron el día anterior y lo que habían hecho por la mañana.

—Nicole es muy simpática, un encanto —comentó Tania.

—Lo es. He tenido mucha suerte de encontrarla. —Sonreí llevándome el último bocado de comida a la boca—. Pensaba que ayer la lluvia os frenaría.

—Para nada, no estuvimos tanto tiempo en la calle, pero disfrutamos adaptándonos.

—Aquí como no te adaptes te tiras días sin salir de casa porque hace uno o dos con sol y el resto de la semana llueve —dije divertida.

—Aún me acuerdo cuando fuimos de vacaciones a Londres. Todo lo que duraron, estuvimos pasados por agua —comentó Héctor.

—Sí —respondimos a la vez Tania y yo.

Terminamos riendo, llevando la memoria a esos recuerdos.

—Ya sabes lo que hicimos nosotros ayer, ¿y tú? —Quiso saber Tania, expectante.

—Tú misma lo has dicho nada más verla. Solo con la expresión con la que ha llegado y la que continúa teniendo. —Sonrió de medio lado Héctor—. Creo que los que estamos peores somos nosotros. —Se dirigió a Tania. Rieron.

—Hubo algún momento de tensión con Kenai —comenté como si nada, levantada mientras recogía los platos de la mesa.

—¿De la buena?

—Y de la mala —les aclaré.

—Coño, ¿qué pasó? No nos llegó tu señal de alarma. —Me siguió de cerca Tania.

—No llegó a mayores. Lo solucionamos. —Me encogí de hombros.

—Por lo que interpreto estáis juntos. —Medio giré hacia Héctor.

Apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, me analizaba.

—No lo sé —susurré desviando la atención, centrándome en dejar en la pica los platos—. Con el día tan bueno que hace y no hemos comido en el patio.

—¿Ahora te das cuenta? Cuando hemos terminado. —Soltó una carcajada Tania.

—Pues sí. —Sonreí de forma exagerada.

—Es que nosotros vamos al revés del mundo, cuando llueva lo haremos —intervino Héctor. Reímos los tres—. Ahora en serio, ¿qué pasó ayer?

—Fue un poco raro… —Dirigí la mirada hacia la ventana.

Daba a la parte trasera, la bahía se veía perfectamente desde ella. Mientras fregaba les conté desde el inicio, desde que me encontré a Kenai en la universidad porque vino a por mí. Esa parte la conocían porque entró conmigo en casa y estuvo con ellos, esperando a que me arreglara. Lo que no sabían fue el encontronazo que tuve con la tal Anet y cómo enfrenté la situación.

De ello pasé a explicarles el resto mientras salíamos de la cocina e íbamos hacia el sofá. Hasta que llegué al tema del nombre que pronunció Kenai en pleno éxtasis. Obvié los detalles más íntimos.

—Joder, no me lo puedo creer. —Reaccionó Tania—. A ver, tú que eres hombre, cuéntanos qué posibilidades hay para que eso suceda. Lo digo porque yo también hubiera pensado y reaccionado como Dafne.

—¿Y qué tiene que ver que sea hombre? —Rio él—. Ni que fuera imprescindible ser de un género u otro.

—¿Cómo qué no? A mí en la vida se me ha soltado la lengua diciendo tu nombre, por ejemplo, en pleno orgasmo. Y mira que lo repito un montón de veces al cabo del día.

—Muchas gracias, me dejas más tranquilo. Solo faltaría, vamos —negó conteniendo el volver a reír.

—Me dio su explicación y lo creí, ya está —intervine y se centraron en mí.

—No sé… —Hizo una mueca ella.

—Deja de crearle dudas. Todos podemos cometer errores y por lo que entiendo, eso es lo que le sucedió a Kenai.

—¿Errores? —Casi saltó encima de él Tania—. Llamas un error el decir en plena faena Carmen, por elegir uno, ¿cuándo es a tu novia Margarita a la que te estás follando? Chico explícamelo porque en mi cabeza no cabe.

—Tendrás que hacer ejercicios para agrandarla porque es lo que hay —respondió serio, pero terminó soltando una carcajada, a la que me uní.

—Hay cosas que no mienten, simplemente se siente que es la verdad. Así me lo transmitió Kenai en todo momento —comenté.

—Mira se va a librar por cómo echó a esa otra de su puerta. Joder, ese hombre las colecciona como cromos, la virgen —dijo con un lamento.

—La falsedad, la inseguridad y la mentira, todo ello se transmite y se siente, chicas. Otra cosa es que alguien se

niegue a verlo y a aceptarlo porque rechaza la peor situación que puede encontrarse y darse —habló Héctor—. Al igual que la inquietud por perder algo que realmente importa y quieres, mezclada con el miedo y la ansiedad que provoca. Si Dafne supo identificar esas partes en Kenai es porque fue un simple error que pudo pasarle mucha factura a él —asentí confirmándolo.

—Y después de tener un sexo increíble, orgasmos apoteósicos, el despliegue de tensión que os provocó la situación del nombre, más la inesperada aparición de esa mujer… ¿Todo se dio bien entre vosotros?

—Costó un poquito, pero conseguimos estabilizar la situación —asentí sonriendo.

—Pues cariño, si habéis superado todo eso en una sola tarde, tenéis vía libre para el resto de vuestras vidas. —Aplaudió Tania.

—Estaba cantado, al menos para mí —comentó Héctor.

—¿Tan claro lo tenías? ¿Tú crees? —le pregunté pensativa.

—Sí, y tú también lo sabes. —Levantó una ceja y me ruboricé.

—Vale —asentí—. Pues después de esto os voy a soltar una bomba que os va a dejar locos. —Me levanté del sofá.

—Joder, ¿otra más? —se lamentó Tania.

—No tiene ni punto de comparación con lo que sabéis hasta ahora. Ahora vengo —dije mientras salía del salón.

Los dejé sentados en el sofá y me dirigí hacia la habitación. Cuando entré fui directa hacia la mesa y cogí la bolsa llevándomela conmigo. Me puse delante de ellos, con la mesa pequeña entre nosotros. Héctor se sentó recto y se preparó, al ver la decisión en mi mirada y lo que dejé encima de la mesa. Tania me miraba extrañada y a la espera de que aclarara lo último que había dicho.

—Esta mañana, al poco de despertarme, he tenido una revelación —continué.

Así había sido, todo había llegado a mí en tiempo récord, aunque al decirle las mismas palabras a Kenai no hubiera sabido a qué eran debidas. Me había callado a propósito, incluso al saber de sus experiencias. Tenía que terminar por vincularlo todo y buscar algo coherente junto a mis amigos, antes de lanzarme a hablar con él. Bastante afectado estaba Kenai, aunque había querido hacerme ver lo contrario.

Sabía lo que era el desconcierto que provocaba algo que no llegabas a comprender, algo que se escapaba del

entendimiento por no ser lo habitual o porque nuestra mente no podía darle nombre.

—¿Qué tiene que ver el libro? —Quiso saber Tania. Dejó la vista fija en él cuando lo saqué.

—Todo —respondí.

—¿Cómo? Me he perdido.

—Lo que habéis oído. Y me da miedo porque no sé si estoy viviendo una fantasía provocada por algo que no puedo alcanzar o, es una realidad aislada y que va en paralelo a lo que sé.

—Estoy más perdida aún. ¿Tú lo entiendes? —Se giró hacia Héctor.

No le respondió. Tenía la vista puesta en mí, observándome y analizándome, interiorizando lo que había dicho hasta el momento. Empezó a atar cabos, lo supe. Hasta que lo confirmó.

—Sí.

—Que envidia me dais cuando os entendéis en un idioma que no se expresa ni conozco. —Se cruzó de brazos, haciendo un puchero.

—Empieza —me pidió él y asentí.

—Anoche soñé. —Empecé a caminar delante de ellos, sintiendo la necesidad de moverme. Los miré de reojo y supe que no me interrumpirían hasta que no terminara. Más que nada por el pequeño detalle de que Héctor había rodeado los hombros a Tania y le estaba tapando la boca—. No me desperté mal —continué y sacudí la cabeza—. , Por primera vez las sensaciones no pesaron tanto y ganaron unos sentimientos bonitos. —Me paré frente a Héctor y sonreí. Ante mi gesto hizo lo mismo, en ese momento no pilló el motivo por el que lo hice—. Estabas en él —confirmé.

Agrandó los ojos, al igual que abrió la boca reflejando la sorpresa e impacto de mis palabras.

—¿Cómo? —gritó Tania, al conseguir zafarse de su agarre por cómo se quedó.

—Sí, te vi, Héctor. ¿Sabes? Eras un buen amigo, igual que lo eres ahora. El mejor. —Amplié la sonrisa, con cariño.

—No lo entiendo. ¿Me colé en tu sueño?

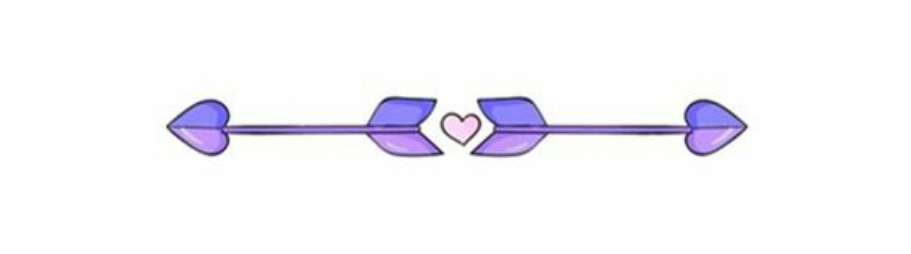
—No, formabas parte de él. Ahí entendí, al verte, lo que puede significar todo.

Les recordé las vivencias de los sueños, todo lo que había experimentado hasta ese instante. Le sumé la conversación que mantuve con Kenai esa misma mañana, después de que mi cabeza enlazara varias situaciones. Más asombrados se quedaron ante lo que escucharon. Y supe, sin margen de error, que algo en Héctor también hizo clic.

—No, formabas parte de él. Ahí entendí, al verte, lo que puede significar todo.

Les recordé las vivencias de los sueños, todo lo que había experimentado hasta ese instante. Le sumé la conversación que mantuve con Kenai esa misma mañana, después de que mi cabeza enlazara varias situaciones. Más asombrados se quedaron ante lo que escucharon. Y supe, sin margen de error, que algo en Héctor también hizo clic.

Capítulo 35



—¿Estás segura? —susurró la pregunta Tania, digiriendo toda la información.

—Sí, y al llegar al final de este libro estará la respuesta. Por él tendría que haber empezado, desde el principio. —Lo señalé.

—¿Qué vas a hacer? Esto sale de nuestro control, se nos va de las manos —Quiso saber Héctor.

—Ir a la casa de Kenai, hablar con él con la verdad por delante que conozco y si es reacio a ello, pues…

—Te alejarás. —Frunció los labios Tania.

—Si es lo que debe ser, sí —confirmé decidida, aunque me doliera el significado que conllevaba.

—Te acompaño. —Se levantó mi amigo—. No voy a dejarte sola. —Le sonreí con cariño—. No os interrumpiré, me perderé por la casa si es necesario. Solo quiero y necesito estar presente, porque en cierta forma lo estoy igualmente.

Asentí y lo abracé. Solté un suspiro cuando me rodeó con los brazos y me dio un beso en la cabeza. En esa postura nos quedamos durante unos minutos. Tania se unió a nosotros y la acogimos haciendo un abrazo grupal. Con solo sentir el apoyo y el respaldo de ellos era feliz, eran un tesoro invaluable para mí.

Se quedaron en el salón porque yo decidí darme una ducha antes de ir hacia la casa de Kenai. Para asegurarme de que estaría le envié un mensaje porque no contaba con la posibilidad de verme, ni que yo fuera hacia allí, al haber dejado a mis amigos solos el día anterior. Nos habíamos grabado nuestros números de teléfono antes de bajarme de su coche, en la puerta de la universidad.

Dafne: *Buenas tardes, Kenai. ¿Estás en casa? A lo mejor no has llegado o tienes intención de salir… es que me gustaría verte y había pensado ir.*

Esperé impaciente para ver un mensaje suyo de respuesta, y sonreí como una tonta cuando lo recibí, y más lo hice

cuando lo leí.

Kenai: *Buenas tardes, preciosa. No sabes la alegría que acabas de darme. Estoy en casa, sí, y a partir de ya, esperándote con ansias.*

Dafne: *Me doy una ducha rápida, me arreglo y voy.*

Kenai: *Perfecto. ¿Te quedarás a dormir?*

Dafne: *Cuenta con ello. Y para hacer otras cosas que no son dormir. Estoy deseando el conjunto al completo. Hasta ahora.*

Dejé el móvil a un lado y fui hacia el armario para coger ropa limpia. La llevé al baño y salí para coger otra muda que metí en la mochila, después de sacar la del día anterior. Metí todo lo que iba a necesitar y la dejé preparada. Me di la ducha y en pocos minutos estaba lista para salir de la casa, suerte de que el pelo no había tenido que lavármelo.

—Ya estoy. —Aparecí en salón, donde estaban mis amigos.

—¿Lo llevas todo? —preguntó Tania y asentí, girándome para que viera la mochila. Y también palpé con cada mano lo que colgaba de mis hombros, el bolso y la bolsa.

—Puedes venir si quieres.

—No te preocupes, cariño. —Me sonrió acercándose a mí—. Es algo muy importante que tienes que hacer tú sola y me quedo tranquila sabiendo que Héctor estará a tu lado, aunque te dé el espacio suficiente. —Terminó de decir abrazándome.

a

Se lo agradecí mientras la apretaba con fuerza y nos despedimos los dos de ella, dispuestos a coger un taxi que no llevara a la dirección de Kenai.

—Más tarde vuelvo —le comentó Héctor antes de cerrar la puerta principal.

—Tampoco te preocupes, todo está bien. —Le hizo un guiño—. Cuídala y si no puedes venir hasta mañana, bien está. No voy a moverme de la casa y me entretendré intentado descifrar los gestos y en leer los labios de los actores de alguna película. —Reímos.

De esa forma nos fuimos. No tuvimos problema en ver y parar un taxi. Un tiempo después, corto, paraba cerca de la reja de la mansión. Le pagué y salimos. Sonreímos cuando la reja se abrió sin necesidad de llamar al timbre, y

recorrimos el camino asfaltado con unas sensaciones muy diferentes a la única vez que Héctor había estado en la propiedad.

Esa vez la calma y la serenidad que solía transmitir el lugar, se intensificaron. Cuando la casa quedó visible sonre al ver a Kenai apoyado en el marco de la puerta. Estaba vestido con un pantalón de chándal y un jersey de manga larga. En los pies llevaba puestas unas zapatillas de estar por casa y tenía los pies cruzados, al igual que los brazos. Su cabello estaba despeinado, dejando ver que no hacía mucho que había salido de la ducha porque se veí húmedo.

—Qué sorpresa, no te esperaba. —Se dirigió a Héctor, después de saludarme y darme un beso en los labios.

—No voy a ser una molestia. —Curvó los labios mi amigo—. Y tampoco voy a pasar la noche aquí. Tranquilo que te desharás rápido de mí. —Rio.

—No he insinuado… —Carraspeó Kenai.

—Está de broma —le aclaré—. Con algún deje de verdades, pero en broma.

—Ah, vale. —Terminó riendo mientras nos daba paso—. ¿Queréis tomar algo?

Me separé de ellos unos segundos, yendo hacia la mesa grande del salón. En ella dejé todo lo que llevaba y les di encuentro en la cocina.
—Te lo agradezco y si no te importa, me llevo la bebida a la sala donde hay montado como una especie de cine. —Sonrió de medio lado.

—¿Para eso has venido? —Volvió a reír Kenai.

—Sí y no. —Lo acompañó en las risas.
s
—Coge lo que más te apetezca de la nevera y haz lo que quieras. El vino está en…

—Tranquilo, con una cerveza voy bien —le cortó Héctor y Kenai asintió.

Divertidos lo vimos coger la bebida mientras silbaba y nos dejó solos de esa forma, perdiéndose por el interior de la mansión. La sala a la que se había referido quedaba por la parte posterior, muy lejana de donde estaríamos nosotros.

—Siento no haberte avisado de que no venía sola, se me ha pasado. —Le froté el pecho.

Me había abrazado, rodeándome por los hombros.

—No me importa siempre y cuando esta noche se vaya —dijo serio y reí porque sabía que no lo decía de verdad.

Sus labios se curvaron, pero poco tiempo los vi cuando se inclinó buscando mi boca. Nos besamos con ganas, las que habíamos acumulado desde que nos habíamos separado por la mañana.

—¿Quieres un café o cualquier otra cosa? —Me ofreció.

—Por ahora nada. Hoy soy yo quién tiene algo importante que contarte —susurré con la mejilla apoyada en su pecho.

—¿De qué se trata? —Me acarició la espalda.

—Es un poco complicado, pero te incumbe también a ti. —Me separé sonriendo y vi su gesto fruncido.

—Ayer me confirmaste que todo estaba bien entre nosotros —negó sin saber a qué me estaba refiriendo—. Y has venido…

—No vayas por ahí, por esa parte todo está perfecto. —Amplié la sonrisa.

—¿Entonces? Me he perdido.

—Ven. —Me separé un paso y lo agarré de una mano, tirando de él.

Me siguió en silencio. En el camino hacia el sofá agarré la bolsa, pero cambié de opinión en el instante en el que lo hice, tomando otra dirección. Sentí su mirada puesta en mí, pero me mantuve callada hasta llegar a la biblioteca.

Una vez dentro le solté la mano y me dirigí hacia la mesa, dejando la bolsa encima.

—¿Quieres un libro? —me preguntó con interés.

—Sí —sonreí girándome hacia él—, pero lo vas a coger tú. Está muy arriba y me da cosilla subirme a esa escalera.

Señalé la única que había en un lateral, supuestamente para acceder a las estanterías más altas y de difícil acceso. Ni loca ponía un pie en los peldaños. Se veía muy inestable y no era la típica que se abría y tenía buen apoyo. Tenía forma vertical, de las que se apoyaban en una superficie y como que no. No estaba hecha para mí.

—¿Cuál es? —Fue hacia ella y la arrastró hasta donde le dije.

Observé cómo subía hasta arriba del todo y solo de verlo tan alto, me temblaron las piernas.

—¿Cómo se titula? —preguntó mirando la hilera que tenía delante de los ojos.

—¿La vida de María Catalina? —pronuncié con duda.

—Aquí, sí. Menuda vista tienes para haberlo localizado desde abajo.

—No estaba segura —susurré.

Cuando llegó abajo lo puso delante de mí. Lo cogí y me lo llevé al pecho, gesto que le hizo sonreír.

—Ven —le pedí otra vez y caminé hacia la mesa.

Dejé el libro que acababa de darme encima de ella y arrastré mi bolsa, sacando el mío.

—¡Vaya! Son… —susurró Kenai.

Sí, vaya, porque uno de ellos era una réplica exacta del otro. Delante de nuestros ojos había dos libros calcados. Mismas portadas, título idéntico, no había ningún detalle que variara. Abrí los dos siguiendo el orden de las páginas. En el interior sucedía igual y releí la parte que ya conocía en el que Kenai había cogido de la estantería. Todo coincidía…

—Estos libros son la clave de todo —susurré acariciando las páginas.

—¿Cómo? No te entiendo.

—A que esos libros están vinculados entre sí y con más cosas. —La voz de Héctor nos sobresaltó.

—¿Cómo puedes saber…? —Se dirigió a él Kenai, con el gesto fruncido.

—¿Que cómo puedo saber lo que hay encima de la mesa si desde donde estoy no es visible? —preguntó por él Héctor y Kenai asintió, mirándome de reojo—. Simplemente lo he sabido. —Se encogió de hombros—. Estaba empezando a ver una película, después de elegir por cual decantarme y he tenido la necesidad de venir hasta aquí.

—¿De qué va esto? —Nos miró a los dos Kenai.

—La primera vez que estuve en esta biblioteca, contigo, me pareció reconocerlo —empecé a decir—. Estaba muy arriba, en la última estantería que toca el techo y no supe si supuse bien. Cuando te he dicho el título, no sabía si estaría o me había equivocado. —Bajé la mirada hacia los libros—. Pero mi intuición y la necesidad de regresar aquí tenían que deberse a algo… —terminé susurrando.

—Disculpadme, pero no hay por dónde coger lo que decís —negó Kenai—. Dafne no entiendo que sin saberlo lo tuvieras tan claro. ¿Y a qué te has referido con lo de que estos libros son la clave de todo?

Centrada solo en un objetivo, pasé las hojas rápido a cada uno de ellos con una mano, varias veces, haciendo que bailaran con el aire. Por último, fui hacia los finales de los libros y los dejé abiertos en las últimas palabras escritas. Uno las tenía, otro no…

«Mi querida María Catalina, hoy es un día lleno de felicidad para mí, a pesar de que mi vida se acorta rápidamente. De felicidad porque la obra tan maravillosa que escribiste, con tanta dedicación y amor, verá la luz. Soy conocedor de que la encondiste a propósito cuando insistí para que me dejaras actuar sobre ella, como también sé que, no te importará lo que estoy haciendo y haré. Esta obra es de un valor incalculable para mí porque consta de toda tu existencia y la mía propia. No falta mucho para que abandone mi hogar definitivamente por ese motivo, porque mi vida se apaga, he decidido que parte de nuestras vidas sigan existiendo en el mundo tan complejo que vendrá. Hace años que me faltas, la muerte te llevó demasiado rápido cuando yo tendría que haber sido el primero en abandonarte. Pero estoy en paz desde que sucedió, porque sé que estarás con tu querido amor y padres, en un lugar donde espero reencontrarme con vos y el resto, temporalmente.

Tengo la intención de que algún día esta obra llegue a las manos indicadas, por ese motivo voy a dejarla en un lugar estratégico, para que sea descubierta con el paso del tiempo. Este escrito que estoy redactando solo aparecerá en uno de los libros. Sí, habrá dos, idénticos en contenido, con la única diferencia de que este texto de mi puño y letra será el que los vinculará eternamente. Me he tomado esta licencia que sé que te llenaría el corazón de amor.

Con este acto que voy a llevar a cabo, nunca abandonaremos esta vida. Cuento con que nos volveremos a unir en otro espacio de tiempo y en otras circunstancias, estoy seguro de ello. Al igual que lo harás con tu amado.

Mi adorada María Catalina, serás recordada eternamente y nuestra amistad y amor, al igual que el vuestro, el de Kylian y el tuyo, recorrerán un nuevo camino hasta que los unifiquemos en uno.

Firma estas palabras tu adorado Connor, amigo leal y eterna familia».

Parpadeé varias veces. Se me habían nublado los ojos y no veía bien. Lo que acababa de leer databa de varios años anteriores al que fue publicado. Sentí cómo me apretaban de los hombros y levanté la cabeza, encontrándome con la mirada emocionada de Héctor. También lo había leído y puse una mano encima de otra suya, asintiendo con la misma emoción.

Con un suspiro cerré los libros y busqué a Kenai. Nos observaba desconcertado y en tensión, por la imagen que dábamos. No habló para no interrumpir el momento que se estaba dando, pero era normal que se sintiera fuera de

lugar y preocupado. No apartó los ojos de mí, de mis lágrimas y curvé un poco los labios.

Puse un libro encima del otro, juntándolos, y los cogí.

—¿Vamos al salón? —sugerí susurrando.

Sin esperar respuesta empecé a dirigirme a él. Salí de la biblioteca escuchando los pasos de los dos detrás de mí. Me estaba costando gestionar las emociones que se habían apoderado de mí, demasiado, sintiendo mucha presión en el pecho y un nudo en la garganta que no me permitía tragar bien.

Dejé los libros encima de la mesa pequeña, delante del sofá, y esperé a que se pusieran enfrente de mí. Héctor se sentó, pidiéndole a Kenai que hiciera lo mismo. Se puso a su lado, pero sin dejar de observarme. Hasta que habló…

—¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Por qué has llorado? ¿Y por qué Héctor se ha emocionado? ¿Me podéis explicar de qué va todo esto? —Bajó la mirada hacia los libros.

—Como he dicho, estos libros son la clave de todo. Voy a empezar por el principio, por cómo tengo el mío en mi poder. —Kenai asintió, Héctor recostó la espalda en el sofá.

Como mi amigo estaba al corriente de todo, hasta el más mínimo detalle, empecé a relatarle a Kenai cómo di con él y lo que sucedió para que llamara mi atención, al caerse solo y de la nada, de la estantería de la biblioteca de mi universidad en España. Al igual que le expliqué que no tuvo sentido que lo encontrara donde lo hice al ser una obra muy antigua, porque todos con las mismas características se agrupaban en una sección diferente y especial que quedaba apartada del uso habitual.

Le di el detalle de que tampoco constaba en el registro de la biblioteca, como si no existiera. Su expresión fue variando conforme fui avanzando en la historia. Eso solo fue el inicio porque pasé a contarle los sueños que tenía, los que había evitado y al final había terminado aceptando con el propósito de que, al hacerlo, desaparecieran. No fue así, como le dije, porque eso no sucedería hasta que la finalidad de todo lo que estaba sucediendo viera la luz.

—¿Es magia? —susurró pensativo Kenai.

—No podemos saberlo —comentó Héctor—, pero si tuviera que apostar me decanto por el no. Hay cosas que se escapan de nuestro entendimiento y si algo deja claro todo lo que ha sucedido hasta el día de hoy, es que hay caminos que se encuentran una y otra vez en el curso de la vida. Van unidos por una línea invisible e intangible, y hasta que algo no se despierta en cada uno de ellos, hasta que una energía diferente los enciende, de la forma que sea, no puede darse lo que está predestinado a ser.

—Esta mansión es otro vínculo, como los libros —hablé captando la atención de los dos.

—La mansión —repitió Kenai, levantándose del sofá.

—Es la de mis sueños. —Se paró porque había empezado a caminar y se giró rápido hacia mí, mirándome desconcertado.

Le había explicado todo lo referente a ellos, escenas, sensaciones, sentimientos, cómo me hacían sentir cada vez que los tenía… todo, menos los detalles que formaban el conjunto completo. De ahí su sorpresa.

—Un momento. —Levantó las manos—. Me estás diciendo que esta propiedad es la que veías en sueños —asentí

—No lo supe hasta ayer —negué porque aún me costaba entenderlo—. No lo relacioné, ¿cómo hacerlo? Por eso estuve rara cuando me encontraste en el jardín, porque reconocí cada rincón de ella que había llegado a mí dormida.

—¿Qué sentido tiene?

—Hace muchos, muchos años que nosotros tres estuvimos en este mismo salón por primera vez. En cierta forma fue una parte de nosotros… —terminé susurrando por la expresión con la que me miró.

—Fueron nuestros antepasados —le aclaró Héctor consiguiendo que Kenai se centrara en él.

—¿Qué mierda?

—Por eso todo lo que te ha pasado y has sentido, se ha dado en este lugar. Una parte de ti, una oculta que quería despertar, pero que era difícil que lo hiciera por la vida que vivimos actualmente, ha ido poco a poco haciéndote sentir y reaccionar de forma diferente, hasta que consiguieras ver con claridad la realidad —continué—. Connor era el antepasado de Héctor, el mío lo era María Catalina, la autora del libro en el que detalla su vida junto a ti, porque tú lo eres de Kylian.

—No puede ser. —Se revolvió el pelo Kenai.

Caminó hacia el sofá y se dejó caer, sentándose.

—Nuestros caminos estaban predestinados a unirse en el tiempo, así lo vaticinó mi antepasado Connor, con el último escrito que nos vinculaba —prosiguió Héctor—. Yo desde que conocí a Dafne tuve una conexión especial con ella, entre nosotros siempre han sobrado las palabras para comprendernos y vamos un paso por delante del otro en todo.

—Somos la viva imagen de ellos, Kenai, una calcamonía en presencia. En el primer sueño que tuve en España te vi, cuando disfrutaba con mis amigos en la montaña —dije con los ojos puestos en él—. Eras tú, pero por la distancia que nos separaba no conseguí verte con claridad. Mi mente no me ofreció tu imagen como debía. Tampoco hubiera servido de mucho en ese instante porque todavía no te conocía, pero me habría servido para ponerme en alerta cuando se diera. O no, yo qué sé porque cómo iba a pensar… —Volví a caminar delante de ellos, tomándome unos segundos para seguir.

»Ese primer sueño me desconcertó tanto, por lo que sentí y por lo que sucedió, que supe que salía de lo normal. Por ese motivo me hice una pequeña herida en la palma de la mano, porque mi mente me decía que estaba soñando, acomodándose en la lógica, pero algo que no puedo explicar me gritaba que había algo más. ¿Y sabes qué Kenai? —negó concentrado en mí— Que cuando me desperté junto a mis amigos, en mi mundo real, la herida continuaba en mi mano.

—¿Cómo?

—Hay cosas que son inexplicables —susurré—. Por eso cuando volví a soñar tuve miedo, no sabía hasta qué punto podía afectarme si realmente todo lo que sucedía durante ellos era como si lo viviera realmente. Me negué a dormir, me ponía muchas alarmas a intervalos cortos de tiempo para no descansar bien. No quería propiciarlos.

»En varios descuidos tuve alguno más, pero no fue hasta que llegué aquí, a Irlanda, que te vi en ellos por primera vez y que supe que el libro estaba de una manera incomprensiblemente relacionado con lo que me pasaba

—¿Cuándo fue y cómo?

—El día que me decidí a leer el libro. Fue el momento en el que entendí que mis sueños estaban unidos a él, porque escuché el nombre de la autora en ellos, como si fuera yo porque era una imagen calcada a mí. En otra época, con ropa muy diferente, con otro peinado… pero con mi misma cara y complexión. Y cuando te vi. —Tragué saliva.

»No quise pensar en ello, la verdad es que me aferré a la idea de que mi mente me jugaba malas pasadas al recrear nuestras personalidades, y tú eras un protagonista de vital importancia en los sueños. Sucedió poco tiempo después de nuestro primer encuentro en la universidad, cuando mi paraguas se me escapó de la mano por una ráfaga de viento y fue a estrellarse en ti.

—Joder. —Se frotó la cara.

—Lo que me contaste de las veces que tenías la necesidad de darte placer… —asintió— en una de ellas, en la última, te pude observar mientras dormía. No sé cómo se dio, pero primero me vi a mí desde fuera, haciendo lo mismo y cuando me di cuenta, eras tú el que estaba en otra cama diferente, rodeado por la tela de un dosel.

—Qué narices… —Apretó la mandíbula.

—Y lo que te sucedió en el jardín, el momento que no recuerdas…

—Cuando me quedé ido y al ser consciente me estaba mojando por la lluvia, en medio de él… —murmuró y asentí.

—Era el lugar favorito en el que los protagonistas de mis sueños, nuestros antepasados, pasaban grandes momentos. Hicieron de él un lugar especial. Y para que te quedes tranquilo…

—¿Qué?

—Le he dado muchas vueltas desde esta mañana a lo del nombre que dijiste ayer… Es que en mi cabeza y, sobre todo, en mi corazón, ha ido encajando todo perfectamente. No he tenido problema en unir los eslabones de una cadena que estaba incompleta. Y uno de esos eslabones a los que me estoy refiriendo es al nombre de Ani, el que dijiste de repente en un momento cumbre y no supiste el por qué. Puede ser una forma cariñosa de María Catalina Fíjate en la terminación del nombre de Catalina y léelo al revés.

—No me lo puedo creer —susurró y asentí— ¿Y lo que me pasó con la bandeja cuando la vi?

—No lo sé, de eso no he podido saber nada, pero no dudo de que todo está en los libros, al igual que lo del nombre que te acabo de decir. —Los señalé.

Los tres llevamos la mirada hacia ellos, en silencio. Un silencio que se alargó bastante, mientras lo interiorizábamos todo. Kenai fue el primero en reaccionar. Se levantó rápido y de repente, y caminó hacia mí, decidido. Solté un jadeo cuando me besó con fuerza, sintiendo todo mi cuerpo temblar. Cuando nos separamos, con las respiraciones entrecortadas, nos dimos cuenta de que Héctor nos observaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues creo que mi misión aquí se ha terminado, pareja —dijo incorporándose, haciéndonos un guiño.

Se acercó a nosotros y abrazó a Kenai, despidiéndose. Cuando se quedó frente a mí, después de darme un beso en la frente, le dije mis últimas palabras por ese día, unas que no esperaba escuchar.

—También he llegado a una conclusión sobre ti, de tanto que he pensado en los detalles.

—¿Cuál?

—Que fuiste el detonante para que todo empezara, Héctor. —Le acaricié la cara.

—¿Cómo? En esa parte no te sigo.

—¿Qué quieres decir? —Se interesó Kenai.

—Cuando encontré el libro en la estantería de la biblioteca la primera vez, cuando se cayó después de cogerlo, ojearlo y colocarlo en su lugar, Héctor estaba esperándome fuera, junto al coche. Yo no lo sabía, tenía el móvil en silencio y no escuché sus llamadas, pero igualmente como él sabía que yo estaba dentro estudiando porque lo hablamos la noche anterior, fue a buscarme para ir a desayunar juntos, reuniéndonos más tarde con Tania, en la cafetería de la que éramos habituales.

»La siguiente vez que fui a buscar el libro no lo encontré, el hueco estaba vacío. Y las siguientes que le siguieron en las que hice intentos por encontrarlo tampoco tuve suerte. Pero eso cambió también por ti. —Sonreí hacia Héctor—. Antes de llevarme al aeropuerto para venir a Irlanda, te pedí que pararas en la universidad y me hiciste una broma, refiriéndote a que no tenía remedio porque incluso a pocas horas de irme de España tenía que pasar por ella.

»Yo le quité importancia, pero en el fondo, en mi interior, tenía una gran necesidad por comprobar una última vez si habían devuelto el libro a la estantería donde no debía estar. Y así fue, y lo volví a ver y a encontrar teniéndote a mi lado, en el pasillo de la biblioteca. Y para rematarlo todo, cuando llegasteis a Irlanda para estar conmigo y Tania te cambió la cama porque la mía no la encontraba cómoda, yo conecté de alguna forma extraña con Kenai, como si creara un vínculo con él. Fue cuando lo vi darse placer, al igual que hacía yo, los dos dormidos, pero muy despiertos en sensaciones. Tú estabas junto a mí, Héctor, y estoy segura de que si hubiera sido Tania no habría sucedido.

»En el pasado, tu antepasado Connor fue una figura muy importante para la mía, una de gran valor. El ciclo se inició cuando María Catalina y Kylian se conocieron debido a un compromiso forzado, pero al verse por primera vez la conexión entre ambos fue instantánea. Una conexión que tu antepasado Connor reforzó y afianzó cuando llevó a mi antepasada, María Catalina, al altar por el gran amor y cariño que sentían en forma de amistad. Al faltar su padre, su gran amigo la entregó a Kylian el día del enlace. Incluso puede que la bandeja —me giré hacia Kenai —, fuera algo relacionado con esa celebración, como un regalo de boda por parte de él.

—No sé qué decir ahora mismo —susurró Héctor.

—¿Que nos vemos mañana? —dije haciéndole un guiño.

Reímos, nos abrazamos y me emocioné por las palabras que me susurró al oído, unas muy sentidas y emotivas. Se despidió de nosotros por última vez antes de salir de la mansión y nos dejó solos, rechazando el ofrecimiento de Kenai, el de llevarlo en coche. Según sus palabras le apetecía caminar y le vendría bien después de tanta intensidad. La distancia no era mucha.

Kenai esperó frente a la cámara de la entrada principal para verlo llegar hasta la reja y abrió dejándolo salir. Cuando se giró hacia mí su mirada me calentó, por el fuego que desprendió.

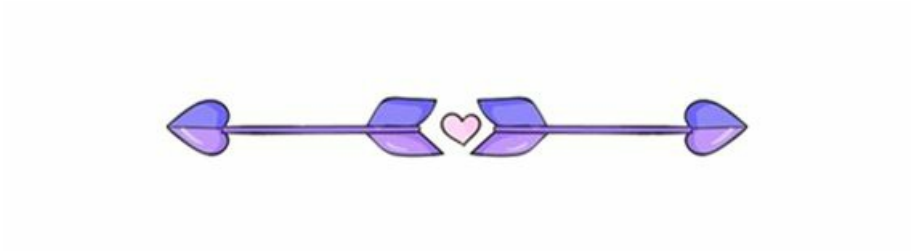
—Te quiero, Dafne —susurró abrazándome, antes de besarme con desesperación.

Me hubiera gustado corresponderle con las mismas palabras porque también las sentía, pero no pude porque

tampoco quise dejar de besarlo. Lo que sí pude hacer fue demostrárselo, correspondiéndole con la misma fuerza y deseo.

tampoco quise dejar de besarlo. Lo que sí pude hacer fue demostrárselo, correspondiéndole con la misma fuerza y deseo.

Epílogo



Ocho años más tarde…

Kenai

Completo, así llevaba años sintiéndome, con una sensación de plenitud que me acompañaba constantemente. Y es que, para mí, tener a Dafne a mi lado, compartiendo mi vida, junto a la familia que habíamos creado y unido, lo era absolutamente todo.

La intensidad con la que la amaba no había variado ni se había visto afectada negativamente con el paso de los años, todo lo contrario. Muchos cambios se dieron cuando la verdad salió a la luz. Algunos de nosotros no tuvimos que modificar nuestras vidas, otros, dieron grandes giros.

Ahora entraré en detalles, pero referente a Dafne y a mí, ¿qué os puedo decir? Por como he empezado, lo sabéis todo, aun así, os diré que organicé una pedida de mano muy especial porque traje desde España a toda su familia y amigos que se quedaron allí. La sorpresa fue máxima para ella cuando abrió la puerta de la mansión y se encontró con Mauro, el que fue su profesor, tutor y compañero, acompañado por su mujer, Aurora. Tampoco faltaron César, un amigo dueño de un bar; Diego, el dueño del restaurante en el que Dafne trabajó durante muchos años y Carolina, su amiga y compañera en él. Nuestros amigos íntimos también nos acompañaron, como no podía ser de otra forma, incluyendo a Garrett. Pero el plato fuerte para Dafne fue ver a sus padres, Alonso y Alicia y a su tía, Diana. Ella se pensó que yo le había organizado una fiesta sorpresa y, en cierta forma, lo fue, porque me encargué de que todos volaran hasta Irlanda, como también me hice cargo de sus alojamientos. La pequeña diferencia que no supo ver es que mi propósito con aquella celebración era pedirle matrimonio. Y así lo hice, cuando la sorprend quedándome con una rodilla en el suelo, justo en el punto del jardín que era especial para nosotros. Después de pronunciar unas palabras que me salieron de forma natural, coloqué en su dedo un anillo muy famoso y típico de Galway. Su historia pertenece a *Claddagh*, una localidad playera de la costa y uno de los pueblos más antiguos de Irlanda, al oeste de Galway. En él fue donde Dafne vivió nada más llegar. El anillo que, como he comentado, tien gran fama y se vende a todas partes del mundo, simboliza la amistad, la lealtad y el amor en su esencia. También se puede encontrar en más variedades como en colgantes. Da igual la que se elija porque en todas ellas no puede faltar dos manos en la parte central sujetando un corazón, y sobre el corazón una corona.

Nos casamos seis meses después de la gran revelación que se dio en la mansión, separados por cinco meses desde

la fiesta de compromiso. Contrajimos matrimonio rodeados de nuestros más allegados, familia y amigos íntimos. Fue una boda y celebración muy especial porque todo lo llevamos a cabo en la mansión, y como no podía ser de otra forma, Dafne llegó junto a mí al altar escoltada por Héctor y por su padre, Alonso.

Quisimos respetar lo que se dio en el pasado, donde todo se inició porque gracias a eso, al amor y la amistad que fueron el punto de partida, nosotros, hoy día, nos habíamos reencontrado reforzando un vínculo inquebrantable.

La mansión hacía tiempo que ya no parecía tan enorme y es que teníamos dos hijos de seis años, una niña y un niño, mellizos. Sobre la elección de sus nombres cuando llegó el momento lo tuvimos claro, aparte de que al proponerlos nos encantaron. Nuestra pequeña se llama Annie y nuestro pequeño Kylian. Con una pequeñísima variación adaptamos la terminación de Catalina a nuestra época, pero con mucha historia antigua en los dos por nuestros antepasados.

Y sí, Dafne estuvo en lo cierto en la versión del nombre de Ani, el que salió de mis labios en pleno éxtasis y ni me enteré. Lo descubrimos juntos, de esa forma leímos uno de los libros para conocer todo lo que sucedió en el pasado. Al igual que no se equivocó en la posibilidad del origen de la bandeja, a la que en un principio le cogí tirria, todo hay que decirlo, porque no fue para menos por la sacudida mental y física que me llevé en aquel instante. Descubrimos que, efectivamente, fue un obsequio de gran valor de Connor, el amigo inseparable de María Catalina y después de Kylian porque conectaron perfectamente, creando una unión que jamás se rompió.

Dicho esto, sobre el pasado, creo que todo lo esencial queda aclarado, lo demás nos lo reservamos para nosotros porque la información que el libro nos otorgó fue de gran valor emocional.

Resumen hasta ahora: yo era un hombre felizmente enamorado de mi mujer, teníamos mellizos que eran la alegría de nuestro hogar y también el calvario en según qué ocasiones, pero bueno, voy a quedarme con las cosas buenas que son las que priman. Hasta ahí todo perfecto. Vivíamos en la mansión, en realidad yo no llegué a salir de ella en ningún momento.

El libro de Dafne, el que se trajo consigo desde España y que fue clave para nuestra historia, lo conservábamos en nuestra biblioteca junto a su hermano gemelo o podría decir mellizo, por la pequeña variación que había en el interior. Nunca tanteamos la posibilidad de regresarlo a la biblioteca de la universidad de España porque estaba donde debía estar, junto al otro ejemplar e indefinidamente con nosotros.

Referente al trabajo de Dafne, como ya dais por hecho, se quedó en Irlanda. Para Garrett no fue un problema mantenerla en la universidad cuando finalizó el tiempo de intercambio. Ella no optó de primeras a una plaza fija porque Cian sí que regresó a su vida y recuperó su puesto de trabajo, el docente que la sustituyó en España. Pero, aun así, ella continuó dando clases de forma esporádica, hasta que salió una plaza fija y debido a su recorrido en la universidad, pasó a formar parte de ella definitivamente.

Yo continuaba como siempre, con mi negocio de compraventa y me iba tan bien como conocéis, aunque debo decir que empecé a hacer mis pinitos en el mundo de la arquitectura. Me costó ponerme al día con las nuevas

bases que se daban en la carrera después de tantos años, pero me lo tomé como algo secundario y conseguí actualizar mis conocimientos. Había colaborado mano a mano con algún arquitecto y conseguirlo, para mí, ya fue un gran paso porque pude llevar a cabo mi gran sueño. No era a lo que me dedicaba, pero sí que de vez en cuando me salía la oportunidad de disfrutar de ello.

Los padres de Dafne, Alonso y Alicia, al igual que su tía, Diana, al principio pasaban largas temporadas junto a nosotros. De hecho, compraron mi antigua casa. No vayáis a pensar que quería sacar dinero de ello, intenté por todos los medios dársela como regalo, pero como se negaron y no la aceptaron, no tuve más remedio que vendérsela como me pidieron. Debo decir que jugué muy bien mi baza y el precio que acordamos lo modifiqué a mi antojo, sin que se dieran cuenta. La adquisición fue por un valor simbólico, muy, pero que muy bajo. Hacía ya unos años que se habían establecido definitivamente aquí.

Durante el tiempo que Héctor continuó de vacaciones en Galway, entre él y Nicole hubo un acercamiento que cre una tensión que fue incrementándose con el paso de los días. Nicole estuvo pletórica de la emoción y Héctor, imagino que, debido a su partida inminente, intentó por todos los medios disfrutar del momento, pero con una carga de pesadez al tener su vida hecha muy lejos de ella y de nosotros. Cuando tuvo que viajar de vuelta a Españ os podéis imaginar cómo fue la despedida. Después de un mes alejado de nosotros, regresó para disfrutar de varia semanas más y fue ahí cuando tomé una decisión que daría un giro a nuestras vidas. Y es que, si Dafne lo pasaba mal teniéndolo lejos, no os digo Nicole que parecía otra después de las despedidas. Ella y Héctor, no perdieron el contacto en ningún momento mientras estuvieron alejados y cuando se reencontraron todo saltó por los aires, en e buen sentido. Un día, de los primeros que Héctor regresó por segunda vez a Galway, estaba dando un paseo con é y como quién no quiere la cosa lo guie y llevé por donde quería. Me refiero a que terminamos en la puerta de una casa y con la excusa de que debía entrar a echarle un ojo porque era una propiedad que tenía para vender, accedimos a ella. Lo que no supo es que la vivienda estaba a su nombre, me salió del corazón hacerle ese regalo de muchos metros cuadrados y en una ubicación espectacular. Cuando se lo comuniqué en el interior lo primero que recibí de él fue una gran sorpresa, lo segundo emoción y, por último, la negación porque sus pasiones eran la veterinaria y su clínica de España. No tuvo nada que hacer contra mí porque le propuse que la trasladara o que empezara desde cero junto a nosotros. Le ofrecí desde el inicio toda la ayuda posible y necesaria para llevar a cab lo que quisiera y lo animé a hacerlo porque, por la zona en la que vivíamos, no había mucho servicio como el que él proporcionaba y ofrecía, y sí muchos animales en kilómetros a la redonda. Y así fue como los dos, cuando regresamos a la mansión en la que estaban Dafne, Nicole, Tania y Gareth, les comunicamos que él en dos días volvía a España, ante la sorpresa y los gritos de las tres porque acababa de llegar. Pero en cuanto Héctor les dijo l que yo le había propuesto, lo que había hecho regalándole la casa y que había decidido dejar atrás lo que conocía para empezar un nuevo camino en Galway, sin dejar de lado su pasión porque iba a abrir una clínica por la zona, todos terminamos llorando, riendo y saltando, y por parte de Nicole comiéndoselo a besos. No tuvo ni que preocuparse por la ubicación del nuevo negocio, yo tenía el perfecto e ideal en el centro de Galway, el que abarcaba mucho espacio para lo que necesitaba. Nicole y él vivían juntos en la propiedad que le regalé, formaron una bonita pareja que pasó por el altar un año después, cuando Héctor asentó su vida por completo aquí. Tenían un niño de cuatro años, Brendan, y el enamoramiento que se inició con pasos cortos, pero seguros, con el tiempo había continuado con la misma intensidad.

Tania nunca volvió a España, me refiero para quedarse. El dejar su trabajo cuando viajó para ver a Dafne fue un

punto a favor. A su tierra solo la unía sus padres, pero viajaban mucho, tanto ella como ellos. Su madre tenía un negocio propio, una tienda de ropa, pero no tenía problema en apartarse de él durante largas temporadas porque a su cargo había personas muy cualificadas que llevaban con ella desde el inicio. Sus padres adoraban a Gareth, su yerno. Correcto, al final Tania y Gareth terminaron cayendo en las redes de la pasión, eso como primer plato, lo que llevó al segundo plato fuerte, el de conocerse más intensamente, y que finalizó con el postre, conviviendo en la casa de Gareth. Un menú perfecto por el que lucharon y con el que en ningún momento tuvieron dudas. Tania estaba embarazada y faltaban pocos meses para que fueran padres primerizos de Aidan.

Debo mencionar a Mauro, el profesor, tutor, mentor y compañero de Dafne en España, una pieza clave en su vida. Él, junto a su mujer, viajaban de vez en cuando a Irlanda, como también lo hacíamos nosotros a España. Mauro y Dafne nunca perdieron el contacto, eran muchas las llamadas y videollamadas que se hacían. Debido a una de las primeras videollamadas desde la mansión, yo interactué con él, pero tuve el gran placer de conocerlo en persona en el primer viaje que hice con Dafne a España, a los pocos días de descubrir en la mansión, qué se escondía detrás de todo lo que nos había sucedido. Viajamos principalmente para que me presentara a sus padres, para que supieran de mi existencia y para ponerlos al tanto de nuestra relación e intenciones. En ese viaje, aparte de a Mauro y de su familia al completo, porque también fuimos a casa de su tía, Diana, también conocí a César, con el que Dafne seguía en contacto, el dueño de un bar y una heladería, amigo de Tania, Héctor y de ella. Del mismo modo, descubrí a Diego y Carolina. Me los presentó un día que fuimos a comer al restaurante de él, en el que Dafne trabajó años mientras estudiaba. Les dimos una sorpresa inesperada, pero, por lo visto, la sorpresa se la llevó Dafne cuando le dijeron, emocionados, que tenían una relación sentimental desde hacía poco tiempo. Ese es el motivo por el que conocía a todos sus allegados y de que hiciera todo lo posible para traerlos a Irlanda para la pedida de mano y, posteriormente, para la celebración de nuestra boda. Sabía que para Dafne eran importantes y que no quería dejarlos atrás, a pesar de la distancia.

Y sobre Diego y Carolina… A veces no te das cuenta de que tienes tu destino al lado, simplemente está tan cerca que pasa desapercibido ante tus ojos. Eso les sucedió a ellos, y Dafne no pudo estar más feliz por verlos juntos y enamorados. En el recorrido de todas las personas importantes que quiso presentarme en España, las que en mayo o menor medida habían formado parte de su vida cotidiana, también conocí a Celia, la camarera de una cafetería de la que sus amigos y ella fueron habituales durante muchos años.

Y, por último, pero no menos importante, menciono a Garrett. Mauro y él, gracias a los viajes que hacía Mauro con su mujer para visitarnos, se conocieron en persona, por fin, porque siempre tuvieron mucho contacto debido a la interacción de las universidades. Sobre nuestra unión con Garret no os puedo decir mucho más de lo que conocéis, pero para que sepáis que nuestra amistad continuaba como siempre. Era un pilar importante para Nicole y para Dafne dentro y fuera de la universidad, y un cómplice para mí. Compartíamos muchos momentos juntos, los que atesorábamos.

¿Creéis en la energía? ¿En lo que no se ve, pero se siente? ¿En algo que sale del entendimiento, pero que se transmite? Yo sí, como para no hacerlo. La vida de Dafne, de Héctor y la mía propia, es una clara evidencia de ello porque una fuerza superior nos arrastró, sin ser conscientes, a una vida llena de descubrimientos, pasión y amor.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu